

La
BIBLIA
Popular

Eclesiastés

Cantares

Isaías

Jeremías

Lamentaciones

Ezequiel

Daniel

Oseas

Joel

Amós

Abdías

Jonás

Paul E. Eickmann

La Biblia Popular

ROLAND CAP EHLKE

Editor General

JOHN C. JESKE

Editor del Antiguo Testamento

LOREN A. SCHALLER

Editor del Manuscrito

Oseas

Joel

Amós

Paul E. Eickmann

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin, EE.UU.

Ilustraciones internas por Glenn Myers.

Las ilustraciones de las páginas 24 y 125 y el mapa fueron realizados por Duane Weaver, un artista de la Editorial Northwestern; la ilustración en la página 67 fue realizada por Tad Fellers.

Versión Reina-Valera 95 ®

© Sociedades Bíblicas Unidas, 1995.

Usada con permiso. Todos los derechos reservados.

Derechos Reservados. Ninguna porción de este libro puede ser reproducida, ni almacenada en ningún sistema de memoria, ni transmitida por cualquier.

Tarjeta de la Biblioteca del Congreso 00-134161
Northwestern Publishing House
1250 N. 113th St. Milwaukee, WI 53226-3284
© por Northwestern Publishing House
Publicado en 2000
Impreso en los Estados Unidos de América
ISBN 0-8100-1265-0

CONTENIDO

<i>Prefacio del Editor</i>	v
<i>Prefacio a la edición en español</i>	vi
Introducción general a los profetas menores	1
Introducción a Oseas	7
El matrimonio del profeta (Oseas 1–3)	13
El mensaje del profeta (4–14)	37
Introducción a Joel	122
Un llamado al duelo y al arrepentimiento (Joel 1:1–2:17)	127
La promesa de desviar el juicio y de enviar bendición (Joel 2:18–3:21)	151
Introducción a Amós	174
El juicio sobre las naciones y sobre Israel (Amós 1–2)	183
Otros mensajes acerca del juicio sobre Israel (Amós 3–6)	200
Cinco visiones y mensajes de juicio (Amós 7:1–9:10)	236
Conclusión: Promesa de bendiciones que vendrán en los últimos días (Amós 9:11–15)	258

ILUSTRACIONES

Oseas	<i>cubierta</i>
Baal	24
Estatuilla de un toro	67
Un enjambre de langostas se aproxima	121
Langosta de plaga	125
Amós.....	173
Mapa	265

PREFACIO DEL EDITOR

La Biblia Popular es exactamente lo que el nombre implica, una Biblia para el pueblo. Ella incluye el texto completo de las Sagradas Escrituras en la versión Reina-Valera, revisión de 1995 (El comentario original en inglés se basó en la *New International Version*). Los comentarios que siguen a las secciones de las Escrituras contienen: el trasfondo histórico, explicaciones del texto, y aplicaciones personales.

Los autores de La Biblia Popular son eruditos a quienes no falta la sabiduría práctica adquirida en años de consagración a los ministerios de la enseñanza y la predicación. Por esto han procurado evitar términos técnicos, que han hecho de otras series de comentarios material útil solo para especialistas en temas bíblicos.

El aspecto más importante de estos libros es que ellos están centrados en Cristo. Jesús mismo dijo acerca de las escrituras del Antiguo Testamento, “y ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Cada libro de La Biblia Popular dirige nuestra atención a Jesucristo. Él es el centro de toda la Biblia. Él es nuestro único Salvador.

Los comentarios están provistos de: mapas, e ilustraciones, e incluso de información arqueológica, cuando es apropiado. Todos los libros incluyen títulos de página para llevar al lector al pasaje que él está buscando.

Esta serie de comentarios fue iniciada por la Comisión de Literatura cristiana del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin. Este proyecto también tiene una deuda de gratitud al Rev. Loren A. Schaller. Hasta cuando él acepto un llamado para salir de Northwestern Publishing House y de regreso al ministerio parroquial, el Pastor Schaller sirvió como Editor General.

Es nuestra oración que este esfuerzo pueda continuar de la misma manera como comenzó. Dedicamos estos volúmenes a la gloria de Dios y al bienestar de su pueblo.

Roland Cap Ehlke

PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Los comentarios de esta edición en español han sido ligeramente modificados del original para su mejor adaptación a la versión Reina-Valera, Revisión 1995.

Cuando el comentario, originalmente referido al texto de la *New International Version*, no concuerda plenamente con el de la versión Reina-Valera, Revisión de 1995, se cita la Nueva Versión Internacional (en español) o alguna otra versión española de la Biblia. En caso de que algún fragmento del texto bíblico de la versión en español no aparezca en ninguna de las versiones antes mencionadas, damos nuestra propia traducción del mismo, haciendo la correspondiente aclaración.

Este volumen fue traducido por el Rev. Martin y la Sra. Albina Teigen. Martin era misionero en Perú y actualmente sirve como misionero a los hispanos en el área de Mankato, Minnesota. Su esposa es natural de Lima, Perú, donde enseñaba inglés. Cristina Zimdars, natural de México y esposa de un pastor que trabaja en Pomona, California, hizo la revisión de este libro. Agradecemos la valiosa colaboración de estos siervos de Dios.

Primer domingo de Adviento de 1999
Paul Hartman, director
Publicaciones Multilingües
Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin
El Paso, Texas

INTRODUCCIÓN GENERAL A LOS PROFETAS MENORES

Los profetas menores y sus épocas

Oseas es el primero de los doce Profetas Menores. Los escritores de la última docena de libros del Antiguo Testamento que están en la Biblia en español recibieron el nombre de profetas menores porque sus escritos son más cortos que los libros de Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel, los tan conocidos Profetas Mayores. Los escribas judíos usualmente escribían cada uno de los libros de Isaías, Jeremías y Ezequiel en un solo rollo de pergamino o papiro, pero copiaban los doce libros completos que van desde Oseas hasta Malaquías en un solo rollo. En hebreo a los profetas menores se les llama sencillamente “Los Doce”.

No sabemos exactamente por qué estos doce libros fueron dispuestos en el orden en que se encuentran actualmente, los manuscritos de la Biblia no siguen el mismo orden. Oseas y Amós, dos de los tres primeros profetas menores, trabajaron en el reino del norte de Israel, bajo el mandato del rey Jeroboam II que gobernó desde el año 793 hasta el 753 a.C.* Hageo y Zacarías datan su libro en el segundo año de Darío, rey persa, en el año 520 a.C., y Malaquías, el último de “los doce”, probablemente profetizó más o menos en el año 450 a.C. Entonces, el orden de los doce libros es aproximadamente cronológico. Sin embargo, tal vez los judíos usaron algún otro principio para arreglar su orden. Por ejemplo, tal vez pusieron a Oseas en primer lugar porque su libro era el más largo de los profetas menores.

El Espíritu Santo inspiró estos doce libros en un período de más de trescientos años. Fue durante esos siglos que ocurrieron la mayor parte de los acontecimientos de la historia del pueblo de Dios del Antiguo Testamento. El reino del norte alcanzó el

* Las fechas que aparecen en este volumen las obtuvimos de E. Thiele, *A Chronology of the Hebrew Kings* (Grand Rapids: Zondervan, 1977).

pináculo de su gloria terrenal bajo el reinado de Jeroboam II. Sin embargo, en menos tiempo del que dura una generación, después de la muerte de Jeroboam, los asirios desmembraron el territorio de Israel. En el año 722 a.C. capturaron Samaria, la capital del reino del norte, y se llevaron a la fuerza al rey Oseas y a una gran parte de la población israelita al cautiverio, del que nunca regresaron. “Por lo tanto, Jehová se enfureció tanto contra Israel, que los quitó de delante de su rostro” (2 R. 17:18).

Jerusalén, la capital del reino del sur, también llamada Judá, escapó de la destrucción a manos del ejército de Senaquerib más o menos en el año 700 a.C., sólo para caer ante el ejército de Nabucodonosor, rey de Babilonia, en el año 586 a.C. El exilio de los judíos en Babilonia, su regreso del cautiverio, la edificación del segundo templo y la subsiguiente vida del pueblo bajo el gobierno persa, tuvieron lugar durante el período que va de Oseas a Malaquías. Los tan conocidos profetas mayores, Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel también ejercieron su ministerio durante ese mismo período que va del siglo octavo al siglo quinto a.C.

La Biblia nos dice algo de la historia de esos tiempos en 2 Reyes 14:25, 2 Crónicas 26-36 y en los libros de Esdras, Nehemías y Ester. En ocasiones los profetas mismos describen acontecimientos y condiciones que tuvieron lugar durante su ministerio. La historia de los tiempos de los profetas nos ayuda a entender los mensajes de Jehová que ellos llevaron a su pueblo. El conocimiento del escenario original de las palabras de los profetas también nos ayuda a aplicarnos apropiadamente su mensaje a nosotros mismos y a nuestros tiempos.

La aplicación del mensaje de los profetas

Originalmente Jehová envió a sus profetas para llevarle su palabra al pueblo de Israel, su iglesia del Antiguo Testamento. Los cristianos, que por medio de la obra del Espíritu tienen la fe en Jesús, también son su pueblo, su iglesia del Nuevo Testamento.

Por lo tanto reconoceremos que en las palabras de los profetas del Antiguo Testamento Dios también nos está hablando a nosotros. Los mensajes de esos antiguos siervos de Jehová ponen nuestro pecado al descubierto; ellos nos instruyen acerca de los frutos de la fe que le agradan a Dios. Especialmente, ellos dan testimonio de Jesucristo (Jn. 5:39), el único Salvador tanto de los judíos como de los gentiles.

Sin embargo, también debemos reconocer las diferencias que existen entre el antiguo Israel y nosotros hoy en día. Israel no sólo era la iglesia de Dios del Antiguo Testamento, también era la nación elegida por Dios de entre las naciones del mundo. Cuando los profetas se dirigían a los de su pueblo, les hablaban no sólo como a una congregación de pecadores que estaba esperando a su Salvador, sino también como a toda la sociedad de una nación responsable de defender la equidad en las relaciones sociales y de exigir imparcialidad en la corte. Esas funciones civiles las cumplen hoy en día los gobiernos locales, estatales y nacionales, y no la iglesia cristiana.

Cuando el Señor Jesucristo envió a su iglesia al mundo, nos dio esta comisión: “id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Mr. 16:15). La misión de la iglesia cristiana es la proclamación del evangelio. A los que se convierten en discípulos de Cristo también les debemos enseñar a obedecer todo lo que él ha ordenado (Mt. 28:20). Eso incluye recibir instrucción sobre la vida cristiana, la vida que los discípulos de Jesús practicarán durante toda su existencia, también cuando se desempeñan como ciudadanos de su estado y nación.

Mientras que la iglesia cristiana está llamada a proclamar las buenas nuevas del perdón de los pecados según las Escrituras, el gobierno tiene otra función. La Biblia dice que el gobierno es siervo de Dios que debe elogiar al que hace lo que es justo y debe castigar al que hace lo malo, aun usando la espada si es necesario (Ro. 13:1-7). Para guiar al gobierno Dios les ha dado a todos los hombres la luz de la razón y el conocimiento de su ley que está

escrita en su corazón (Ro. 2:14,15). Jesús no le dio a su iglesia autoridad sobre los gobiernos civiles; él no puso a la iglesia cristiana en el mundo para que les dijera a los legisladores qué leyes deben emitir, ni a los funcionarios de qué manera deben reforzar la ley, ni a los jueces qué sentencia deben imponer.

¿Cómo, por ejemplo, debemos aplicar las palabras de Amós cuando él condena a los mercaderes del reino del norte por su codicia y su deshonestidad? ¿Cuándo pasará el día de reposo, y abriremos los graneros de pan para vender? dicen ellos; y luego se aprovechan de los pobres compradores: Achican la medida, suben el precio y falsean con engaño la balanza... venden hasta los desechos del trigo (8:5,6; véase la NVI). Amós, como profeta de Jehová, pone al descubierto el egoísmo del mercader rico entre el pueblo de Dios.

Actuaríamos de manera equivocada en la aplicación de este pasaje si lo usamos para justificar a nuestra congregación que está haciendo una campaña para obligar a que los negocios cierren el día domingo. Además, no es parte de nuestra misión como iglesia la protección de los consumidores contra los pesos y las medidas deshonestos, ni de la mercadería de calidad inferior en las tiendas locales. Esas son funciones de nuestra sociedad en general o, específicamente, de los gobiernos.

Nos aplicamos de manera correcta esta palabra de Dios a nosotros mismos cuando hacemos que exponga el egoísmo humano, Dios condena nuestro codicioso corazón cuando adoptamos las normas del mundo y le damos más valor al hecho de ganar dinero que al hecho de rendirle culto a nuestro Dios y Salvador, cuando ilustra el Séptimo Mandamiento, y nos prohíbe que nos aprovechemos del prójimo en los negocios; cuando nos instruye como pecadores perdonados para dar testimonio de la fe cristiana practicando la honestidad cuando compramos y vendemos. Esta Palabra de Dios nos recuerda que le rendimos culto a Jehová no sólo al oír su palabra y al cantarle alabanzas, sino también al practicar la justicia entre nuestros semejantes en la comunidad.

Los libros de “los doce” son menores sólo en extensión, no en la importancia de su contenido. Como en las demás Escrituras inspiradas por Dios, los libros de los profetas menores son útiles “para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Ti. 3:16).

La poesía hebrea

Los profetas escribieron algunos de sus mensajes en prosa. Sin embargo, la mayor parte de sus escritos son poesía. La poesía hebrea no tiene rima, y su ritmo es usualmente bastante irregular. La característica principal que hace que la poesía hebrea sea diferente de la prosa es el *paralelismo*.

Hay tres tipos principales de paralelismo. En el tipo más común, el segundo verso *reafirma* el pensamiento del primero, usualmente en otras palabras. Por ejemplo, el segundo verso de Oseas 2:2 se lee: “porque ella no es mi mujer”; el verso 3 continúa, “ni yo su marido”. Un verso puede estar seguido por un segundo verso que *contrasta* con él. Tenemos un ejemplo en los últimos versos de Oseas 2:13: “[Ella] se iba tras sus amantes, / olvidándose de mí, dice Jehová”. O el pensamiento de un segundo verso *desarrolla* lo que ya se ha dicho en el primero. En Oseas 2:4, por ejemplo, el verso 2 da una razón para la afirmación que se hizo en el verso 1: “No tendré compasión de sus hijos, / porque son hijos de prostitución”. El paralelismo ayuda a la interpretación del texto.

En Oseas 9:3, por ejemplo, el profeta describe el futuro exilio de Israel al decir, “Efraín [es decir, Israel] volverá a Egipto y a Asiria, donde comerán vianda inmunda”. Él no quiere decir que algunos de los israelitas serán exilados a Egipto y otros a Asiria; los israelitas fueron al exilio en Asiria, donde no pudieron observar las reglas que establecía la ley de Dios acerca de las comidas y de los sacrificios, tal como lo dice el segundo verso. El primer verso, que es paralelo al segundo, le dice al pueblo que su cautiverio

Introducción general

asirio les será tan gravoso como si hubieran regresado a su antigua esclavitud en Egipto. De esta manera, si un verso de la poesía hebrea no es claro para nosotros, el verso paralelo puede ayudar a explicarlo.

OSEAS

INTRODUCCIÓN

El autor

La Biblia no menciona al profeta Oseas fuera de su propio libro. Allí él se llama a sí mismo “hijo de Beerí” (1:1) para que lo podamos diferenciar de otros israelitas que tenían el mismo nombre. Él comparte su nombre, que significa “salvación”, con Oseas, el último rey de Israel (2 R 17:1): las consonantes hebreas en ambos nombres son las mismas. Los tres primeros capítulos de su libro nos dan algunos detalles íntimos de la vida del profeta y de su vida familiar.

Oseas menciona repetidamente a Efraín, que es otro nombre para el reino del norte (Israel), y llama al monarca israelita “nuestro rey” (7:5). Por otro lado, menciona raramente el reino del sur (Judá) y nunca menciona a Jerusalén. Por éstos y por otros detalles de su libro, es claro que Oseas está profetizando en Israel, el reino del norte, que también esa debe ser su patria.

Los tiempos del profeta

Salomón, el hijo de David, el último rey de Israel que lo gobernó como a un país completo; ya durante el reinado de Salomón (970-930 a.C.) un efrateo llamado Jeroboam se rebeló contra el rey (1 R. 11:26-40). Cuando Roboam, hijo de Salomón, alejó a mucha de su gente con las amenazas de un severo régimen, diez tribus del norte se separaron de la nación, lo que ayudó a que Jeroboam se proclamara rey de la diez tribus. El resultado de eso fue que Roboam sólo gobernó sobre Judá y Benjamín desde Jerusalén, la capital que David había establecido (1 R. 12:1-20).

Al erigir becerros de oro en Betel y Dan, ciudades de las fronteras sur y norte de su reino, Jeroboam impidió que su pueblo regresara a Jerusalén y que se sometiera a Roboam. “[El] dijo al

pueblo: “Bastante habéis subido a Jerusalén; he aquí tus dioses, oh Israel, los cuales te hicieron subir de la tierra de Egipto” (1 R. 12:28). Este rey impío construyó otros lugares de adoración en lugares altos de Israel y asignó sacerdotes que él mismo había escogido, aunque ellos no eran levitas tal como lo requería la ley de Moisés. Además, el rey Jeroboam instituyó su propia fiesta y ofreció sacrificios en el altar de Betel.

Jeroboam I quería conservar el culto a Jehová en su reino; aunque había erigido estatuas de becerros, había establecido altares, había asignado sacerdotes y había instituido una fiesta en desobediencia a la ley escrita de Dios. Su pueblo ya les estaba rindiendo culto a deidades cananeas como Baal y Asera en sus lugares altos, y antes de que pasara mucho tiempo parece que los cultos que había en Betel y en Dan fueron “baalizados”. Por los hallazgos arqueológicos sabemos que las estatuas de becerros, como las que erigió Jeroboam, representaban a Baal en la religión cananea. De esa manera, por medio del liderazgo impío de Jeroboam la idolatría invadió el culto oficial en el reino del norte.

Podemos tener alguna idea de la dirección que siguió la vida religiosa de Israel por los relatos bíblicos sobre el ministerio de los profetas Elías y Eliseo, más o menos cien años antes de que Oseas profetizara. El rey israelita de ese tiempo, Acab, se casó con Jezabel, que era una princesa fenicia. La reina Jezabel mantenía a 450 profetas de Baal y a 400 profetas de Asera (1 R. 18:19). No es de sorprender que el profeta en su desaliento pensara que él era el último vocero de Jehová. Dios le reveló a Elías que todavía quedaban 7000 israelitas cuyas rodillas no se habían doblado ante Baal (1 R. 19:18), y le recordó que su palabra todavía estaba obrando en Israel (1 R. 19:18).

Las naciones más poderosas en ese tiempo eran Egipto al suroeste y Asiria al noreste de Canaán. Después del reinado de Jeroboam I, Egipto figuró muy poco en los asuntos cananeos. El poderoso rey asirio Salmanasar III obligó a Jehú, rey de Israel, a pagarle tributo más o menos en el año 841 a.C., pero siguió un

período de más o menos un siglo en que Asiria no hizo ningún movimiento fuerte para imponer su influencia en Canaán.

La debilidad o la indiferencia por parte de Asiria permitió la expansión del reino vecino del norte de Israel, el reino arameo cuyo centro era Damasco. Los arameos, también llamados sirios, dominaron a sus vecinos israelitas durante algunas décadas. Por ejemplo, del hijo del rey Jehú, Joacaz, leemos que “no le había quedado gente, sino cincuenta hombres de a caballo, diez carros, y diez mil hombres de a pie; pues el rey de Siria los había destruido, y los había reducido a polvo como el que se pisotea” (2 R. 13:7).

Un rey asirio, más formidable y activo en el trono, significó problemas para los arameos de Damasco. Cuando Adad-nirari III de Asiria invadió Siria pero no avanzó sobre Canaán, los israelitas bajo el mando de Joás, hijo de Joacaz, aprovecharon la oportunidad y se sublevaron. “Y volvió Joás hijo de Joacaz y tomó de mano de Ben-adad hijo de Hazael las ciudades que éste había tomado en guerra de mano de Joacaz su padre. Tres veces lo derrotó Joás, y restituyó las ciudades a Israel” (2 R. 13:25).

Jeroboam II, hijo de Joás, fue probablemente el líder más fuerte que tuvo el reino del norte, gobernó desde el año 793 hasta el 753 a.C., Jeroboam II fue el que “restauró los límites de Israel desde la entrada de Hamat hasta el mar de Araba” (2 R. 14:25). Hamat estaba al norte de Siria y su territorio bordeaba el río Éufrates; “el mar de Araba” es el mar Muerto. Al mismo tiempo el rey Uzías (también llamado Azarías) estaba edificando los territorios y el prestigio de Judá, el reino del sur. Los límites de los dos reinos israelitas estaban casi a la par en extensión con el imperio unido de David y de Salomón. En apariencia externa éstos eran tiempos prósperos para el pueblo del Señor del Antiguo Testamento.

Sin embargo, desgraciadamente la gloria visible del reino de Israel no implicaba salud espiritual. Como Jehú, Joacaz y Joás antes que él, Jeroboam II “hizo lo malo ante los ojos de Jehová, y

no se apartó de todos los pecados de Jeroboam [I] hijo de Nabat, el que hizo pecar a Israel” (2 R. 14:24). El profeta Amós nos pinta un cuadro vivo de las condiciones en las que estaba la sociedad israelita durante los tiempos de Jeroboam II. Los ricos de la alta sociedad explotaban a los pobres, los mercaderes hacían ganancias deshonestas, el dinero controlaba las cortes judiciales, las multitudes llenaban los lugares santos pero la vida de la gente mostraba que su corazón estaba muy lejos de Jehová.

La religión israelita

Por las denuncias de los profetas y por la arqueología bíblica podemos tener una buena idea de lo que era el culto israelita en el tiempo de Oseas. En los lugares sagrados de Betel y Dan, y quizá también en los santuarios que estaban cerca de la frontera como Gilgal y Beerseba, los sacerdotes continuaban ofreciendo sacrificios, las estatuas de los becerros que había erigido el rey Jeroboam I como representaciones visibles de la presencia de Jehová todavía permanecían en Betel y en Dan. Podemos estar seguros de que todavía había israelitas que eran verdaderos creyentes en Dios y en su prometido Salvador, tal como había sucedido en los tiempos de Elías un siglo antes (1 R. 19:18). Sin embargo, en Betel y en Dan, y en muchos otros lugares altos en muchas partes del territorio, la gente combinaba el culto al verdadero Dios con la religión cananea, que era esencialmente un culto de fertilidad.

Los cananeos creían que El, cuyo nombre significa “dios” o “un dios,” era el padre de los dioses. Su consorte Asera era la madre de setenta deidades. Los más activos de todos esos dioses eran Baal y Astoret (Astarté, también Astarte). Los cananeos pintaban a Baal montado sobre un rayo y lanzando rayos y relámpagos. Ellos creían que Baal los bendecía cada otoño con la lluvia temprana para que fuera posible arar la tierra. Le pedían que siguiera enviando la lluvia durante el invierno y durante la primavera para que reverdecieran los prados y para hacer que la

tierra produjera una buena cosecha. Con la adoración de esas deidades los cananeos pensaban que podían asegurar la fertilidad de los campos y de los rebaños.

Un “lugar alto” cananeo tenía un altar para Baal; una piedra sagrada que se mantenía cerca del altar podía representar la presencia del dios. También cerca del altar había una estaca de madera que representaba a la diosa Asera. En los lugares religiosos cananeos se podían encontrar prostitutas de culto. Al tener relaciones sexuales con ellas, como un acto dedicado a las deidades, los adoradores trataban de asegurarse que sus campos fueran fértiles, de que sus vacas tuvieran terneros y que las ovejas parieran corderos saludables. Cuando los israelitas adoptaron las deidades de la tierra, adoptaron ese ritual de prostitución y también otra horrible característica del culto cananeo: los sacrificios humanos. “Y derramaron sangre inocente, la sangre de sus hijos y de sus hijas, que ofrecieron en sacrificio a los ídolos de Canaán, y la tierra fue contaminada con sangre. Se contaminaron así con sus obras, y se prostituyeron con sus hechos” (Sal. 106:38,39).

Este era el tipo de culto que se había mezclado con la fe del pueblo de Israel. No es difícil ver por qué los profetas usaban el adulterio como una metáfora para hablar de la infidelidad del pueblo para con Jehová, su Creador y Salvador. Esta figura es una característica importante del libro de Oseas.

Bosquejo y resumen del libro de Oseas

El libro de Oseas está compuesto de dos partes desiguales:

- I. El matrimonio del profeta con Gomer: una figura del fiel amor de Jehová por la infiel Israel (1-3); y
- II. El mensaje del profeta: un llamado al arrepentimiento en vista del juicio que se acerca (4-14)

El mensaje del profeta es muy difícil de bosquejar en detalle. En el comentario que sigue, los títulos de capítulos y de párrafos, y con frecuencia las citas del texto, nos servirán como subtítulos

para las dos divisiones principales del libro.

Con frecuencia la predicación de Oseas alterna la amenaza y la promesa, el juicio y la misericordia, la ley y el evangelio. “El libro de Oseas contiene algunas de las denuncias y de las amenazas más apasionadas en el Antiguo Testamento (por ejemplo 13:7,8,15,16). Pero la nota distintiva en Oseas es la semblanza que hace del Dios que nos ama cuando toda posibilidad de amar ha terminado, el Dios que ama ‘otra vez’ (3:1), el Esposo agraviado que perdona lo imperdonable (capítulos 1-3), el padre cuyo ‘corazón se revuelve dentro de sí’, y dentro de quien ‘se inflama toda...compasión’ (11:8) por el hijo rebelde a quien él había guiado con clemencia en su juventud (13:3,4), el Sanador que lastima para poder restaurar con habilidad misericordiosa y con un amor imperecedero, simplemente porque es el amor de Dios y no del hombre (7:1; 11:3; 14:4; véase 5:13; 6:1)”. *

* M. Franzmann, *Concordia Self-Study Commentary* (San Luis: Concordia, 1971), 588.

EL MATRIMONIO DEL PROFETA

OSEAS 1-3

La esposa del profeta

1 Palabra que Jehová dirigió a Oseas hijo de Beerí, en días de Uzías, Jotam, Acáz y Ezequías, reyes de Judá, y en días de Jeroboam hijo de Joás, rey de Israel.

2 Comienzo de la palabra que Jehová habló por medio de Oseas. Dijo Jehová a Oseas:

«Ve, toma por mujer a una prostituta y ten hijos de prostitución con ella, porque la tierra se prostituye apartándose de Jehová.»

3 Fue, pues, y tomó a Gomer, hija de Diblaim,

Oseas presenta las credenciales de su ministerio profético: sus palabras son “la palabra de Jehová”; asocia la fecha de sus profecías con el nombre de Jeroboam (II) hijo de Joás (Joacaz) rey de Israel, que reinó del año 793 al 753 a.C., y con el nombre de cuatro reyes de Judá. El reino de Uzías, el primer rey de Judá que se menciona, coincide aproximadamente con el período de Jeroboam II. Ezequías, el último de los cuatro, llega al trono más o menos en el año 715 a.C. De esa manera la predicación de Oseas se extiende por cuarenta años o más, desde los gloriosos días de Jeroboam II hasta después de la caída de Samaria, la ciudad que era la capital del reino del norte, en el año 722 a.C.

¿Cómo es que un profeta que trabaja en el reino del norte menciona a varios reyes de Judá pero sólo a un rey de Israel, y omite los nombres de Zacarías, Salum, Menahem, Pekaía, Peka y Oseas? Tal vez Oseas les está llamando la atención a sus oyentes al hecho de que los reyes de Israel que gobiernan en Samaria usurparon verdaderamente el trono de la línea real legítima, los reyes de la casa de David que gobiernan en Jerusalén.

El comienzo del llamado de Jehová a Oseas es sorprendente, por no decir más. Aun antes de que el profeta comenzara a predicar, Dios lo llamó para que proclamara su mensaje con su propio cuerpo y con su vida. Con la adoración a las deidades cananeas, el pueblo de Israel está cometiendo adulterio espiritual contra el Señor, que ha sido un fiel Esposo para ellos. En vez de responderle con una fidelidad igual, ellos “se prostituyeron” ante otros dioses (Jue. 2:17, NVI). Jehová llama a Oseas para que predique dando una lección con el ejemplo de su propia vida; el profeta representa al Señor, que ha sido fiel en el amor por su pueblo. La infiel Gomer representa a la nación de Israel. Los “hijos de la infidelidad” representan a los israelitas en lo individual.

Gomer pudo ser una prostituta común, pero también es posible que ella fuera una prostituta del santuario cananeo (algunos piensan que las jóvenes cananeas normalmente les servían de esa manera a las deidades por un tiempo antes de su matrimonio.) Y como Jehová llama a los hijos de Gomer “hijos de prostitución”, parece que no es Oseas, sino alguno de los otros amantes de Gomer, el padre de algunos o de todos ellos. Oseas los debe aceptar como suyos. ¡Qué profunda devoción demanda y recibe Jehová del profeta y todo por ministrar al pueblo de Israel! A Oseas se le llama a amar lo que no inspira amor; eso es lo que Dios mismo hace.

Antes de que preguntemos, “¿Cómo es que Oseas se pudo casar con una mujer como esa?” debemos recordar que Gomer representa a Israel. Si miramos bajo la superficie de nuestra propia vida, nos daremos cuenta de que nosotros también le hemos sido infieles a nuestro Dios. No tenemos ningún derecho a reclamar su amor, así como Gomer no lo tenía al amor de su esposo Oseas. Sin embargo Jehová nos ama. “Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Ciertamente apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno tuviera el valor de morir por el bueno. Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Ro. 5:6-8). No sólo en su mensaje, sino también en su

matrimonio, Oseas proclama las buenas nuevas del misericordioso amor de Jehová por los pecadores indignos como nosotros.

Los hijos del profeta

la cual concibió y le dio a luz un hijo. ⁴Entonces Jehová le dijo:

**«Ponle por nombre Jezreel,
porque dentro de poco castigaré//a la casa de Jehú
a causa de la sangre derramada en Jezreel,
y haré cesar el reinado//de la casa de Israel.**

**⁵Aquel día quebraré el arco de Israel
en el valle de Jezreel.»**

⁶Concibió Gomer otra vez y dio a luz una hija. Dios dijo a Oseas:

**«Ponle por nombre Lo-ruhama,
porque no me compadeceré más//de la casa de Israel,
ni los perdonaré.**

⁷»Pero de la casa de Judá tendré misericordia: los salvaré por Jehová, su Dios. No los salvaré con arco, ni con espada, ni con guerra, ni con caballos ni jinetes».

⁸Después de haber destetado a Lo-ruhama, Gomer concibió y dio a luz un hijo. ⁹Y dijo Dios:

**«Llámalo Lo-ammi,
porque vosotros no sois mi pueblo
ni yo seré vuestro Dios.»**

Cada uno de los tres hijos de Gomer recibe un nombre simbólico. Al primer hijo se le dio el nombre de Jezreel. Ese era el nombre de una ciudad del norte del monte Gilboa. Al oeste y al noroeste el rico valle de Jezreel, que incluía la pradera de Esdraelón, llevaba hacia el Mediterráneo. Al este el valle se estrecha al descender hacia el Jordán. Jezreel era una residencia de los reyes de Israel (1 R. 21:1).

En Jezreel, Jehú, bisabuelo de Jeroboam II y fundador de su dinastía, asesinó a Joram hijo de Acab, su predecesor en el trono israelita. Él mandó lanzar a Jezabel desde una ventana a la calle. A las puertas de la entrada de Jezreel, Jehú hizo poner las cabezas cortadas de setenta príncipes de Acab. “Mató entonces Jehú a todos los que habían quedado de la casa de Acab en Jezreel, a todos sus príncipes, a todos sus familiares, y a sus sacerdotes, hasta que no quedó ninguno” (2 R. 10:11). Aunque Dios hizo rey a Jehú, en lugar de Joram, no sancionó ese derramamiento de sangre. El asesinato de Zacarías, hijo de Jeroboam II y bisnieto de Jehú, va a castiga la brutalidad de Jehú, llevando a su dinastía a un fin sangriento (2 R. 15:8-12).

Pocos años después de que nació Jezreel, hijo de Oseas, los asirios, como instrumento del juicio de Jehová, “quebrarán el arco de Israel”, es decir, llevarán a su fin el poder militar de la nación. Por Libro de Reyes no podemos saber el nombre del lugar donde los asirios ganaron la batalla decisiva antes de sitiar a Samaria; Jehová le puede estar diciendo a Oseas en el versículo 5 que su juicio le traerá la derrota a Israel en el valle de Jezreel, el mismo lugar donde Jehú con sus actos sangrientos estableció la dinastía más grande del reino del norte.

De esa manera Jehová “reduce a nada a los príncipes y aniquila a los jueces de la tierra. Apenas plantados, apenas sembrados, apenas arraigados en la tierra su brote, sopla sobre ellos y se secan, y un torbellino se los lleva como paja” (Is. 40:23,24, Ediciones Paulinas).

A la siguiente hija de Oseas Jehová la llama, “Lo-ruhama”, que significa “No amada” (v. 6). El tiempo de gracia que Dios había dispuesto para el reino del norte como un todo, está llegando a su fin. Jehová, por medio de sus profetas Elías y Eliseo, le había suplicado antes a su pueblo que se arrepintiera, pero ellos se resistieron tércamente al Espíritu Santo y no quisieron escucharlos. Ahora ya había pasado el tiempo de gracia de la nación, aunque los israelitas todavía tenían la oportunidad de oír las advertencias del profeta y de volverse al Señor.

Judá, el reino del sur, no se ha hundido por completo en la idolatría y en la desobediencia. Además, Jehová nunca revocará la promesa incondicional hecha al rey David: “Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente” (2 S. 7:16). Un remanente del pueblo escogido permanecerá en Judá por causa de la promesa del pacto, que finalmente será cumplida durante el reinado del Hijo de David cuya grandeza sobrepasará a la de su padre.

Como la conquista de Canaán que hizo Josué (“no con tu espada, ni con tu arco”, Jos. 24:12), la liberación de Judá será el regalo gratuito de Jehová. En verdad, Jerusalén caerá ante los babilonios (586 a.C.) y los judíos pasarán por la amarga experiencia del exilio. Sin embargo, por su promesa, Jehová los llevará de regreso a su tierra y revelará allí su salvación en la venida del Salvador prometido.

Al segundo hijo de Gomer Jehová le pone el nombre Lo-ammi, que significa “no sois mi pueblo” (v. 9). El nombre del niño repite un mensaje de juicio para el pueblo de Israel. Ya ellos mismos no pueden decir que son los escogidos de Dios, ya no pueden decir que su Dios es Jehová. Con la idolatría y la desobediencia a su ley han quebrantado el pacto que habían hecho con él al pie del monte Sinaí.

En el monte Sinaí Jehová le dijo a su pueblo: “Vosotros visteis lo que hice a los egipcios y cómo os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí. Ahora, pues, si dais oído a mi voz, y guardáis mi pacto vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa” (Ex. 19:4-6). Israel respondió, “Todo lo que Jehová ha dicho, haremos” (Ex. 19:8).

Jehová le hizo esta advertencia a los de su pueblo del Antiguo Testamento por medio de Josué, cuando entraron a la tierra prometida: “Si quebrantáis el pacto que Jehová, vuestro Dios, os ha mandado, yendo a honrar a dioses ajenos e inclinándoos ante ellos, entonces la ira de Jehová se encenderá contra vosotros y desapareceréis rápidamente de esta buena tierra que él os ha dado.”

(Jos. 23:16). Israel no le prestó atención a la advertencia. Por lo tanto, ahora no está sobre ellos la bendición de Jehová sino su maldición; él cumplirá todas las amenazas relacionadas con el pacto de ley en el monte Sinaí (Lv. 26:14-29). Israel ya no es su pueblo y él no será su Dios.

La historia de Israel se mantiene como una advertencia para los creyentes de todos los tiempos. ¿Aprenderemos de la manera en que Jehová trató con su pueblo del Antiguo Testamento a no mezclar la religión falsa con la verdad, a ser guiados por cada palabra que proviene de la boca del Señor y a hacer buen uso de nuestro tiempo de gracia? “Si oís hoy su voz, No endurezcáis vuestros corazones,... Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros un corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entretanto que dura este Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado” (He. 3:7-13).

La promesa de una bendición futura

**¹⁰ Con todo, el número//de los hijos de Israel
será como la arena del mar,
que no se puede medir ni contar.**

**Y en el lugar donde se les dijo:
«Vosotros no sois mi pueblo»,
se les dirá:**

«Sois hijos del Dios viviente.»

**¹¹ Se congregarán los hijos de Judá//y de Israel,
nombrarán un solo jefe
y se levantarán de la tierra,
porque grande será el día de Jezreel.**

**2 Decid a vuestros hermanos://«Pueblo mío»,
y a vuestras hermanas: «Compadecida».**

Aquí encontramos por primera vez una característica del libro de Oseas: el cambio súbito de la amenaza a la promesa, de la ley al evangelio.

Como una mujer adúltera que quebranta el voto matrimonial, el pueblo de Israel había quebrantado el pacto que había hecho con el Dios viviente al pie del monte Sinaí. Sin embargo, mucho tiempo antes del pacto de ley que hizo en el Sinaí Jehová había hecho otro acuerdo con Abraham: “De cierto te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar” (Gn. 22:17). Este fue un pacto de evangelio, anterior al pacto de ley del Sinaí. El pacto de evangelio con Abraham incluía la promesa del Salvador: “En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra” (Gn. 22:18).

Oseas 1:10-2:1 presenta el cumplimiento de esta promesa en términos del Antiguo Testamento. Los de pueblo volverán a ser los hijos de Dios. El reino dividido será nuevamente unido bajo el mando de un líder, el Mesías prometido. La nación entera nuevamente subirá desde la tierra al templo de Jerusalén, como en los días del reino entero, el pueblo de Dios lo adorará unido.

Este será el gran “día de Jezreel” (1:11). En vez de referirse al derramamiento de sangre y a la destrucción que hubo en ese lugar, Jehová juega con el significado del nombre hebreo de la ciudad, “Dios mostrará”. La edad futura en su reino será tiempo para plantar y cultivar, para llevar fruto y para cosechar.

En su revelación neotestamentaria Dios mismo explica el significado de esas promesas. No es la sangre de Abraham fluyendo en nuestras venas sino la fe de Abraham creada en nuestro corazón lo que nos hace hijos de Dios. “Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos... si vosotros sois de Cristo, ciertamente descendientes de Abraham sois, y herederos según la promesa” (Gá. 3:26-29).

Los creyentes, tanto judíos como gentiles, forman el único e íntegro pueblo de Dios, la santa iglesia cristiana (Ef. 2:11-22). El único Líder, Maestro y Rey es el Hijo de David y Señor de David, Jesucristo (Mt. 22:41-45). A diferencia de la adoración del Antiguo Testamento en el templo, el servicio de los cristianos a Dios no está atado a Jerusalén; su adoración le agrada a Dios si se ofrece

“en espíritu y en verdad” (Jn. 4:19-24). Jehová enviará a sus discípulos a sembrar su palabra y a cosechar el alma de los hombres para él, para que los creyentes de todas las naciones se conviertan en su pueblo amado. “En otro tiempo no erais pueblo,” nos recuerda Pedro, “pero ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia” (1 P. 2:10). El apóstol Pablo cita a Oseas 1:10 en Romanos 9:26 para establecer el mismo punto.

En pasajes como Oseas 1:10-21 el sol de la gracia de Dios brilla aún más fuertemente que en cualquier otro lugar, rodeado como está de las oscuras nubes de la aproximación del juicio para el reino de Israel. Tanto la santidad de Jehová como su amor son perfectos; sin embargo su corazón paternal prefiere ejercer la misericordia en vez del juicio: “Donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia” (Ro. 5:20). así es el Dios que tenemos.

Israel es reprendida

2 ¡Contended con vuestra madre, //contended,
por que ella no es mi mujer
ni yo su marido!

Que aparte de su rostro//sus prostituciones,
y sus adulterios de entre sus pechos,
³ no sea que yo la despoje, la desnude
y la deje como el día en que nació;
haga de ella un desierto,
la convierta en tierra seca
y la mate de sed.

⁴ No tendré misericordia de sus hijos,
por que son hijos de prostitución.

⁵ Pues su madre se prostituyó,
la que los dio a luz se deshonró,
por que dijo: «Iré tras mis amantes,
que me dan mi pan y mi agua,
mi lana y mi lino,
mi aceite y mi bebida.»

El profeta apela a sus hijos para reprender a la madre por su infidelidad. Ella no ha actuado como una esposa, por lo tanto él ya no será su esposo. Él apela a Gomer para que deje de mirar con lascivia a otros hombres y de ofrecerles su cuerpo. En vez de depender de su fiel y amoroso esposo para que la alimente, la vista y le dé de beber, ella ha estado persiguiendo a sus amantes, dándoles a ellos el crédito por darle lo que ella necesitaba. Si esa conducta adúltera continúa, el castigo será la desgracia total. Todo el mundo la verá avergonzada, porque su esposo le quitará todo lo que tiene, hasta la ropa. Sin nada que comer ni beber, morirá de sed. Sus hijos compartirán su desgracia, ellos no pueden reclamar el amor de su esposo, porque no son sus hijos.

Otra vez, Oseas representa a Jehová en su amor fiel por su pueblo, y la traidora Gomer representa a la infiel Israel. El profundo amor de Dios por su pueblo no significa que él vaya pasar por alto la idolatría que está apartando a su amada Israel de él. Los creyentes que hay entre su pueblo deberían reprender a su nación (“vuestra madre”, v.2) por seguir a los ídolos. Israel le está atribuyendo a Baal, el dios cananeo de las tormentas, las bendiciones por las que la nación le debería dar gracias a Jehová: la lluvia, los frutos de los campos y de los bosques de olivos, las crías del rebaño. La nación merece perder todas esas bendiciones, convertirse en un desierto yermo y sediento. Los israelitas han perdido el derecho al amor de Dios por su devoción a los ídolos.

El amor de Dios por su pueblo va más allá de todo entendimiento; una medida de su amor es que él reprende su pecado. Él no los dejará seguir en su necio camino porque éste los lleva a la muerte. Él los reprende porque le importan. Su amor debe ser el modelo para el nuestro. En ocasiones puede ser que necesitemos hablarle a alguno de los miembros de nuestra iglesia y tengamos que decirle: “Tus iniquidades han hecho separación entre ti y tu Dios” (Is. 59:2). Los cristianos reprenderán a sus hermanos y hermanas en la fe que caen en el pecado porque se interesan por ellos y porque quieren que se salven.

Israel es castigada

**⁶ Por tanto, cerraré con espinos su camino,
la cercaré con seto
y no hallará sus caminos.**

**⁷ Seguirá a sus amantes,
pero no los alcanzará;
los buscará, pero no los hallará.**

**Entonces dirá://«Regresaré a mi primer marido,
porque mejor me iba entonces//que ahora.»**

Los dioses cananeos eran deidades locales. Esa debe haber sido una de las cualidades que atrajeron a los israelitas cuando entraron a esa tierra después de venir por el desierto. En el desierto habían sido pastores, en Canaán iban a cultivar granos, uvas y aceitunas, así como también iban a cuidar rebaños y manadas. Baal, Asera y Astoret ya se habían “establecido” como deidades de la fertilidad en la nación. Los israelitas olvidaron el severo mandato que les hizo Jehová: “Sus altares destruiréis, quebraréis sus estatuas, destruiréis sus imágenes de Asera y quemaréis sus esculturas en el fuego. ⁶Porque tú eres pueblo santo para Jehová, tu Dios; Jehová, tu Dios, te ha escogido para que le seas un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra.” (Dt. 7:5,6).

Si los israelitas no abandonan la devoción a los dioses nacionales cananeos, Jehová los llevará a donde los dioses cananeos no pueden ir: de regreso por el desierto espinoso al cautiverio. El profeta está hablando sobre el exilio del pueblo de Dios. Ya durante el gobierno del rey Peka (752-732 a.C.) Tiglat-pileser rey de Asiria “tomó Galaad y Galilea—toda la tierra de Neftalí—y los llevó cautivos a Asiria” (2 R. 15:29). En el año 722 a.C. “el rey de Asiria tomó Samaria, y llevó a Israel cautivo a Asiria, y los puso en Halah, en Habor junto al río Gozán, y en las ciudades de los medos” (2 R. 17:6). La dura experiencia del exilio llevará a algunos de los israelitas a recapacitar. Se darán cuenta de

que, comparada con la vida en el exilio, ellos la pasaban mucho mejor cuando Jehová los alimentaba y los guiaba a través del desierto antes de llegar a Canaán.

En ocasiones sólo el amargo sabor que queda después de pecar, es suficiente para hacernos recapacitar y hacernos volver a Jehová. Una persona que es adicta al alcohol o a otras drogas, pierde la salud, la familia y los amigos; el fornicador pierde la frescura de la juventud y se tiene que enfrentar a una vejez solitaria; el tramposo encuentra que a la larga se ha hecho trampa permanentemente a sí mismo a costa de su buen nombre y del respeto a sí mismo. Cuando pasan por esos apuros pueden pensar con nostalgia en el tiempo en que gozaban del amor de Dios y del respeto de sus congéneres. Como el hijo pródigo (Lc. 15:17) vuelven a sus sentidos y se dan cuenta de que: “En ese tiempo yo estaba mejor que ahora”. En ocasiones los hijos de Dios regresan nuevamente a casa por ese camino áspero y espinoso.

El Señor retirará sus dones

**⁸ Ella no reconoció
que yo era quien le daba
el trigo, el vino y el aceite,
quien multiplicaba la plata y el oro
que ofrecían a Baal.**

**⁹ Por tanto, volveré y tomaré
mi trigo a su tiempo
y mi vino en su estación;
le quitaré mi lana y mi lino
que le había dado para cubrir//su desnudez.**

**¹⁰ Ahora descubriré su locura
delante de los ojos de sus amantes,
y nadie la libraré de mis manos.**

**¹¹ Haré cesar todo su gozo,
sus fiestas, sus nuevas lunas,
sus sábados**



Baal

y todas sus solemnidades.

¹² Haré talar sus vides y sus higueras,

de las cuales dijo:

«Éste es el salario

que me dieron mis amantes.»

Las convertiré en un matorral

y se las comerán las bestias del campo.

¹³ La castigaré por los días

en que quemaba incienso a los baales,

cuando se adornaba con sortijas//y collares

y se iba tras sus amantes

olvidándose de mí, dice Jehová.

Moisés le advirtió al pueblo de Israel en la frontera de la tierra prometida, “allí comerás y te saciarás, y bendecirás a Jehová tu Dios por la buena tierra que te habrá dado. Cuídate de no olvidarte de Jehová tu Dios, para cumplir sus mandamientos, sus decretos y sus estatutos que yo te ordeno hoy” (Dt. 8:10,11). Los israelitas le llevaron sus sacrificios a Baal a los lugares altos, y ya no fueron a adorar al templo de Jehová en Jerusalén, porque olvidaron a Jehová y su liberación. Jeroboam I y sus sucesores en el trono de Israel pudieron imponer el mandato de rendir culto en Betel y en Dan fue porque la gente quería olvidar al Dios viviente.

Jehová empobrecerá a los de su pueblo quitándoles el alimento, la ropa y todos los productos de la tierra. Israel no escapará a su juicio; ciertamente los baales no la salvarán: “Nadie la libraré de mis manos”, dice Jehová (v.10). Cesarán todas las fiestas religiosas, la fiesta del peregrinaje anual que fue proclamada por Jeroboam I y los otros días sagrados que Israel conservó después de separarse de Judá, porque el pueblo exiliado ya no vivirá en la tierra de Canaán.

En la religión cananea, la gente quemaba su incienso, ofrecía sus sacrificios y llevaba a cabo sus ceremonias con el pensamiento de que el dios respondería a sus cultos dándoles abundantes cosechas y baños saludables. Así como los adoradores de Baal

cometían fornicación con sus prostitutas en los lugares altos, también el dios debía responder fecundando los campos con la lluvia del otoño e invierno. Esa era la religión adoptada por Israel: ella dijo que sus vides y sus higueras eran “mi salario que me dieron mis amantes” (v. 12). Como en todas las religiones fabricadas por los humanos, el hombre hacía algo por el dios, y el dios debía responder con sus bendiciones.

Cuando Israel fue al cautiverio, las descuidadas vides e higueras crecieron hasta formar espesos bosques. En vez de los rebaños y manadas, los animales salvajes poblaban la tierra. Cuando los asirios establecieron a inmigrantes paganos en el territorio de Samaria, Jehová: “envió contra ellos leones que los mataban” (2 R. 17:25). Dios quitó las bendiciones que había derramado sobre Israel con el regalo de la tierra prometida. “Todo esto sucedió porque los israelitas habían pecado contra el SEÑOR su Dios, que los había sacado de Egipto, librándolos del poder del faraón, rey de Egipto. Adoraron a otros dioses y siguieron las costumbres de las naciones que el SEÑOR había expulsado delante de ellos, como también las prácticas que introdujeron los reyes de Israel.” (2 R. 17:7,8 NVI). “Se iba tras sus amantes olvidándose de mí” dijo Jehová (v.13).

Es fácil orar: “En el tiempo de nuestras tribulaciones, ayúdanos, buen Señor”, pero el buen Señor nos enseña a orar pidiendo su ayuda en todo momento, incluso en la prosperidad, que es cuando lo podemos olvidar más fácilmente. Los israelitas olvidaron a Jehová en “una tierra buena y ancha, tierra que fluye leche y miel” (Ex. 3:8), que les había dado en cumplimiento de su promesa. La advertencia que Dios le hizo a su antiguo pueblo es muy apropiada para la gente pudiente del mundo de hoy: “(No) digas en tu corazón: Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza, sino acuérdate de Jehová tu Dios, porque él es quien te da el poder para adquirir las riquezas” (Dt. 8:17,18).

Israel restaurada

**14 Por eso voy a seducirla;
la llevaré al desierto
y hablaré a su corazón.**

**15 Le daré sus viñas desde allí,
y haré del valle de Acor
una puerta de esperanza.**

**Y allí cantará, // como en los días de su juventud,
como en el día de su subida // de la tierra de Egipto.**

**16 En aquel tiempo, dice Jehová,
me llamarás Ishi,
y nunca más me llamarás Baali.**

**17 Porque quitaré de su boca // los nombres de los baales,
y nunca más se mencionarán // sus nombres.**

En ocasiones cuando un matrimonio está a punto de naufragar, la pareja puede arreglar su relación comenzando nuevamente el viaje desde el principio. El esposo corteja a su esposa, y ella responde como si él la estuviera pretendiendo por primera vez. En la relación de Jehová con Israel, todas las equivocaciones fueron cometidas por Israel y todo el amor inmerecido y el cuidado procedieron de él. Sin embargo, aunque Israel ha ido por su propio camino de indiferencia, Jehová la corteja nuevamente. Él se pinta a sí mismo como un enamorado que invita a su bien amada a caminar con él, para poder hablarle tiernamente. ¿Por qué? Israel lo había olvidado. “Por eso, voy a seducirla” (v.14). Sólo porque ella lo ha olvidado, él va tras ella. Él la ama tanto que no la dejará marchar sin hacer todo lo que esté en sus manos para recobrarla.

Aquí hay otro aspecto del exilio de Israel. La misma acción de Dios que castiga a la nación israelita por su terca idolatría es también un esfuerzo de su amor para recuperar el corazón de aquéllos que son miembros de su pueblo. En su misericordia Jehová le devolverá al pueblo penitente las vides que su juicio justo le quitó.

El valle de Acor (Acor significa “desgracia” o “desastre”) fue el lugar donde Acán fue apedreado después que en su desobediencia había tomado para sí ropa, plata y oro de la condenada ciudad de Jericó (Jos. 7). “Acor” llega de esa manera a representar la desgracia que viene como resultado de la desobediencia. El exilio, la desgracia que les sobrevino por la desobediencia de Israel, será para algunos del pueblo de Israel una puerta a la esperanza, porque Jehová lo usará para guiarlos al arrepentimiento. Un pueblo arrepentido responderá a la bondad de Jehová con el primer amor que algunos de ellos le demostraron cuando siguieron al que los condujo fuera de Egipto.

Por la época de Oseas la adoración a Jehová en Betel y en Dan se había vuelto tan “baalizada” que el pueblo hasta llamaba “mi Baal” a Jehová mismo, lo que significa “mi Ishi (amo)” (v.16). Los israelitas que se arrepientan de la idolatría le responderán a Jehová reconociéndolo como el legítimo y amoroso esposo que él había demostrado que era. Él reveló su nombre “YO SOY EL QUE SOY” por medio de Moisés (Ex. 3:14), y quiere que lo recuerden como el fiel y amoroso Jehová del pacto. Los israelitas arrepentidos no lo llamarán más “mi Baal”.

Para nosotros no es difícil entender este aspecto del “juicio” del exilio de los israelitas. El crimen y el castigo van juntos. Pero Oseas nos enseña que en el corazón de Dios arde con más fuerza el amor que la ira. Aun en el acto mismo de castigar la idolatría de Israel, él busca el arrepentimiento de su pueblo. Hasta cuando los arranca de la tierra prometida, él está llamando amorosamente a los perdidos para que regresen y está obrando para que llegue el día en que la arrepentida Israel encuentre nuevamente a su primer amor.

Los cristianos pueden dar testimonio de que el fuego del amor de Dios arde tan fuertemente hoy día como antes. Él podrá hacer pedazos una vida, pero lo hace para poder sanarla; él hiere para poder vendar las heridas (6:1). Simplemente no hay límite para su promesa de que “a los que aman a Dios, *todas las cosas* los ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.”

(Ro. 8:28). La rebelde ingratitud de todo el mundo pecador no podría extinguir su amor, del que cantamos: “El rey de amor es mi pastor, Su amor es verdadero; Su amparo no me faltará Pues yo soy su cordero “ (Culto Cristiano, 239:1).

El gran día de salvación de Jehová

**18 En aquel tiempo haré en favor de ellos//un pacto
con las bestias del campo,
con las aves del cielo
y las serpientes de la tierra.**

**Quitaré de la tierra el arco,//la espada y la guerra,
y te haré dormir segura.**

**19 Te desposaré conmigo para siempre;
te desposaré conmigo en justicia,
juicio, benignidad y misericordia.**

**20 Te desposaré conmigo en fidelidad,
y conocerás a Jehová.**

“En aquel tiempo” Jehová hará un nuevo pacto entre su pueblo y todos los animales de la creación.

La discordia entre el hombre y Dios, que es resultado de la caída en el pecado, también resultó en la discordia entre el hombre y la naturaleza. La tierra fue maldecida y produjo espinas y cardos, y los animales no se sometían voluntariamente al hombre caído. En vez de eso, las aves y las bestias perjudican las cosechas y los rebaños. “En aquel tiempo” el hombre y los animales vivirán en armonía. Los animales se someterán por completo al hombre en este reino pacífico (véase Is. 11:6-9).

La caída en el pecado también trajo discordia entre hombre y hombre. En todas las épocas de la historia del mundo el arco y la espada, o la bomba y el misil, y la batalla dan evidencia de esa discordia. Israel la experimentó en el tiempo de Oseas cuando el rey de Asiria, más o menos en el año 732 a.C., desmembró el reino de Peka y convirtió la mayor parte en provincias asirias (2 R.

15:29). Pero “en aquel tiempo” todos podrán dormir tranquilamente, porque Dios abolirá la guerra y las armas. “No alzaré espada nación contra nación, ni se adiestrarán para la guerra” (Is. 12:4).

La discordia más profunda que existe en el mundo es la que hay entre el hombre y su Creador. La evidencia está por todas partes en el pueblo de Oseas: en su falta de fidelidad y amor, en su rechazo de reconocer a Dios como tal, en maldecir, mentir, asesinar, robar y en cometer adulterio. Todo esto llena sus ciudades (4:1,2). La enemistad entre el hombre y Dios también llegará a su fin “en aquel tiempo”. Será como un nuevo matrimonio, una ceremonia de compromiso en la que Dios mismo se comprometerá a su pueblo para siempre. Como dote, él le dará a su pueblo regalos que también van a transformar por completo la relación de unos con otros: rectitud, justicia, misericordia y compasión se encontrarán en Israel, porque el pueblo de Dios “conocerá a Jehová” (v.20) como su esposo fiel.

¿Cuándo llegará “aquel tiempo”? “En aquel tiempo” es otra manera de decir “el día de Jehová”. Ése será el día del juicio divino (Jl. 2:31; Am. 5:18-20) y el día de su salvación (Jl. 3:18-21; Am. 9:11-15). “Ciertamente viene el día, ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa. Aquel día que vendrá, los abrasará . . . □ Mas para vosotros, los que teméis mi nombre, nacerá el sol de justicia y en sus alas traerá salvación.” (Mal. 4:1,2). “Aquel día” es una manera profética de describir *el tiempo en el que el Salvador vendrá como Salvador y Juez*.

Las promesas sobre “aquel tiempo” se han cumplido en la venida de Jesús. “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (2 Co. 5:19), y de esta manera le puso fin a la discordia que trastornaba a su creación. “Al mundo libra de maldad, bondad nos da y amor” (Culto Cristiano, 10:3). Las bendiciones eternas de esta reconciliación serán reveladas por completo cuando Cristo regrese en gloria. En palabras de Oseas, entonces él se desposará

con su pueblo por toda la eternidad. “¡Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero!” (Ap. 19:9). De esta manera la expresión que usa el profeta “en aquel tiempo” abarca toda la era del Nuevo Testamento y la eternidad.

**21 En aquel tiempo yo responderé, // dice Jehová;
responderé a los cielos,
y ellos responderán a la tierra,
22 y la tierra responderá al trigo,
al vino y al aceite,
y ellos responderán a Jezreel.
23 La sembraré para mí en la tierra;
tendré misericordia de Lo-ruhama
y diré a Lo-ammi: // «¡Tú eres mi pueblo!»,
y él dirá: «¡Dios mío!»**

En varios pasajes los profetas describen las bendiciones del reino del Mesías con un cuadro en el que la naturaleza será más pródiga. Joel dice que “los montes destilarán mosto, y los collados fluirán leche, y por todos los arroyos de Judá correrán las aguas” (3:18). Según Amós, la cosecha será tan abundante que el segador todavía estará trabajando cuando el arador comience a preparar la tierra para la cosecha del próximo año (9:13). Oseas pinta a Jehová respondiendo con su palabra a los cielos que están a la espera, para poder enviar la lluvia; los cielos responderán a la necesidad que tiene la tierra de humedad y la tierra responderá a la necesidad que tienen el grano, los viñedos y los olivos de agua y de alimento. Finalmente el grano, el vino y el aceite responderán a la necesidad de Jezreel, “Dios siembra”; el nombre del hijo de Oseas representa aquí al pueblo redimido de Jehová.

El pueblo mismo de Dios será plantado en la tierra y nunca más serán arrancados de allí (Am. 9:15). Habrá un cambio completo en los destinos de Israel, mostrado por el nuevo nombre de los otros dos hijos del profeta, quienes también representan al

pueblo de Israel. “No amada” ahora se llamará “Amada” y “No mi pueblo” se llamará “Mi pueblo”; y ellos confesarán a Jehová, “Dios mío” (v.23).

¿Debemos esperar que el Señor Jesucristo nos provea de abundantes granos, vino y aceite de olivo en su reino? Como él no es un rey terrenal (Jn. 18:36), tampoco las bendiciones de su reino son las comunes de comida y bebida terrenales. Él mismo, el Pan de Vida, es lo que nuestra alma necesita (Jn. 6:35). Su palabra sostiene la vida espiritual, y su evangelio, la seguridad de la vida eterna, hace que nuestro corazón se sienta feliz. Tenemos todo lo que necesitamos porque él ha dicho que nunca nos dejará ni nos abandonará (He. 13:5). El profeta pinta las bendiciones espirituales del reino de Dios en términos de las bendiciones terrenales de la Israel del Antiguo Testamento.

¿Debemos esperar que el pueblo judío sea “plantado” en la tierra de Canaán en los últimos tiempos? Algunos maestros lo dirían, pero los descendientes de Abraham a quienes les fue hecha esa promesa son aquellos de quienes dice Pablo: “Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús... si vosotros sois de Cristo, ciertamente descendientes de Abraham sois, y herederos según la promesa” (Gá. 3:26,29). Pablo también cita a Oseas 2:23 en Romanos 9:25 para enseñar la misma verdad. A todos los cristianos, judíos y gentiles, Pedro les repite la promesa de la bendición que fue dada por medio de Oseas: “Los que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia” (1 P. 2:10).

La reconciliación de Oseas con su esposa

3 Me dijo otra vez Jehová: «Ve y ama a una mujer amada de su compañero y adúltera; así ama Jehová a los hijos de Israel, aunque ellos se vuelven a dioses ajenos y aman las tortas de pasas.»² Entonces la compré para mí por quince siclos de plata y un homer y medio de cebada.³ Le

dije: «Tú serás mía durante muchos días; no fornicarás ni te entregarás a otro hombre, y yo haré lo mismo contigo.»

⁴ Porque muchos días estarán los hijos de Israel sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin estatua, sin efod y sin terafines. ⁵ Después volverán los hijos de Israel, buscarán a Jehová, su Dios, y a David, su rey; y temerán a Jehová y a su bondad al fin de los días.

Gomer, la esposa de Oseas, lo había dejado. Había comenzado una relación adúltera con otra persona. Si nos sorprendimos por el primer mandato que le dio Jehová al profeta, “Ve, toma por mujer una prostituta” (1:2), este segundo mandato seguramente va más allá de todo entendimiento humano. Es más, de acuerdo con algunas traducciones de la Biblia, entre ellas la *New International Version* (en inglés), La Biblia de las Américas, y posiblemente la Nueva Versión Internacional (“esa mujer”), se puede entender que la “mujer” del versículo 1 es una referencia a Gomer, la prostituta con la que Oseas se había casado antes. Si una mujer era divorciada y después se casaba con otro hombre, la ley de Jehová decía que su primer esposo no debía tomarla nuevamente (Dt. 24:1-5). Esa conducta no debía ser tolerada en Israel. Sin embargo, parece que Dios dirige a Oseas no sólo a buscar nuevamente a la adúltera Gomer, sino también a amarla.

Nuevamente el amor del profeta nos pinta el amor de Dios. Israel se ha vuelto a los ídolos, Baal, y el becerro de Betel, no sólo una vez sino muchas veces. Les gusta comer y ofrecer tortas sagradas de pasas, que por lo visto eran una parte de la adoración a los ídolos cananeos. (En Jeremías 7:18 las mujeres preparan tortas para una diosa, la “reina del cielo”). Cuando Jehová reprendió a su pueblo, ellos se negaron a escuchar a sus profetas. Sin embargo, aun ahora a él le importan ellos, provee para ellos, los ama. Aquí Oseas recibe nuevamente a su esposa al comprarla de su amante, pagando por ella el precio de una esclava: más o menos 170 gramos de plata y nueve o diez medidas de cebada. Con la compra de Gomer que hace Oseas, Jehová está ilustrando

su amor fiel que permanece constante a través de todas las pruebas de la infidelidad de Israel.

¿Por qué escogió Dios a Israel al comienzo de su historia nacional? “Porque Jehová os amó y quiso guardar el juramento que hizo a vuestros padres, os ha sacado Jehová con mano poderosa, y os ha rescatado de servidumbre, de la mano de Faraón, rey de Egipto” (Dt. 7:8) ¿Por qué es que Jehová llama a Israel para que regrese, y la persigue, por decirlo así, cuando ella lo ha abandonado? Su amor perdurable por su pueblo hace que él haga todo lo posible para hacerla nuevamente suya.

El mandato que el profeta le da a su esposa de que se guarde solamente para él, se explica en el siguiente versículo. Los israelitas en su exilio ya no tendrán ni un rey ni un príncipe de su pueblo. Y como serán arrancados de Canaán, tampoco podrán participar en los cultos cananeos. No podrán ofrecerle sacrificios a Baal. No visitarán los símbolos de las deidades de Canaán, las piedras sagradas como la de Betel (Gn. 28:18) ni los lugares altos paganos. No usarán el efod, la vestidura sacerdotal (Ex. 28:6-8) que se usaba para consultar la voluntad de Dios (1 S. 23:9-12), que también evolucionó hasta convertirse en un tipo de ídolo (Jue. 8:27). Tampoco le rendirán culto al terafín cananeo o dioses del hogar (véase también Génesis 31:34). En su exilio también estarán separados, por supuesto, de los prescritos sacrificios y de adorar al verdadero Dios en el templo de Jerusalén. ¿Cuál será el propósito de esa separación tanto del verdadero culto como del falso? Israel tiene que aprender que Jehová no envía su salvación en respuesta a los sacrificios del hombre. Dios salva gratuitamente, solamente por su misericordia y por su amor que no merecemos. La liberación que hace Dios del resto del pueblo que queda en el exilio los llevará a venir con temor reverencial a buscarlo a él, a sus bendiciones prometidas y a su prometido Salvador, el Hijo de David (2 S. 7:11-16). No es el culto que el hombre le rinde lo que hace que Dios le otorgue la salvación, más bien, Jehová condesciende en bajar desde el cielo con su gracia y su salvación.

De esta manera él y sus dones gratuitos inspiran verdadera adoración.

Excepto por una referencia aislada (“tu madre”, 4:5), éste es el fin de la historia del matrimonio de Oseas. Algunos estudiosos de la Biblia han sugerido que Oseas no se casó realmente con Gomer, sino que el mandato de Dios fue simbólico. Algunos se han hecho esta pregunta: si Jehová no permitía que un sacerdote se casara con una prostituta ni con una mujer divorciada (Lv. 21:7), ¿cómo pudo él permitir que su profeta Oseas se casara con una mujer como Gomer?

Jehová, que había dado una regla para los sacerdotes, pudo hacer caso omiso de ella al darle una misión especial a su profeta Oseas. Detalles tales como los nombres “Gomer, hija de Dibláyim” (que no tienen ningún significado especial), la concepción de sus hijos y el precio que el profeta pagó para recuperarla, hacen que parezca bastante evidente que los acontecimientos ocurrieron realmente. El profeta, su esposa y su matrimonio verdadero son una figura simbólica de Jehová, su pueblo Israel y la relación entre ellos. Gomer es una esposa adúltera: de la misma manera Israel le ha sido infiel a Dios. Jehová ama a su pueblo con amor eterno: así también Oseas ama fielmente a Gomer y hace todo lo que está a su alcance para que ella siga siendo su esposa.

En medio de nuestro disgusto por la vil y voluble Gomer ¿podemos percibir en alguna forma, por pequeña que ésta sea, cómo debe aparecer ante los ojos de Dios el pecado, todos y cualquiera que sean? Cada uno de nosotros tiene sus pecados favoritos que viven constantemente con nosotros, tal como los perros o los gatos que viven en nuestra casa. Sin embargo, bajo ninguna circunstancia puede ver Dios nuestros pecados como si fueran inofensivos animalitos domésticos de su familia. Cualquier pecado nos puede separar de Dios, porque demuestra que algo es más precioso para nuestro corazón que nuestro Padre y su voluntad. La codicia, por ejemplo, es idolatría, y “por estas cosas

viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia” (Ef. 5:6). ¿Podemos aprender a reconocer en la adúltera Gomer una imagen vil y voluble de nosotros mismos? Es difícil que lo reconozcamos, y difícil de admitir cuando lo vemos, porque “engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” (Jer. 17:9).

Las Escrituras usan muchas comparaciones del amor de Dios. Su amor por los que lo respetan es tan grande como los cielos que están sobre la tierra (Sal. 103:11). Él siente compasión por su pueblo así como un padre siente compasión por sus hijos (Sal. 103:13). Seguramente entre todas esas comparaciones uno de los cuadros más vívidos del amor de Dios por los pecadores es el amor de la vida real del profeta Oseas por la indigna Gomer. Solamente en la vida y la muerte de Jesús podemos ver todavía más claramente el propósito eterno que tuvo Dios de venir a “buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lc. 19:10).

De esta manera los tres primeros capítulos del Libro de Oseas ilustran lo que dice Pablo, “Cristo murió por los impíos” (Ro. 5:6) y “Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero” (1 Ti. 1:15). Oseas describe el inmerecido amor de Dios por cada uno de nosotros: “¡Oh Dios de amor perfecto! A ti venimos ante tu trono excelso, en oración; Concede amor sin término a tus hijos” (Culto Cristiano, 283:1).

Las acusaciones de Jehová contra Israel

4 Oíd la palabra de Jehová,
hijos de Israel,
porque Jehová contiene
con los moradores de la tierra,
pues no hay verdad, ni misericordia,
ni conocimiento de Dios en la tierra.
² El perjurio y la mentira,
el asesinato, el robo y el adulterio//prevalecen,
y se comete homicidio tras homicidio.
³ Por lo cual se enlutará la tierra
y se extenuará todo morador de ella;
las bestias del campo, las aves del cielo
y aun los peces del mar morirán.

Jehová convoca a todo el pueblo de Israel a la corte para que responda a los cargos que les hace. A los israelitas no se les puede confiar que lleven a cabo sus deberes, no demuestran ni fidelidad ni lealtad en el cumplimiento de las promesas que se hacen uno a otro. Se niegan a reconocer a Jehová como su Dios, en vez de eso no hacen caso de su voluntad en palabra y obra, de modo que todo tipo de pecado contamina la tierra que él le dio a su pueblo. El Juez pronuncia su sentencia: habrá una gran sequía, para que mueran los animales de tierra, aire y mar.

Un Dios, Jehová, está tras la ley moral y tras las leyes de la naturaleza. Su gobierno armonioso se extiende sobre todas las cosas. El sol y las nubes, la vegetación y los animales obedecen su palabra sin falta, pero la humanidad pecadora pasa por alto sus mandamientos. Aun la nación que él escogió especialmente, y bendijo, se niega a reconocerlo. Jehová usa su gobierno sobre la

naturaleza para reprender a Israel por su rebelión. Por medio de Moisés él les había advertido en el monte Sinaí: “Pero si no me escucháis ni cumplís todos estos mandamientos, si despreciáis mis preceptos y vuestra alma menosprecia mis estatutos, si no ponéis en práctica todos mis mandamientos e invalidáis mi pacto, yo también haré con vosotros esto... quebrantaré la soberbia de vuestro orgullo, y haré vuestro cielo como hierro, y vuestra tierra como bronce. Vuestra fuerza se consumirá en vano, porque vuestra tierra no producirá nada, y los árboles del campo no darán su fruto” (Lv. 26:14-16,19,20).

Hoy en día mucha gente no reconoce la ley moral que está sintetizada en los Diez Mandamientos, ni las leyes de la naturaleza, como los principios físicos que gobiernan el tiempo, como evidencia de la autoridad del Creador. Ellos creen que la gente acepta la ley moral sólo porque es una tradición social o porque han sido criados de esa manera en su infancia. Ellos también llegan a pensar que las leyes de la naturaleza son solamente un asunto de múltiples causas físicas y sus efectos.

Las Escrituras enseñan que un Dios, el mismo Jehová que habló por medio de Oseas y de los otros profetas, ordena la justicia en su ley, declara justos a los pecadores debido a la justicia perfecta de Cristo y también controla totalmente el universo natural, la tierra, el mar, el aire y el espacio interastral. Él puede bendecir o puede retirar su bendición. Jesús dice: “*Toda* autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra” (Mt. 28:18). ¿Recordamos esta verdad cuando leemos los diarios o cuando miramos el noticiero por la noche? ¿La recordamos cuando oramos?

Jehová castigará al pueblo y a los sacerdotes

⁴ «¡Que nadie acuse ni reprenda a otro!

Tu pueblo es como los que resisten//al sacerdote.

**⁵ Tropezarás por tanto en pleno día,
y de noche el profeta tropezará contigo,
y a tu madre destruiré.**

**6 Mi pueblo fue destruido
porque le faltó conocimiento.
Por cuanto desechaste el conocimiento,
yo te echaré del sacerdocio;
puesto que olvidaste la ley de tu Dios,
también yo me olvidaré de tus hijos.**

**7 »Cuanto más aumentaban,
más pecaban contra mí;
pues también yo cambiaré//su honra en afrenta.**

**8 Del pecado de mi pueblo comen,
y en su maldad levantan su alma.**

**9 Lo mismo será con el pueblo//que con el sacerdote:
los castigaré por su conducta
y les pagaré conforme a sus obras.**

Sabemos que los escribas hebreos trabajaban con un especial esmero y que hasta contaban las letras cuando copiaban a mano las Escrituras antes que fuera inventada la imprenta. Sin embargo en no pocos versículos de Oseas, tal vez más que en cualquier otro libro del Antiguo Testamento, el texto hebreo parece haber sufrido cuando fue copiado y vuelto a copiar por los escribas. Además, Oseas escribe en un estilo brusco de manera que no siempre podemos seguir la conexión que él hace entre las oraciones. Los versículos 4 y 5 del capítulo 4 son difíciles de entender. Sin embargo, es claro que el versículo 6 y los siguientes están dirigidos a los sacerdotes de Israel. Por tanto interpretamos los versículos 4 y 5 de una manera que encaja con el versículo 6. Cuando encontramos versículos difíciles en las Escrituras, tratamos de entenderlos en su contexto y a la luz de otros pasajes claros.

Los sacerdotes de Israel, como líderes que conducían el culto para el pueblo, tenían una responsabilidad especial por los pecados que plagaban la tierra, que se describen en los primeros versículos de este capítulo. “Los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría, y de su boca el pueblo buscará la ley; porque él es el

mensajero de Jehová de los ejércitos” (Mal. 2:7). Cuando la gente de Israel lleva una vida inmoral, ellos mismos son los culpables. Sin embargo las acciones pecadoras del pueblo son como testigos que traen cargos contra el sacerdocio, porque los sacerdotes son sus maestros y sus ejemplos.

Los otros líderes espirituales de Israel son los profetas que, excepto los pocos verdaderos voceros de Jehová como Oseas y Amós, profetizaban en el nombre de Baal (véase Jer. 2:8). Tanto los sacerdotes infieles como los falsos profetas, son guías ciegos que guían a otros ciegos. En vez de mostrarle al pueblo el camino recto de Jehová, ellos “tropezaron día y noche” (v. 5), no le dieron constantemente al pueblo una guía clara con respecto a la voluntad de Dios y no fueron un buen ejemplo de lo que es vivir en temor reverente de Dios. Jehová va a destruir a Israel por su falta de conocimiento espiritual. En el versículo 5 se dice que la nación es la “madre” del individuo israelita, lo que hace recordar a Gomer y a sus hijos en los capítulos 1 a 3.

Los sacerdotes son culpables de más que de la simple ignorancia; ellos están rechazando por su voluntad el conocimiento de Dios que él les dio en su palabra. Esos líderes se descalifican como siervos de Dios, y Jehová por consiguiente los rechazará; y como siguen por su propio camino en desobediencia voluntaria a la ley de Moisés, Dios dice que desconocerá a sus hijos. El sacerdocio heredado llegará a su fin.

Jeroboam I “volvió a designar sacerdotes de los lugares altos de entre el pueblo, y a quien quería lo consagraba para que fuera de los sacerdotes de los lugares altos” (1 R. 13:33). Tal vez los reyes del tiempo de Oseas continuaban con esta práctica, pero como el número de sacerdotes se multiplica en Israel, su gran número solamente significa un aumento de la idolatría y de la inmoralidad, y no una amplia difusión del culto al verdadero Dios. En vez de servirle a Jehová, la verdadera Gloria de Israel, los líderes espirituales le servían a “su maldad”, Baal y Astoret (v.7). Al disfrutar de la porción de las ofrendas que la gente llevaba a los santuarios dedicados al becerro y a los lugares altos, los

sacerdotes estaban alimentando la idolatría impía de Israel y la saboreaban. “□Lo mismo será con el pueblo que con el sacerdote” (v.9): el pueblo y sus líderes espirituales son similares en su idolatría, y Jehová les pagará con la misma moneda. Todos ellos sufrirán juntos su castigo.

Comparando su profeta a un “atalaya a la casa de Israel”, Jehová le dijo a Ezequiel, “oirás pues, mi palabra, y los amonestarás de mi parte. Cuando yo diga al impío: De cierto morirás; si tú no los amonestas ni les hablas, para que el impío sea advertido de su mal camino, a fin de que viva, el malvado morirá por su maldad, pero su sangre demandaré de tu mano” (Ez. 3:17,18). También en el Nuevo Testamento Dios les dice a los líderes espirituales mantengan su vigilancia sobre nosotros “como quienes han de dar cuenta” (He. 13:17).

Mientras todos nosotros deberíamos proponernos conocer a Jehová y las enseñanzas de su palabra, nuestros pastores y maestros tienen una responsabilidad muy grande ante Dios. Los pastores que no hacen caso de la Palabra pueden guiar a muchas ovejas a la ruina. Pero terminando con una nota positiva, bien podríamos decir lo que dice el himno 111 del Culto Cristiano:

Señor, has que la iglesia,
De tu luz resplandor,
Mantenga en la naciones
Tu celestial fulgor.
Levanta mensajeros
Que anuncien tu verdad.
Y muchos logren verte
Allá en la eternidad. Amén

Los pastores y los maestros fieles nos instruyen en la pura Palabra de Dios, nos llaman a arrepentirnos de nuestros pecados y les hablan la palabra de perdón a los pecadores arrepentidos. Por medio de las buenas nuevas que ellos predicán y de los sacramentos que administran, Dios mismo llega a nosotros desde el cielo con sus misericordiosos dones de perdón y de vida eterna.

Líderes como estos merecen que los sigan y los honren como embajadores de Cristo. Oramos para que nuestro Salvador nos dé pastores y maestros fieles para que ni nosotros ni nuestros hijos seamos eternamente “destruidos debido a la falta de conocimiento”, tal como Israel lo fue (v. 6).

Un pueblo sin entendimiento perecerá

**¹⁰ Comerán, mas no se saciarán;
fornicarán, mas no se multiplicarán,
porque dejaron de servir a Jehová.**

**¹¹ »Fornicación, vino y mosto
quitan el juicio.**

**¹² Mi pueblo consulta//a su ídolo de madera,
y el leño le responde;
porque un espíritu de fornicación//lo hizo errar,
y dejaron a su Dios por fornicar.**

**¹³ Sobre las cimas de los montes//sacrificaron,
y quemaron incienso sobre los collados,
y debajo de las encinas, álamos y olmos,
pues buena es su sombra.**

**Por tanto, vuestras hijas fornicarán
y vuestras nueras cometerán adulterio.**

**¹⁴ No castigaré a vuestras hijas//cuando forniquen,
ni a vuestras nueras//cuando cometan adulterio;
porque ellos mismos se van con rameras,
y con malas mujeres sacrifican.**

Por tanto, el pueblo sin entendimiento//caerá.

La división de los versículos 10 a 12, variando de una traducción a otra, muestra nuevamente la dificultad del texto hebreo. Sin embargo el rumbo de las palabras de Oseas es claro.

La gente no puede obtener una satisfacción duradera al comer y al beber vino, a lo que el profeta hace referencia, ya que eso

forma parte de la religión de Baal. Los fieles israelitas están celebrando, ofreciéndoles sacrificios a los ídolos bajo la agradable sombra de los árboles en los lugares altos de los cananeos. Están teniendo relaciones sexuales con las prostitutas para hacer que sus cosechas, sus rebaños y su familia aumenten. Esa conducta es una abominación para el todopoderoso, Jehová Dios, el dador de todo buen don. Ciertamente, él no les enviará sus bendiciones en respuesta a las oraciones y sacrificios que hace Israel en los santuarios de Baal.

¡Cuán insensatos se vuelven los adoradores de los ídolos cuando se dejan llevar por sus propios apetitos lascivos! Los israelitas se han vuelto tan tontos que adoran a un ídolo de madera y tal vez usan una vara de adivinación (si es que “el leño” refiere a eso). Tal vez arrojan un leño especial al piso y observan cuidadosamente la manera en que cae, para determinar la voluntad de sus dioses. Como una esposa infiel a su verdadero esposo, Israel abandona al todopoderoso Jehová, el Dios viviente, para cometer adulterio físico y espiritual al rendirles culto a los ídolos inanimados e ineficaces.

La adoración a los ídolos está llevando a las familias de Israel a tener tristes experiencias. Las hijas y nueras siguen a sus padres a los santuarios de Baal y se convierten en prostitutas del culto. De esa manera los padres con su mal ejemplo están trayendo juicio no sólo sobre ellos mismos sino también sobre sus hijos. Su conducta inmoral está destruyendo su familia y arruinando a la nación. Y como los hijos siguen el ejemplo pecador de sus padres, Jehová les mostrará que él se propone hacer lo que ya dijo: “Yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen” (Ex. 20:5). Hijos y nietos tendrán que seguir a sus padres y abuelos al exilio.

El adulterio y la fornicación generalmente no están disfrazados bajo formas externas de adoración divina en el mundo actual. Sin embargo, parece que una de las características de nuestro mundo

es permitir que los deseos sexuales sigan su curso sin preocupación por la voluntad de Dios. Nuestra capacidad reproductiva, incluido el deseo sexual, fue puesta en nosotros por nuestro Hacedor cuando creó a la raza humana, mujer y varón, y dijo: “Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sometedla” (Gn. 1:28). Él nos hizo seres sexuales para que pudiéramos gozar los dones del matrimonio y de los hijos. Pero desde la caída del hombre, los pecadores somos constantemente tentados a servir a un poder *creado* como el sexo, en vez de servir al *Creador mismo* (Ro. 1:25). Guiados por su ciega lujuria, los fornicadores incluso pasan por alto las consecuencias terrenales de su pecado: la enfermedad y la muerte. Los hijos todavía aprenden más del ejemplo de sus padres y siguen fácilmente los pasos de la inmoralidad de su padre y de su madre. La indulgencia sexual desenfrenada destruye tanto a la familia como a la nación. “El pueblo sin entendimiento caerá” en este mundo y eternamente.

Por lo menos que Judá no peque

**15 »Si tú, Israel, fornicas,
que al menos no peque Judá.**

**¡No entréis en Gilgal,
ni subáis a Bet-avén,
ni juréis: “Vive Jehová”!**

**16 Porque como novilla indómita
se apartó Israel;**

**¿los apacentará ahora Jehová
como a corderos en ancho prado?**

**17 Efraín es dado a ídolos,
¡déjalo!**

**18 Su bebida se corrompió,
fornicaron sin cesar,
sus príncipes amaron lo que avergüenza.**

**19 ¡Un viento los llevará en sus alas,
y se avergonzarán de sus sacrificios!»**

Oseas está profetizando en Israel, el reino del norte, pero su mensaje también está dirigido al reino de Judá. Los israelitas ya han ido demasiado lejos en su idolatría y Jehová hace resaltar su triste ejemplo de desobediencia, para prevenir a los judíos de Jerusalén para que no sigan el mismo camino a la ruina.

Evidentemente Gilgal, donde la gente observaba el rito de la circuncisión y donde se celebró primero la Pascua en la tierra prometida (Jos. 5), se ha convertido en un lugar de adoración para los israelitas. Posteriormente Oseas dice que “la maldad de ellos apareció en Gilgal” (9:15; véase también Am. 5:5). Betel, que significa “casa de Dios”, donde Jehová se apareció a Jacob (Gn. 28:10 y sig.) fue el lugar que escogió Jeroboam I para edificar uno de sus santuarios dedicados al becerro. Por lo tanto, Oseas irónicamente la llama Bet-aven, “casa de iniquidad”.

El profeta les advierte tanto al pueblo de Israel como al de Judá en contra de ir a los santuarios donde se practica un culto falso. En su ley, Jehová permitió que su pueblo hiciera en su nombre ciertos juramentos cuando era necesario (Dt. 6:13), pero cuando los israelitas del tiempo de Oseas hacen un juramento, dice el profeta, no tienen derecho a usar la terminología del juramento “Vive Jehová” (v.15). Se les niega el derecho a usar su nombre porque ya no temen a Jehová como su Dios. Han mezclado su culto con el de Baal.

La esposa adúltera de Oseas, Gomer, se constituye en un impresionante paralelo de la persistente infidelidad del pueblo de Dios. La otra comparación que el profeta usa en el versículo 16 será fácilmente entendida por los campesinos de Israel. Los agricultores israelitas usaban el ganado para tirar del arado; si la gente en su actitud hacia Jehová y su ley actúa como una novilla joven e indómita, que tercamente se resiste al yugo, ¿cómo puede él cuidarlos tiernamente tal como el pastor cuida a los corderitos?

Las festividades de los ídolos y la prostitución ritual no cumplen el propósito de producir grandes cantidades de grano y de vino. Sin embargo Efraín (otro nombre para el reino del norte) y sus gobernantes continúan tercamente en su idolatría vergonzosa.

“¡Déjalo!” dice el Jehová (v.17), porque su paciencia ya llegó a su fin. ¿De qué manera le puede ayudar a su pueblo si ellos no lo quieren oír? Dios traerá vergüenza, no salvación, sobre los israelitas debido a sus sacrificios a Baal. Los ejércitos asirios arrastrarán a la nación al cautiverio, como si todo Israel estuviera siendo envuelto en las alas de un torbellino.

Judá no aprenderá la lección que hay en el juicio que alcanzará Israel en el año 722 a.C. Más adelante Jehová se queja por medio del profeta Jeremías: “Ella [Judá] vio que por haber cometido adulterio la apóstata Israel, yo la había despedido y le había dado carta de repudio; pero no tuvo temor la rebelde Judá, su hermana, sino que también fue ella y fornicó” (Jer. 3:8). Las mismas prácticas de culto que le traen oprobio y muerte al reino del norte están invadiendo al sur. Por lo tanto, un poco más de un siglo después de la caída de Samaria, Jehová enviará al ejército babilonio a llevar a cabo su juicio sobre Judá y muchos de los judíos seguirán a Israel al cautiverio.

Se dice que los que no aprenden de la historia están condenados a repetirla, eso ha sido verdad en la historia del reino de Dios. En la Biblia Dios registra la historia de su fiel misericordia y de la incrédula terquedad de su pueblo. Nosotros, los que gozamos de su misericordioso favor hoy en día, necesitamos aprender de la historia que él ha registrado para nosotros. ¿Nos apartaremos los cristianos de nuestro Dios Salvador para adorar a los ídolos de nuestro tiempo: el placer y el éxito material, o aprenderemos de la triste historia de Israel y seguiremos confiadamente la Palabra de Jesús? ¿Estamos permitiendo que la indiferencia moral del mundo actual invada la iglesia, como Israel y Judá adoptaron la inmoralidad de los cananeos, o es que con la prometida ayuda del Espíritu Santo viviremos nuestra vida de acuerdo a la Palabra de Dios que nos ha salvado de nuestros pecados? Cuando los israelitas cometieron adulterio espiritual con sus ídolos, Jehová les advirtió por medio de su profeta: “¡Que al menos no peque Judá!” (v.15). Sin embargo Judá siguió neciamente el ejemplo de Israel. Hoy en día Dios nos

advierte tanto por medio del ejemplo de Israel como por el de Judá. ¡Que nosotros los cristianos prestemos atención a esta advertencia!

Juicio sobre Israel y sus príncipes

5 «Sacerdotes, oíd esto,
casa de Israel, estad atentos,
casa del rey, escuchad:

**Contra vosotros es el juicio,
pues habéis sido un lazo en Mizpa,
una red tendida sobre Tabor.**

**² Haciendo víctimas han bajado//hasta lo profundo;
por tanto, los castigaré a todos ellos.**

**³ Yo conozco a Efraín,
e Israel no me es desconocido;
tú, Efraín, ahora te has prostituido,
y se ha contaminado Israel.»**

**⁴ No piensan en convertirse a su Dios,
pues en medio de ellos hay un espíritu de fornicación
y no conocen a Jehová.**

**⁵ La soberbia de Israel//testificará en su contra;
Israel y Efraín tropezarán por su pecado,
y Judá tropezará también con ellos.**

**⁶ Con sus ovejas y con sus vacas//andarán buscando a
Jehová,**

**mas no lo hallarán:
¡Se ha apartado de ellos!**

**⁷ Contra Jehová prevaricaron,
porque han engendrado hijos de extraños;
ahora serán consumidos en un solo mes
ellos y sus heredades.**

En el capítulo 4 Oseas amonestó a todo Israel y después a los sacerdotes de manera especial. En el capítulo 5 él añade un juicio

de Jehová contra la casa real del reino del norte. Como los sacerdotes, los líderes civiles de la nación, tienen una responsabilidad mayor que la de los ciudadanos comunes. Y como el pueblo de Israel es la nación escogida de Dios, su ley revelada por medio de Moisés es la ley básica o la constitución de la nación y los funcionarios civiles de Israel deben guiarse por la Palabra del Señor.

Sin embargo ahora los reyes, comenzando con Jeroboam I, han atrapado a sus compañeros israelitas en la idolatría y en el pecado, de la misma manera que un cazador atrapa avechitas en una red o animales pequeños en una trampa. Oseas menciona incidentes de este tipo, que no conocemos en detalle, que ocurrieron en Mizpa, exactamente al sur de Betel en la frontera que hay entre el reino del Norte y el reino del Sur, y en el monte Tabor, al norte del valle de Jezreel.

En el tiempo de Oseas las últimas casas reales de Israel están siendo fundadas por “rebeldes... hundido[s] hasta lo profundo en la matanza” (v.2 NIV). Zacarías, el hijo de Jeroboam II, gobierna por sólo seis meses antes de que Salum organice una conspiración y lo asesine en el año 752 a.C. Salum es a su vez asesinado por Menahem solamente un mes después. Después del reinado de Menahem que dura diez años, su hijo Pekaía reina solamente dos años antes de morir violentamente a manos de su funcionario Peka, más o menos en el año 740 a.C. Peka estuvo más tiempo en el trono, pero alrededor del año 732 a.C. es asesinado por Oseas, el último gobernante del reino del norte (2 R. 15:8-30). Los rebeldes conspiran contra sus amos en los rincones secretos, pero no pueden esconder de Jehová su corazón traicionero y corrupto.

Israel está siguiendo una dirección que le es familiar a muchos pecadores. “Todo aquel que practica el pecado, esclavo es del pecado” (Jn. 8:34). El pueblo y los príncipes se han convertido en adictos de las inmorales maneras cananeas; ya los israelitas no desean regresar a Jehová ni reconocerlo como su Dios. En vez de estar avergonzados, se sienten orgullosos de lo que han llegado a ser. Por lo tanto continúan tropezando en la oscuridad de la

ignorancia de la voluntad de Jehová. Tampoco el reino del sur aprende nada del triste ejemplo de Israel; Judá tropieza junto con su nación hermana.

Es posible que el pueblo pensara que, en caso de que Baal y Astoret fueran ídolos falsos o que no fueran suficientes, aparte de adorarlos el pueblo iba también “con sus ovejas y sus vacas... buscando a Jehová” (v.6), llevándole sacrificios para ofrecerlos en su altar. Por medio de Oseas Jehová les hace saber que él no se siente complacido con un culto dividido, indiferente. Un siglo antes, Elías les había preguntado con disgusto a los israelitas: “¿Hasta cuándo vacilaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él” (1 R. 18:21). Aunque los israelitas que sirven a los ídolos lleven rebaños enteros y manadas de animales para ser sacrificados a Jehová, “no lo hallarán; se ha apartado de ellos” (v. 6).

La mención de los hijos ilegítimos en el versículo 7 nos recuerda la historia del matrimonio de Oseas. Los israelitas se han unido a Baal al participar en el culto a la fertilidad en los santuarios de los ídolos; de esa manera ellos han engendrado “hijos de fornicación”, tal como Gomer hizo (1:2).

Los habitantes de la tierra probablemente celebraban las fiestas de la luna nueva en los lugares altos, así como el comienzo de cada mes era una ocasión para sacrificios especiales en el templo de Jehová (Nm. 10:10; 28:11-15). En vez de disfrutar de los frutos de la tierra como una recompensa por su culto cananeo, tal como lo prometían los sacerdotes de Baal, los israelitas van a perder finalmente la tierra misma ante el ejército asirio. El pecado que comienza encantando al pueblo de Dios luego lo atrapa, lo devora y le roba las bendiciones que ha recibido de Jehová.

Es una historia que se ha repetido muchas veces. Los hijos de Dios comienzan a jugar con los pecados que ven alrededor de ellos, piensan que pueden regresar a Jehová en cualquier momento. Pero tal es el poder del pecado que finalmente no permite que el pecador escape. No es sólo la embriaguez y la drogadicción sino que todo pecado se convierte en una adicción. La desobediencia

persistente endurece el corazón hasta que finalmente los pecadores descubren que Dios “se apartó de ellos” (v. 6), y que solamente queda el juicio inevitable. ¡Que nuestro Señor y Salvador guarde nuestros pies de llegar al comienzo de ese sendero! Si ya hemos dado los primeros pasos, quiera Dios que escuchemos hoy su voz cuando nos llama al arrepentimiento. El Padre y todos sus ángeles se regocijan también hoy por todo hijo perdido que es hallado (Lc. 15).

Jehová será como un león para Efraín

**⁸ ¡Tocad la bocina en Gabaa
y la trompeta en Ramá!
¡Sonad la alarma en Bet-avén!
¡Alerta, Benjamín!**

**⁹ Efraín será asolado en el día del castigo;
entre las tribus de Israel
hice conocer la verdad.**

**¹⁰ «Los príncipes de Judá han sido
como los que traspasan los linderos;
¡pero sobre ellos derramaré
a raudales mi ira!**

**¹¹ Efraín está oprimido,
violados sus derechos,
porque quiso andar
en pos de vanidades.**

**¹² Yo, pues, seré como polilla a Efraín
y como carcoma a la casa de Judá.**

**¹³ Verá Efraín su enfermedad
y Judá su llaga;
irá entonces Efraín a Asiria
y pedirá ayuda al gran rey,
pero él no podrá sanaros
ni os curará la llaga.**

**14 Porque yo seré como león a Efraín
y como cachorro de león//a la casa de Judá;
yo, yo mismo los despedazaré, y me iré;
los arrebataré, y nadie podrá librarlos.
15 »Volveré luego a mi lugar,
hasta que reconozcan su pecado
y busquen mi rostro.
¡En medio de su angustia me buscarán!»**

La época es aproximadamente el año 735 d.C. Rezín, rey de los arameos en Damasco, y Peka, rey de Israel, han decidido rebelarse contra el poderoso y combativo rey asirio Tiglat-pileser III porque ha hecho que su nación se desangre debido a los altos tributos que impone (2 R. 15:19,20). La única manera en que los israelitas y los arameos pueden tener éxito es conseguir que se afilien a su causa todos los reyes menores de Siria y Palestina.

El rey Acaz de Judá no se les unirán en su rebelión, y de esa manera Peka y Rezín deciden atacar Jerusalén y reemplazar a Acaz en el trono (2 R. 16:5 y sig. En Isaías 7 oímos la historia desde el punto de vista de Isaías, el profeta de Jehová en Jerusalén.) Los arameos y los israelitas infligen graves pérdidas al reino del sur y toman a muchos prisioneros judíos (2 Cr. 28:5 y sig.).

Acaz, al negarse confiar en el rescate de Jehová, envía mensajeros para decirle a Tiglat-pileser, rey de Asiria: “Yo soy tu siervo y tu hijo; sube, y defiéndeme de mano del rey de Siria, y de mano del rey de Israel, que se han levantado contra mi” (2 R. 16:7). Tiglat-pileser respondió con tres campañas a Siria y a Palestina en los años 734, 733 y 732 a.C. Él captura Damasco, mata al rey Rezín y despoja los territorios en el norte, este y oeste del reino de Israel, dejando que el rey Oseas gobierne solamente unos cuantos kilómetros alrededor de Samaria.

Por las palabras del profeta en el versículo 8 y siguientes, parece que el rey Acaz también guía un ejército de Judea hacia el norte, para unirse a su soberano Tiglat-pileser, para castigar a

Israel. El ejército de Judea va al norte a Gabaa, una fortaleza que está a más o menos seis kilómetros de Jerusalén, y luego a Ramá un poco más al norte, cerca a la frontera de los dos reinos. El próximo blanco será Bet-aven (“casa de impiedad”), el nombre despectivo que le puso el profeta Oseas a Betel (“casa de Dios”). Este era el santuario que se había al becerro ubicado al norte de la frontera entre Judea e Israel. Los soldados de Benjamín que se mencionan en el versículo 8 serían un elemento en el ejército de Judea, que estaba invadiendo a su reino hermano Israel desde el sur mientras que el norte era asolado por los asirios.

Este es el día del ajuste de cuentas de Israel con Jehová, que está llevando a cabo su juicio en la historia por medio de los ejércitos asirio y judío. Sin embargo Judá también es culpable al asolar los territorios de su reino hermano. Los de Judá están actuando como un hombre que aumenta su propiedad moviendo las piedras limítrofes del campo de su vecino (véase Dt. 27:17). Por lo tanto Jehová también desatará su furia sobre Judá como una inundación destructora. Aunque Dios los quiere ayudar y salvar amorosamente a su pueblo de toda desgracia, por la falta de fe de ellos, él se vuelve como “la polilla a Efraín, y como carcoma a la casa de Judá” (v. 12). Él envía a los asirios a carcomer los territorios israelitas como la polilla lo hace en la lana, o como la carcoma trabaja en una casa vieja. Isaías describe la invasión asiria de Judá en el año 700 a.C. con una imagen del poderoso río Éufrates que se desborda: “Él rebasará todos sus ríos y desbordará sobre todas sus riberas; y, pasando por Judá, inundará y seguirá creciendo hasta llegar a la garganta.” (Is. 8:7,8).

Cuando el pueblo de Dios lo olvida, busca salvación en otra parte. Durante este período de su historia tanto Judá como Israel con frecuencia se dirigieron a Egipto y a Asiria en busca de ayuda. El rey Menahem de Israel, aproximadamente una década antes de la guerra, le dio a Tiglat-pileser III mil talentos (¡más o menos 37 toneladas!) de plata “para que le ayudara a confirmarse en el reino” (2 R. 15:19). Ahora Judá se está volviendo hacia la misma dirección para buscar ayuda contra Israel y Siria. Oseas compara

a su pueblo con un hombre que padece de una enfermedad incurable y que está buscando un médico nuevo que lo cure. La verdadera enfermedad del pueblo es la confianza idólatra que tiene en Baal y en varios auxiliares humanos. Debido a su falta de fe Jehová está trayendo su juicio sobre ellos. ¿Qué remedio puede aplicar “el Dr. Tiglat-pileser” para sanar esa infección?

Los asirios pueden pensar que están haciendo sus propios planes de batalla, pero sin saberlo, ellos y su ejército le están sirviendo como un “león” (v. 14) a Jehová mismo, quien está llevando a cabo su juicio contra el pueblo al que ama y desea salvar. Después de un término de más o menos diez años, en el año 722 a.C., él permitirá que los asirios, como un león que arrebata a un cordero, capturen Samaria y lleven a Israel al exilio. Posteriormente él mandará al ejército asirio para que caiga sobre Judá; ahora como si fuera cachorro del león bajando una segunda vez, para volver al mismo rebaño de ovejas. Solamente por la milagrosa respuesta de Jehová a la oración del rey Ezequías, Jerusalén se salvará de la destrucción por otro siglo (2 R. 19; Is. 37).

La destrucción de Samaria y el exilio de Israel son un juicio bien merecido que sigue a una larga historia de idolatría y de desobediencia. Pero la destrucción y el cautiverio son también un llamamiento desgarrador y final del Doctor-Padre que quiere que sus hijos admitan su culpa para que él pueda sanarlos. Cuando estaban en una época de prosperidad, ellos lo olvidaron y se fueron tras los placeres idólatras, y estando en la adversidad se volvieron hacia la ayuda terrenal. Tal vez en su cautiverio miserable ellos recuerden a Jehová, admitan su culpa y busquen su rostro (v. 15), es decir, supliquen su inmerecido favor.

Cuando Israel y Judá se enfrentaron a la adversidad, buscaron con frenesí asistencia terrenal. Se olvidaron de que ellos eran la nación santa de Jehová, escogida para su propósito especial de enviar salvación a toda la humanidad. Actuaron como si fueran una más de las naciones terrenales, y no una nación diferente de todas aquellas que la rodeaban.

“Mi reino no es de este mundo”, le dijo Jesús a Pilatos. “Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz” (Jn. 18:36,37). Jesús lleva a cabo sus batallas con armas espirituales. La iglesia de Jesucristo es la llamada a representarlo en la tierra. La iglesia está aquí para dar testimonio de las buenas nuevas del perdón de los pecados. Este mensaje tiene el poder de cambiar el corazón y de crear la fe, para que los hombres oigan la voz de Jesús.

Cuando la iglesia olvida cuál es su propósito especial en la tierra, y se convierte en sólo una más de las organizaciones humanas que existen sobre ella, está cayendo en la misma trampa que destruyó a Israel y a Judá. Si la iglesia descuida el evangelio y confía en otros medios, como el poder del estado, para obligar a la gente a que se haga miembro de ella; o si depende de los programas sociales, en vez de depender de la predicación de la Palabra para atraer a seguidores; o si trata de coaccionar a la gente para que asista al culto, y para que le dé su apoyo debido a la personalidad encantadora de algún líder, entonces la iglesia está actuando como una más de las organizaciones terrenales que existen. Una iglesia que no confía en el poder de la Palabra de Dios buscará ayuda en otra parte, y esa iglesia, .tanto como Judá e Israel aprenderá para su pesar, esa “ayuda” es al final tan destructiva como las polillas y la carcoma.

Si estamos logrando menos y menos al servicio de Jehová, fácilmente nos dirigiremos a buscar otras ayudas. En vez de eso, debemos meditar en nuestra relación con él. ¿Es él el dueño de nuestro corazón, o se lo hemos dado a otros dioses? ¿Estamos dependiendo del poder de Jehová cuyo Espíritu obra por medio de la Palabra y de los sacramentos? Cuando la enseñanza de la Palabra parece que no tiene resultados espectaculares, no nos apartemos de nuestro Dios para buscar otros auxilios como hicieron Israel y Judá. “Queréis acaso iros también vosotros?” nos pregunta Jesús (Jn. 6:67). Siendo testigos fieles de toda su palabra respondamos con Simón Pedro, “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes

palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Jn. 6:68,69).

¿Qué se puede hacer con la impenitente Israel?

6 Venid y volvamos a Jehová,
pues él nos destrozó, mas nos curará;
nos hirió, mas nos vendará.

2 Después de dos días nos hará revivir,
al tercer día nos levantará,
y viviremos delante de él.

3 Esforcémonos por conocer a Jehová:
cierta como el alba es su salida.

Vendrá a nosotros como la lluvia,
como la lluvia tardía y temprana//viene a la tierra.

4 «¿Qué haré contigo, Efraín?

¿Qué haré contigo, Judá?

Vuestra piedad es como nube matinal,
como el rocío de la madrugada,//que se desvanece.

5 Por eso los he quebrantado//mediante los profetas;
con las palabras de mi boca los maté,
y tus juicios brotarán como la luz.

6 Porque misericordia quiero//y no sacrificios,
conocimiento de Dios//más que holocaustos.

En la poesía hebrea con frecuencia el hablante cambia sin dar ninguna indicación por adelantado. (No hay comillas en el texto original.) Israel está hablando en los versículos 1 a 3. Jehová responde en los versículos 4 a 6.

¿Por qué llamamos impenitente a Israel en el título de esta sección? Jehová está esperando “hasta que reconozcan su pecado” (5:15), pero como los israelitas se exhortan uno al otro a “volver a Jehová” en los tres primeros versículos de este capítulo, sus palabras no incluyen ni siquiera el indicio de una confesión de

pecado. Cuando ellos dicen que Jehová “nos destrozó” y “nos hirió”, se refieren a las derrotas militares que sufrieron y al tributo que deben pagar, no al penoso conocimiento de su propia culpa. La “curación” y el “vendaje” que ellos buscan son la victoria en la guerra y la liberación de la opresión. Juzgando por la respuesta que les da Dios en el versículo 6, vemos que Israel tiene planes de “proseguiremos en conocer a Jehová” al aparecer en su santuario cargados de ofrendas. Esa expresión de devoción, piensa Israel, acabará por fin con las desgracias de la nación. No escuchamos ninguna palabra de confesión de su pecado de idolatría.

Ciertamente el pueblo dio una hermosa descripción de la paciencia de Jehová. Si su pueblo regresa a él, ¿no aparecerá él y derramará bendiciones sobre ellos? El favor que les hizo en el pasado fue como la lluvia que cae y que suaviza la tierra para el arado. ¿No caerán sus bondades nuevamente como la abundante lluvia del invierno y de la primavera que riega los campos y que produce una cosecha? ¿No es verdad que sus bendiciones están a la disposición de Israel en cualquier momento?

Jehová ya ha oído antes este sainete. Israel ha abusado de su paciencia, él no piensa dejar que su pueblo lo manipule, como si al cantar de arrepentimiento ellos o al ofrecerle un sacrificio él debiera responder con su favor, como si fuera un dios como Baal. Él ya ha visto suficiente y muchas veces la manera en que Efraín, o sea Israel, el reino del norte, y Judá confiesan su amor por él y luego corren nuevamente tras sus ídolos. (¡Recuerden a Gomer la esposa de Oseas!) Se vuelven hacia él por una hora, pero a la siguiente hora su fe y su amor han desaparecido, tal como la humedad, es decir el rocío de la mañana, es secada por el sol. Él ha enviado a sus profetas para que corten el terco corazón en pedazos, maten al viejo y santurrón Adán y hagan añicos al orgullo con los fuertes rayos de la ley del Señor. ¿Piensan ellos que pueden satisfacer al santo Dios y escapar del dolor de decir “He pecado, Padre” solamente cantando una parte bonita de la liturgia y amontonando animales para el sacrificio en su altar?

Entonces, ¿qué quiere Jehová? “Porque misericordia quiero, y no sacrificios; conocimiento de Dios más que holocaustos” (v. 6). La palabra que ha sido traducida como “misericordia” significa “amor fiel”. Jehová le ha mostrado su propio amor fiel a su pueblo al hacer y guardar su pacto con ellos; en el pasado él ha probado que es fiel a todas sus promesas y además ha revelado la promesa de un Salvador que bendecirá a todas las naciones.

A su vez él espera el amor fiel de su pueblo. Todos los sacrificios de animales que exige la ley no significan nada si no se llevan como una expresión de la confianza que tiene Israel en Dios y en sus promesas. Él quiere que su pueblo “conozca a Dios”, es decir, que confíe sólo en él como su Salvador y Dios. Todas las ofrendas quemadas que se describen en Levítico no tienen valor si Israel no las lleva en amor fiel a Dios que es el único Salvador y Rey.

¿Cuál será la prueba de ese amor fiel y de la lealtad a Jehová? Un Israel penitente cambiará la situación que Oseas describe en 4:1,2: “No hay verdad, ni misericordia, ni conocimiento de Dios en la tierra. Perjurán, mienten, matan, hurtan, adulteran... □□ El perjurio y la mentira, el asesinato, el robo y el adulterio prevalecen, y se comete homicidio tras homicidio. Será como Jesús lo describe cuando cita a Oseas 6:6 en Mateo 9:13 y 12:7: su pueblo mostrará su lealtad al Dios fiel de Israel al rendirle culto con su vida diaria. Velarán por las necesidades físicas y espirituales de sus compañeros israelitas. En su amor por el prójimo, reflejarán el amor de su Dios de perdón, defenderán a los débiles e indefensos, vestirán al desnudo y alimentarán a los hambrientos, mostrándoles misericordia a otros así como su Dios les ha mostrado misericordia a ellos.

Por medio de las palabras de Oseas Jehová nos lleva a reexaminar nuestra propia vida espiritual. Él nos mata con las palabras de su boca (v. 5) para llevarnos a admitir nuestros pecados y a arrepentirnos. Él también nos disciplina con el fracaso y con el infortunio para llamarnos a que regresemos a él, que es el único

que nos puede auxiliar. En sus palabras y en sus promesas con respecto a Jesucristo, él nos demuestra el fiel amor por nosotros, para que confiemos sólo en él como nuestro Salvador. Él busca frutos agradecidos de arrepentimiento y fe en nuestra vida. Esos frutos aparecen cuando adoramos al Señor en nuestra vida diaria en el mundo, teniendo misericordia para con nuestro prójimo en todas sus necesidades. Él también se complace cuando le expresamos nuestro amor en el culto público con los himnos, las oraciones y las ofrendas.

Ejemplos de infidelidad entre el pueblo de Dios

**⁷»Pero ellos, cual Adán, //violaron el pacto;
allí han pecado contra mí.**

**⁸ Galaad, ciudad de malhechores,
toda manchada de sangre.**

**⁹ Como ladrones al acecho de un hombre,
así una compañía de sacerdotes
mata y comete infamias
en el camino hacia Siquem.**

**¹⁰ En la casa de Israel//he visto cosas horribles:
allí fornicó Efraín
y se contaminó Israel.**

¹¹ Para ti también, Judá, //está preparada una siega,

En esta última parte del capítulo 6, y en el comienzo del capítulo 7, Jehová condena severamente a Israel por ofensas específicas. La expresión “cual Adán”, en el versículo 7, se podría referir al primer ser humano, o podría ser el nombre de una ciudad que estaba a orillas del río Jordán (Jos. 3:16) donde los israelitas exhibieron de manera vergonzosa su infidelidad al pacto de Jehová. Entonces la traducción sería: “Como en Adán, ellos quebrantaron el pacto”. El texto hebreo no necesita expresar la palabra “en”. La palabra “allí”, en la segunda parte del versículo, hace que el nombre de la ciudad sea la explicación más probable.

Los primeros oyentes y lectores de Oseas reconocerían el incidente al que él se refiere, pero no tenemos más información acerca de esto.

La ciudad de Galaad (véase también en 12:11), que de otra manera nos sería desconocida, puede estar en las colinas de los campos de Galaad al este del río Jordán o cerca al monte Galaad en el borde del valle de Jezreel (Jue. 7:3). El crimen de Galaad, una ciudad “manchada de sangre” (v. 8), suena como una ofensa por la que la ciudad entera es de alguna manera responsable. Tal vez unos notorios asesinos quedaron sin ser castigados por los ancianos de la ciudad. En el camino a Siquem pandillas de sacerdotes emboscaron a un hombre y lo asesinaron. Cuando crímenes como éstos son tolerados entre los israelitas, toda su tierra ha sido deshonrada. El reino del norte es el primer blanco de las palabras de Oseas, pero Judá no puede señalar con el dedo a su hermana Israel; Judá también ha sembrado una desobediencia adúltera a Jehová y él le ha destinado una cosecha de juicio (v. 11).

La indiferencia de Israel al pecado público significa pasar por alto a Jehová y a su ley. La misma enfermedad de indiferencia moral está infectando nuestras comunidades hoy en día. Si el pecado manifiesto permanece sin reprensión, la comunidad entera, ya sea la iglesia o el estado, se convierte en culpable. Según las Escrituras, el gobierno “está al servicio de Dios para hacer justicia y para castigar al que hace lo malo” (Ro. 13:4). Si el estado no castiga el crimen, anima a los criminales a quebrantar la ley más abiertamente.

Cuando el apóstol Pablo oye de la abierta inmoralidad sexual que se presenta en una congregación cristiana, espera que la iglesia castigue al pecador impenitente y lo excomulgue para que se pueda arrepentir (1 Co. 6; Mt. 18:15-18). El quebrantamiento deliberado e impenitente de los mandamientos de Dios conduce al pecador a la muerte eterna. Si el pecado es público y no es reprendido, la podredumbre moral se extiende también a otras vidas. Un pecador que es abiertamente impenitente, y que permanece sin ser reprendido, puede llevar a muchas otras almas al infierno con él.

Israel no vuelve al Señor

cuando yo haga volver//el cautiverio de mi pueblo.»

7 «Mientras curaba yo a Israel,
se descubrió la iniquidad de Efraín
y las maldades de Samaria,
pues practican el engaño;
el ladrón entra
y el salteador despoja afuera.

2 No consideran en su corazón
que tengo memoria de toda su maldad.
Ahora los acorralan sus propias obras,
que están delante de mí.

3 »Con su maldad alegran al rey;
con sus mentiras, a los príncipes.

4 Todos ellos son adúlteros;
son como horno encendido,
que el hornero cesa de avivar
desde que se amasa la harina
hasta que se ha fermentado.

5 En el día de nuestro rey,
los príncipes lo hicieron enfermar
con copas de vino;
él extendió su mano//con los que se burlaban.

6 Disponen su corazón para la intriga,
como se prepara un horno;
toda la noche duerme su hornero,
pero a la mañana está encendido
como llama de fuego.

7 Todos ellos arden como un horno
y devoran a sus jueces.
Así han caído todos sus reyes;
no hay entre ellos quien me invoque.

Jehová todavía tiene un propósito para su pueblo: restablecerle su prosperidad (6:11). Por medio de la disciplina él quiere sanar espiritualmente a Israel, para poder verter sobre su pueblo toda la abundancia de sus bendiciones terrenales y eternas. Sin embargo, Israel revela su terca enfermedad del pecado al apartarse de su médico. Los israelitas se engañan a sí mismos cuando pasan por alto pecados tan evidentes como el robo y el bandidaje en las calles. Su santo Dios recuerda todas las fechorías impías que los rodean por todos lados. Mientras no se vuelvan a él en fe, sus pecados serán un constante testimonio contra ellos en su tribunal.

Al comienzo del capítulo 7 Oseas menciona especialmente los crímenes de Samaria, la capital del reino del norte. Reyes y príncipes, que deben velar por la justicia de la nación, no reprueban ni castigan los crímenes de su pueblo. En vez de eso, disfrutaban de la iniquidad engañadora de Israel. Oseas dice que su corazón es como el horno del panadero. Un horno antiguo usualmente tenía una estructura de arcilla de sesenta o noventa centímetros de diámetro. El fuego se hacía sobre los guijarros que formaban el piso del horno; cuando el horno estaba suficientemente caliente, el panadero recogía rápidamente las ascuas e introducía las hogazas de masa cruda en el interior del horno, o las ponía a hornear sobre los guijarros. De esa manera estaba calentando el horno mientras que preparaba la masa. El corazón del pueblo israelita y de los príncipes estaba caliente con la lujuria del culto a los ídolos y con la iniquidad, caliente como el fuego del horno que no necesita avivarse mientras que el panadero está mezclando y amasando el pan.

El panadero quitará el fuego del horno y dejará que las ascuas se consuman, pero así no es como trabaja el pecado. Los deseos pecaminosos, latentes en el corazón, no se apagan por sí solos, sino que estallan en acciones pecaminosas. El profeta cita un ejemplo específico que tiene lugar “en el día de nuestro rey” (7:5), tal vez es la festividad que fue instituida por el rey Jeroboam I (1 R. 12:32). Parece que el rey se une a las burlas desdeñosas con las

que sus príncipes ebrios ofendían al Dios de Israel. Su pecado devora al rey mismo, mientras Jehová permite que la rebelión de los príncipes castigue la culpa del rey. Durante los doce años del ministerio de Oseas, tres hombres se convierten en reyes de Israel, asesinando a sus predecesores en el trono (2 R. 15:10,14,25). Jehová describe con profunda tristeza el estado espiritual de los príncipes de Israel, de las víctimas así como también de sus asesinos: “No hay entre ellos quien me invoque” (v. 7).

Oseas ha condenado violentamente los pecados de Israel: los pecados de su pueblo, de sus sacerdotes, de los falsos profetas, de los miembros de la corte y de los reyes. Tal vez después de varios capítulos de esa condena su predicación nos suene monótonamente negativa. Sin embargo, nunca debemos pasar por alto el propósito positivo que tiene Dios: llevar a su pueblo al arrepentimiento, para que puedan invocarlo a él en busca de perdón y de paz. Él quiere sanar, vendar, revivir, restablecer, para que ellos puedan vivir en su presencia ahora y estén en el cielo con él para siempre (6:1,2).

Su propósito para nosotros es el mismo; es probable que a veces nos cansemos de oír la palabra “pecado” en las liturgias y en los sermones, pero necesitamos reconocer nuestra enfermedad por el pecado antes de tener el deseo de volvernos a Cristo en busca de curación. El sentir pesar por los pecados no nos salva, la salvación es el don gratuito de Dios por medio de la fe sola. Sin embargo, tanto la ley como el evangelio de Dios tienen un propósito en el camino de la salvación. La ley de Dios nos lleva a conocer nuestros pecados para que gustosamente oigamos y creamos las buenas nuevas de que él nos ha justificado por medio de la redención de Cristo, y ahora nos acepta como suyos. “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Jn. 1:8,9).

Efraín se ha apartado del Señor

**⁸ Efraín se ha mezclado//con los demás pueblos;
Efraín es como torta no volteada.**

**⁹ Gente extraña ha devorado su fuerza,
y él no lo sabe.**

**Ya se ha cubierto de canas,
y él no lo sabe.**

**¹⁰ La soberbia de Israel//testificará en su contra.
Con todo, ellos no se vuelven
ni buscan a Jehová, su Dios.**

**¹¹ Efraín es como paloma incauta,
sin discernimiento:
claman a Egipto, acuden a Asiria.**

**¹² Cuando vayan allá,
tenderé sobre ellos mi red,
los haré caer como aves del cielo,
los castigaré conforme a lo anunciado//en sus asambleas.**

**¹³ »¡Ay de ellos! porque se apartaron de mí;
destrucción vendrá sobre ellos,
porque contra mí se rebelaron.
Yo los redimiría,
pero ellos hablan mentiras contra mí.**

**¹⁴ No clamaron a mí de corazón,
cuando se lamentaban sobre sus lechos;
Por trigo y mosto se congregaron,
y se han rebelado contra mí.**

**¹⁵ Aunque yo los enseñé//y fortalecí sus brazos,
traman el mal contra mí.**

**¹⁶ Volvieron, pero no al Altísimo;
fueron como arco que yerra.
Sus príncipes cayeron a espada
por la soberbia de su lengua:
¡esto será motivo de burla
en la tierra de Egipto!»**

El reino de Israel en el tiempo de Oseas es como la masa del pan sin esponjar, que está en la superficie caliente del horno, pero que no ha sido volteada para que se cocine por el otro lado. Ese pan se quema en la parte de abajo, donde el daño no se ve. Israel se ve y actúa como otra nación cualquiera; sin embargo, por eso se destruye a sí misma, porque se olvida de su llamamiento como el pueblo escogido de Dios. Ella hace alianzas con Egipto para salvarse de Asiria, después hace alianzas con Asiria para salvarse de otras naciones. En todo eso ella se olvida de su sólo y único Salvador todopoderoso.

Amos extranjeros socavan la fuerza de Israel al exigir el pago de cantidades aplastantes de tributos, como los mil talentos (¡37 toneladas!) de plata que el rey Menahem le pagó a Tiglat-pileser III (2 R. 5:19,20). Israel es como un hombre que está envejeciendo y encaneciendo, pero que en el proceso no aprende mucho. Aun cuando los experimentos con alianzas extranjeras fallan repetidamente, los israelitas continúan en su camino arrogante. No regresarán a Jehová en busca de ayuda; de hecho ni siquiera “lo buscan” (v. 10).

El arrullo lastimero de la paloma suena como una súplica pidiendo ayuda (Is. 38:14), pero la paloma es una ave sencilla, sin entendimiento. Israel es como una paloma ingenua, primero revolotea y arrulla en la dirección de Asiria, como en el tiempo del rey Menahem, y luego se vuelve hacia Egipto. Tiglat-pileser III castiga a la rebelde Israel al despojarla de algunos de sus territorios y de una parte de su población (2 R. 15:29). Sin embargo, la paloma incauta no aprende, y pronto va revoloteando nuevamente en otra dirección.

Algún tiempo después de Oseas, el último gobernante del reino del norte, al llegar al trono envía mensajeros a So, rey de Egipto, y detiene el tributo que le había sido prometido y anualmente pagado al rey de Asiria. Por lo tanto, Salmanasar (el rey asirio que sucedió a Tiglat-pileser) “lo detuvo, y lo encerró en la casa de la cárcel. Y el rey de Asiria invadió todo el país, y sitió a Samaria, y estuvo sobre ella tres años. En el año nueve de Oseas, el rey de

Asiria tomó Samaria, y llevó a Israel cautivo a Asiria” (2 R. 17:4-6). Jehová finalmente destruye a Israel debido a las muchas alianzas con las que los israelitas tienen la esperanza de salvarse. Los arranca como un cazador de ese entonces que coge una bandada de palomas tontas en su red. “¡Ay de ellos!” dice él, “porque se apartaron de mí” (v. 13).

Tras el fracaso de la política exterior de Israel yace una pérdida de la fe. Jehová anhela redimir a su pueblo, para que ellos sean nuevamente suyos, para oírlos clamar a él desde el fondo de su corazón con sincero arrepentimiento. En vez de esto, ellos hablan mentiras contra él al decir “amo” (esto es lo que significa “Baalí”) y “dios” a los ídolos. Ellos lloran lamentándose en la cama por sus desgracias nacionales, pero ni siquiera piensan en los pecados que los han separado de Jehová. En vez de eso, el estómago les gruñe por el deseo de comer granos y vino nuevo que son las recompensas que les prometen los sacerdotes de los ídolos a cambio de su adoración a Baal.

En el versículo 14 una forma verbal que no es común se traduce como “se congregaron”. Tal vez una letra hebrea “r” ha sido cambiada dos veces por la letra hebrea “d” que es muy similar, cuando los escribas copiaron nuevamente el texto, y la traducción se debe leer así: “se acuchillan ellos mismos”. Los sacerdotes de Baal que se describen en 1 Reyes 18:28 se cortaban a sí mismos con cuchillos para despertar la piedad de sus dioses y para obligarlo a responder a su oración. Tal vez los desesperados israelitas le estaban orando a Baal de la misma manera durante el tiempo de Oseas.

Fue Jehová el que preparó a su pueblo Israel en Egipto durante el comienzo de la nación como tal (11:1-4), el mismo que ha continuado fortaleciéndolos desde su juventud en adelante. ¿De qué manera corresponden ellos a su fidelidad? Se alejan de él y conspiran maldades contra él al persistir en su idolatría y al buscar la ayuda de los reyes paganos. Ellos actúan como arco que ha sido bellamente trabajado que se raja y hace que la cuerda se afloje cuando el arquero trata de disparar con él. Jehová no puede confiar

en que su pueblo le sea fiel; él ciertamente castigará la insolente incredulidad de los israelitas: sus líderes morirán en la batalla. Jehová una vez sacó a Israel de Egipto con su poderoso brazo, pero ahora los egipcios se reirán de los israelitas que neciamente se rebelan contra Asiria.

Jehová nuestro Dios no *necesitaba* la adoración de Israel, y no *necesita* la nuestra tampoco. El cielo es su trono y la tierra es el estrado de sus pies (Is. 66:1), y por lo tanto no tiene necesidad de las alabanzas ni de los regalos de los hombres. Él invita a los pecadores a que regresen a él y a que confíen en él por dos razones: 1) Sólo él merece toda la gloria por la salvación de la humanidad. “¡Yo soy Jehová; éste es mi nombre!” dice él. “a ningún otro daré mi gloria, ni ni a los ídolos mi alabanza” (Is. 42:8). 2) Es especialmente para beneficio de su pueblo que él los llama a que regresen a él. Israel no tenía otro Salvador y nosotros tampoco. Esta es la razón por la que él le advierte a nuestro orgulloso corazón contra el hecho de enredarse con otros auxiliares: ídolos que no pueden salvar. Jehová está considerando *nuestra* necesidad cuando busca a los fieles que son pobres y humildes de espíritu, y que reverencian su palabra (Is. 66:2).

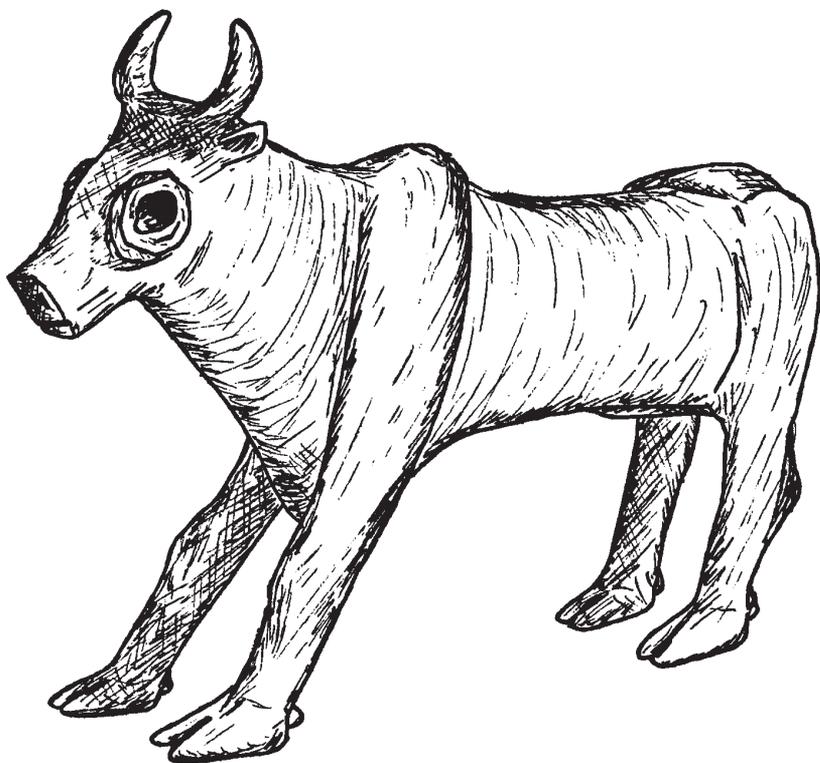
La ira de Jehová arde contra Israel

8 «Lleva a tu boca la trompeta,
pues un águila viene
sobre la casa de Jehová,
porque traspasaron mi pacto
y se rebelaron contra mi Ley.

² A mí clamará Israel: “Dios mío,
te hemos conocido.”

³ Israel desechó el bien:
el enemigo lo perseguirá.

⁴ »Ellos establecieron reyes, // pero no escogidos por mí;
constituyeron príncipes, // mas yo no lo supe;



Estatuilla de un toro

**de su plata y de su oro//hicieron ídolos para sí,
para ser ellos mismos destruidos.**

⁵Tu becerro, Samaria, te hizo alejarte.

Se encendió mi enojo contra ellos:

¿Cuándo alcanzaréis la purificación?

⁶Porque ese becerro es de Israel;

un artífice lo hizo. No es Dios,

por lo que será deshecho en pedazos

el becerro de Samaria.

Con creciente claridad Oseas describe el castigo que Dios va a enviar sobre la idolatría y la desobediencia de Israel. Jehová le pide al profeta que le advierta a Israel de su juicio que se acerca, como hace el guardián de los muros de la ciudad cuando da la alarma haciendo sonar el cuerno de un carnero cuando se acerca el enemigo. El águila que vuela sobre la casa de Jehová es un ave de rapiña. “Águila” es la misma palabra que se usa en Habacuc 1:8 para describir a la caballería enemiga que como ave de rapiña se abalanza: “Sus caballos son más ligeros que leopardos, más feroces que lobos nocturnos, y sus jinetes se multiplicarán. Vienen de lejos sus jinetes y vuelan como águilas que se apresuran a devorar”. Ahora el águila se está remontando sobre “la casa de Jehová”, significando aquí no el templo sino la nación israelita.

Jehová no deja ninguna duda sobre la razón para su juicio: aunque los israelitas clamen que él es todavía su Dios, han quebrantado su pacto con él al rechazar “el bien” (v. 3). Ellos dicen “Señor, Señor”, pero luego no le prestan ninguna atención a la voluntad de su Padre que está en los cielos (Mt. 7:21-23). En el versículo 4 el profeta cita dos ejemplos de la rebelión de Israel. Primero, el reino del norte ha rechazado a la casa real de David para poder establecer sus propios reyes. En las últimas décadas del reino de Israel el palacio de Samaria casi parece haber sido construido con una puerta giratoria, ya que un rey tras otro usurpa el trono sin consultar la voluntad de Jehová.

La segunda evidencia del quebrantamiento del pacto es la idolatría. Los israelitas que trabajaban el metal hacían imágenes de oro y de plata de la deidades de la fertilidad. Además, el pueblo seguía congregándose en Betel y en Dan para rendir culto en los santuarios del becerro que fue establecido por Jeroboam I. Esas imágenes están recibiendo la adoración que le pertenece sólo al invisible y poderoso Jehová, Dios de Israel. Los ídolos del becerro de Samaria, que reciben adoración en Betel y en Dan, merecen ser destruidos. El enojo encendido de Jehová enviará un enemigo, “el poderoso rey” de Asiria (v. 10), para que humille a un pueblo impuro y rebelde. El becerro de oro fabricado por el orfebre en Samaria será quebrado y quedará reducido a añicos.

Si pensamos que nuestro corazón está libre de la idolatría porque no le rezamos a un becerro de oro, necesitamos oír la explicación que da Lutero del Primer Mandamiento: “En aquello en que te confíes, eso será propiamente tu Dios”. Es como si Jehová, el Dios de Israel y nuestro, nos estuviera diciendo: “Procura que sólo yo sea tu Dios y no busques ningún otro. Es como si Dios dijera: Los bienes que te falten, espéralos de mí y búscalos en mí. Y si sufrieses desdichas y angustias, ven a mí, atente a mí; yo mismo quiero darte todo lo suficiente que necesites y quiero ayudarte en toda desdicha. Pero no hagas depender tu corazón de nada, ni confíes en nada que no sea yo” (Catecismo Mayor del Libro de Concordia, p. 382). Nuestra boca dice, “Señor, Señor”, pero cuando llegan los malos tiempos todos nosotros estamos tentados a acudir primero a otros auxiliares. Decimos que nosotros somos pueblo escogido, pero en los buenos tiempos nos damos el crédito a *nosotros mismos* por nuestra prosperidad. ¿Somos totalmente diferentes a los israelitas?

Israel segará un torbellino

**⁷ Porque sembraron vientos,
segarán tempestades.**

**No tendrán mies
ni su espiga dará harina;
y si la da, los extranjeros la comerán.
8 ¡Devorado será Israel!
Pronto será entre las naciones
como vasija que no se estima,
9 pues ellos subieron a Asiria
como un solitario asno salvaje.
Efraín se ha alquilado amantes.
10 Aunque las alquile entre las naciones,
ahora los reuniré,
y serán afligidos un poco de tiempo
bajo la carga del rey y de los príncipes.**

Por medio de Oseas Jehová condena nuevamente la falta de fe de Israel que se reflejaba en la política exterior de sus alianzas con las naciones paganas. “Sembrar viento” significa actuar de una manera necia que no puede producir buen resultado. Plantar el viento no produce ninguna cosecha. No habrá ningún brote, no se cosechará ningún grano para ser molido en harina; si por casualidad algún tallo creciera, no será de ningún bien para Israel. Los asirios ganarán cualquier beneficio que pueda resultar de la alianza de Israel con ellos.

De hecho, los israelitas “cosecharán el torbellino”: sus aliados asirios los destruirán. Tiglat-pileser III mastica y se traga la mayor parte de Galaad y de Galilea ya durante el gobierno del rey Peka, y algunos de los ciudadanos israelitas están exiliados entre las naciones extranjeras (2 R. 15:29). Sin embargo, Israel nuevamente intriga buscando alianzas con Asiria como un burro montaraz que corre por donde le da la gana. Persistentemente sigue la dirección de los sacerdotes de Baal, tal como una prostituta regresa a la calle a venderse a los hombres. En vez de recibir un pago, Israel se consumirá, primero bajo la ruinosa carga de un tributo impuesto por el rey de Asiria y después por la derrota de sus ejércitos.

No sólo la adoración a Baal de parte de los israelitas, sino también la búsqueda de una alianza con los paganos era idolatría. Jehová quería ser el ayudador de su pueblo en toda aflicción. Israel a su vez se volvió hacia un poderoso rey terrenal. Si “tener un Dios, significa, en correcta interpretación, tener algo en que el corazón confíe por entero”, como lo explica Lutero, el dios de Israel era el rey de Asiria.

La prueba de la fe verdadera con frecuencia llega cuando estamos en aflicciones. Si nuestra nación está en peligro, ¿ponemos nuestro primer pensamiento en las armas adecuadas y en las fuerzas armadas? Si el problema implica nuestra propiedad, ¿preguntamos primero si es que tenemos suficiente dinero para cubrir la necesidad? Si el problema le concierne a nuestra salud, ¿buscamos ayuda primero del mejor médico o del mejor cirujano especializado que podemos pagar? Los recursos terrenales, como la fuerza de nuestra nación o como el tamaño de nuestra fortuna, y ayudas terrenales como nuestros los médicos y los cirujanos, son regalos de Dios. Sin embargo, si los regalos toman en nuestro corazón el lugar de aquel que los da, ellos se convierten en dioses falsos. Como Israel, nos destruimos a nosotros mismos si dependemos de ayudas que pueden fallar y si nos aferramos a comodidades que pueden desaparecer. Nuestro Dios nos invita a volver a él y a su inalterable misericordia primero y sobre todo, y a confiar en él para cualquier cosa que necesitemos en toda desgracia o problema. Después, podemos usar también libre y agradecidamente cualquier recurso terrenal que él nos da para ayudarnos.

Jehová incendiará sus ciudades

**¹¹ »Porque multiplicó Efraín los altares//para pecar,
tuvo altares sólo para pecar.**

**¹² Le escribí las grandezas de mi Ley,
y fueron tenidas por cosa extraña.**

**13 En los sacrificios de mis ofrendas
sacrificaron carne y comieron;
Jehová no los quiso aceptar.
Ahora se acordará él de su iniquidad,
castigará su pecado
y tendrán que volver a Egipto.**

**14 Olvidó, pues, Israel a su Hacedor,
y edificó templos.
Judá multiplicó sus ciudades fortificadas,
mas yo mandaré a sus ciudades fuego
que consumirá sus palacios.»**

En los versículos 11 y 13 Oseas habla de dos clases de sacrificio, ejemplos de la veneración de Israel: las ofrendas por el pecado y las ofrendas de comunión. La sangre de las ofrendas por el pecado (Lv. 4:1-5:13; 6:24-30) era rociada delante Jehová y la grasa interna era quemada. En algunos casos el sacerdote, que representaba a Jehová, recibía la carne de la ofrenda por el pecado para comerla; en otros casos la carne era quemada fuera del campamento. Ese sacrificio indicaba y prometía que el perdón de los pecados sería ganado por medio de la muerte del Salvador venidero.

Pero en Efraín, el reino de Israel, los mismos altares que fueron construídos para las ofrendas por el pecado se habían convertido en “altares para pecar” (v. 11). Ahí la gente llevaba toros, cabras, corderos y palomas de sacrificio, pero ellos ofrecían sus sacrificios sin fe en Dios y en su promesa de perdón. Los animales eran ofrecidos en los altares de Baal, por medio de sus sacerdotes, para ganar las bendiciones de Baal para las cosechas en los campos y los animales en los prados. Los israelitas son muy “religiosos”, pero, ¿cómo pueden agradar sus ofrendas a Jehová cuando están pasando por alto su Primer Mandamiento?

Oseas le recuerda al pueblo que Jehová busca la fe que confía en sus promesas y que ofrece sacrificios por amor a él. Esa fe rinde

culto especialmente oyendo y guardando la palabra de Dios. Moisés escribió la ley para Israel por inspiración de Jehová (¡Note la expresión de Dios, “Le escribí las randezas de mi ley”!), pero los israelitas están actuando como si Jehová le hubiera dado sus mandamientos a alguna otra nación extranjera y no a ellos. Por lo tanto ninguno de sus sacrificios le puede agradar. El rey Saúl una vez no mató unos animales cautivos según el mandato de Dios porque, dijo él, se los quería ofrecer como sacrificios. Samuel le dijo, “¿Acaso se complace Jehová tanto en los holocaustos y sacrificios como en la obediencia a las palabras de Jehová? Mejor es obedecer que sacrificar; prestar atención mejor es que la grasa de los carneros” (1 S. 15:22). Oseas dice lo mismo.

En la ofrenda de comunión, en ocasiones llamada ofrenda de paz, la sangre del animal era también rociada sobre el altar. Como en la ofrenda por el pecado, la grasa del animal era quemada. Pero el que rendía culto comía parte de la carne de la ofrenda de comunión; y el sacerdote, representando a Jehová, también comía una porción (Lv. 3; 7:11-27). Los adoradores israelitas están llevando sus ofrendas de comunión y comiendo su porción de la carne, pero Jehová dice que él no tiene compañerismo con ellos. Ellos no son miembros de su familia.

En vez de perdonar los pecados de los israelitas, él recordará su iniquidad y los castigará enviándolos de regreso a “Egipto” (v. 13): es decir, se convertirán en esclavos de un país extranjero, así como sus antepasados lo fueron siete siglos atrás antes de que Dios los librara por medio de Moisés. Esta vez Asiria será la tierra de su cautiverio. Véase 9:3, donde la palabra “Egipto”, en la primera parte del versículo, se explica en la segunda parte con el paralelo “Asiria”, la tierra extranjera donde los israelitas se convertirán nuevamente en esclavos.

Además de la idolatría y de los sacrificios ofrecidos sin fe en Jehová, los israelitas muestran otros signos de impiedad. Los hombres ricos están construyendo lujosos palacios: Amós nos dice que ellos adornan las paredes con paneles de marfil. Pueden

levantar una casa para residencia de verano y otra para el invierno (Am. 3:15). El pueblo de Dios “vive tranquilo en Sión” y “confiado en el monte de Samaria” (Am. 6:1, NVI). Los ciudadanos prósperos tanto de Israel como de Judá viven para sus lujos y confían en las edificaciones que han construido para proteger sus orgullosas ciudades de los enemigos extranjeros. Se han olvidado de quién es su Creador y Protector. Baal es sólo uno de sus muchos dioses. El dinero es otro de esos dioses.

Por lo tanto los ejércitos asirios llevarán a cabo el juicio de Jehová al quemar las ciudades y las fortalezas de Israel. Las capas de escombros quemados de los montículos de la ciudad de Israel, darían testimonio a todos los tiempos de que Jehová habla muy en serio cuando añade una amenaza, así como también una promesa, a su Primer Mandamiento: “Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. No tendrás dioses ajenos delante de mí... porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos” (Ex. 20:2-6).

¿Es posible que los cristianos escojan la muerte en vez de la vida y que pierdan la fe y la salvación, tal como Israel lo hizo? Pablo escribe en el Nuevo Testamento sobre Himeneo y Alejandro que rechazaron la fe y una buena conciencia, “por desecharla naufragaron en cuanto a la fe” (1 Ti. 1:19). Muchos israelitas que estaban bajo la influencia de la religión cananea también “naufragaron en cuanto a la fe” en Jehová y en el Salvador prometido. Como resultado, su nación fue destruida y los individuos en ella, los que no se arrepintieron, se perdieron eternamente.

Hablando del juicio de Jehová sobre la incredulidad de Israel, Pablo dice: “Estas cosas les acontecieron como ejemplo, y fueron escritas para amonestarnos a nosotros, que vivimos en estos tiempos finales. Así que el que piensa estar firme, ¡mire que no caiga!” (1 Co. 10:11,12). Dios no escribe advertencias contra

peligros irreales. Para los cristianos es posible caer de la fe. Satán todavía tienta al pueblo de Dios para que sirva a dioses falsos. Él nos quiere engañar al hacer que adoptemos la moralidad de la sociedad que nos rodea. Él trata de persuadirnos para que dependamos de las ayudas terrenales con la confianza que sólo le pertenece a Jehová.

Pero los creyentes pierden su fe sólo si confían en ellos mismos y de esta manera escogen la muerte en vez de la vida. El mismo Dios y Salvador misericordioso que *crea* la fe en nuestro corazón también nos *mantiene* en la fe por medio de su palabra y de sus sacramentos. Nosotros somos “guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser revelada en el último tiempo” (1 P. 1:5). Como Pablo nos dice, “Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la prueba la salida, para que podáis soportarla.” (1 Co. 10:13). Que todo cristiano oiga la seria advertencia del apóstol y evite el sendero que guió a Israel a la destrucción: “Por lo tanto, amados míos, huid de la idolatría” (1 Co. 10:14).

El exilio para la idólatra Israel

9 No te alegres, Israel,
 no saltes de gozo como otros pueblos,
 pues has fornicado al apartarte de tu Dios.
 Amaste el salario de rameras
 en todas las eras de trigo.
² La era y el lagar no los sustentarán,
 y les fallará el mosto.
³ No se quedarán en la tierra de Jehová,
 sino que Efraín volverá a Egipto//y a Asiria,
 donde comerán vianda inmunda.
⁴ No harán libaciones a Jehová
 ni sus sacrificios le serán gratos;
 cual pan de duelo será para ellos,

**y todos los que coman de él//serán impuros.
Su pan será, pues, para ellos mismos:
ese pan no entrará en la casa de Jehová.**

La estación de la cosecha es un tiempo de felicidad para cualquier pueblo de agricultores. Tal vez Oseas está predicando este sermón durante una fiesta israelita de la cosecha. Si Jehová, el Hacedor y Soberano del cielo y de la tierra, ha escogido al pueblo de Israel sobre todas las otras naciones para que sea su preciada posesión y además le ha dado una generosa cosecha, uno pensaría que Israel debía estar contenta, aun más contenta que todas las otras naciones.

Pero Israel la adúltera e idólatra le ha sido infiel a Jehová, su amoroso esposo, que le dio la tierra ya todos sus frutos. Se ha prostituido a las deidades cananeas aceptando cosechas generosas y lagares rebosantes como si ellos fueran salarios de ramera pagados por su amante Baal. Jehová, que es el dueño de la tierra y el que provee todo grano de trigo y toda gota de vino, le informa a su pueblo infiel que las cosechas de sus eras y lagares no los pueden alimentar ni “sustentar” (v. 2) de la manera que su Pastor todopoderoso los alimentó en el desierto y en Canaán. Ahora él les arrebatará su prosperidad, no por medio de langostas, ni de plagas ni de sequías, sino desarraigando a los israelitas de su país y enviándolos para que sean cautivos en tierra extranjera, tal como habían vivido una vez en Egipto (v. 3). En su exilio en Asiria tendrán que comer alimentos que Oseas llama ceremonialmente inmundos porque su cosecha será producida por los campos de una nación pagana y no se pueden consagrar a Jehova en las ofrendas prescritas de los primeros frutos (Lv. 23:9-14, Dt. 26:1-11) (véase también 7:17 donde a Asiria, la tierra del cautiverio de Israel, se le da el nombre de tierra impura).

Cuando Israel esté exiliada en Asiria ya no podrán llevar sus ofrendas al templo como está prescrito por la ley, ya no habrá las libaciones de vino que acompañaban los sacrificios de la mañana y de la tarde en el altar de Jehová (Ex. 29:38-40), ni tampoco habrá

las ofrendas de comunión que son consumidas por los fieles en la presencia de su Dios, con los sacerdotes comiendo su parte como representantes de Jehová (Lv. 7:11-35). Los israelitas tendrán que comer solos sus alimentos, en una tierra extranjera, lejos del templo de Jehová; serán como los que está de luto, ceremonialmente impuros porque han tocado un cadaver. Sin poder participar en las fiestas de comunión en el templo de Jehová (Lv. 7:19-21), comerán el pan tristemente solos.

La cananea era una religión en la que los fieles hacían su parte (por ejemplo, llevando ofrendas, participando en los ritos de la fertilidad en los santuarios) para inducir al dios a cumplir con su parte que consistía en llenar las eras de los fieles y los lagares con abundancia. La bendición de la cosecha se consideraba como el pago por los servicios que le habían rendido a Baal. Es por eso que Oseas dice que las cosechas de Israel son el pago de una prostituta. La verdadera religión de Israel que fue descrita por Moisés y por los profetas era la fe en la promesa del pacto de Jehová, que se debía confesar alegremente por medio de la adoración que él especificaba en su ley. Las cosechas de granos y de vino, como toda otra bendición, se debían recibir con acción de gracias porque eran un regalo de la gracia inmerecida de Jehová.

¿Pensamos nosotros que la asistencia a la iglesia, el apoyo a la obra de Jehova y el testimonio que damos de Cristo en el mundo son obras que hacemos para ganar el favor de nuestro Dios? Cuando recibimos las bendiciones de Jehová, ¿pensamos que nos está pagando por los servicios que le rendimos? Si es así, aunque llamemos a nuestros Dios “Señor” y no “Baal”, estamos rindiendo culto junto con los cananeos y con los israelitas infieles de esos días; esa “adoración” no le agrada a Dios. En vez de eso, confiemos en su misericordiosa promesa del nuevo pacto del perdón de los pecados, garantizado por la muerte de su Hijo Jesús. Entonces con toda alegría le ofredaremos nuestras alabanzas, himnos y oraciones, nuestras ofrendas de dinero y nuestro testimonio de cristianos como frutos de la fe en nuestro Salvador. Esta adoración es del agrado de nuestro Dios.

Llegaron los días de la retribución

**⁵ ¿Qué haréis en el día de la solemnidad,
y en el día de la fiesta de Jehová?**

**⁶ Ellos se fueron a causa de la destrucción.
Egipto los recogerá, Menfis los enterrará.
La ortiga conquistará lo deseable//de su plata,
y el espino crecerá en sus moradas.**

**⁷ Vinieron los días del castigo,
vinieron los días de la retribución.**

¡Israel lo sabrá!

**Necio es el profeta,,
insensato es el hombre de espíritu,
a causa de la enormidad de tu maldad
y de la inmensidad de tu odio.**

**⁸ El profeta, atalaya de Efraín,
está junto a mi Dios;
lazos de cazador se le tienden//en todos sus caminos,
se le odia aun en la casa de su Dios.**

**⁹ Llegaron hasta lo más bajo//en su corrupción,
como en los días de Gabaa.**

**Él se acordará de su iniquidad
y castigará su pecado.**

Tres veces al año, en las fiestas de los panes sin levadura, de la siega y de la cosecha, todos los varones israelitas se debían presentar en el templo, de acuerdo con la ley de Moisés (Ex. 23:14-17). ¿Qué hará el pueblo de Jehová para celebrar esas fiestas cuando el exilio los haya llevado tan lejo de Canaán? Será imposible cumplir la adoración que ordena la ley.

Tal vez algunos de los israelitas escaparán hacia la parte norte de Egipto para poder escapar del ejército asirio, como lo harán algunos de los residentes del reino del sur poco tiempo después (véase Jeremías 44:1). Ellos morirán y serán sepultados en

ciudades extranjeras como Menfis, localizada al sur del delta del Nilo, lejos de la tierra prometida (otra interpretación del versículo 6 diría que “Egipto” y “Menfis” son metáforas para Asiria, la tierra del exilio del Israel, como en el versículo 3). Todas las riquezas de los israelitas desaparecerán; cardos y espinos se apoderarán de la tierra cultivada para convertirla en desierto. * Israel debe saber que los días de la retribución se acercan (v. 7). Un pueblo impenitente pagará con el exilio el precio de años de idolatría.

La hostilidad de los israelitas hacia el Señor se muestra en el rechazo a sus mensajeros los profetas. Parece que a Oseas lo reciben en su tierra natal Israel con la misma hostilidad que le mostraron a Amós cuando fue de Judá para predicar en Betel (Ez. 7:10-17). Los israelitas consideran que el profeta es un tonto y un loco porque el Espíritu de Dios lo inspiró a profetizar la derrota y el exilio que van a sufrir; su mensaje no concuerda con las fiestas cananeas de la cosecha. El profeta le sirve a su pueblo como “atalaya” de Dios para la casa “de Efraín” (Ez. 3:17), al indicarles los peligros espirituales presentes y al advertirlos acerca del juicio venidero. Sin embargo, el pueblo culpable lo odia como si fuera un enemigo, tratan de tenderle trampas dondequiera que él va, incluso hasa le muestran hostilidad “aun en la casa de Dios” (v. 8).

El trato que Oseas y Amós reciben de Israel nos recuerda las palabras de Jesús: “Yo os envío profetas, sabios y escribas; de ellos a unos mataréis y crucificaréis, y otros azotaréis en vuestras sinagogas y perseguiréis de ciudad en ciudad” (Mt. 23:34). Dios, por medio de sus mensajeros, trata de juntar y de proteger a su pueblo “como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas”, pero una y otra vez se negaron a volver a él; “y no quisiste” fue la triste conclusión a la que llegó Dios (Mt. 23:37). Cuando Dios mismo finalmente viene en la carne para salvar a su pueblo, le gritan: “Crucifícale, crucifícale!”

* Donde la Reina Valera traduce: “la ortiga conquistará lo deseable”, la Nueva Versión Internacional dice: “sus tesoros de plata [los de Israel] se llenarán de ortigas”.

Oseas compara sus tiempos con los días de los jueces, cuando Israel no tenían rey y cada cual hacía lo que bien le parecía (Jc. 21:25). Los sodomitas de Gabaa abusaron de una mujer hasta dejarla muerta, los hombres de la tribu de Benjamín, en vez de castigar a los depravados por ese crimen, se volvieron contra sus compatriotas Israelitas para defender a los criminales (Jc. 19-21). Jehová no pasa por alto este flagrante pecado; al contrario, “se acordará de su iniquidad y castigará su pecado” (v. 9).

Cuando un profeta como Oseas repite fielmente el mensaje que ha sido llamado a proclamar, Dios mismo habla por medio de él. En nuestros días eso también es verdad respecto de los pastores y maestros, siempre que ellos enseñen de acuerdo con las Escrituras inspiradas. Cuando el Señor Jesús envió a sus discípulos a predicar, dijo: “El que a vosotros oye, a mí me oye, y el que a vosotros desecha, a mí me desecha, y el que me desecha a mí, desecha al que me envió” (Lc. 10:16). Nuestros pastores, que son los que “velan por vuestras almas” (Hc. 13:7), nos deben hablar de la ley de Dios, deben señalar el pecado y advertirnos contra sus consecuencias. Por medio de la ley, Dios pone al descubierto nuestro pecado para darnos las buenas nuevas acerca de Jesucristo, el Salvador de los pecadores. Después, por medio de sus mensajeros, Dios mismo nos habla desde el cielo para perdonar nuestros pecados y para prometernos la vida eterna. Los profetas y los apóstoles, los pastores y los profesores merecen que los escuchen con respecto porque es Dios quien los envía y, por todas las preciosas buenas nuevas que ellos traen.

La amada Israel ahora es rechazada

¹⁰ «Como uvas en el desierto
hallé a Israel;
vi a vuestros padres en sus primicias
como la fruta temprana de la higuera.
Pero al acudir ellos a Baal-peor,

**se apartaron para vergüenza,
y se hicieron abominables
como aquello que amaban.**

**¹¹ La gloria de Efraín volará cual ave,
de modo que no habrá nacimientos
ni embarazos ni concepciones.**

**¹² Aunque lleguen a crecer sus hijos,
los quitaré de entre los hombres.**

¡Ay de ellos también, // cuando de ellos me aparte!

**¹³ Efraín, según veo, es semejante a Tiro,
situado en un lugar delicioso;
pero Efraín llevará sus hijos // a la matanza.»**

**¹⁴ Dales, Jehová,
lo que les has de dar;
dales matriz que aborte
y pechos enjutos.**

**¹⁵ «Toda la maldad de ellos // se manifestó en Gilgal;
allí, pues, les tomé aversión.**

**Por la perversidad de sus obras
los echaré de mi Casa.**

**Ya no los amaré más;
todos sus príncipes son desleales.**

**¹⁶ Efraín fue herido,
su raíz está seca,
no dará más fruto.**

**Aunque engendren,
yo haré morir el precioso fruto // de su vientre.»**

**¹⁷ Mi Dios los desechará
porque ellos no lo oyeron,
y andarán errantes entre las naciones.**

En esta parte del texto el profeta habla dos veces en primera persona por Jehová (vs. 10-13, 15, 16), y después él expresa su propia conformidad con el juicio justo de Dios (vs. 14 y 17).

Jehová recuerda los días en que él escogió a Israel para que fuera su pueblo, los días de su primer amor. El novio quiere alabar a su amada. Nos podríamos imaginar a Oseas diciéndole estas tiernas palabras a su querida Gomer: “Cuando por primera vez te hallé, fue como encontrar uvas en un oasis del desierto o como ver la fruta temprana y dulce de la higuera”.

Pero ya en el camino, saliendo de Egipto, cuando Israel estaba acampando en Moab, “el pueblo comenzó a fornicar con las hijas de Moab, las cuales invitaban al pueblo a los sacrificios de sus dioses, y el pueblo comió y se inclinó a sus dioses. Así acudió el pueblo a Baal-peor”, el dios moabita así nombrado en honor a una montaña que había en el desierto (Nm. 25:1-3). Israel, la novia de Jehová, se entregó a los vergonzosos ritos de la región moabita, que se deben parecer al culto cananeo de la fertilidad. El pueblo escogido por Dios mismo se volvió tan detestable como su ídolo.

Incluso en las últimas décadas de su vida como nación, Jehová permite que Israel disfrute de cierta prosperidad. El pueblo disfrutó como un árbol plantado en medio de una pradera agradable. El pueblo de Dios disfruta de un lugar privilegiado, como la poderosa ciudad de Tiro en la costa de Fenicia. Sin embargo, ellos les atribuyen esta prosperidad a los ídolos Baal y Astoret. Les ofrecen lo mejor que tienen a los dioses cananeos de la fertilidad, hasta el sacrificio de sus propios hijos e hijas en el fuego (2 Ry. 17:17).

Jehová castigará la devoción de Israel a los dioses cananeos al hacer que sus mujeres en vez de ser fértiles sean incapaces de concebir. Tal vez Oseas describe los días de guerra en que los jóvenes casaderos mueren en el campo de batalla, de manera que ningún esposo queda vivo. En estos días no habrá “nacimientos, ni embarazos ni concepciones” (v. 11). Las pocas mujeres que puedan criar a sus hijos y verlos crecer se verán obligadas a sacarlos de las ciudades capturadas para ser capturadas y masacrados por el ejército enemigo.

Oseas está de acuerdo con el juicio de Jehová al decir una oración cuyas palabras son las palabras de juicio más escalofrantes de la Biblia: “dales matriz que aborte y pechos

enjutos” (v. 14). No poder disfrutar de la bendición de tener hijos es preferible que ver a los niños indefensos en manos de los crueles soldados asirios. Esto nos recuerda lo que el Señor Jesús les dijo a las mujeres que lloraban por él cuando iba camino a la cruz: “Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque he aquí que vendrán días en que dirán: dichosas las estériles y los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron” (Lc. 23:28,29). ¡Es mejor no traer hijos a este mundo que verlos consumidos por la ira terrible del juicio de Jehová!

Israel está totalmente entregada a la veneración de otros dioses en santuarios tales como Betel, Beerseba y Gilgal (véase también 4:15, Amós 5:5). Jehová dice unas palabras fuertes: “allí, pues, les tomé aversión... los echaré de mi casa” (v. 15), es decir, fuera de la tierra prometida. Como el pueblo adoptó la idolatría siguiendo a sus reyes y sacerdotes rebeldes, los hijos de Israel abandonaron el amor de Jehová, Son como una planta enferma de raíces marchitas. La nación no producirá ningún fruto. Jehová mismo se encargará de matar a los pocos niños que les queden con la espada de los soldados asirios: “yo haré morir el precioso fruto de su vientre” (v. 16).

Nuevamente en el último versículo del capítulo Oseas expresa su conformidad con el juicio de Jehová. Dios no es inconstante en su amor; él se aparta de su pueblo, los aborrece: “Les tomé aversión... no los amaré más”. Los “desechará” por la falta de fe que hay en su corazón, que se evidencia en su idolatría persistente. El pueblo al que él una vez le dijo: “vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos” (Ex. 19:5), ya no será más una nación. Los israelitas “andarán errantes entre las naciones” (v. 17), esparcidos “desde un extremo de la tierra hasta el otro extremo”, como Jehová les había advertido hace mucho tiempo cuando hizo su pacto con ellos (Dt. 28:64).

¡Cuán santo es nuestro Dios! ¡Cómo arde y humea su enojo, cómo relampaguea y truena su ira contra la desobediencia del hombre! El exilio de Israel de Canaán, como el diluvio en los

tiempos de Noé, o como la destrucción de Sodoma y Gomorra, dan testimonio del odio santo de Jehová por el pecado. Sin embargo, no es por causa del pecado que Israel perece como nación; al pueblo de Jehová le gusta destruirse a sí mismo por medio de su incredulidad. La idolatría constante del pueblo escogido de Dios es la evidencia de que ellos no confían en él ni en su promesa de salvación. Al rechazar su promesa de que él los libraría de todo mal, los israelitas se ponen ellos mismos bajo la ira de su juicio.

Sin embargo, el exilio no será el final de la historia. Nuevamente se nos recuerda a Gomer, la esposa adúltera de Oseas. Ella ciertamente no merecía un lugar en la casa de su esposo, y aún así, a pesar de todos sus devaneos, Jehová le dijo a su profeta: “Ve, ama a una mujer amada de su compañero, y adúltera; así ama Jehová a los hijos de Israel” (3:1). A pesar de todas estas amenazas de castigo que también serán llevadas a cabo, Jehová mirará más allá del exilio y hará una promesa con respecto a su pueblo en el último capítulo de este libro: “Yo los sanaré de su rebelión, los amaré de pura gracia” (14:4).

El Nuevo Testamento da testimonio del amor continuo de Jehová y de su interés por las “ovejas perdidas de Israel (Mt. 4:13-16; I S. 9:1,2). Sus primeros discípulos fueron galileos, tal vez descendían de algunos de los israelitas que permanecieron en la tierra durante el exilio. Cuando los apóstoles de Jesús predicaron las buenas nuevas de su muerte y resurrección, fueron primero a los judíos (Hc. 13:46). Como un esposo fiel que va tras de su esposa adúltera una vez más, Jehová invitó al pueblo de Israel a que regresara a él otra vez.

Recordando con cuánta frecuencia nos hemos rebelado contra nuestros Dios, nos damos cuenta de que Oseas también está pintando la historia de nuestra vida como pueblo de Dios. “Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia” (Tit. 3:5). Nosotros por nuestra parte con frecuencia hemos correspondido a su amor con infidelidad; una y otra vez hemos vuelto a nuestros pecados favoritos. Sin embargo,

el Señor por su misericordia nos ha guardado como suyos. Aunque merecíamos su juicio, él ha venido repetidamente a nosotros y nos ha dado nuevamente la bienvenida en casa con una palabra de perdón y de paz, por causa de Jesús. “¡Mirad, qué amor tan sublime nos ha dado el Padre [hasta a *nosotros*] para que [hasta *nosotros*] seamos llamados hijos de Dios!” (1 Jn. 3:1)

Israel debe pagar su culpa

10 Israel es una frondosa viña
que da de sí abundante fruto.
Cuanto más abundante era su fruto,
más se multiplicaban los altares;
cuanto mayor era la bondad de su tierra,
mejor hacía sus ídolos.
² Su corazón está dividido.
Ahora serán hallados culpables.
Jehová demolerá sus altares
y destruirá sus ídolos.

Al pintar a Israel como una frondosa viña Oseas le recuerda a su pueblo que Jehová los ha plantado en “una tierra buena y ancha... tierra que fluye leche y miel” (Ex. 3:8). Efraín, el nombre que el profeta usa con frecuencia para Israel, significa “doblemente fructífero”, y Jehová debía haber recibido de Israel abundantes frutos de agradecida fe. Pero la prosperidad también puede llevar al olvido y a la ingratitud. Moisés ya se lo había advertido al pueblo antes de que entraran en la tierra prometida: “Luego que comas y te sacies, cuídate de no olvidarte de Jehová, que te sacó de la tierra de Egipto” (Dt. 6:11,12).

Eso es exactamente lo que está sucediendo. Especialmente en tiempos recientes de prosperidad nacional la “religión” ha florecido, pero no es la veneración de un pueblo agradecido que sirve a Jehová. Israel ha multiplicado los altares para sus ídolos y ha decorado las piedras que representan la presencia de Baal en

los santuarios cananeos. El veleidoso corazón de los israelitas no está firmemente establecido en la fe. Habiendo rechazado el amor y el perdón de Jehová, ahora ellos deben “pagar” (v. 2). Los altares de Baal serán demolidos, el término despectivo que usa Oseas significa “romperle el cuello a un animal”, y las piedras sagradas que Israel ha decorado serán rotas.

Cuando Oseas dice que el corazón de los israelitas está dividido, es decir, que no es de fiar, no está acusando a su pueblo de falta de sinceridad; Israel es así porque el pueblo, después de haber prometido que iba a servir a Jehová y sólo a él, ha abandonado y negado la fe en sus promesas. Ahora el pueblo sinceramente espera una mayor prosperidad que venga de Baal y no de Jehová.

Pero una confianza sincera en un dios falso nunca salvó a nadie. Necesitamos recordar este hecho mientras vivamos en un mundo que tolera cualquier y todo tipo de culto, siempre que la gente sea sincera. “Yo soy Jehová”, dice Dios, “este es mi nombre; y a ningún otro daré mi gloria, ni a los ídolos mi alabanza.” (Is. 42:8). ¿No es verdad que a nuestro Dios le importamos tanto como a un esposo fiel le importa su esposa? Cuando un esposo ama verdaderamente a su esposa, ¿acaso no se le rompe el corazón si ella lo deja por otro hombre? Y Dios, que ama a su pueblo, ¿cómo puede mirarlo con indiferencia cuando ellos lo abandonan para temer, amar y confiar en cosas que no son dioses?

Efraín será avergonzado

³ Seguramente dirán ahora:

«No tenemos rey

porque no temimos a Jehová.

Pero, ¿qué haría el rey por nosotros?»

⁴ Ellos pronuncian palabras,

juran en vano al hacer un pacto;

por tanto, el juicio florecerá

como ajeno en los surcos del campo.

**⁵ Por las becerras de Bet-avén
serán atemorizados los moradores//de Samaria.
Sí, su pueblo se lamentará//a causa del becerro,
lo mismo que los sacerdotes
que se regocijaban de su gloria,
la cual será disipada.**

**⁶ El propio becerro será llevado a Asiria
como presente al gran rey.
Efraín será avergonzado,
e Israel se avergonzará de su consejo.**

**⁷ De Samaria fue cortado su rey
como espuma sobre la superficie//de las aguas.**

**⁸ Los lugares altos de Avén,
el pecado de Israel,
serán destruidos;
sobre sus altares crecerá espino y cardo.
Y dirán a los montes: «¡Cubridnos!»;
y a los collados://«¡Caed sobre nosotros!»**

Los reinados breves de Zacarías hijo de Jeroboam (seis meses), y Salum (un mes) en el trono del reino del norte después de la muerte de Jeroboam II dejaron confusos a los israelitas. La monarquía del norte nunca fue llamada legítima por Jehová, y ahora parece como si Israel no tuviera ningún rey. En tiempos tan inestables las instituciones legales entran en crisis; Oseas habla de promesas rotas y de juramentos falsos en las cortes judiciales israelitas, lo que conduce a una abundancia de litigios que crecen “como ajeno en los surcos del campo” (v. 4). Amós, el profeta amigo de Oseas, describe la perversión del sistema legal ya en los días de Jeroboam II: “Ellos aborrecieron al reprensor..., y abominaron al que hablaba lo recto... Sé que oprimís al justo, y recibís cohecho, y en los tribunales hacéis perder su causa a los pobres” (5:10,12). “Habéis vosotros convertido el juicio en veneno” (6:12).

En estos capítulos de su libro, Oseas habla más y más del juicio venidero que merecen los pecados de Israel: el exilio en Asiria. Oseas, el último rey de Israel, será llevado con su pueblo y morirá en la lejana Mesopotamia. Entonces finalmente su pueblo se dará cuenta de la razón de su desastre nacional, que ahora algunos están comenzando a ver: “No temimos a Jehová” (v. 3). No solamente el rey, sino su fortaleza que es Samaria serán cortados y desaparecerán “como espuma sobre la superficie de las aguas” (v. 7).

El mismo juicio le ocurrirá a los dioses israelitas, al becerro de oro, por ejemplo, en el santuario de Betel (que significa “casa de Dios”), al que Oseas irónicamente llama Bet-aven (“casa de iniquidad”). El gran rey, título para el gobernador de Asiria, considerará que sus dioses son más poderosos que los dioses israelitas: ¿no ha capturado él la ciudad principal? Por lo tanto, él se llevará el becerro de Betel a su tierra natal. Los sacerdotes y el pueblo que no veneren a Jehová ahora deben temer y afligirse por el destino de su ídolo. (Oseas 8:6 dice que “el becerro de Samaria” será hecho pedazos. Jeroboam hizo imágenes de becerros para los santuarios de Betel y de Dan, y sería sorprendente que los israelitas hubieran hecho solamente dos).

Cuando ellos hayan visto la ineficacia de los baales, el pueblo se avergonzará del consejo que aceptaron de los sacerdotes de esas deidades inexistentes. Las palabras hebreas para “consejo” y “madera” (v. 6) son similares; según la traducción de la versión NVI, los destituidos israelitas que quedaron en la tierra se avergonzarían de las pobres imágenes de madera que les dejaron a ellos, ya que su becerro de oro sería llevado en carreta hasta Asiria. Los vencedores profanarán los “lugares altos de Avén” (v. 8), nuevamente una referencia a Betel, “casa de Dios” a la que Oseas con frecuencia llama “casa de iniquidad”. Espinas y cardos crecerán sobre los descuidados altares donde Israel les ofrecía sacrificios a los ídolos.

¿Cómo podrán los israelitas enfrentarse al futuro sin sentirse desesperados después de ser una nación derrotada, de que mucha

genta estaba languideciendo en el exilio, de no tener un rey, de enterarse que sus dioses cananeos eran completamente ineficaces, de que su empobrecido territorio estaba a la ruina y de que su gente se estaba muriendo? “Entonces dirán a los montes: Cubridnos; y a los collados: Caed sobre nosotros” (v. 8).

Jesús citó estas palabras en su camino a la cruz cuando las mujeres de Jerusalén se lamentaban y gemían por él. Él sugirió que mejor lloraran por ellas mismas y por sus hijos: “Porque si en el árbol verde hacen estas cosas, ¿en el seco, qué no se hará?” (Lc. 23:28-31). Si el castigo que tuvo que sufrir Jesús siendo justo, hizo brotar lágrimas en los ojos de las mujeres, ¿cómo reaccionarán cuando el juicio encendido de Jehová sobreviniera a todo el pueblo de Israel, espiritualmente muerto en la incredulidad? Sería mejor morir que ver a su nación sufrir un final tan horrible.

En verdad la Biblia describe aun a los reyes, príncipes y generales de este mundo, a los ricos y a los poderosos diciendo las mismas palabras en el Día del Juicio: “Decían a los montes y a las peñas: “Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro del que está sentado sobre el trono y de la ira del Cordero”” (Ap. 6:15-17). Cuando Jehová, por medio de las Escrituras, predice su juicio venidero, no es como si él estuviera anticipando con impaciencia los fuegos artificiales. Y como él advierte sobre el castigo que va a venir, los pecadores no tendrán ninguna disculpa cuando su furia estalle sobre ellos. El propósito específico de Dios al predecir su juicio es que los pecadores puedan oírlo, que hagan caso ahora de la advertencia y puedan recibir la salvación.

Este es el llamamiento que sus profetas le presentaron a Israel y a Judá: “Convertíos, y apartaos de todas vuestras transgresiones, y no os será la iniquidad causa de ruina. Echad de vosotros todas vuestras transgresiones con que habéis pecado, y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo. ¿Por qué moriréis, casa de Israel? Porque yo no quiero la muerte del que muere, dice Jehová, el Señor. ¡Convertíos, pues, y viviréis!” (Ez. 18:30-32). Cuando les hablamos a nuestros amigos incrédulos sobre el juicio venidero, lo hacemos para hacerles el mismo ruego: “Dios no se complace

en tu muerte. Él sacrificó a su Cordero por los pecados del mundo, también por tus pecados. Arrepiéntete, confía en Jesucristo y vive ¡para siempre!”

Jehová castigará a los hijos de iniquidad

**⁹ «Desde los días de Gabaa,
tú has pecado, Israel.
¡Allí se han quedado!
¿No tomará la guerra en Gabaa
a estos inicuos?**

**¹⁰ Los castigaré cuando lo desee;
los pueblos se juntarán contra ellos
cuando sean castigados//por su doble crimen.**

**¹¹ »Efraín es como una novilla domada
a la que le gusta trillar.
Mas yo pasaré el yugo//sobre su lozana cerviz;
yo unciré a Efraín,
Judá tendrá que arar
y Jacob quebrará sus terrones.**

**¹² Sembrad para vosotros en justicia,
segad para vosotros en misericordia;
haced para vosotros barbecho,
porque es el tiempo de buscar a Jehová,
hasta que venga y os enseñe justicia.**

**¹³ Habéis arado impiedad
y segasteis iniquidad;
comeréis fruto de mentira.**

**Porque confiaste en tu camino
y en la multitud de tus valientes,**

**¹⁴ en medio de tus pueblos//se levantará un alboroto;
todas tus fortalezas serán destruidas,
como destruyó Salmán a Bet-arbel
en el día de la batalla,**

**cuando fue destrozada//la madre con sus hijos.
15 Así hará con vosotros Bet-el,
por causa de vuestra gran maldad:
al despuntar el día //desaparecerá para siempre
el rey de Israel.»**

Oseas recuerda la historia de un incidente que sucedió en los días de los jueces (Jueces 19-21) como ejemplo para comparar la conducta pecaminosa de Israel en el tiempo presente. Los sodomitas de Gabaa en Benjamín, frustrados en su deseo de violar a un visitante levita, abusaron de la concubina del hombre toda la noche hasta que cayó muerta a la puerta de la casa donde el levita estaba alojado. Él cortó el cuerpo en doce pedazos y los envió a todas las tribus como una demanda de castigo, porque los hombres de Gabaa “han hecho maldad y crimen en Israel” (Jueces 20:6). El resto de Israel entró en guerra contra Benjamín cuando los benjamitas no quisieron entregar a los criminales para que fueran condenados a muerte. El resultado final fue la muerte de 25,000 benjamitas y la destrucción de sus pueblos y familias.

El punto de Oseas es que los israelitas de su tiempo se habían hundido tan profundamente en la corrupción como la ciudad de Gabaa. Ellos no habían vuelto a Jehová, sino que habían permanecido en su pecado. Israel libró una guerra contra los benjamitas y contra los perversos de Gabaa; ahora es la voluntad de Dios que otras naciones castiguen a Israel, porque la nación entera se había vuelto tolerante a la idolatría y la inmoralidad. Tal vez Oseas hable del “doble crimen” de Israel (v. 10) para jugar con el nombre “Efraín”, es decir el reino del norte, porque Efraín significa “doblemente fructífero” (Gn. 41:52). Amontonando una culpa sobre otra, el “doblemente fructífero” ha llegado a ser “doblemente pecador” y bien se merece el cautiverio.

Cuando los israelitas habían cosechado y secado el grano, lo extendían sobre un suelo duro para trillarlo, le ponían el yugo al ganado, y llevaban a los animales a que pisaran el grano para

descascararlo. Ni Israel ni Judá, habían querido cargar con el yugo fácil del pacto de Jehová. En vez de eso, se habían sometido a la capacitación en Canaán para ser manejados una y otra vez por otros amos: los dioses cananeos.

Ahora Jehová los enviará al cautiverio para que jalen el arado y la rastra *de él*. Él los dirige a “sembrar en justicia” y a “segar en misericordia” (v. 12). Como Juan el Bautista, el profeta urge al pueblo de Dios a producir “frutos dignos de arrepentimiento” (Lc. 3:8). Su propósito con el exilio de Israel será el de romper el terreno que está en barbecho y estéril: para ablandar el duro corazón de su pueblo y para llevarlo al arrepentimiento. En su tiempo de exilio Jehová le hace un llamado a Israel para que lo busque a él con fe. Entonces él llegará a su pueblo y hará llover su justicia, como lluvia que cae sobre las recién plantadas cosechas de Canaán.

El pueblo de Dios está pasando su vida en la tierra prometida sin ningún tipo de arrepentimiento, ni fe, ni frutos de fe. “Habéis arado impiedad, y segasteis iniquidad, comeréis fruto de mentira”, les dice Oseas a los israelitas (v. 13). Nuevamente él les recuerda que, como una esposa infiel, ellos le han mentado a Dios, quien es el fiel esposo de Israel. A lo que es aceptado como culto en la religión cananea, Jehová lo llama impiedad en su ley.

La confianza de Israel en los dioses falsos también los ha llevado a una política exterior que niega a Jehová. En vez de confiar en él para que los guarde y los proteja, el pueblo de Dios ha depositado su confianza en sus propios guerreros (véase también Amós 6:13) y hasta en los ejércitos de los aliados paganos como Asiria y Egipto (7:11). Salmán del versículo 14 puede ser Salmanasar V de Asiria, que comenzó el sitio de Samaria aproximadamente en el año 725 a.C. (2 Reyes 17:3-5), o algún otro enemigo de Israel. Cuando capturó Bet-arbel, una ciudad de Galilea o Galaad en las fronteras del reino, él dejó que sus soldados masacraran a las mujeres y niños israelitas. El mismo destino correrá el pueblo de Betel, el centro mismo de la religión israelita. El rey de Israel, que adoraba al becerro de oro allí, sería aniquilado.

Si uno juzga simplemente con base en la cantidad de las palabras de Oseas, el castigo de Dios al pecado de Israel y las amenazas de su juicio, sobrepasan por mucho al mensaje evangélico del profeta. Y sin embargo, por sobre la voz de la ley, que ruge como un león (5:14), y por sobre el estruendo amenazador del armamento asirio (10:14), el profeta nos deja oír la suave voz del evangelio. El exilio de Israel en Asiria será un bien merecido castigo por el pecado, pero Jehová usará la misma experiencia para invitar a su pueblo a regresar a él: “Es el tiempo de buscar a Jehová, hasta que venga y os enseñe justicia” (v. 12).

El juicio venidero es real, pero también lo es la invitación a recibir la justicia de Jehová: “La justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia; por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Ro. 3:22-24). La justicia de Dios es su propia respuesta a lo que su ley requiere. La justicia de Cristo silencia toda amenaza de castigo para aquellos que confían en él. Cuando oímos las buenas nuevas del perdón de todos nuestros pecados por medio de los sufrimientos y la muerte del Hijo de Dios, desde el cielo la justicia misma de Dios se derrama sobre nosotros como lluvia sobre un terreno reseco.

El amor de Dios para con Israel

11 «Cuando Israel era muchacho, // yo lo amé,
y de Egipto llamé a mi hijo.

² Cuanto más yo los llamaba,
tanto más se alejaban de mí.

A los baales sacrificaban,
y a los ídolos quemaban incienso.

³ Con todo, yo enseñaba a andar a Efraín,
tomándolo por los brazos;
más ellos no comprendieron // que yo los cuidaba.

⁴ Con cuerdas humanas los atraje,

**con cuerdas de amor;
fui para ellos como los que alzan
el yugo de sobre su cerviz,
y puse delante de ellos la comida.**

En este capítulo Jehová nos permite mirar directamente en su corazón, para experimentar sus sentimientos por su hijo Israel. En el tierno lenguaje de un padre que recuerda la infancia de su hijo, Dios medita en la manera en que el amó a su pueblo durante sus primeros años como nación. Su voz que habla mediante el profeta Moisés los sacó de la esclavitud en Egipto para ir a la tierra que él preparó para ellos.

Jehová preservó a Israel, su hijo del Antiguo Testamento, de la muerte por hambre, por medio de la huida a Egipto en el tiempo de José, el hijo de Jacob. Entonces, Dios llamó a la nación de regreso a la tierra prometida para llevar a cabo su plan de salvación. El Nuevo Testamento nos dice que Oseas 11:1 se cumplió en la vida de Jesús (Mt. 2:15). Israel era un tipo o figura de Cristo. “Cuando vino la plenitud del tiempo” de Dios (Gá. 4:4), él guió a José y María a Egipto para proteger a su unigénito Hijo encarnado, de las manos del homicida rey Herodes. Después de la muerte de Herodes, el Padre llamó a su Hijo de regreso de Egipto para que: viviera, sufriera, muriera, y resucitara, para nuestra redención.

El recuerdo de Jehová de su amor por el joven Israel se mezcla ahora con el amargo recuerdo del culto que Israel le rindió a Baal en Canaán. (El versículo 2 es un lugar donde los traductores de la Reina-Valera [como los de la Nueva Versión Internacional] usaron el texto de la Septuaginta, la traducción griega del Antiguo Testamento hecha antes del tiempo de Cristo, porque el texto hebreo es demasiado difícil de entender). Pero entonces los pensamientos del Padre regresan nuevamente a los días de antes, cuando él se inclinaba y sostenía de los brazos a su pequeño para enseñarle a caminar. Fue el amor, el tierno amor de un padre por su hijo, el que libertó a Israel de la esclavitud en Egipto (“Fui para

ellos como los que alzan el yugo de sobre su cerviz”). Los cuidó durante su vagar por el desierto (“Con cuerdas humanas los atraje”). Les dio el maná en el desierto (“Puse delante de ellos la comida”). Sin embargo, los israelitas se fueron por su propio camino sin considerar ni recordar quién los preparó, los protegió, y los alimentó.

Con frecuencia repetimos la historia nacional de Israel en nuestra vida personal. Jehová hizo a muchos de nosotros sus hijos e hijas, por medio del bautismo, en una época muy temprana de nuestra vida de la cual no tenemos ningún recuerdo. Sin embargo, aun en ese entonces, él nos amó y nos liberó del yugo de la esclavitud del pecado y de Satanás. Su cuidado y protección han estado con nosotros desde nuestros primeros años por medio del amor de nuestros padres y de nuestros profesores cristianos. A pesar de esto, en muchos días de nuestra vida, nos hemos olvidado por completo de que es Dios quien: nos alimentó, nos protegió, nos preparó, y nos sanó. ¿Cómo nos podemos olvidar de darle las gracias por toda la bondad y misericordia que hemos recibido desde pequeños?

Asiria gobernará a Israel

**⁵ No volverá a tierra de Egipto,
sino que el asirio mismo será su rey,
porque no se quisieron convertir.**

**⁶ La espada caerá sobre sus ciudades
y consumirá sus aldeas;**

las consumirá a causa//de sus propios consejos.

**⁷ Mi pueblo está aferrado//a la rebelión contra mí;
aunque me llaman el Altísimo,
ninguno absolutamente//me quiere enaltecer.**

Para enfatizar su lección, Jehová usa en el hebreo original la palabra “volver” de dos maneras distintas. Su pueblo no “volverá” (“convertirá”) a él, es decir, se negará a arrepentirse de su

infidelidad y obstinadamente se apartará de él (vs. 5 y 7). Por lo tanto, aunque ellos no “volverán a Egipto”, sí serán prisioneros en el futuro exilio asirio, y así volverán a ser esclavos. Los soldados asirios harán caer su espada sobre las ciudades israelitas y romperán “las barras de sus puertas” (NIV) para dejar que entre el ejército vencedor. Entonces esta gente verá que sus orgullosos planes se ven truncados por medio de la espada asiria. Dios se negará a oír a los israelitas cuando llamen desde el hoyo en que han caído. Él no los sacará de allá sino que permitirá que los asirios los humillen.

¿Será este el fin del pueblo de Dios? ¿No queda nada para ellos sino el juicio del Dios iracundo? Al final del capítulo 11, Jehová comparte con nosotros los pensamientos más secretos de su corazón sobre el futuro de su pueblo.

Jehová vendrá nuevamente con su compasión

8»¿Cómo podré abandonarte, Efraín?

¿Te entregaré yo, Israel?

**¿Cómo podré hacerte como a Adma,
o dejarte igual que a Zeboim?**

**Mi corazón se conmueve dentro de mí,
se inflama toda mi compasión.**

9 No ejecutaré el ardor de mi ira

**ni volveré a destruir a Efraín,
porque Dios soy, no hombre;
soy el Santo en medio de ti,
y no entraré en la ciudad.»**

10 En pos de Jehová caminarán.

**Él rugirá como un león;
rugirá, y los hijos vendrán
temblando desde el occidente.**

**11 «Como aves acudirán velozmente//de Egipto,
y de la tierra de Asiria como palomas;**

**y yo los haré habitar en sus casas»,
dice Jehová.**

Recordamos las palabras de Oseas a sus hijos hablando sobre Gomer, su esposa infiel: “Contended con vuestra madre, contended; porque ella no es mi mujer, ni yo su marido... la castigaré por los días en que incensaba a los baales, y se adornaba con sus pendientes y sus joyas, y se iba tras sus amantes y se olvidaba de mí” (2:2,13). Sin embargo, aparentemente en referencia a ella, Jehová le dijo al profeta una vez más: “Ve, ama a una mujer amada de su compañero, y, adúltera; así ama Jehová a los hijos de Israel” (3:1, véase esta cita en el comentario).

El amor de Dios por su hijo Israel, habla una vez más en estos últimos versículos del capítulo 11. Jehová delibera él mismo. Su inmarcesible amor por su pueblo, lo defiende de la santa justicia que ha hablado en los versículos 5 a 7. El corazón del padre suspira por su hijo perdido y no se dará por vencido. Admá y Zeboím eran ciudades que estaban cerca de Sodoma y Gomorra (Gn. 14:8), ciudades “las cuales Jehová destruyó en su furor y en su ira” (Dt. 29:23; véase Gn. 19:24,25). Jehová se pregunta a él mismo ¿cómo puede él tratar a su hijo, Israel, como a Adma y Zeboím?

Jehová dice: “Mi corazón se conmueve dentro de mí” (v. 8). El Señor cambia de opinión, su compasión no le permitirá llevar a cabo hasta el final el castigo que merece la infidelidad de Israel, por lo menos todavía no. Israel tendrá otra oportunidad. Si la razón pregunta ¿de qué manera el amor perfecto de Jehová puede ponerse en el camino de su justicia perfecta?, él contesta: “Porque Dios soy y no hombre” (v. 9). Su indescriptible amor simplemente sobrepasa todo entendimiento humano. Él es “el Santo”, y sin embargo no vendrá su pueblo indigno solamente con ira.

Jehová enviará a Israel al exilio en Asiria después de la caída de Samaria en el año 722 a.C. El rey babilonio Nabucodonosor atacará a Judá en el año 605 a.C. y en varias deportaciones también se llevará a la fuerza a muchos de los judíos a Babilonia. El león ruge en serio, y el castigo es verdadero. Sin embargo el rugido del

león también llamará a su tembloroso pueblo a regresar a él desde muy lejos. El exilio mismo llevará a algunos del pueblo de Israel a arrepentirse y a confiar nuevamente en las promesas de Jehová. Estos efrateos han sido como palomas. “Incautos, sin entendimiento, llaman a Egipto, acuden a Asiria” (7:11) pidiendo ayuda en vez de confiar en Dios, que les prometió liberarlos. Ahora, “como un pájaro acudirán velozmente de Egipto, y de la tierra de Asiria como una paloma; y los haré habitar en sus casas, dice Jehová” (v. 11).

Isaías, quien profetizó en Judá poco tiempo después del ministerio de Oseas en Israel, enseñó la misma verdad: “Acontecerá en aquel tiempo, que los que hayan quedado de Israel y los que hayan quedado de la casa de Jacob, nunca más se apoyarán en el que los hirió [es decir, un rey pagano con el que Israel entró en alianza] sino que se apoyarán con firmeza en Jehová, el Santo de Israel. Un remanente volverá, el remanente de Jacob volverá al Dios fuerte” (Isaías 10:20,21). Después del exilio, para cumplir con sus promesas, Jehová restablecerá un remanente de creyentes de su pueblo en la tierra prometida. Allí los creyentes, como Simeón y Ana, estarán “aguardando la consolación de Israel” (Lc. 2:25) cuando llegue la hora que Dios ha decidido y venga su Mesías.

En este único capítulo de Oseas, Dios nos ha descrito sus pensamientos más íntimos: el tierno recuerdo de la manera en que crió y preparó a su hijo Israel, que ahora se ha vuelto desobediente; su amenaza, que pronto sería llevada a cabo, en que las espadas asirias caerán sobre las ciudades israelitas; y sus emociones encontradas cuando su corazón “se revuelve dentro de sí” y él decide no aniquilar a su pueblo. El profeta nos enseña a conocer “de cerca” a nuestro Dios. Jehová es el severo Juez que castiga el pecado; pero también es el Padre que ama a los pecadores más allá de lo que el ser humano puede entender, y por lo tanto salva a sus hijos que no han merecido nada sino eso, el castigo.

Solamente en la cruz de Jesucristo, el Padre nos permitirá mirar otra vez tan dentro de su corazón. Allí su santidad exigirá el

castigo completo por el pecado, pero por medio del sacrificio de Jesucristo, su amor preparará un hogar eterno para todos los pecadores, judíos y gentiles. “Dios en su santidad no destruirá; su amor tampoco podrá pasar por alto ni tolerar la rebelión del hombre. Su amor tratará de manera efectiva con el pecado del hombre. Con el *rugido de un león* Jehová declarará tanto su inexorable ira contra el pecado como su inextinguible amor por sus hijos; y con ese rugido sus hijos díscolos por fin *vendrán temblando* a habitar en sus casas, a él (10-11). Ese rugido fue esencialmente oído en el Calvario, y toda la historia desde entonces es la historia del regreso de la humanidad al hogar”. *

El pecado de Israel exige arrepentimiento

12 «Me rodeó Efraín de mentira,
y la casa de Israel de engaño.
Pero Judá aún gobierna con Dios,
y es fiel con los santos.»

12 «Efraín se apacienta de viento,
anda tras el viento del este//todo el día;
multiplica la mentira y la violencia,
porque hicieron pacto con los asirios
y llevan el aceite a Egipto.»

2 Pleito tiene Jehová con Judá
para castigar a Jacob//conforme a su conducta;
le pagará conforme a sus obras.

3 En el seno materno tomó por el calcañar a su hermano,
y con su poder venció al ángel.

4 Luchó con el ángel y prevaleció;
lloró y le rogó;
lo halló en Bet-el,
y allí habló con nosotros.

* M. Franzmann, *Concordia Self-Study Commentary* (San Luis: Concordia, 1971), 597.

⁵ Mas Jehová es Dios de los ejércitos:

¡Jehová es su nombre!

**⁶ Tú, pues, vuélvete a tu Dios;
guarda misericordia y juicio,
y en tu Dios confía siempre.**

Jehová quiere morar entre su pueblo, pero Efraín, el nombre que le da Oseas al reino de Israel, lo ha rodeado de dioses falsos. Oseas los llama “mentira” (11:12) porque realmente de ninguna manera son dioses. Antes que el pueblo de Judá pueda apuntar el dedo a la idolatría del reino del norte, Oseas les recuerda que ellos también se han descarriado de la confianza leal en su fiel y santo Dios. En vez de buscar a Jehová y de alimentarse en los pastos a los que él los guiaba, los israelitas persiguen y se alimentan de “viento”, el alimento espiritual sin valor que provee la adoración a los ídolos.

En su vida religiosa Israel “multiplica mentiras” (12:1), es decir, adora a muchos dioses falsos. En su vida social la nación “multiplica destrucción”. Véase 4:2, por ejemplo, o las palabras de Amós, que dice de las mujeres israelitas: “Oprimís a los pobres y quebrantáis a los menesterosos” (4:1). Los reyes de Israel muestran su falta de confianza en el Dios de Israel, al hacer tratados de defensa mutua con naciones paganas como Asiria y Egipto, y al enviarles tributos en pago como el aceite de oliva, que era un producto de la tierra.

Jehová llama a toda la nación, incluyendo también a Judá, para que oiga su acusación y para que sea sentenciada por su pecado. Aquí Dios llama “Jacob” a la nación, y usa incidentes de la vida de Jacob como un modelo para describir primero a Israel tal como es, y después como él quiere que sea en el tiempo de Oseas. En el vientre materno Jacob agarró el talón de Esaú, su hermano mellizo; el nombre Jacob significa “el que da una zancadilla” o “suplantador” (Gn. 25:26). El nombre nos hace recordar la manera en que Jacob robó primero la primogenitura de su hermano (Gn. 25:29-34) y después la bendición que su padre quería darle a Esaú

(Gn. 27). Como Jacob no confiaba completamente en las promesas de Dios, pensó que él tenía que arreglárselas por sí solo para lograr su propia prosperidad en el futuro.

Muchos años después Jacob regresó a Canaán como un hombre cambiado. El ángel de Jehová, el mismo Hijo de Dios en forma humana, se encontró y luchó con él al lado del río Jaboc (Gn. 32). Jacob, que confiaba ahora en las promesas del pacto de Jehová, no soltaría al ángel y le rogó pidiendo la bendición que Dios le había prometido. Esa fue la ocasión en la que Dios le cambió el nombre al patriarca de Jacob, “suplantador”, a Israel, “aquel que lucha con Dios” (Gn. 32:28), para mostrar que él había cambiado el corazón de este hombre y lo había fortalecido en su fe. Después el todopoderoso Jehová Dios de los ejércitos le apareció nuevamente a Jacob en Betel, recordándole el cambio de su nombre, e imprimiendo nuevamente las promesas del pacto en su memoria (Gn. 35:6-15).

Oseas les muestra a los hijos de Israel que Jehová quiere repetir en ellos la historia del patriarca. Ellos no han guardado el pacto con él, y han sido injustos unos con otros, han seguido en pos de los baales cananeos, creen que deben asegurarse la prosperidad futura con lo que ellos hacen, en vez de esperar con fe en que recibirán la bendición de Jehová. Por lo tanto, dice Oseas, “vuélvete a tu Dios”: el arrepentimiento es necesario. El arrepentimiento sincero y la fe verdadera traerán fruto: “guarda misericordia y juicio, y espera siempre en tu Dios” (12:6).

Jehová no sólo llama a Israel, sino que también nos llama a nosotros a volver a él cada día y a “esperar siempre en nuestro Dios”. Cada vez que pecamos, él espera que nos arrepintamos. Dios mismo nos da la fe, para que esperemos en él con confianza y para que esperemos su perdón y toda bendición. La prueba de nuestro arrepentimiento y fe, no debe faltar en nuestra vida: que guardemos fielmente las promesas que le hacemos a nuestro Dios y nos hacemos unos a otros, que tratemos con justicia a nuestro prójimo y que miremos a Dios con la confianza de un niño, esperando su bendición. Su amor fiel merece tal respuesta.

La respuesta de Israel

**⁷ «Canaán tiene en su mano pesas falsas,
le gusta defraudar.**

**⁸ Efraín dijo://“Ciertamente me he enriquecido,
me he labrado una fortuna;
nadie hallará iniquidad en mí,
ni pecado en todos mis trabajos.”**

**⁹ Pero yo soy Jehová, tu Dios,
desde la tierra de Egipto;
aún te haré morar en tiendas,
como en los días de la fiesta.**

**¹⁰ »He hablado a los profetas,
multipliqué las profecías
y por medio de los profetas//hablé en parábolas.**

**¹¹ ¿Es Galaad iniquidad?
Ciertamente vanidad han sido:
En Gilgal sacrificaron bueyes,
y sus altares son como montones//de piedras
sobre los surcos del campo.»**

**¹² Pero Jacob huyó a la tierra de Aram;
Israel sirvió para adquirir una mujer,
y por adquirir una mujer fue pastor.**

**¹³ Por medio de un profeta,
Jehová hizo subir a Israel de Egipto,
y por un profeta fue guardado.**

**¹⁴ Efraín ha irritado a Dios amargamente;
por tanto, su Señor hará recaer sobre él
la sangre derramada
y le pagará sus agravios.**

¿De qué manera responde Israel al llamado al arrepentimiento que hace Jehová? Los mercaderes que venden granos y otros productos en el mercado, practican la deshonestidad y el fraude,

“achicando la medida, y subiendo el precio, y falseando con engaño la balanza” (Am. 8:5). Actúan como si ellos mismos hubieran creado su propia riqueza de la nada. Piensan que sus riquezas los excusan por completo de darle cuentas a Dios.

El Señor envía a sus profetas a pedirle cuentas a Israel y a anunciarle la futura pérdida de todas las riquezas de la nación. Cada año durante los “días de la fiesta” de los tabernáculos (v. 9) los israelitas viven en carpas para hacerles recordar de su vagar errantes por el desierto (Lv. 23:33-43). Al salir de Egipto ellos eran nómadas y vivían en carpas. Ahora tendrán que vivir nuevamente en carpas de camino al exilio en Mesopotamia.

Israel no quiere oír el mensaje, de la derrota y del exilio, que están predicando los profetas como Oseas y Amós, pero Dios le recuerda a su pueblo que vienen de él las: palabras, visiones, y parábolas, de los profetas. El juicio que los profetas anuncian es el juicio de Jehová: “Y he hablado a los profetas” dice Dios (v. 10).

Israel se enorgullece grandemente en Galaad, la región del ganado fino que el ejército de Jeroboam había recuperado para el reino del norte (Am. 6:13). Gilgal es otro lugar de importancia para los israelitas, un centro de su vida religiosa, donde ellos le ofrecen toros a Baal. Jehová mira la condición espiritual y moral, no la importancia ni la prosperidad externas de tales lugares (Os. 6:8; 4:15; 9:15). Él declara impío al pueblo de Galaad por su perversidad. Los altares de Gilgal están destinados a convertirse en montones de escombros como los montones que el agricultor pone en los límites de sus campos arados.

En los últimos tres versículos del capítulo doce, Oseas vuelve a los tres temas que ya ha mencionado en versículos previos.

1) Según el versículo 12, la vida de Jacob es un patrón para la vida del pueblo de Israel. Jacob no se enriqueció por su cuenta. En verdad, él no poseía nada sino el cayado que tenía en sus manos cuando huyó a Harán al norte de Siria, y tuvo que pagar la dote por sus esposas, Raquel y Lea, con años de labor trabajando con los rebaños de Labán, el padre de ellas (Gn. 29:14-30). Jacob, el

antepasado de los israelitas, era pobre, y recibió todas sus bendiciones de Dios. Así que sus descendientes no tienen ninguna razón para jactarse de su riqueza como si ellos mismos la hubieran logrado (véase el versículo 8).

2) Según el versículo 13, Jehová empleó a su profeta Moisés para sacar a Israel de Egipto y llevarlo a la tierra prometida. Por medio de Moisés él le dio a su pueblo agua y comida en el desierto y los guió todo el camino hasta la frontera con Canaán. De esta manera los profetas, los voceros de Dios, juegan un papel importante en los planes de Jehová para su pueblo. Él vela por ellos por medio de la palabra de sus profetas (véase el versículo 10). Por lo tanto los israelitas deben escuchar cuando los profetas los llaman a confesar sus pecados y a confiar en Dios.

3) Finalmente Jehová pronuncia otra palabra de juicio en el versículo 14. Israel ha hecho enojar a Dios al despreciar: sus invitaciones a volver a él, su condenación del pecado de la nación, y sus advertencias del juicio venidero. Por lo tanto los israelitas cargarán con la culpa por su propia sangre que los asirios derramarán. Han desdeñado a Jehová; él hará caer sobre ellos la vergüenza de la derrota y del exilio. Esta sentencia de la muerte de la nación será el resultado justo del cargo legal de Jehová contra Israel. A Israel se le devolverá de acuerdo con sus propias acciones (véase el versículo 2).

¿Cómo puede alguien escapar de ese juicio? Las Escrituras nos enseñan a orar, “Si miras a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse en pie?” (Sal. 130:3). Todos nosotros merecemos que se nos pague de acuerdo con nuestros propios actos egoístas e impíos. Pero el verdadero propósito de Jehová al llamar a su pueblo a que regrese a él, es el de perdonarlo y restaurarlo. “Pero en ti hay perdón, para que seas reverenciado”, oramos (Sal. 130:4). El perdón está allí para nosotros porque nuestro Padre celestial cargó sobre Jesús la iniquidad de todos nosotros. Después de generaciones que adoraban a Baal y a Astoret, Israel aprendió por medio de la humillante derrota y el exilio, que ningún dios excepto Jehová da el perdón. ¿Hemos aprendido esto? Nuestro corazón

siempre debe esperar su salvación, confiando en él por sobre todas las cosas. Ese corazón ora: “Esperé yo en Jehová, esperó mi alma; en su palabra he esperad... Porque con Jehová hay misericordia, y abundante redención con él” (Sal. 130:5-7).

La ira de Jehová contra Israel

13 Cuando Efraín hablaba, //cundía el temor;
fue exaltado en Israel,

mas pecó en Baal y murió.

² Ahora siguen en su pecado;

con su plata se han hecho imágenes//de fundición,

ídolos de su invención,

¡todo obra de artífices!

Y entonces dicen a los sacrificadores

que besen a los becerros.

³ Por tanto, serán como la niebla//de la mañana

y como el rocío de la madrugada, //que se disipa;

como la paja que la tempestad arroja //de la era,

como el humo que sale por la chimenea.

Oseas menciona a Efraín como la tribu que se destaca del reino de Israel. En verdad con frecuencia el profeta ha usado el nombre “Efraín” para toda la nación del norte. Los descendientes de Efraín, el segundo hijo de José, llegaron a ser prominentes entre las doce tribus especialmente por dos personas. Josué, el gran líder de Israel, era efrateo (Nm. 13:8) y su familia recibió la herencia del monte de Efraín (Jos. 19:50). El notable Jeroboam I, que guió la rebelión de las diez tribus del norte, provenía de la misma tribu (1 R. 11:26). Sin embargo, Jeroboam no fue un líder que siguiera los pasos del fiel Josué. Al erigir los becerros de oro en Betel y en Dan, Jeroboam I fijó el rumbo que hundió al reino del norte más profundamente en el culto a Baal y llevó a la muerte espiritual a su pueblo, quien abandonó a Jehová, la fuente de toda vida espiritual. Israel, al igual que el hijo pródigo, siempre que

permanecía lejos del hogar (Lc. 15:24), estaba virtualmente muerto, “muertos en sus delitos y pecados” (Ef. 2:1).

Los becerros que Jeroboam erigió no son las únicas imágenes que los israelitas están adorando. El pueblo fabricó sus propios dioses de plata para su hogar (toda excavación arqueológica importante en Israel ha producido muestras de esas imágenes de la fertilidad. Usualmente son figuras femeninas, con frecuencia tienen exageradas características sexuales, hechas de metales preciosos o de un material más humilde como la arcilla). Esas deidades, dice Oseas desdeñosamente, son todas “obras de artífices” (v. 2), creadas por manos humanas y por eso no deben ser comparadas con Jehová, el Hacedor del hombre, el Creador del mundo. Israel no solamente ha adoptado tales dioses cananeos como: Baal, Asera, y Astoret, sino también las ceremonias religiosas cananeas: “Sacrifican hombres, besan a los becerros” (v. 2). Los escritores bíblicos describen esa adoración diciendo que ellos “hicieron pasar a sus hijos y a sus hijas por fuego” (2 R. 17:17). La ley de Jehová prohibía específicamente esos sacrificios: “No harás así a Jehová tu Dios; porque todo lo que es abominable a Jehová, lo que él detesta, hicieron ellos para sus dioses; pues aun a sus hijos y a sus hijas quemaban en el fuego a sus dioses” (Dt. 12:31). Besar una imagen de Baal era otra manera de expresarle devoción al dios cananeo (1 R. 19:18).

Oseas describe el juicio de Jehová sobre esa idolatría con cuatro comparaciones. Como la neblina o como el rocío de la mañana que se consumen en el sol mañanero, como la paja que es levantada por el viento del lugar de la trilla, o como el humo que se escapa de una casa por una ventana, los israelitas simplemente desaparecerán del escenario de la historia. Con el exilio en Mesopotamia Dios “apartó a Israel de su presencia”, tal como lo había advertido a través de sus siervos los profetas (2 R. 17:23).

Antes de que Israel entrara en la tierra, Jehová expresó su repugnancia por los pecados de los cananeos, especialmente la forma en que habían pervertido el don del sexo. Era como si la tierra de Canaán se hubiera enfermado por los pecados de sus

habitantes. “La tierra fue contaminada. Pero yo visité su maldad, y la tierra vomitó a sus habitantes” (Lv. 18:25). Jehová les advirtió a los israelitas antes de que entraran en Canaán: “No sea que la tierra os vomite por haberla contaminado, como vomitó a la nación que la habitó antes de vosotros” (Lv. 18:28).

En tiempos modernos la mayor parte de la gente se horrorizaría al oír que los sacrificios humanos son una práctica común en su país. Sin embargo, en la mayor parte de los países “civilizados” del mundo, un sinnúmero de madres y padres matan a sus hijos antes de que nazcan. Lo hacen: para mantener un alto nivel de vida, para evitar la inconveniencia de una familia, o solamente para gozar del placer de las relaciones sexuales sin la responsabilidad de mantener a un hijo. Si lo que amamos sobre todas las cosas es nuestro dios, entonces los dioses llamados: Comodidad, Conveniencia, y Placer, están recibiendo una abundancia de sacrificios humanos cada día por aquellos que los adoran. “Todas las cosas abominables que Jehová aborrece las hicieron ellos a sus dioses” (Dt. 12:31). ¿Es que nosotros los cristianos podemos permanecer callados frente a estos pecados que contaminan nuestra tierra, o daremos testimonio contra ellos, tal como la ley y los profetas de Dios lo hacen?

Liberación, ingratitud, juicio

**⁴ «Mas yo soy Jehová, tu Dios,
desde la tierra de Egipto;
no conocerás, pues, otro dios fuera de mí,
ni otro salvador sino a mí.**

**⁵ Yo te conocí en el desierto,
en tierra seca.**

**⁶ »En sus pastos se saciaron
y, una vez repletos,
se ensoberbeció su corazón;
por esta causa se olvidaron de mí.**

**⁷ Por tanto, yo seré para ellos como león;
como un leopardo en el camino//los acecharé.
⁸ Como osa que ha perdido a sus hijos//los atacaré
y desgarraré las fibras de su corazón,
y allí los devoraré como león;
fiera del campo los despedazará.**

Toda la historia de Israel está sintetizada aquí en sólo unos pocos versículos, que describen: primero cómo Jehová liberó a Israel, luego la ingratitud de su pueblo, y finalmente el juicio de Jehová. Cuando Jehová se llama a él mismo el Dios de Israel “desde la tierra de Egipto” (v. 4), él recuerda la manera en que los creó en Egipto y después los liberó de la esclavitud egipcia. ¿Cómo pueden ellos reconocer a cualquier otro dios excepto a Jehová? ¿No veló él por ellos (el hebreo dice “te conocí”) en el desierto, es decir, ¿no hizo él su pacto con ellos en el ardiente desierto de Sinaí? Luego, él cumplió con su promesa y pastoreó a su pueblo a Canaán, “una tierra buena y ancha, tierra que fluye leche y miel” (Ex. 3:8).

Satisfechos con todas las riquezas de la tierra prometida, los israelitas se están exaltando a ellos mismos más que a su Dios y lo están olvidando, tal como Moisés advirtió en algunas de sus últimas palabras: “Pero engordó Jesurún [es decir “el justo”, Israel], y tiró coces (engordaste, te cubriste de grasa); entonces rechazó a Dios su Hacedor, y menospreció la Roca de su salvación” (Dt. 32:15).

Para describir su juicio por el olvido de su pueblo, Jehová se describe a él mismo empleando los más feroces símiles que aparecen en toda la Biblia. ¿Nos podemos imaginar a Jehová nuestro Dios: como un león devorador, como un leopardo al acecho, como una osa a quien le han robado sus cachorros y lista a desgarrar a cualquiera, como un animal salvaje que destroza por completo el cuerpo de su víctima? Estas son las comparaciones que él mismo usa en los versículos 7 y 8, para describir su furia cuando su amor es desdeñado.

¿Nos sentimos tentados alguna vez nosotros los cristianos a despreciar la sangre de Cristo y a insultar al misericordioso Espíritu de Dios cuando acallamos la voz de nuestra conciencia y nos volvemos hacia la incredulidad y el pecado? Entonces necesitamos oír advertencias como éstas que vienen de la ley. El Nuevo Testamento repite la misma verdad: “¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” (He. 10:31). Su ira consumidora es tan real como su amor ilimitado. Cuando oímos la ley de Dios, ¿pensamos que él solamente está simulando su ira antes de anunciar su perdón? Dios no es un actor. Si no podemos pensar en nuestro Dios en los términos que usa Oseas, estamos subestimando su ira santa contra el pecado. Esta fue la ira con la que Cristo cargó cuando tomó nuestro lugar bajo el justo furor de su santo Padre: el furor de un león devorador, de un feroz leopardo, de una osa a la que le han robado sus cachorros. Cuando se hizo maldición a causa de nosotros (Gá. 3:13) nuestro Salvador nos redimió de una maldición que era no era fingida.

Jehová destruirá a Israel

**⁹ Te perdiste, Israel,
mas en mí está tu ayuda.**

**¹⁰ ¿Dónde está tu rey, para que te salve
en todas tus ciudades,
y tus jueces, a los que dijiste:
“Dame un rey y príncipes”?**

**¹¹ Te di un rey en mi furor,
y te lo quité en mi ira.**

**¹² »Atada está la maldad de Efraín,
su pecado está guardado.**

**¹³ Le vendrán dolores de mujer que da a luz;
pero es un hijo insensato,
pues no se colocó a tiempo
en el punto mismo de nacer.**

Jehová está resuelto a llevar a cabo su juicio, porque Israel se ha vuelto contra él. El versículo 9 ilustra la dificultad de algunas partes del libro de Oseas. Traducido palabra por palabra, dice: “Él te ha destruido, Israel, porque en (o contra) mí, en (o contra) tu auxiliador”. Muchos traductores han cambiado la persona del verbo al principio, leyendo “yo he destruido” o “tú has destruido” para hacer encajar el pensamiento de la última parte del versículo. Todas las traducciones españolas deben añadir algunas palabras suplementarias. Enfrentándonos a las dificultades de este versículo, tratamos de traducir de acuerdo con los versículos anteriores y posteriores a él. La versión Reina-Valera 1960 tiene “Te perdiste, oh Israel, mas en mí está tu ayuda”, en concordancia con pasajes como Isaías 3:9 y Jeremías 2:17.

“¿Dónde está tu rey? ¿Dónde están tus jueces?”, pregunta Jehová (v. 10). Tal vez para este tiempo Salmanasar V ya ha apresado y puesto en la cárcel a Oseas, el último rey de Israel, y la captura de Samaria ya está cercana. Dios está recordándoles a los Israelitas que el pedido que hace más de tres siglos ellos le hicieron a Samuel, “Constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones”, ya mostraba una falta de fe en él y despertó su ira. Jehová le dijo a Samuel: “No te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos” (1 Sam. 8:7).

Ahora en su ira contra la rebelde idolatría de los israelitas, Jehová les ha quitado a su rey y lo ha exilado a Asiria. Dios ya no perdonará la culpa de su pueblo reincidente: su iniquidad está atada a ellos, como la culpa de los pecadores impenitentes mencionada por Jesús en Mateo 16:19 y en 18:18. Su pecado está “guardado en lugar seguro” (v. 12) para acusarlos en el juicio. A Jehová le gustaría llamar nuevamente a Israel su hijo querido, pero este pueblo es como un niño mal colocado en el vientre, un bebé “insensato” que no sabe cómo nacer cuando le llegue el tiempo a la madre y comiencen las contracciones. Al despreciar su oportunidad de arrepentirse, Israel se niega a nacer nuevamente como hijo de Dios.

En los inicios del libro de Oseas (1:10; 2:14) observamos que el profeta cambiaba repentinamente entre las promesas y las amenazas, entre la ley y el evangelio. El ejemplo más sorprendente de todo ocurre en 13:14, una promesa de la resurrección, seguida inmediatamente por una amenaza posterior de juicio para Samaria, la capital del norte.

La victoria sobre la muerte

**14 De manos del seol los redimiré,
los libraré de la muerte.
Muerte, yo seré tu muerte;
yo seré tu destrucción, seol.**

La voluntad Jehová es salvar a su pueblo, no destruirlo. Cada palabra de juicio para Israel es puesta a un lado por un momento cuando Jehová describe la gran victoria sobre un enemigo que ha dominado a toda la humanidad desde la caída del hombre. La muerte es el enemigo que entró en el mundo y que oprime a toda la humanidad como resultado del pecado. Usando el paralelismo hebreo, Dios identifica la muerte con dos palabras: La primera es la palabra hebrea *Seol*, usualmente traducida como “la sepultura”, que alcanza más allá de la muerte temporal para describir el juicio de Dios sobre el pecado; la segunda es la simple palabra *muerte*, que desde la caída el hombre ha compartido con los animales, como Dios dijo: “Pues polvo eres, y al polvo volverás” (Gn. 3:19).

Jehová pagará cualquier precio que sea necesario para rescatar de la muerte a su pueblo para él. Él actúa como el pariente rescatador que vuelve a comprar la propiedad de la familia para evitar que pase a manos de otra familia (véase Rt. 3:12; 4:1-10). Aunque Israel como nación morirá, aun así Jehová tiene su remanente escogido de creyentes en Israel, por eso para ellos sufrir la muerte, ya sea en el sitio asirio o en el exilio en Mesopotamia, no significará el fin de la vida con Dios. Él los comprará para él mismo del poder de la muerte y de la sepultura.

Cuando Pablo cita este pasaje en 1 Corintios 15:55, él también cita a Isaías 25:8: “Destruirá a la muerte para siempre”. El precio del rescate ha sido pagado en la muerte de Jesús, el Hijo de Dios. Él garantiza la victoria sobre la muerte por medio de su resurrección corporal de la tumba. La profecía de Jehová en Oseas 13:14 se cumplirá, y la celebración de la victoria final comenzará cuando “se tocará la trompeta, los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados, pues es necesario que esto corruptible sea vestido de incorrupción, y que esto mortal se vista de inmortalidad” (1 Co. 15:52,53).

Entonces las “plagas” y la “destrucción” que la muerte impone a nuestro cuerpo en la sepultura será revertida en un momento. Tanto los creyentes de Israel del Antiguo Testamento como los cristianos de la iglesia del Nuevo Testamento ya disfrutamos ahora, por medio de la fe, la victoria sobre la muerte. Por lo tanto el creyente del Antiguo Testamento podía decir confiadamente: “Pero Dios redimirá mi vida del poder del Seol, porque él me tomará consigo” (Sal. 49:15); y aun al enfrentarnos a nuestra muerte y a la de nuestros seres queridos que son creyentes, nosotros los cristianos le agradeceremos a Dios porque “nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Co. 15:57).

El pueblo de Samaria debe cargar con su culpa

La compasión se ocultará de mi vista.

**¹⁵ Aunque él fructifique//entre sus hermanos,
vendrá el viento del este,
el viento de Jehová que sube del desierto,
y se secará su manantial,
se agotará su fuente.**

**Él despojará el tesoro
de todas sus preciosas alhajas.**

**¹⁶ Samaria será asolada,
porque se rebeló contra su Dios;
caerán a espada,**

**sus niños serán estrellados,
y abiertas sus mujeres encintas.»**

La palabra que se traduce como “compasión” en el último verso del versículo 14 podría significar un cambio de idea (Sal. 110:4). En este caso este versículo concluye la profecía de la resurrección: Jehová no cambiará de idea con respecto a su promesa. Si el final del versículo 14 introduce los versículos finales del capítulo 13, Jehová está diciendo que no cambiará de actitud sobre la condena de Israel. El juicio ya pasó, la sentencia ya ha sido dada y no se puede apelar a la misericordia de la corte.

El cálido viento que sopla viniendo del desierto del este, y que seca los manantiales y los pozos, describe a los ejércitos asirios infligiendo destrucción al quemar las ciudades israelitas y al sitiar Samaria. Israel le ha pagado tributo a Asiria por décadas, y ahora los ejércitos asirios se apoderarán de todas las cosas de valor que queden.

Oseas, los otros profetas, y hasta los escritores de los libros históricos de la Biblia, no están interesados principalmente en darnos una descripción detallada de la guerra, al estilo de un diario. Ellos se concentraron más bien en el poder y en el propósito, que había detrás de la derrota de Israel. Al viento que todo lo marchita y que viene del este, y que representa a los asirios, se le llama “el viento de Jehová”. La razón esencial del fin del reino del norte, no es la falta de preparación de las fuerzas armadas de Israel, ni una falta de sabiduría de parte de los funcionarios de asuntos exteriores, sino la rebelión contra Jehová: “Samaria será assolada, porque se rebeló contra su Dios” (v. 16).

Al principio de su libro Oseas ha documentado el fracaso espiritual y moral de los israelitas como una nación. El último versículo del capítulo 13, describe, en tres escuetas oraciones, el fin de la historia del reino del norte. Cuando los asirios tomen Samaria en el año 722 a.C., muchos habitantes de la ciudad morirán por la espada. Los soldados enemigos estrellarán la cabeza de los niños pequeños sobre las piedras, y hasta reventarán el

vientre de las madres encinta para destruir a los bebés que están en el vientre. Por medio de esas atrocidades cometidas por los enemigos, Jehová cortará el futuro de la nación.

La historia del reino del norte, comenzó cuando Jeroboam I guió a diez tribus del norte a separarse del rey que Jehová había escogido para la casa de David en Jerusalén, y terminó cuando los asirios capturaron Samaria en el año 722 a.C. y exiliaron a Israel a Mesopotamia. “Y los hijos de Israel anduvieron en todos los pecados que cometió Jeroboam y no se apartaron de ellos, hasta que Jehová apartó a Israel de su presencia, como lo había anunciado por medio de todos los profetas sus siervos” (2 R. 17:22,23). Jehová llevó a cabo el juicio que había descrito por medio de Moisés en el monte de Sinaí: “Si despreciáis mis preceptos, y vuestra alma menosprecia mis estatutos, si no ponéis en práctica todos mis mandamientos, e invalidáis mi pacto... vuestra tierra quedará asolada, y desiertas vuestras ciudades... Pereceréis entre las naciones, y la tierra de vuestros enemigos os consumirá. Y los que queden de vosotros lse consumirán en las tierras de vuestros enemigos por su iniquidad; y se cnsumirán junto con sus padres por la iniquidad de ellos” (Lv. 26:15,33,38,39).

Israel es llamado al arrepentimiento

14 ¡Vuelve, Israel, a Jehová, tu Dios,
pues por tu pecado has caído!

**² Llevad con vosotros palabras de súplica,
volved a Jehová y decidle:**

«Quita toda iniquidad,

acepta lo bueno,

te ofreceremos la ofrenda//de nuestros labios.

³ No nos libraré el asirio;

ya no montaremos a caballo,

ni nunca más diremos//a la obra de nuestras manos:

“Dioses nuestros”,

porque en ti el huérfano//alcanzará misericordia.»

Oseas les dirige estos versículos a los israelitas que toman en serio la advertencia de Jehová sobre el juicio. Hasta el pueblo que está en exilio reconocerá lo que el profeta les urge: “por tu pecado has caído” (v. 1). La manera tierna en que Jehová los llama a que vuelvan a él, nos recuerda el plan que Oseas propuso con respecto a su adúltera esposa Gomer en 2:14: “Por eso voy a seducirla, la llevaré al desierto, y hablaré a su corazón”. El exilio mismo, el cumplimiento de la amenaza del juicio de Dios por la idolatría de Israel, se convierte en una oportunidad que él usa para llamar a su pueblo a que regrese a él.

Cuando los israelitas oraron en 6:13, ellos esperaban que Jehová los sanara y les diera vida, aun cuando ellos se negaban a reconocer su culpa. Oseas los urge a confesar su pecado, a ofrecerle a Dios el sacrificio de “un corazón contrito y humillado” (Sal. 51:17). Los pecadores arrepentidos orarán: “Quita toda iniquidad y acepta lo bueno” (v. 2). Lo que Jehová busca es el arrepentimiento. Él ansía oír de su amado pueblo: “Te ofreceremos la ofrenda de nuestros labios”. Otra traducción sería “nuestros labios como toros”, es decir, palabras sinceras de arrepentimiento y de fe, las humildes alabanzas que le agradan a él más que todos los sacrificios de animales sobre el altar del templo.

Volver a Jehová significa abandonar a todos los dioses falsos. Aquí está la nueva vida que brota del arrepentimiento y de la fe. La idólatra Israel hizo alianzas con naciones paganas, confiando en las espadas asirias o en los caballos y carros egipcios (Ez. 17:15). El corazón arrepentido dirá: “No nos salvará el asirio; no montaremos en caballos” (v. 3), porque “el Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre” (He. 13:6). La idólatra Israel adoraba a dioses falsos como Baal y Asera, ídolos que fueron formados por manos humanas. El corazón creyente dirá: “Nunca más diremos a la obra de nuestras manos: Dioses nuestros” (v. 3). Más bien confesará: “En Dios solamente descansa mi alma; de él viene mi salvación” (Sal. 62:1). Los huérfanos, es decir, los que no tienen ningún ayudador terrenal para protegerlos y velar por ellos, encuentran compasión en Dios.

Los “huérfanos” que se mencionan en la oración penitente de Israel se acuerdan del nombre que se le dio al segundo hijo de Oseas, Lo-ammí, “No mi pueblo”. Jehová prometió: “Diré a Lo-ammí: Tú eres pueblo mío, y él dirá: Dios mío” (2:23). Cuando el huérfano Israel se arrepienta, hallará el ayudador compasivo en Jehová.

¿Cómo es posible que Israel que ya “murió” (13:1) regrese a Jehová? Jeremías pone en la boca de estos mismos israelitas: “Hazme volver, y volveré; porque tú eres Jehovah mi Dios” (Jer. 31:18, RVA). Es Dios mismo que por medio de su ley le dice al pecador: “por tu pecado has caído” (v. 1). Es Dios mismo quien hace que los pecadores, que se encuentran huyendo de él, regresen por medio de las promesas de su evangelio para atraerlos nuevamente a él mismo. Es enteramente trabajo suyo el que ellos confíen en él para el perdón de los pecados y que él los acepte nuevamente como su pueblo.

Casi dos siglos después de que Oseas concluya su libro, un remanente penitente del pueblo de Dios regresará del cautiverio babilonio. Admitirá su propio pecado y el de sus padres. “Pero tú eres justo en todo lo que ha venido sobre nosotros; porque rectamente has hecho, mas nosotros hemos hecho lo malo. Nuestros reyes, nuestros gobernantes, nuestros sacerdotes, y nuestros padres, no pusieron por obra tu ley, ni atendieron a tus mandamientos y a los testimonios con que les amonestabas. Pero ellos en su reino y en los muchos bienes que les diste, y en la tierra espaciosa y fértil que entregaste delante de ellos, no te sirvieron ni se convirtieron de sus malas obras” (Neh. 9:33-35). Las obras de la fe penitente en Jehová se manifestarán cuando su pueblo restaurado vuelva a edificar el templo y los muros de Jerusalén.

La restauración de Israel

**⁴ «Yo los sanaré de su rebelión,
los amaré de pura gracia,
porque mi ira se apartó de ellos.**

**⁵ Yo seré a Israel como rocío:
él florecerá como lirio
y hundirá sus raíces como el Líbano.
⁶ Se extenderán sus ramas,
su gloria será como la del olivo
y perfumará como el Líbano.
⁷ Volverán a sentarse a su sombra;
serán vivificados como el trigo
y florecerán como la vid;
su olor será como de vino del Líbano.
⁸ Efraín dirá: “¿Qué tengo que ver//con los ídolos?”
Yo lo oiré y velaré por él;
yo seré para él como un pino//siempre verde;
de mí procederá tu fruto.»**

Jehová da una promesa incondicional de nueva vida espiritual, absolutamente regalo suyo. Él sanará la “apostasía” de Israel, la palabra que de hecho se refiere a su “apartarse” de él. La furia de Dios “se apartó” de Israel, y los ama con generosidad, sin escatimar su amor. Él compara su amor sanador con el rocío que cae sobre la tierra. En Israel hay poca lluvia entre los meses de abril a octubre, y las plantas se secarían al final del verano si no fuera por la abundancia del rocío. Así como el rocío conserva la vegetación de Canaán, así el misericordioso favor de Dios crea y nutre la vida espiritual de su pueblo.

Los versículos 5 a 7 describen el espléndido crecimiento que resulta de la abundancia del rocío y de la lluvia: florecen los lirios, los cedros de la montaña del Líbano echan sus raíces en lo profundo de la tierra y aparecen nuevos brotes, el follaje de los olivos brilla como de plata, los cedros esparcen su fragancia en el viento. Los grandes árboles proveen sombra para que los hombres puedan vivir bajo ellos. Los campos de granos crecen rápidamente para proveer pan. Las vides germinan y brotan, y su fruto produce el famoso vino. Parece el paraíso.

La figura poética que da Oseas sobre la vida espiritual brilla con colores tan vívidos que con toda razón esperamos el cumplimiento más allá del regreso de los judíos de su exilio en Babilonia. Los versículos 4 a 8, son una promesa incondicional de abundancia gloriosa, una descripción del paraíso restaurado, así como sucede al final de los libros tanto de Joel como de Amós. Las palabras de Amós 9:11,12 son citadas por Jacobo en Hechos 15:16,17, como una profecía que encuentra su cumplimiento en el reino eterno de Jesucristo. Aquí cerca del final de su libro Oseas también ilustra la manera del Antiguo Testamento de describir el reino del Nuevo Testamento del Mesías de Jehová. En términos concretos y terrenales visualizados fácilmente por los oyentes de la época del Antiguo Testamento, el profeta nos pinta las bendiciones espirituales que traerá Cristo.

De esa manera las palabras de Oseas son paralelas al himno de Salomón en el Salmo 72, que hablan del ungido Salvador de Jehová Dios: “El juzgará a tu pueblo con justicia, y a tus afligidos con rectitud. Los montes llevarán paz al pueblo; y los collados justicia... Descenderá como la lluvia sobre la hierba cortada; como el rocío que destila sobre la tierra. Florecerá en sus días la justicia; y abundancia de paz, hasta que no haya luna... Será echado un puñado de grano en la tierra; en las cumbres de los montes. Su fruto hará ruido como el Líbano; los de la ciudad florecerán como la hierba de la tierra. Será su nombre para siempre; perpetuará su nombre mientras dure el sol. Benditas serán en él todas las naciones; y lo llamarán bienaventurado” (Sal. 72:2,3,6,7,16,17). Cuando Jesús nos gobierna por medio de su evangelio en la santa iglesia cristiana, su Espíritu nos da fe y nos ilumina con todos los dones espirituales ya en esta vida. En el día en que muramos, él promete que pasaremos a la vida eterna con él en el paraíso, el restaurado huerto de Edén (Lc. 23:43).

En un tiempo Israel les dijo a los dioses cananeos: “Mis amantes me dan mi pan y mi agua, mi lana y mi lino, mi aceite y mi bebida” (2:5). No más. Ya no habrá más vacilación entre dos opiniones (1 R. 18:21); *sólo Jehová* será el Dios de su pueblo. Tres

veces en el versículo 8 Jehová pone primero el pronombre para enfatizar “*Yo soy*”: “*Yo lo oiré, y velaré por él; yo seré para él como un pino siempre verde, de mí procederá tu fruto.*” La vida espiritual es un regalo solo de Dios.

En la explicación que Lutero hace del Tercer Artículo del Credo Apostólico confesamos: “Creo que ni por mi propia razón ni por mis propias fuerzas puedo creer en Jesucristo mi Señor ni allegarme a él. Sino que el Espíritu Santo me ha llamado mediante el evangelio, me ha iluminado con sus dones, me ha santificado y me ha guardado en la verdadera fe”. Con esta confesión estamos haciendo eco de lo que dicen el Antiguo y Nuevo Testamento sobre la única fuente de vida espiritual y de salvación. Así como el rocío y la lluvia hacen que los campos produzcan cosechas, así el mensaje del amor abnegado de Jehová crea la fe y produce los frutos de la misma. Toda nuestra salvación está en las manos del todopoderoso y misericordioso Dios. Este mensaje le da toda la gloria a Dios y provee un consuelo seguro para los pecadores como nosotros. Oseas escribe en términos del Antiguo Testamento lo que Jesús enseña claramente cuando se llama a él mismo la vid y describe a los creyentes como las ramas que producen fruto. “El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí, nada podéis hacer” (Jn. 15:5)

La verdadera sabiduría

**9 ¿Quién es sabio para que sepa esto,
y prudente para que lo comprenda?
Porque los caminos de Jehová son rectos,
por ellos andarán los justos,
mas los rebeldes caerán en ellos.**

El Libro de Oseas termina con una confesión de fe. El hijo de Dios que es sabio y que sabe discernir, se dará cuenta de que las promesas de Jehová proclamadas por el profeta son verdad. Él entenderá que los castigos de Jehová predichos por el profeta son

justificados, y que todos los caminos de Jehová, tanto sus obras de juicio como sus obras de gracia, son rectos y correctos. Aquellos que por medio de la fe obrada por el Espíritu son justos: confían en las promesas de Dios, se someten a sus juicios, y siguen de buena gana el sendero que él nos ha marcado con sus mandamientos. A través de las pruebas de la vida en este mundo ellos pasan a la vida eterna con Dios en el cielo.

Tal como lo muestra la historia del reino de Israel durante el ministerio de Oseas, los rebeldes se tropiezan en los caminos de Jehová. Él los invita a conocerlo y a seguirlo, pero ellos: se vuelven hacia otros dioses, desobedecen su ley, se niegan a oír a sus profetas, desprecian sus promesas, y depositan su confianza en otros auxiliadores. Por lo tanto los rebeldes tropiezan: la palabra de Jehová declara su caída.

El fin del reino de Israel en el año 722 a.C. fue el gran acontecimiento en la historia del reino de Dios durante el ministerio de Oseas. Por esto su libro termina apropiadamente con una palabra de juicio. Sin embargo, ésta no será la última palabra de Dios. Por medio de los versículos anteriores el profeta lleva a los creyentes a mirar más allá del juicio y hacia la vida eterna. Jehová promete: “Yo los sanaré de su rebelión, los amaré de pura gracia; porque mi ira se apartó de ellos” (4:14).

En Cristo se cumple esta promesa. Él cubre nuestros pecados con su justicia perfecta. Todos los caminos de Jehová son rectos. ¡Caminamos en ellos!



Un enjambre de langostas se aproxima

JOEL

INTRODUCCIÓN

El autor y la fecha

Además del hecho de que era el “hijo de Petuel” (1:1), no sabemos nada sobre la persona del profeta Joel. Su nombre significa “Jehová es Dios”. Su libro habla fuertemente y con frecuencia sobre “el día de Jehová”. Este día es proclamado en el tiempo de Joel por medio de una plaga de langostas y por una terrible sequía, descrita en los capítulos 1 y 2.

Joel no menciona para nada a Israel, el reino del norte. En su breve profecía él se refiere a: Judá, Jerusalén, el monte Sión, y el templo. Evidentemente Joel hizo su trabajo profético en Judá, el reino del sur, tal vez en Jerusalén.

Este profeta no nos dice el nombre del rey de su país y tampoco la fecha de su libro. Oseas y Amós, cuyos libros vinieron antes y después de la profecía de Joel, en la secuencia usual de los ‘profetas menores’, llevaron a cabo su ministerio durante el gobierno del rey Jeroboam II (793-753 a.C.). Ya que comúnmente el libro de Joel se coloca entre ellos, podemos suponer que él profetizó en Judá más o menos durante la misma época que Oseas y Amós funcionaban en Israel.

Joel habla de los sacerdotes (1:9,13) y de los ancianos (1:2,14) como líderes de la tierra, pero no dice nada sobre un rey. El sacerdote Joiada tomó el liderazgo al poner en el trono a Joás, el infante rey de Judá. Algunos dicen que tal vez Joel llevó a cabo su ministerio durante este período de liderato sacerdotal, mientras que el rey Joás tenía todavía un rol menor (2 R. 11:4-21). Si este es el caso, Joel profetizó aun antes que Oseas y que Amós.

Los eruditos que sitúan a Joel mucho tiempo después interpretan el silencio del profeta sobre un rey de una manera diferente. Joel tampoco menciona a Asiria ni a Babilonia, enemigos de Judá durante mucho tiempo de su historia. ¿Tal vez

escribió él durante el período persa, algún tiempo después del regreso de los judíos del cautiverio en Babilonia, cuando Asiria y Babilonia ya habían desaparecido del escenario político? Cuando los exiliados regresaron durante el gobierno del príncipe Zorobabel en el año 538 a.C. con Esdras, aproximadamente ochenta años después, ningún rey judío subió al trono. Los ancianos y los sacerdotes, habrían dirigido los asuntos de la ciudad y del templo estando bajo la administración de un gobierno persa.

Si Joel data de este período posterior, ¿por qué pondrían su libro entre las profecías de Oseas y de Amós? La ubicación de Joel entre los Profetas Menores podría ser temática, y no cronológica. Tanto Joel como Amós proclaman “el día de Jehová” (véase Jl. 2:1,2; Am. 5:18-20). La primera parte de Joel 3:16 es la misma que la primera parte de Amós 1:2, y el principio de Joel 3:18 es igual al final de Amós 9:13. Los escribas que dispusieron los libros en orden podrían haber puesto el libro corto y sin fecha de Joel, antes del libro de Amós, que había sido escrito en una fecha anterior y que es más largo, ya que los dos profetas compartieron algunos temas comunes.

De esta manera las conjeturas de los eruditos sobre la fecha del libro de Joel abarcan una extensión de 400 años, desde antes del año 800 hasta después del 400 a.C. La mayor parte de las razones que ellos dan para las varias fechas son argumentos del silencio. Simplemente no podemos estar seguros de la fecha, por lo tanto, parece mejor aplicar y explicar el mensaje de Joel sin referencia a un período particular de la historia del Antiguo Testamento. Las palabras que Jehová le inspiró a escribir al profeta tienen algo que decir no solamente a los judíos de su tiempo, sino a cada época de la iglesia.

La profecía del Antiguo Testamento también les habla a los cristianos del Nuevo Testamento. Cuando Pedro les predicó sobre Cristo a los judíos reunidos en Jerusalén el día de Pentecostés, anunció que Dios estaba cumpliendo “lo dicho por medio del profeta Joel: “En los postreros días—dice Dios—derramaré de mi Espíritu sobre toda carne... Y todo aquel que invoque el nombre

del Señor, será salvo” (Hch. 2:17,21, citando Jl. 2:28-32). Este mensaje del evangelio es eterno.

La plaga de langostas

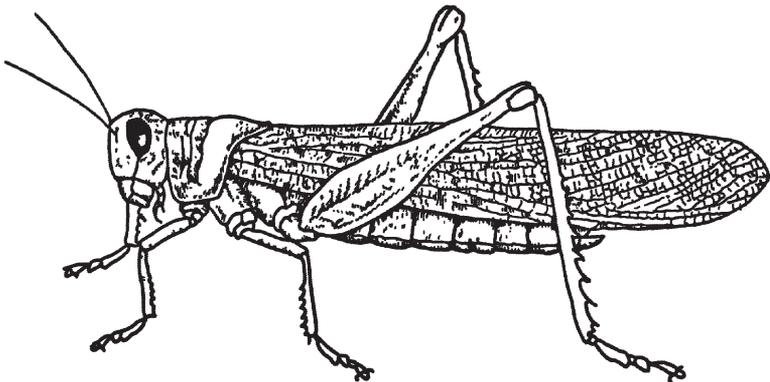
Un rasgo importante del libro de Joel es una plaga de langostas, los insectos que todavía amenazan periódicamente los cultivos en grandes áreas de Asia y de África. La langosta hembra del desierto pone sus huevos bajo la arena en “vainas” que contienen más o menos 100. Puede haber hasta 1100 de tales vainas con huevos por cada metro cuadrado. Cuando los insectos nacen, usualmente después de las lluvias, cubren “la faz de la tierra, de modo que no pueda verse la tierra” (Ex. 10:5). Los insectos continuarán naciendo por varios días, llegando a un número de 100,000 por metro cuadrado en un momento determinado. Los recién nacidos, cada uno de más de un centímetro de largo, inmediatamente entran en acción, buscando plantas verdes para comer.

Sobre un período que varía de semanas a meses las langostas cambian de piel cinco veces, gradualmente les crecen las alas hasta que maduran y se convierten en saltamontes voladores de piel dura de más o menos ocho centímetros de largo y de diez centímetros de envergadura. Si solamente nacen pocos en el mismo lugar, permanecerán solitarios y serán de color verdusco. Otros de color amarillo o marrón y negro, nacen y se mueven en enjambres. En todas sus fases las langostas comen todo tipo de plantas, no solamente las hojas, sino también las ramas tiernas y la corteza.

“El potencial destructivo es aterrador. Un langosta que pesa 3.5 gramos comerá cada día una cantidad equivalente a su propio peso... Un enjambre puede contener un billón de insectos y 100 enjambres pueden estar en movimiento durante una plaga... Son viajeras prodigiosas; un enjambre puede cubrir más de 300 kilómetros por día mientras se mueven 3000 kilómetros. *

* “Going With the Wind”, *Science*, octubre de 1986, 18.

Un observador describió un enjambre de langostas en un campo de mijo en Sudán, África, a fines de la década de 1960: “Un indicio de color gris se desliza por la arena, vago como si fuera un poco de humo. Después, al observar, se juntó formando una espiral delgada y comenzó a rebosarse sobre las laderas de las dunas. La espiral cobró vida y se extendió en el viento hasta que se convirtió en una nube de langostas de cinco kilómetros de ancho y que comenzó a avanzar directamente hacia nosotros. Las langostas del tamaño del dedo índice que volaban rebotaron sobre mi cara, se enredaron en mi pelo y se agarraron de mi camisa con patitas que enganchaban y jalaban. En todo nuestro alrededor las langostas luchaban buscando espacio sobre las plantas; empujaban, pateaban y se empujaban unas a otras haciendo furiosas señales con sus antenas. Destrozaban los brotes de arriba, jalaban las hojas. Masticaban los tallos con tal frenesí que podíamos oír el tenue sonido de miles de mandíbulas pequeñas moliendo y masticando, como si alguien estuviera pelando una zanahoria... En 1958 Etiopía sola perdió 167,000 toneladas de



Langosta de plaga

grano, suficientes para alimentar a más de un millón de su pueblo durante un año”.*

La ocasión para el libro de Joel fue una terrible plaga de langostas del desierto y después una sequía que devastó la tierra de Judá.

Bosquejo del libro de Joel

- I. El profeta llama a su pueblo al duelo y al arrepentimiento en vista del juicio de Jehová (1:1—2:17)
 - A. Los llama al duelo y al arrepentimiento debido a la plaga de langostas y a la sequía (1:1-20)
 - B. El anuncio del juicio venidero de Jehová, presagiado por la plaga de langostas (2:1-17)

- II. Jehová promete que va a evitar el juicio y otorgar bendición (2:18—3:21)
 - A. El fin de la destrucción causada por las langostas (2:18-27)
 - B. El derramamiento del Espíritu (2:28-32)
 - C. La condenación de los enemigos de Israel (3:1-16a)
 - D. Bendición eterna para Sión, donde mora Jehová (3:16b-21)

* Conley, Robert, “Locusts: Teeth of the Wind”, *National Geographic*, agosto de 1969, 202-206.

UN LLAMADO
AL DUELO Y AL ARREPENTIMIENTO
EN VISTA DEL JUICIO VENIDERO
JOEL 1:1—2:17

Un llamado a ser testigos de la plaga de langostas

1 Palabra de Jehová que vino a Joel//hijo de Petuel.,
2 «Oíd esto, ancianos,
y escuchad, todos los moradores//de la tierra.
¿Ha acontecido algo semejante//en vuestros días
o en los días de vuestros padres?
3 De esto contaréis a vuestros hijos,
y vuestros hijos a sus hijos,
y sus hijos a la siguiente generación.
4 Lo que dejó la oruga
se lo comió el saltón;
lo que dejó el saltón
se lo comió el revoltón;
y la langosta se comió
lo que el revoltón había dejado.

Usualmente los profetas indican al principio de sus libros el tiempo en el que están profetizando, porque Dios les da su revelación dentro de la historia. Algunos libros, como el de Nahúm o el de Malaquías, nos permiten inferir la fecha por su contenido. Joel no nos da esos indicios, sólo nos dice que es “hijo de Petuel”, un nombre que no aparece en ningún otro lugar de la Biblia, y que sus palabras son la “palabra de Jehová”. Sin duda nuestro Dios tiene sus razones para no darnos más información sobre Joel que el nombre de su padre, y para no describir cómo o cuándo recibió el profeta esta revelación. Necesitamos oír el mensaje de Jehová. La persona del mensajero y, en este caso, hasta el tiempo en el que recibió el mensaje de Dios no nos conciernen.

En este capítulo de su libro Joel se dirige primero a los ancianos (v. 2), luego llama a los borrachos a despertarse y a llorar (v. 5), al pueblo en general a lamentarse (v. 8), a los agricultores a avergonzarse o a abatirse (“confundíos” v. 11) y a los sacerdotes a vestirse de arpillera, es decir, el hábito de penitencia (“sacos” v. 13). Llama a toda la comunidad del pueblo de Dios a unirse en un lamento.

Los ancianos no solamente sirven como jueces del pueblo y administradores locales de la tierra, sino que también preservan los recuerdos de la historia de la nación. Las langostas deben haber sido una plaga bastante común para la agricultura en Canaán, y aun así ninguno de los ancianos puede recordar, y ninguno ni siquiera ha oído de una plaga en la tierra como la del tiempo de Joel. Ningún desastre como éste ha ocurrido desde que Jehová echó sobre los egipcios la plaga de langostas justo antes del éxodo (Ex. 10:13-20). Tampoco habrá una plaga como ésta en los días de los hijos, nietos, o bisnietos, de la generación de Joel. La noticia debe pasarse a las generaciones venideras porque el mensaje de esta plaga también les incumbe. Este desastre necesita ser entendido en vista del “día de Jehová” (1:15)

Joel usa cuatro palabras diferentes para las langostas. La versión Reina-Valera traduce “oruga”, “saltón”, y “revoltón”. Sin embargo, en vez de ser tres insectos diferentes, las tres palabras describen diferentes aspectos del mismo insecto, la langosta del desierto. Y como las mismas tres palabras se encuentran en un orden diferente en 2:25, parece improbable que sean términos técnicos para las fases por las que pasa el insecto en su crecimiento. Podríamos traducir con palabras como “cortador”, “trepador”, “brincador” y “saltador”. La repetición “lo que quedó,... se lo comió...” enfatiza el número de langostas y la destrucción total que dejaron tras ellas.

Hoy en día es difícil imaginar el horror que experimentaba un antiguo agricultor judío cuando un enjambre de langostas descendía para alimentarse de sus campos y sus huertos. Los enjambres vuelan cientos y hasta miles de kilómetros en las

ráfagas del viento, y en una época en que no se conocían los insecticidas, había muy poca gente que podía proteger su cosecha. Un enjambre puede hacer su trabajo de una manera tan completa que se afectan las cosechas de más de un año (2:25). Si las langostas consumen casi totalmente la cosecha de un año, queda muy poca semilla para el año siguiente. Las enredaderas y los árboles frutales a los que se les han sacado las hojas y la corteza tierna, toman algún tiempo para recuperarse. La plaga de langostas significa graneros vacíos y gente hambrienta en Judá y en Jerusalén.

A los borrachos se les invoca a llorar

**⁵»Despertad, borrachos, y llorad;
gemid, todos los que bebéis vino,
porque el vino se os ha quitado//de vuestra boca.**

**⁶Porque un pueblo fuerte e innumerable
subió a mi tierra;
sus dientes son dientes de león,
y sus muelas, muelas de león.**

**⁷Asoló mi vid y descortezó mi higuera;
del todo la desnudó y derribó;
sus ramas quedaron blancas.**

Joel está llamando a todo el pueblo a llorar. Habiendo invocado a los ancianos respetables a observar la devastación causada por las langostas, él se vuelve a ellos que menos merecen honor, convoca a los consumidores más notorios del fruto de la vid, los que habitualmente beben en demasía, a que se despierten de su estupor y lloren. No sólo les será quitado el exceso, las langostas mastican todo lo verde con la ferocidad con que los leones desgarran a su presa. La destrucción: de las uvas, de las hojas de la vid, de las ramas, y de la corteza tierna, que deja las ramas desnudas, significará que no habrá vino en todo este año (Jehová habla de *mi* viña, *mi* higuera: la tierra es realmente *suya*).

Tal vez Joel convoca especialmente a los borrachos a llorar porque ellos representan la tendencia de la gente de vivir solamente para el momento presente. Despreocupadamente disfrutaban todo lo que pueden y no se preocupan por el día venidero de Jehová.

Todo el pueblo es convocado al duelo

**⁸»Llora tú,
como joven vestida de ropas ásperas
por el marido de su juventud.**

**⁹Desapareció de la casa de Jehová
la ofrenda y la libación;
los sacerdotes ministros de Jehová
están de duelo.**

**¹⁰El campo está asolado
y se enlutó la tierra,
porque el trigo fue destruido,
el mosto está pasado
y se perdió el aceite.**

Habiendo hecho un llamado a los ancianos y a los borrachos, desde la cima de la escala social hasta lo más bajo, a llorar, Joel ahora se dirige a todo el pueblo. En otras partes de las Escrituras a los israelitas se les compara con una joven virgen (por ejemplo Am. 5:2), porque Jehová pinta a su pueblo como su novia. Puede ser que este pensamiento provea el trasfondo. El propósito principal del profeta es presentar una imagen de gran duelo. Las langostas han devastado la tierra, de tal manera que le rompen el corazón a cualquiera que la ame. Por la pérdida de las riquezas de Canaán todos los israelitas llorarán. Su pesar será como el dolor de una joven virgen que está lista para casarse pero que se debe vestir de cilicio en vez de su traje de novia, porque el novio al que ella está prometida le ha sido arrebatado.

La falta de las cosechas significará que no habrá ofrendas de granos ni de bebida para el templo de Dios. Según su ley, a las

ofrendas de grano en la forma de una harina fina mezclada con aceite e incienso, o el pan horneado sin levadura, o los granos nuevos aplastados y tostados, se les debía echar sal para ser ofrecidos en el altar. En algunos casos se separaba una porción para los sacerdotes (véase Lv. 2; 6:14-23). La harina fina también servía como la ofrenda que los israelitas, que eran demasiado pobres y no podían llevar dos palomas, ofrecían por el pecado (Lv. 5:11-13). La ofrenda de granos, y un litro o más de vino como una ofrenda de bebida, debían acompañar todas las ofrendas quemadas (Nm. 15:1-12).

Esos sacrificios daban testimonio de que Jehová le estaba dando a la gente de Israel la tierra de Canaán misma, así como también los frutos de la tierra. Pero las langostas no dejarán grano para ofrecer, ni aceitunas para poder hacer aceite y mezclarlo con las ofrendas de harina; no dejarán uvas para poder fabricar vino para las libaciones. Por los versículos 10 y 12, así como también por los versículos 17 a 20, parece ser que una gran sequía sigue a los enjambres de langostas (la sequía es el único factor de la naturaleza que usualmente termina con una plaga de langostas, porque las hembras no pueden depositar sus huevos en arena que esté totalmente seca). Los israelitas y sus sacerdotes son incapaces de mostrarle gratitud y amor a Jehová llevándole las ofrendas ordenadas en su ley. Su comunión con Dios, por medio del culto que le deben rendir en el templo, ha sido interrumpida.

Los agricultores son llamados a lamentarse

**¹¹ »Confundíos, labradores;
gemid, viñadores,
por el trigo y la cebada,
porque se perdió la mies del campo.**

**¹² La vid está seca y pereció la higuera;
también el granado, la palmera//y el manzano:
Todos los árboles del campo se secaron.**

Y así se extinguió el gozo de los hijos de los hombres.

Joel llama a los agricultores al lamento. Ellos son las primeras personas en ver y sentir los efectos de la plaga de langostas y de la sequía. La palabra que se traduce como “confundíos” en realidad significa “avergonzaos”. Cuando llegue el tiempo de ofrecer las primicias, los agricultores tendrán que aparecer ante Jehová con las manos vacías. Al hablarles a los hombres que trabajan la tierra, el profeta apropiadamente da la lista más completa de las cosechas destruidas por las langostas y por la sequía: trigo, el grano más fino, cebada para hacer pan integral para los pobres; vides y árboles frutales, incluyendo: higos, granadas, dátiles, y manzanas. Una buena cosecha trae mucho gozo para la gente que trabaja la tierra, los viñedos y los huertos, pero si las langostas y la sequía destruyen las cosechas, el gozo de los agricultores “se extinguirá”.

Los sacerdotes son llamados al lamento

**¹³»Vestíos de luto y lamentad, sacerdotes;
gemid, ministros del altar;
venid, dormid con ropas ásperas,
ministros de mi Dios;
porque quitada es de la casa//de vuestro Dios
la ofrenda y la libación.**

**¹⁴Proclamad ayuno, convocad asamblea,
congregad a los ancianos
y a todos los moradores de la tierra
en la casa de Jehová, vuestro Dios,
y clamad a Jehová.**

Ahora Joel les habla con una urgencia especial a los sacerdotes: “¡Ceñíos con cilicio! ¡Lamentad!” “¡Gemid! ¡Venid, pasad la noche en cilicio! ¡Proclamad ayuno! ¡Convocad a

asamblea! ¡Reuníos, ancianos! ¡Clamad a Jehová!” Por medio de su culto en el templo el pueblo confesó a Jehová como su Dios, reconoció que él había cumplido con su promesa y les había dado la tierra. Recibieron la promesa de su perdón y gozaron de comunión con él. Ahora sin los sacrificios ordenados, los sacerdotes no pueden cumplir con sus funciones de acuerdo con la ley de Moisés. Los signos de la comunión de Israel con Jehová ya no existen. Por lo tanto es apropiado que los sacerdotes se pongan sacos de cilicio, la ropa de los que están de duelo, en vez de la vestimenta blanca de lino que expresa el gozo de adorar al santo Dios de Israel. En vez de entrar en el templo a las horas del culto para ofrecer los sacrificios del pueblo con salmos de alabanza, los sacerdotes deberán permanecer en el templo día y noche para lamentarse ante Jehová.

Y como los sacerdotes representan a todo Israel en el culto, es también apropiado que ellos convoquen a todo el pueblo a que se reúna en el atrio del templo, a que ayune como signo de un arrepentimiento nacional y a que se lamente en una sola voz ante Dios. Jehová puso su templo en Jerusalén para que su pueblo pudiera reunirse allí y orarle en tiempos de necesidad. Después de la dedicación del templo él le dijo a Salomón: “Si yo cierro los cielos para que no haya lluvia, y si mando a la langosta que consuma la tierra, o si envío pestilencia a mi pueblo; si se humilla mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oran, y buscan mi rostro, y se convierten de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra” (2 Cr. 7:13,14).

La esencia de la oración del pueblo se nos da en los versículos 15 a 20, que podrían ser encerrados en comillas. El profeta mismo guía la oración, pero él ha llamado a todo el pueblo a que se una a él en su lamento. Con la triste evidencia de la plaga de langostas y de la sequía por todas partes, Joel convoca al pueblo a levantar los ojos y a mirar más allá de la calamidad presente hacia “el día de Jehová”.

El día de Jehová

15 »¡Ay del día!,
porque cercano está el día de Jehová;
vendrá como destrucción
de parte del Todopoderoso.

16 ¿No fue arrebatado el alimento
de delante de nuestros ojos,
la alegría y el placer
de la casa de nuestro Dios?

17 El grano se pudrió debajo de los terrones;
los graneros fueron asolados
y los silos destruidos
porque se había secado el trigo.

18 ¡Cómo gemían las bestias!
¡Cuán turbados andaban//los hatos de los bueyes,
porque no tenían pastos!
Y fueron también asolados
los rebaños de las ovejas.

19 »A ti, Jehová, clamaré;
porque el fuego consumió//los pastos del desierto,
la llama abrasó los árboles del campo.

20 Las bestias del campo
bramarán también a ti,
pues se secaron los arroyos de las aguas,
y el fuego consumió//las praderas del desierto.

“¡Ay de ese día!” es la forma en que comienza la oración. Es el gemido de alguien que está experimentando una pérdida terrible. Josué comienza su oración a Jehová con las mismas palabras cuando su pueblo fue derrotado en Hay (Jos. 7:7), y Ezequiel lo dice cuando Dios le muestra la destrucción de Jerusalén (Ez. 9:8).

Las langostas habían destruido el alimento del pueblo y habían hecho imposibles las ofrendas. Los graneros estaban cayendo en

la ruina, porque no había cosecha que guardar en ellos. El ganado brama afligido y vaga jadeante buscando agua, porque la sequía que sigue a la plaga de langostas ha secado los riachuelos y las praderas. Hasta las ovejas, que pueden pastar cuando casi no hay nada, están sufriendo por la falta de pasto y de agua. El “fuego” y las “llamas” (vs. 19,20) dan testimonio de la ira de Jehová (Ex. 19:18; Dt. 4:24), mientras ellos también sirven como comparación para el calor abrasador de la sequía que seca las praderas y los cauces de los ríos. Los animales salvajes que vagan por los riachuelos secos jadean en busca del agua de Dios, mientras que su pueblo hambriento y sediento clama en voz alta a él.

Las palabras claves de esta parte del libro de Joel están en el versículo 15: “¡Ay del día! Porque cercano está el día de Jehová, y vendrá como una devastación de parte del Todopoderoso”. El mismo pensamiento se repite en 2:1,2 y otra vez en 2:11. Al leer por primera vez este libro puede ser que quedemos perplejos. ¿Cuál puede ser la conexión que existe entre la plaga de langostas en el tiempo de Joel y el venidero “día de Jehová”?

Para los clarividentes y creyentes ojos del inspirado profeta la historia de su propio tiempo es “transparente” y profética. El día actual es como una ventana que ofrece la vista de otro día por venir, o como la sombra amenazadora de un día futuro más terrible. Joel ve los efectos de las langostas y de la sequía, pero también está mirando a través de esta plaga y más allá de ella *al día en que Jehová venga a su pueblo para el juicio*. Esto es lo que significa aquí “el día de Jehová”. En verdad, la plaga de langostas misma y la sequía que sigue, son señales del juicio de Dios.

En sus últimas palabras al pueblo de Israel, antes de que entraran a la tierra de Canaán, Moisés les prometió bendiciones si guardaban su pacto de ley con Jehová y maldiciones amenazadoras si lo quebrantaban. “Si no oyes la voz de Jehová tu Dios, para procurar cumplir todos sus mandamientos y sus estatutos que yo te ordeno hoy, vendrán sobre ti y te alcanzarán todas estas maldiciones... Jehová te herirá... de inflamación y de ardor, con sequía... Y los cielos que están sobre tu cabeza serán de bronce, y

la tierra que está debajo de ti, de hierro. Dará Jehová por lluvia a tu tierra polvo y ceniza” (Dt. 28:15, 22-24). “Sacarás mucha semilla al campo, y recogerás poco, porque la langosta la consumirá... Toda tu arboleda y el fruto de tu tierra serán consumidos por la langosta” (Dt. 28:38,42).

Ahora se está llevando a cabo esta amenaza. Según la propia revelación de Jehová por medio de Moisés, la plaga de langostas y la sequía significan que el pueblo de Israel le ha sido infiel a su Dios. Han roto su pacto con él. Él está enojado con su pueblo y envía la plaga de langostas a causa de su desobediencia y de sus pecados de los que no se han arrepentido.

Para escapar de su ira, ellos sólo pueden huir a su misericordia. El propósito mismo de la sequía y de las langostas es guiar a Israel al arrepentimiento, a “volver a Jehová” (véase Lv. 26:40-45; Am. 4:6-9). Esta es la razón por la que Joel ha invocado a toda la gente de la tierra a que se reúna en el templo y a que se lamente ante Jehová. El ganado sediento bramará y los animales salvajes jadearán por el don de Dios del agua sin que nadie los obligue, pero el profeta debe suplicar junto con el pueblo de Israel, al confesar sus pecados y al pedir misericordia a su Hacedor.

Si el pueblo no presta atención cuando el profeta los llama al arrepentimiento, entonces “el día de Jehová” no tardará en venir. Moisés habló de él al concluir las amenazas relacionadas con la desobediencia al pacto: “Jehová te esparcirá por todos los pueblos, desde un extremo de la tierra hasta el otro extremo... Y ni aun entre estas naciones descansarás, ni la planta de tu pie tendrá reposo” (Dt. 28:64,65). Este “día de Jehová” significará el fin de Israel como nación en la tierra prometida.

Pero el día de Jehová tal como se describe en el último capítulo del libro de Joel significa un juicio aún más severo. Será un día en que “Jehová rugirá desde Sión, y hará oír su voz desde Jerusalén” (3:16) contra sus enemigos. La tormenta del juicio descenderá no solamente sobre los gentiles descreídos fuera de Israel, sino también sobre la impenitente Israel que ha abandonado su pacto. El día de Jehová traerá la destrucción a los pecadores impenitentes,

no salvación, como Amós les recordó a los israelitas de Samaria: “¡Ay de los que desean el día de Jehová! ¿Para qué queréis este día de Jehová? Será de tinieblas y no de luz” (Am. 5:18).

Si los profetas del Antiguo Testamento generalmente describen “el día de Jehová” en colores oscuros que indican ira, es porque usualmente trataban con gente impenitente y el impenitente sólo puede esperar la ira de Dios cuando él venga a juzgar. Ese día “vendrá como una devastación de parte del Todopoderoso” (v. 15). A los creyentes de Judá, Joel también les presentará el otro lado del cuadro: “Jehová será el refugio de su pueblo, y la fortaleza de los hijos de Israel” (3:16). En el último versículo de este libro Dios promete perdonar su culpa y morar entre ellos por siempre (3:21).

¿Qué significa esto para el pueblo de Dios del Nuevo Testamento, los miembros de la iglesia cristiana? Nosotros no vivimos bajo los términos del pacto que Jehová hizo con Israel en el Sinaí. En la cruz nuestro Creador hizo un nuevo pacto, sellando su promesa con la sangre de Cristo: “Perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado” (Jer. 31:34). En esta relación del nuevo pacto con Dios, nosotros también esperamos “el día de Jehová”. Lo llamamos “el día de nuestro Señor Jesucristo” (1 Co. 1:8), y nos anticipamos a él con gozo, “esperando ansiosamente la revelación de nuestro Señor Jesucristo” (1 Co. 1:7 NVI).

Cuando Jesús describió las señales del fin, también hizo que los fenómenos y desastres naturales de la historia de este mundo fueran “transparentes” y proféticos para nosotros. Vemos a una nación levantándose contra otra nación, grandes sismos, hambrunas como la del tiempo de Joel, epidemias, acontecimientos aterrorizantes y grandes portentos desde el cielo, persecuciones de la iglesia, naciones que viven en angustia y perplejidad. Finalmente habrá las señales en el sol, la luna, y las estrellas, “porque las potencias de los cielos serán conmovidas” (Lc. 21:10-26).

Las palabras de Jesús nos ayudan a mirar a través de estos acontecimientos y más allá de ellos a su segunda venida. Todas estas señales son un presagio de su venida al fin de los tiempos.

Las señales del fin traerán un mensaje del Señor Jesús a su pueblo que espera: “Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca” (Lc. 21:28).

El antiguo pacto que Jehová hizo con Israel en el monte Sinaí incluía tanto bendiciones como maldiciones, de modo que Moisés concluyó: “Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal” (Dt. 30:15). El nuevo pacto que Jesús estableció en el Calvario promete solamente bendiciones. *Sin embargo fuera de ese pacto no hay otra bendición para toda la eternidad*: “El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado” (Mr. 16:16). Solamente la fe del arrepentido puede levantar los ojos y esperar el día de Jehová con esperanza y gozo.

Fue la incredulidad y la impenitencia, lo que llevó a los israelitas a romper su acuerdo con un Dios que sin medida desde el tiempo de Abraham les había mostrado solamente gracia y misericordia. En la profecía de Joel oímos una advertencia solemne: “No recibáis en vano la gracia de Dios” (2 Co. 6:1). Cualquiera que esté enredado en la impenitencia y la incredulidad, cuando llegue el juicio, o en el momento de la muerte, cuando su propio tiempo de gracia ya haya pasado, tendrá que decir con el pueblo de la generación del profeta, “¡Ay de ese día!” porque “vendrá como una devastación de parte del Todopoderoso” (1:15).

Cuán bienaventurados somos nosotros que podemos mirar hacia ese día con esperanza y gozo, confiando en Jesús como nuestro Dios y Salvador. Sabemos que compareceremos “ante el tribunal de *Cristo*” (2 Co. 5:10). Jesucristo, que murió por nuestros pecados y resucitó para justificarnos, vendrá otra vez para ser nuestro juez. ¡El “día de Jehová” será *su* día!

La alarma anuncia el día de Jehová

2»Tocad la trompeta en Sión
y dad la alarma en mi santo monte.
**Tiemblen todos cuantos moran en la tierra,
porque viene el día de Jehová,
porque está cercano:
² día de tinieblas y de oscuridad,
día de nube y de sombra.»**
**«Como sobre los montes se extiende el alba,
así vendrá un pueblo grande y fuerte;
semejante a él no lo hubo jamás,
ni después de él lo habrá
en los años de muchas generaciones.**

El atalaya que está sobre los muros de la ciudad tocará la trompeta para advertirle al pueblo del ataque de un ejército hostil. Joel se pinta a él mismo como un vigía sobre los muros de Jerusalén que ve primero las columnas que avanzan del ejército enemigo. Llama a otro vigía para que haga sonar la alarma con el cuerno de un carnero. Nuevamente la plaga de langostas, el acontecimiento presente, es “transparente” y profético a los ojos de Joel. Él habla de las langostas y del venidero día del juicio todo al mismo tiempo, tal como Jesús mezcla su advertencia sobre la caída de Jerusalén con sus palabras sobre las señales del fin del mundo (Lc. 21:20-28).

Los habitantes de la tierra han roto su pacto con Jehová. Las langostas están avanzando para destruir sus cultivos. Como el pueblo no se arrepentirá, el día de las langostas sirve como un avance de un día más terrible. Para el impenitente pueblo de Israel, el día de Jehová será “un día de tinieblas, y de oscuridad, día de nublado y densa niebla” (v. 2). No es un día de esperanza sino un día de pavor (Am. 5:20): “Día de ira aquel día, día de angustia y aprieto, día de devastación y de asolamiento, día de tiniebla y de oscuridad, día de nublado y de entenebrecimiento” (Sof.1:15).

El enemigo invade las colinas que están alrededor de Jerusalén. “Como sobre los montes se extiende el alba” (v. 2). Cuando Joel escribe que “vendrá un pueblo numeroso y fuerte”, ¿son éstos y los versículos siguientes una pintura literal de la invasión de Judá hecha por un ejército enemigo? Algunos intérpretes piensan que sí. Pero el mismo tipo de expresiones apareció en el capítulo 1, donde Joel escribió, “Un pueblo fuerte e innumerable subió a mi tierra” (1:6). Allí él describió los dientes afilados de los invasores descortezando las viñas y las higueras, describiendo claramente una plaga de langostas (1:6,7). Cuando el profeta escribe sobre ese “pueblo grande y fuerte” (v. 2, véase también 2:25), está describiendo los enjambres de insectos. Escribe que “*como* valientes correrán, *como* hombres de guerra escalarán el muro”. Todavía sigue describiendo la plaga de langostas, pero en términos que sugieren un ejército enemigo que lleva a cabo el plan de quemar todo a su paso.

En los siguientes versículos el profeta da su descripción más completa sobre la plaga de langostas. Joel no es solamente un profeta, sino también un poeta con el don de dar una descripción vívida. Jehová que creó a Joel, le dio el don del habla e inspiró su libro, también usa el estilo del poeta con las palabras. Joel nos describe un cuadro de los enjambres de abejas con la metáfora de los enemigos saqueadores que llevan a cabo la destrucción dondequiera que vayan.

El ejército de langostas

**³»Delante de él consumirá el fuego;
detrás de él abrasará la llama.
Como el huerto del Edén
será la tierra delante de él,
y detrás de él
como desierto solado;
nadie habrá que de él escape.**

**4 Su aspecto, como aspecto de caballos,
y como gente de a caballo correrán.**

**5 Como estruendo de carros saltarán
sobre las cumbres de los montes;
como sonido de llama de fuego
que consume hojarascas,
como pueblo fuerte//dispuesto para la batalla.**

**6 Delante de él temerán los pueblos;
se pondrán pálidos todos los semblantes.**

**7 Como valientes correrán,
como hombres de guerra//escalarán el muro;
cada cual marchará por su camino
y no torcerá su rumbo.**

**8 Nadie empujará a su compañero,
cada uno irá por su carrera;
y aun cayendo sobre la espada//no se herirán.**

**9 Irán por la ciudad,
correrán por el muro,
subirán por las casas,
entrarán por las ventanas
a manera de ladrones.**

**10 »Delante de él temblará la tierra
y se estremecerán los cielos;
el sol y la luna se oscurecerán,
y las estrellas perderán su resplandor.**

**11 Y Jehová dará su orden
delante de su ejército,
porque muy grande es su campamento
y fuerte es el que ejecuta su orden;
porque grande es el día de Jehová
y muy terrible.**

¿Quién podrá soportarlo?

Joel compara el efecto del ejército de langostas con el de un incendio en una pradera, que convierte una tierra lozana como el jardín del Edén en un desierto inútil. Vista de cerca, la larga cabeza de la langosta se parece en algo a la cabeza de un caballo, y los insectos son tan destructores como tropas de caballería y carros, los batallones armados de ejércitos antiguos. Con más movilidad que la caballería, los enjambres de langostas hasta pueden volar sobre las montañas. Cuando aterrizan, las ramas secas y los brotes de los árboles crujen bajo su peso. La línea de avance de los enjambres grandes se extiende por kilómetros, “como pueblo fuerte dispuesto para la batalla” (v. 5). En un día en que los esfuerzos de los agricultores por controlarlas podían consistir solamente en pisar a las langostas y enterrarlas o en golpearlas con un palo para sacarlas de las viñas y de los árboles, no nos sorprendemos de que a la vista de los enjambres “temerán todo los pueblos” y “se pondrán pálidos todos los semblantes” (versículos 6).

Un observador que describió la plaga que hubo en Jerusalén en 1915-1916 escribió que ellas “se comen todo lo verde que encuentran. Plantas silvestres, granos, las hojas de la higuera, las vides, hasta los olivos, todo desaparece cuando ellas avanzan. Cubren las paredes de las casas [y] penetran a su interior por puertas y ventanas”. * La descripción nos recuerda las palabras de Joel: “Irán por la ciudad, correrán por el muro, subitán por las casas y entrarán por las ventanas a manera de ladrones” (v. 9).

En los versículos 10 y 11 parece como si el profeta estuviera mirando a través de la plaga de langostas y más allá de ella, y también se estuviera refiriendo a otros acontecimientos. No podemos leer acerca de los enjambres de langostas sin dejar de recordar: las huestes de los asirios avanzando sobre Samaria, y luego los ejércitos babilonios, y después las legiones romanas sitiando Jerusalén. Pero bajo la inspiración del Espíritu el profeta

* G. Dalman, citado por H.W. Wolff, *Joel and Amos* (Filadelfia: Fortress, 1977), 28.

mira más allá hacia el futuro. Otro “día de Jehová” vendrá también al final.

Como una señal de ese día la tierra temblará, y el sol, la luna, y las estrellas, se oscurecerán (v. 10; compare Is. 13:10; 34:4; Mr. 13:24,25). “Y entonces verán al Hijo del Hombre que viene en las nubes con gran poder y gloria. Entonces enviará a los ángeles, y reunirá de los cuatro vientos a sus elegidos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo” (Mr. 13:26,27). Si los profetas describen enjambres de abejas precipitándose sobre las colinas de Judea o un ejército enemigo que cae sobre Jerusalén, ellos siempre dejan bien en claro que Jehová es el que está al mando. Él controla la historia y la naturaleza. Cuando predice la derrota y el exilio de los israelitas, el Señor dice: “[Yo] los echaré de mi Casa” (Os. 9:15). Cuando los asirios atacaron Jerusalén en el año 700 a.C., Jehová dice por medio del profeta Isaías: “La mandaré [Asiria] contra una nación pérfida, contra el pueblo de mi ira le enviaré, para que quite los despojos y arrebate la presa, y lo ponga para ser pisoteado como lodo de las calles” (10:6).

Aquí como las langostas trepan sobre Judá, Joel escribe que “*Jehová* dará su orden delante de su ejército; porque muy grande es su campamento; poderoso el ejecutor de su orden” (v. 11). El carro que va adelante puede llevar a un general asirio, pero es Jehová el que comanda la historia, quien guía al ejército enemigo contra Jerusalén. Puede ser que las langostas siguen su instinto ciego cuando depositan sus huevos en la arena húmeda o cuando toman vuelo en la dirección en la que el viento sopla, pero es Jehová, el que gobierna la naturaleza, quien también dirige los enjambres sobre el desierto y sobre los campos de Judea.

Nosotros olvidamos fácilmente el control total que tiene Dios sobre su mundo, es *su* mundo, no el nuestro, o aplicamos esta verdad solamente a la historia bíblica antigua. Los profetas de Jehová corrigen nuestro entendimiento de la historia. Es nuestro Dios quien todavía hace que toda la historia suceda. Joel describe el control del Señor sobre los enjambres de langostas para que podamos confesar su poder sobre la naturaleza, el viento y la

calma, las tormentas y el brillo del sol, los gérmenes y la medicina, el ritmo de las olas y el latir del corazón humano.

Nosotros experimentamos nuestras propias “plagas de langostas y sequías”: los tornados, los huracanes, las erupciones volcánicas; las guerras entre las naciones y las revueltas sociales que experimentamos u oímos por los noticieros de televisión. El libro de Joel cumplirá su propósito en nuestra vida si aprendemos a mirar más allá y a través de los acontecimientos presentes al día que ellos presagian. En su plan para el mundo Jehová ha establecido el fin y una meta, el día que llevará a toda la historia a su final.

Joel eleva nuestra visión: más allá de los enjambres de langostas, más allá de los ejércitos enemigos que sitian Jerusalén, más allá de las dificultades de nuestra propia vida, al juicio final. Él quiere que sus lectores experimenten la plaga de langostas y la sequía a la luz del día de Jehová. Su propósito es llevarlos al arrepentimiento, para que Dios los reconozca como su pueblo al final de los días, los reúna para él mismo para siempre.

Necesitamos ver cada día y cada acontecimiento a la luz del final de todas las cosas. Entonces estamos listos para oír la respuesta de Jehová, dada por medio del profeta, a la pregunta: “¿Quién podrá soportar el día de Jehová?” *Debemos* saber la respuesta a esa pregunta si es que vamos a ser reunidos con los elegidos en el último gran día de Jehová. Su palabra tiene la respuesta para nosotros.

Rasgad vuestro corazón

**¹²»Ahora, pues, dice Jehová,
convertíos ahora a mí
con todo vuestro corazón,
con ayuno, llanto y lamento.**

**¹³Rasgad vuestro corazón//y no vuestros vestidos,
y convertíos a Jehová, vuestro Dios;
porque es misericordioso y clemente,**

**tardo para la ira y grande en misericordia,
y se duele del castigo.
14 ¡Quién sabe si volverá,
se arrepentirá
y dejará bendición tras sí;
esto es, ofrenda y libación
para Jehová, vuestro Dios!**

“Convertíos a mí”, invita Jehová por medio de su profeta. Jehová les dio la promesa del Salvador a Adán y a Eva, y luego repitió la promesa en el pacto que hizo con: Abraham, Isaac, y Jacob, y sus descendientes. Él liberó a los hijos de Israel de la esclavitud en Egipto e hizo su pacto de ley con ellos en el Sinaí para separarlos de todas las naciones para él mismo, para que fueran su pueblo santo. Ellos rompieron su pacto con él, desobedecieron sus mandamientos, adoraron a otros dioses. El mensaje de Joel, “convertíos a mí”, es decir, regresen a mí, “con todo vuestro corazón” resume apropiadamente la prédica de todos los profetas. También contesta a la pregunta: “¿Cómo podemos librarnos del juicio en el día de Jehová?”

“Joel pide “ayuno, llanto y lamento” (v. 12). Estas son señales de un corazón arrepentido del pecado. El único día de ayuno ordenado por la ley de Moisés era el día de la expiación (Lv. 16:29,31). (En Hch. 27:9 al día de la expiación se le llama simplemente “el ayuno”). Los israelitas “se negaron a sí mismos” con el fin de confesarle a Dios su profundo arrepentimiento por sus pecados. Jehová por medio de su profeta llama al arrepentimiento, que va más allá de la hambruna traída por las langostas y por la sequía. Esto no debe ser una mera queja por los campos estériles y los estómagos vacíos. Joel llama a su gente a llorar porque ellos han abandonado a Jehová su Dios.

A los pecadores les gusta construir defensas contra Jehová y su llamado al arrepentimiento. La gente mundana se ríe de la invitación de Dios y se rodea de “las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida” (Lc. 8:14). Pero la gente “religiosa” tiene

una propia línea de defensa. Las ceremonias religiosas se pueden convertir en una defensa contra el llamado al arrepentimiento que hace Dios. La gente del tiempo de Joel tal vez podía lamentar en voz alta y rasgar sus vestiduras en señal de dolor, y luego pensar que Dios debía oírlos, sin permitir que su Palabra penetrara en su corazón endurecido.

Esta es la razón por la que Joel continúa, “Rasgad vuestro corazón y no vuestros vestidos, y convertíos a Jehová vuestro Dios” (v. 13). Él no quiere que su pueblo “religioso” solamente pase por las señales del arrepentimiento. Al hablarle al pueblo de Dios, el profeta espera que la Palabra penetre en su corazón y en su conciencia. Él espera que las señales visibles, el ayuno, el llanto y el duelo sean señales externas de un arrepentimiento interno por el pecado pasado. La “tristeza que es según Dios produce un arrepentimiento para salvación” (2 Co. 7:10).

La gente mundana que se ríe del llamado de Dios al arrepentimiento, probablemente no comprará ni leerá libros como el que usted está leyendo. Los comentarios sobre la Biblia son generalmente usados por gente a la que se le llama “religiosa”. Desgraciadamente nosotros los cristianos con frecuencia no somos diferentes del todo de la gente “religiosa” del tiempo de Joel: decimos nuestra confesión de pecados, cantamos nuestros himnos (“¡Piedad, oh santo Dios, piedad!” Culto Cristiano, 208:1), nos sentamos a escuchar el sermón, ponemos la ofrenda en la canasta, y pensamos que Dios debe estar satisfecho de nosotros. Nuestro culto puede convertirse en solamente “cumplir con el rito externo”, una defensa contra el llamado de Jehová al arrepentimiento, sin fe en el corazón, ni frutos de fe en la vida.

Joel echaría abajo nuestras defensas “religiosas”. Por medio de él el Señor continúa llamando a casa a su pueblo errante: “Convertíos a mí con todo vuestro corazón... Rasgad vuestro corazón, y no vuestros vestidos”. Permita que la ley de su santo Dios humille su orgullo, deje que él lo lleve a la contrición aunque su corazón roto le duela. El verdadero arrepentimiento repudia el pecado porque éste nos separa de Jehová, la fuente de vida y de

amor. El pecador arrepentido se vuelve hacia el Señor, confiado en su gracia: “Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones” (Sal. 51:1).

Cuando Joel invita a los israelitas a arrepentirse, describe apropiadamente al Dios de Israel: “Es misericordioso y clemente, tardo para la ira y grande en misericordia, que se duele del el castigo” (v. 13). Estos son los mismos términos del pacto que el Señor usó para describirse a él mismo cuando pasó ante Moisés en el monte Sinaí (Ex. 34:6,7). En ese tiempo también Jehová estaba tratando con un pueblo desobediente, los israelitas lo habían olvidado a él y su liberación de Egipto por los placeres de adorar al becerro de oro. Sin embargo, el Dios de Israel permaneció listo a darles nuevamente la bienvenida a casa a los pecadores.

Él le mostró a Moisés cómo es Dios. Nos ama cuando nosotros no lo merecemos (“clemente”). Su corazón está lleno de misericordia por los pecadores (“compasivo”). Aunque con frecuencia fue provocado, no permite que su ira se inflame y nos destruya (“tardo para la ira”). Él es completamente fiel al guardar su promesa del pacto de darnos abundantes bendiciones (“grande en misericordia”). Aunque su ley amenaza con el castigo, él gustosamente pone de lado su juicio cuando ve que su palabra ha surtido el efecto deseado (“presto a revocar el castigo”).

Joel no promete que las langostas desaparecerán ni que la sequía terminará. “¿Quién sabe si [Jehová] se volverá y se arrepentirá y dejará bendición tras sí” (v. 14). El profeta le deja a Dios la manera en que responderá a la oración de su pueblo arrepentido. Joel sabe que cualquier prosperidad que venga será inmerecida. Sin embargo, hasta que Dios conteste de otra manera, el profeta espera que Jehová salve nuevamente a su pueblo, solamente porque él es Dios misericordioso.

De hecho, Joel ya ha considerado la manera en que Israel debe usar cualquier cosecha que haya levantado después que las langostas desaparecieron. Si Jehová le muestra a su pueblo tanta bondad como para terminar la plaga y la sequía, ellos llevarán

ofrendas de agradecimiento de grano y de vino al templo. Joel no está regateando con Dios; él simplemente está seguro de que Dios será misericordioso, tan seguro, que él ya ha pensado en términos de ofrendas de agradecimiento. Él sabe que la fe viva producirá frutos de agradecimiento.

Tal vez Jehová use los amargos resultados del pecado, tal vez un accidente serio o una enfermedad, para hacer que los pecadores regresen hacia él. Así la plaga de langostas y la sequía hicieron que Israel: ayunara, llorara, y se lamentara. Sin embargo, el mensaje de Joel pone ante Israel y ante nosotros una razón mejor para apartarse del pecado y regresar a Jehová: “Es clemente, compasivo, tardo para la ira y grande en misericordia” (v. 13). El motivo para el arrepentimiento sincero, como cualquier otro buen efecto en nuestro corazón y en nuestra vida, es la gracia y la misericordia del Dios amoroso, demostradas en el sacrificio de su Hijo por los pecados del mundo. Es verdad que nuestros pecados merecen la condenación, y que de hecho trajeron los dolores del fuego del infierno sobre Jesús. Pero una vez que hayamos reconocido esto, la palabra de Dios inmediatamente aparta nuestra atención de nuestros pecados y nos lleva a la gracia, compasión, paciencia, y amor, de nuestro Salvador.

Un llamado a orar para que Dios otorgue la liberación

¹⁵ ¡Tocad trompeta en Sión,
proclamad ayuno,
convocad asamblea,
¹⁶ reunid al pueblo,
santificad la reunión,
juntad a los ancianos,
congregad a los niños,
aun a los que maman,
y salga de su alcoba el novio
y de su lecho nupcial la novia!
¹⁷ Entre la entrada y el altar

**lloren los sacerdotes//ministros de Jehová,
y digan: “Perdona, Jehová, a tu pueblo,
y no entregues al oprobio tu heredad
para que no la dominen las naciones.
¿Por qué han de decir entre los pueblos:
‘Dónde está su Dios’?”**

El profeta llama a todo el pueblo a que guarde “ayuno”, a reunirse en una “asamblea” y a dejar que los sacerdotes los guíen en la oración. En el primer día del séptimo mes de cada año y en el día de la expiación (Yom Kippur), en el Año de Jubileo se hará sonar el cuerno del carnero por toda la tierra (Lv. 23:23; 25:9). Joel haría que la gente separara un día especial de arrepentimiento y de oración a Jehová, como el día de la expiación, debido a la plaga de langostas y la sequía.

El profeta llama hasta a los niños pequeños que son amamantados; llama así mismo a la novia y al novio, aunque podría esperarse que solamente estuvieran pensando el uno en el otro. De esa manera Joel pone bien en claro que *todos* deben ayunar y orar. Nuevamente, como en 1:13, el profeta primero convoca al pueblo y después a los sacerdotes. Sus oraciones sintetizan las peticiones de todo el pueblo de Israel. Ellos deben pararse en el atrio interior del templo ante el altar de Jehová con las manos vacías, sin ofrendas de gratitud. En vez de cantar salmos de gratitud y alabanza, se deben acercar al altar a orar con lágrimas de arrepentimiento, mientras que todo el pueblo reunido en el atrio exterior del templo se les une en una oración de arrepentimiento.

Su oración tiene un fuerte parecido a la intercesión de Moisés en el monte Sinaí, cuando el pueblo había erigido el becerro de oro. Dios amenazó entonces con destruir al pueblo de Israel, y Moisés oró: “¿Por qué han de hablar los egipcios, diciendo: Para mal los sacó, para matarlos en los montes, y para raelos sobre la faz de la tierra? Vuélvete del ardor de tu ira, y arrepíentete de este mal contra tu pueblo. Acuérdate de Abraham, de Isaac y de Israel...” (Ex. 32:12,13).

Joel también guía a los sacerdotes a orar: “Perdona, Jehová, a *tu* pueblo... *tu* heredad” (v. 17), o sea de estos descendientes de: Abraham, Isaac, y Jacob, con quienes tú hiciste el eterno pacto del evangelio. La oración del sacerdote, como la oración de Moisés, apela al honor de Dios como si dijera: “No permitas que los paganos se mofen de tu pueblo y se rían de ti, Dios de Israel. Ellos podrían decir que tú abandonaste a Israel, o que estabas demasiado ocupado en otro lugar para proteger a *tú* pueblo escogido. Perdónanos, y no permitas que los idólatras hablen de esta manera de ti”.

Joel no es presuntuoso, no le dicta a Jehová cuál debe ser la respuesta a la oración de Israel. Sin embargo, por las promesas de Dios, él es muy osado y anima a los sacerdotes y al pueblo a apelar abiertamente al honor de Dios y a las promesas de su pacto en sus oraciones que piden liberación.

¿Puede el profeta enseñarnos esa osadía en la oración? Cuando la iglesia ora: ya sea pidiendo obreros para la cosecha del Señor, o pidiendo protección contra los perseguidores, o pidiendo fortaleza para confesar a Cristo en un mundo hostil, le recordamos a Dios que nosotros somos *su* pueblo. Oramos como hijos de Dios por medio de la fe en Jesucristo. Ahora en la tierra llevamos el nombre de nuestro Padre, y su honor está en juego cuando nosotros lo representamos.

Cuando los cristianos oran: por enfermedades, pidiendo ayuda en todas las otras dificultades, pidiendo fortaleza para llevar nuestra pesada carga, pidiendo el corazón alegre en tiempos deprimentes, también podemos recordarle a Dios: “Querido Padre, por medio de Jesucristo yo soy tu hijo. Perdóname, ayúdame, líbrame de las dificultades. Entonces te agradeceré y te honraré. Haz que la liberación que tú me envías glorifique tu nombre ante los hombres para que otros puedan ser unidos a mí al alabarte”.

Con el siguiente versículo comienza la segunda parte principal del libro de Joel. Jehová contesta la oración penitente y creyente de su pueblo.

**LA PROMESA DE DESVIAR EL JUICIO
Y DE ENVIAR BENDICIÓN
JOEL 2:18—3:21**

La respuesta de Jehová: El fin de las langostas y de la sequía

**¹⁸»Y Jehová, solícito por su tierra,
perdonará a su pueblo.**

¹⁹Responderá Jehová y dirá a su pueblo:

Yo os envío pan, mosto y aceite,

y seréis saciados de ellos;

y nunca más os pondré

en oprobio entre las naciones.

²⁰Haré alejar de vosotros al del norte,

y lo echaré en tierra seca y desierta:

**su faz hacia el mar oriental, //y su final hacia al mar
occidental.**

Exhalará su hedor y subirá su pudrición,

Jehová se describe a él mismo como un Dios “celoso” (Ex. 20:5). Él está lleno de celo por llevar a cabo sus amenazas y sus promesas. Aquí él quiere decir que es solícito para su propia tierra y para su pueblo, ha prestado bastante atención a la oración de ellos. A él también le interesa que los paganos no desprecien a él ni al pueblo de Israel. Por lo tanto, contesta que renovará su provisión: de grano, de vino, y de aceite de olivo. Él hará que las langostas se vayan y que termine la sequía.

El profeta describe las langostas como un ejército del norte (véase La Biblia de las Américas) en el versículo 20, lo que es una comparación extraña, ya que los enjambres generalmente volaban a Israel viniendo del desierto del este y del sur. Junto con la plaga de langostas es probable que el profeta tenga en mente a los ejércitos asirio y babilonio que invadieron Canaán viniendo del norte (Jer. 1:14,15) para llevar a cabo los juicios de Jehová. Es por

causa de ellos que él está aplicando el nombre “del norte” al enjambre de langostas. O tal vez estos enjambres se acercaron en un viento que viene del norte. Un testigo dice que en los años 1915-16 las langostas volaron sobre Jerusalén viniendo del noroeste así como también del sur.

Jehová promete llevar los ejércitos de langostas al desierto estéril que está al sur del Néguev judío. Una manera en que las masas de langostas perecerán es soplándolas al mar. Si Joel tiene en mente el Néguev, el “mar del este” sería el mar Muerto y el “mar del oeste” el Mediterráneo. La fetidez que se levanta cuando las langostas muertas queden en la orilla y se pudran mostrará que Jehová ha destruido a los enemigos de Israel ahogándolos en el mar, así como triunfó sobre la caballería y carros de Faraón durante el éxodo de Egipto (Ex. 15:4,5).

Dios le ha asegurado a su pueblo una respuesta a su oración penitente y creyente. Su promesa lleva a tal certeza de la liberación, que Joel inmediatamente rompe en un salmo de alabanza, y llama: a la tierra misma, a los animales salvajes, y al pueblo de Sión, a regocijarse con él.

Un salmo de agradecida alabanza

porque hizo grandes cosas.

**²¹ »Tierra, no temas; alégrate y gózate,
porque Jehová hará grandes cosas.**

**²² Animales del campo, no temáis,
porque los pastos del desierto//reverdecerán
y los árboles llevarán su fruto;
la higuera y la vid darán sus frutos.**

**²³ Vosotros también, hijos de Sión,
alegraos y gozaos en Jehová, //vuestro Dios;
porque os ha dado la primera lluvia//a su tiempo,
y hará descender sobre vosotros
lluvia temprana y tardía, //como al principio.**

24 Las eras se llenarán de trigo y los lagares rebosarán de vino y aceite.

El libro de Joel ilustra bellamente la manera en que Dios nos invita a orar, promete oírnos y nos llama a alabarlo: “Invócame en el día de la angustia; te libraré, y tú me honrarás” (Sal. 50:15). Israel ha pasado por un día, por un año de dificultades, la plaga de langostas y la sequía. Jehová ha prometido liberación, y su profeta guía al pueblo a honrarlo con este salmo. Los animales salvajes que jadeaban por Jehová (1:20) serán satisfechos. Las higueras, los viñedos, los olivos, y los campos de trigo, rendirán otra vez cosechas abundantes. Las lluvias del otoño, que caen en octubre y noviembre, suavizarán la tierra para que los agricultores puedan plantar, y las lluvias de la primavera, que llegan en marzo y en abril al final del húmedo invierno, asegurarán espigas llenas de grano. El día de la angustia ha guiado al pueblo de Dios a regresar a él. La bondad de Jehová al contestar su oración los lleva ahora a alabarlo.

En el versículo 23 se produce un desacuerdo entre las traducciones de estos versículos: “Os ha dado la primera lluvia a su tiempo”. Una impresión anterior de la *New International Version* (en inglés) decía: “Os ha dado un maestro de justicia”. La palabra hebrea *moreh* significa “maestro”; pero después en este versículo la misma palabra significa “la lluvia temprana”, la lluvia de otoño en Israel que suaviza la tierra para poder plantar. Allí está unida a una palabra que significa “lluvia tardía”, las lluvias tardías del invierno y de la primavera que deben caer para asegurar una buena cosecha. Es un principio válido de cualquier traducción el interpretar una palabra de acuerdo con su contexto: es así que los traductores de la Nueva Versión Internacional (siguiendo aquí la traducción al inglés) prefieren ahora “lluvias de otoño” (“lluvia temprana” en la Reina-Valera, versión de 1995) las dos veces que la palabra aparece en este versículo.

Si Joel hubiera querido dar el significado de “maestro”, este pasaje sería una referencia al Mesías como la causa final del favor

de Dios y del gozo de su pueblo. Por otro lado, “Os ha dado la primera lluvia a su tiempo” * encaja con las otras palabras y versículos de esta parte del libro de Joel. Dios muestra su justicia al escuchar la oración de arrepentimiento de su pueblo y al terminar la sequía a tiempo para el otoño que es la estación de plantar.

Jehová Dios nos ha dado a su maestro de justicia, nuestro Señor Jesucristo. Él también envía las lluvias que hacen que nuestros cultivos crezcan. Su don del Salvador es el mayor de los dones, que produce frutos para la eternidad, y confesamos que “toda buena dádiva y todo don perfecto proviene de lo alto” (Stg. 1:17). El hecho de que los traductores creyentes de la Biblia continúen revisando su traducción no debe perturbar nuestra fe, siempre que sus interpretaciones sean fieles al texto y de acuerdo con otros pasajes claros de las Escrituras.

Dios habla nuevamente después del salmo agradecido de alabanza de su pueblo.

Una promesa de abundancia

**25 »Yo os restituiré los años//que comió la oruga,
el saltón, el revoltón y la langosta,
mi gran ejército que envié//contra vosotros.**

**26 Comeréis hasta saciaros,
y alabaráis el nombre de Jehová, //vuestro Dios,
el cual hizo maravillas con vosotros;
y nunca jamás//será mi pueblo avergonzado.**

**27 Conoceréis que en medio de Israel//estoy yo,
y que yo soy Jehová, vuestro Dios, //y no hay otro;
y mi pueblo nunca jamás//será avergonzado.**

* *La New International Version* (en inglés) tiene “con justicia” en vez de “a su tiempo”.

Así como en 1:4, el versículo 25 tiene cuatro palabras diferentes para el ejército de langostas que ha arrasado la tierra. Ellas probablemente no designan la diferentes fases de la vida del insecto, sino que enfatizan el número de enjambres, y la devastación total que causaron. “Los años que comió” la langosta: han consumido cualquier cosecha que la tierra hubiera producido durante dos años o más.

Jehová las llama “*mi gran ejército que envié contra vosotros*” (v. 25). No deja ninguna duda de que él está al mando cuando su pueblo sufre: la sequía, la derrota, o el desastre de cualquier tipo. “Yo que formo la luz y creo las tinieblas, hago la paz y creo la adversidad. Solo yo, Jehová, soy el que hago todo esto”, le recuerda a su antiguo pueblo y también a nosotros ahora (Is. 45:6,7).

Al decir “os restituiré” Dios le dice a su pueblo que la bendición que seguirá en los próximos años hará más que equilibrar el daño de “los años que comió la langosta”. Jehová, por medio del profeta, le ha enseñado a su pueblo a mirar más allá y a través de la plaga de langostas y la sequía hacia el “día de Jehová”, cuando él juzgará al mundo. De la misma manera ahora una profecía de la prosperidad futura prefigura e incluye la felicidad perfecta para el pueblo de Dios en la eternidad. Entonces alabaremos el nombre de Dios para siempre por haber obrado las maravillas de su salvación para nosotros. La promesa de Joel nos recuerda las palabras de Pablo, “Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Ro. 8:18). Entonces el pueblo de Dios nunca más será avergonzado. Sus enemigos no podrán mofarse de ellos otra vez, porque ellos serán librados de todos los enemigos para siempre.

Al leer sobre la manera en que Jehová envió la plaga de langostas, seguida por la sequía, y luego liberó a su pueblo en el tiempo de Joel, nuestra reacción inicial puede ser: “¿Qué tiene que ver esto conmigo? ¿De qué manera puede consolarme en mis aflicciones?”

El profeta nos ha enseñado a mirar a través de los juicios de Dios en la historia y más allá de ellos, incluyendo: las enfermedades, los pesares, y los fracasos de nuestra vida, al “día de Jehová”. En vista de ese día, Dios nos llama a regresar a él con corazón arrepentido buscando su misericordia. Cada vez que nuestro Dios obra sus maravillas para: sanar nuestras enfermedades, consolarnos en nuestros pesares, y levantarnos después de nuestros fracasos, nos está enseñando que *siempre* podemos esperar en él.

Los cristianos pueden ser realistas optimistas. Sabemos que “es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hch. 14:22), pero la liberación que proviene de Dios será una realidad. Él mostrará que él es “Jehová vuestro Dios, y no hay otro” (v. 27). Entonces lo glorificaremos por el resto de nuestros días en la tierra. Y aun si su liberación no llega en la tierra, pasaremos la eternidad alabándolo en el cielo. Tarde o temprano llegará el tiempo en que Jehová nuestro Dios obrará maravillas para nosotros. Ahora puede ser que nos sintamos abandonados y avergonzados ante el mundo, pero en las palabras de la promesa dada a través de Joel, el tiempo llegará cuando Dios nos asegure: “Mi pueblo jamás será avergonzado” (v. 27).

El derramamiento del Espíritu

²⁸ »Después de esto derramaré mi espíritu sobre todo ser humano, y profetizarán vuestros hijos//y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones.

²⁹ También sobre los siervos y las siervas derramaré mi espíritu en aquellos días.

³⁰ Haré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre, fuego y columnas de humo.

³¹ El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre,

**antes que venga el día, // grande y espantoso, de Jehová.
32 Y todo aquel que invoque // el nombre de Jehová, será
salvo;
porque en el monte Sión y en Jerusalén
habrá salvación,
como ha dicho Jehová,
y entre el resto al cual él habrá llamado.**

Dios se reveló a él mismo en los tiempos del Antiguo Testamento por medio de sueños y visiones y por medio del don de su Espíritu a sus profetas. Cuando él quiso que José supiera que gobernaría sobre sus hermanos, le dio al joven un sueño (Gn. 37:5-9). Dios quería que Jacob supiera que no debía sentir temor de ir a Egipto, entonces le habló al anciano patriarca por medio de una visión en la noche (Gn. 46:2). Él quería que su pueblo confiara en el Salvador que cargaría con sus pecados, y entonces le dio su espíritu a profetas como Joel e Isaías, para que tuvieran visiones proféticas (Is. 1:1) y para inspirarlos a escribir acerca de “el varón de dolores” en quien Dios cargaría la iniquidad de todos nosotros (Is. 53:3-5).

Estas revelaciones por medio de: sueños, visiones, y profecías, por el don del Espíritu Santo, no se les dieron a todo el pueblo de Dios sino solamente a aquellos que él había elegido. Cuando Jehová de una manera especial tomó el Espíritu que reposaba sobre Moisés, e inspiró a setenta ancianos que iban a ayudar a Moisés a juzgar al pueblo, Josué no consideró apropiado que dos de los ancianos profetizaran en el campamento israelita. Moisés contestó, “¡Ojalá todo el pueblo de Jehová fuera profeta, y que Jehová pusiera su espíritu sobre ellos!” (Nm. 11:29). Ese deseo expresado por Moisés será otorgado “después”, dice Joel, antes del último gran día de Jehová. El profeta se alegra de antemano en el día en que Jehová pondrá su espíritu en todo el pueblo de Dios: niños y niñas, hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, hasta los esclavos de menor categoría. Todos tendrán el privilegio de recibir la revelación de Jehová.

Cincuenta días después de la resurrección de Jesús, cuando todos sus seguidores estaban reunidos en un lugar, “de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados” (en griego, como también en hebreo, la misma palabra significa “Espíritu” y “viento”). “Todos fueron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablaran” (Hc. 2:1-4). Cuando la gente preguntó: “¿Qué quiere decir esto?”, Pedro se paró y les contestó: “Esto es lo dicho por medio del profeta Joel” (Hch. 2:16). Entonces él citó a Joel 2:28-30 como el texto de su sermón. Pentecostés fue el cumplimiento visible de la profecía de Joel.

Algunos dicen que la promesa de Joel se está cumpliendo nuevamente hoy cuando ellos elevan las manos al cielo, se mecen de un lado a otro y balbucean palabras que nadie puede entender. Ellos animan a todos los cristianos a buscar el don de “hablar en lenguas”. Pero Dios usó: sueños, visiones, y el don de su Espíritu en el tiempo del Antiguo Testamento, *para revelarles su voluntad a los hombres*. Dios se revela a él mismo hoy día por medio de las palabras de sus profetas del Antiguo Testamento y de sus apóstoles del Nuevo Testamento en las Sagradas Escrituras.

Todo el pueblo de Dios puede leer esta revelación y enseñársela a otros. Dios nos da su palabra a todos nosotros: niños y niñas, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, hasta al cristiano más sencillo y más humilde. Dios por medio de la Palabra: derrama su Espíritu en todo su pueblo, crea y fortalece su fe en Jesús, produce frutos de fe en su vida, y los capacita para hablarles de su revelación a otros en el mundo.

Íntimamente relacionado con la profecía de Joel sobre Pentecostés, Dios describe el tiempo antes del fin del mundo. Esta descripción verbal de las imágenes y sonidos de batalla y de las señales en el cielo es similar a la manera en que otros profetas describieron el día de Jehová (por ejemplo, Sof. 1:14-16), a las visiones de Juan en Apocalipsis sobre los días finales (6:12; 8:7) y a las palabras de Jesús cuando describió las señales de su venida

(Mt. 24:29). En el sermón de Pentecostés sobre este texto Pedro proclamó claramente la liberación del juicio que Jehová había establecido “en el monte de Sión y en Jerusalén”: “Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha hecho Señor y Cristo... Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para el perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hch. 2:36-38).

Cuando los profetas de Dios hablan del tiempo “después” o de “aquellos días” (3:1) no dividen el período del Nuevo Testamento en años, décadas ni siglos. En el transcurso de sólo unos versículos Joel habla del Pentecostés y de las señales que anunciarán la segunda venida de Cristo; incluye también todo el tiempo de gracia transcurrido entre estos acontecimientos, la era completa del Nuevo Testamento. Este es el tiempo en que vivimos, cuando el evangelio está siendo proclamado, y “todo aquel que invoque el nombre de Jehová”, es decir el Señor Jesucristo, “será salvo” (v. 32).

Todos nosotros hemos heredado todas las bendiciones de Pentecostés y hemos sido preparados por medio de la fe en el evangelio a enfrentarnos y a sobrevivir el juicio final. Necesitamos recordar que el gran día de gracia de Dios ha sido extendido por una razón. Como dijo Pedro refiriéndose al último versículo del capítulo 2 de Joel: “Para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llame” (Hechos 2:39). El apóstol Pablo también cita este versículo en Romanos 10:13. Él imprime en nosotros lo que es la obra de la iglesia: ““Porque todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo. ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?” (Ro. 10:13-15).

Algunas iglesias le pueden ofrecer a su comunidad todo tipo de: servicios sociales, actividades recreacionales, y acontecimientos culturales. En ocasiones puede ser que nos sintamos obligados a disculparnos por nuestra propia iglesia

cuando todo lo que le ofrece al mundo es la Palabra. Pero ¿verdaderamente *necesita* el mundo algo más que la Palabra? Las buenas nuevas sobre Jesús son el llamado de Dios a los pecadores que están cerca y que están lejos. El Espíritu obra por medio de la Palabra y del bautismo, para llevarlos a la fe en el Salvador. Por medio de la fe los pecadores sobreviviremos al “gran y terrible día de Jehová” y seremos bendecidos con la vida eterna. La iglesia está aquí para extenderle el llamado de Dios a toda la humanidad, en nuestra tierra natal y en cualquier lugar del mundo. Dios derrama su Espíritu sobre nosotros y sobre nuestros hijos para que podamos extender este llamado de su evangelio a otros. Seremos guiados a hacer fielmente este trabajo hasta que amanezca el día final en que Jesús venga nuevamente a juzgar a los vivos y a los muertos.

Las naciones juzgadas

3»Ciertamente en aquellos días,
en aquel tiempo en que haré volver
la cautividad de Judá y de Jerusalén,
² reuniré a todas las naciones
y las haré descender al valle de Josafat;
allí entraré en juicio con ellas
a causa de mi pueblo,
de Israel, mi heredad,
al cual ellas esparcieron//entre las naciones,
y repartieron mi tierra.

³»Echaron suertes sobre mi pueblo,
cambiaron los niños por una ramera
y vendieron las niñas por vino para beber.

En este capítulo Dios describe el juicio final, cuando todas las naciones deban reunirse ante él. El juicio tiene dos lados: Las fortunas de Judá y de Jerusalén serán restauradas, pero serán

castigados los enemigos: que esparcieron el pueblo de Dios, que dividieron su tierra, y que trataron a sus hijos con desprecio. Jehová comienza a llevar a cabo su juicio dentro de la historia del mundo, pero el arreglo final de las cuentas tendrá lugar al fin de los tiempos.

En los días del rey Josafat de Judá (873-848 a.C.) Jehová les dio a los judíos victoria sobre los: moabitas, amonitas, y edomitas, en un valle en el desierto (2 Cr. 20:1-30). El valle fue llamado “valle de Beracá o de la alabanza” (2 Cr. 20:26), y tal vez algunas de las personas le dieron el nombre del victorioso rey de Judá. Pero al usar el término “el valle de Josafat” (v. 2) el profeta probablemente no quiere decir un lugar geográfico especial en la tierra de Canaán. El nombre Josafat significa “Jehová juzga”. El “valle de Josafat” es sencillamente el tribunal de juicio de Dios (véase 3:12). Después Joel lo llama “el valle de la decisión” (3:14).

Moisés dijo que: “Cuando el Altísimo hizo heredar a las naciones, cuando hizo dividir a los hijos de los hombres, estableció los límites de los pueblos según el número de los hijos de Israel. Porque la porción de Jehová es su pueblo; Jacob la heredad que le tocó... Lo rodeó, lo instruyó, lo guardó como a la niña de su ojo” (Dt. 32:8-10). Aun cuando el castigo justo de Dios cayó sobre su pueblo, él seguía amándolos. Las naciones extranjeras podrán llevar a cabo su juicio sobre Israel, pero ellas mismas incurrieron en la culpa cuando tocaron a “la niña de su ojo” (Zac. 2:8). Las naciones enemigas estaban pecando contra el Dios de Israel: al llevar a Israel al exilio, repartiéndose la tierra prometida entre ellas, esclavizando a los hijos de Israel, y usándolos como dinero para comprar prostitutas y vino para ellas.

Jehová que nos llama “linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios” (1 P. 2:9), protege a su iglesia hoy con el mismo cuidado. Al llamarnos sus ovejas, él promete: “Nadie las arrebatará de mi mano” (Jn. 10:28). Jesús ama, alimenta, y vela, por la iglesia como su novia, tan querida como su propio cuerpo (Ef. 5:22-31). Él nos guarda como la “niña de su ojo”.

Juicio sobre: Tiro, Sidón, y Filistea

4»¿Qué tengo yo con vosotras, //Tiro y Sidón,
y con todo el territorio de Filistea?

¿Queréis vengaros de mí?

Y si de mí os vengáis,

bien pronto haré yo recaer

la paga sobre vuestra cabeza.

5 Porque os habéis llevado //mi plata y mi oro,

y mis cosas preciosas y hermosas

metisteis en vuestros templos;

6 y vendisteis los hijos de Judá

y los hijos de Jerusalén

a los hijos de los griegos,

para alejarlos de su tierra.

7 Yo los levantaré

del lugar donde los vendisteis

y volveré vuestra paga //sobre vuestra cabeza;

8 venderé vuestros hijos y vuestras hijas

a los hijos de Judá,

y ellos los venderán a los sabeos,

nación lejana;

porque Jehová ha hablado.

Nos gustaría establecer la época en que Joel profetizó, basándonos en la referencia a un ataque hecho por los filisteos, que eran los antiguos enemigos que vivían al suroeste de Israel, y por lo fenicios que vivían al noroeste de Israel. Sin embargo, los filisteos fueron enemigos de Israel desde el período de los Jueces y hasta por lo menos el tiempo del profeta Zacarías, que llevó a cabo su ministerio aproximadamente 500 años antes de Cristo. Fenicia, bajo el gobierno de Hiram de Tiro, fue amigable con David y con Salomón. En algún tiempo posterior Tiro y Sidón deben haberse vuelto contra Israel (véase también Am. 1:9,10), pero no sabemos cuándo. Las referencias son demasiado generales

para establecer la fecha del ministerio de Joel. En algún momento los filisteos y los fenicios: debieron haber atacado Judá, saqueado Jerusalén, y deben haberse llevado esclavos judíos en sus barcos mercantes para venderlos lejos en Grecia.

Jehová amenaza con traer a los judíos de regreso de su cautiverio y usarlos como un instrumento de su juicio sobre sus enemigos. Ellos capturarán las ciudades filisteas y fenicias, y venderán a sus habitantes a los lejanos sabeos, el pueblo que habitaba Sabá al suroeste de Arabia (actualmente Yemen). No sabemos cuándo ni cómo se cumplió esta profecía, pero da testimonio de que Dios ejecuta su justicia en la historia humana. Los mismos esclavizadores puede ser que sean esclavizados.

Jehová a veces demuestra su justicia en la historia, antes del juicio final, pero tal vez es apropiado aquí que recordemos que el hombre no se debe atrever a llevar a cabo los juicios de Dios. Dios no se dirige a Israel, diciendo “trata a tus enemigos como ellos te han tratado a ti”. Aquí se aplican las palabras de Jesús, “Amad a vuestros enemigos” (Mt. 5:44) y la amonestación de Pablo, “No os venguéis vosotros mismos, amados, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor” (Ro. 12:19). Dios también ha hablado con respecto a esto.

El juicio de las naciones

- ⁹ »¡Proclamad esto entre las naciones,
proclamad guerra,
despertad a los valientes!
¡Acérquense, vengan todos//los hombres de guerra!**
- ¹⁰ Forjad espadas de vuestros azadones,
lanzas de vuestras hoces
y diga el débil: “¡Fuerte soy!”**
- ¹¹ Juntaos y venid,
naciones todas de alrededor,//y congregaos.
¡Haz venir allí, Jehová, a tus fuertes!**
- ¹² Despiértense las naciones**

**y suban al valle de Josafat,
porque allí me sentaré
para juzgar a todas las naciones//de alrededor.
¹³ Meted la hoz, porque la mies//está ya madura.
Venid, descendad,//porque el lagar está lleno
y rebosan las cubas;
porque mucha es la maldad de ellos.**

El profeta describe el juicio final de Dios con dos figuras, la batalla y la cosecha. La primera compara el día del juicio a una batalla final. Por un lado están el Señor y sus santos ángeles, los “poderosos en fortaleza, que ejecutáis su palabra” (Sal. 103:20). “Su número era millones de millones” (Ap. 5:11; Daniel 7:10). Por otro lado están todas las naciones incrédulas del mundo. Ellas han usado su poder para oprimir a muchas naciones más débiles, incluyendo al pueblo escogido de Dios. Ahora el profeta irónicamente llama a los guerreros de las naciones a una batalla que ellos están seguros de perder.

Para describir la paz que el Señor les tiene guardada y que se manifestará al final de los tiempos, a su pueblo que ya está cansado de la batalla, los profetas Isaías y Miqueas le dicen: “Volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces” (Is. 2:4 y Mi. 4:3). Joel usa estas mismas palabras en el orden opuesto. Así las naciones orgullosas que han vivido en la prosperidad son llamadas a la batalla final: “Forjad espadas de vuestros azadones, lanzas de vuestras hoces”. Nadie se puede escapar de esta confrontación. Hasta el débil debe unirse a esta batalla. Se nos recuerdan las palabras de Pablo: “Porque es necesario que *todos nosotros* comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno recoja según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (2 Co. 5:10).

El profeta y el pueblo fiel de Dios están listos. “¡Haz venir allí, Jehová, a tus fuertes!” dicen ellos (v. 11). En el versículo 12 Jehová habla llamando a todas las naciones al “valle de Josafat”, es decir,

ante su trono del juicio, como en el versículo 2. Aquí Jehová introduce una segunda comparación para el juicio final. Ese día será como una cosecha final en los graneros y viñedos. Ya terminó el tiempo de crecimiento y los cultivos están maduros. El segador empuña la hoz para cortar el grano; desprende los racimos de uvas para meterlos en la presa, el lagar donde el jugo será extraído.

Estas son figuras del acto de la separación final que hará Dios. Su tiempo de gracia para el mundo terminará el Día del Juicio. Él llevará a su fin la historia del mundo. Juan el Bautista dijo de Jesús: “Su aventador está en su mano para limpiar su era. Recogerá su trigo en el granero y quemará la paja en fuego que nunca se apagará” (Mt. 3:12). Isaías usa la figura de una prensa de vino para pintar al Mesías como el juez de las naciones: “He pisado yo solo el lagar, y de los pueblos nadie había conmigo; los aplasté con ira, y los pisoteé con furor” (Is. 63:3).

En esta parte del capítulo el profeta está describiendo en especial el juicio de las naciones impías. Por lo tanto, él habla del castigo para el pecado, “porque mucha es la maldad de ellos” (v. 13). Para las naciones impías, así como para los impenitentes de Israel, el día de Jehová será en verdad espantoso, ya que será el principio del castigo eterno.

El día del Señor en el valle de la decisión

**¹⁴ Muchos pueblos en el valle//de la Decisión;
porque cercano está el día de Jehová
en el valle de la Decisión.**

**¹⁵ »El sol y la luna se oscurecerán,
y las estrellas perderán su resplandor.**

**¹⁶ »Jehová rugirá desde Sión,
dará su voz desde Jerusalén
y temblarán los cielos y la tierra;
pero Jehová será la esperanza//de su pueblo,
la fortaleza de los hijos de Israel.**

¿Quiénes son estos “muchos pueblos”? “Todas las naciones de alrededor”, ha escrito Joel (v. 12). Jesús dijo: “*Todos* los que están en los sepulcros oirán su voz... y... saldrán” (Jn. 5:28,29). Serán reunidos en “el valle de Josafat”, el lugar donde Jehová juzga (versículos 2 y 12). En el versículo 14 se le llama “el valle de la Decisión”, de una palabra griega que significa “cortar” y después “decidir estrictamente”. Jehová, el Juez justo, hará saber su decisión severamente justa, que dividirá a toda la humanidad en dos grupos por la eternidad. “Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua” (Dn. 12:2).

¿Cómo podemos oír la descripción que hace Joel del juicio final sin sentir hambre y sed de las buenas nuevas de Dios? Todos nos podemos imaginar a nosotros mismos entre estos “muchos pueblos en el valle de la decisión”. Pero no necesitamos esperar ese día de Jehová para saber cuál es la decisión severamente justa del Juez. “Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por medio de él. *El que cree en él, no es condenado*” (Jn. 3:17,18). El juicio final solamente pone de manifiesto una decisión de gracia que Dios tomó cuando nos escogió desde la eternidad para que seamos suyos, y después nos redimió de todo pecado con la sangre de su Hijo.

Tampoco nos atreveremos a quedarnos callados sobre el otro resultado del juicio final. “El que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Y esta es la condenación: Que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas” (Jn. 3:18,19). “E irán éstos al castigo eterno, mas los justos a la vida eterna” (Mt. 25:46).

Si el doble resultado del juicio final ha penetrado en nuestro corazón y nuestra mente, la obra de la iglesia de Cristo se convertirá en algo muy urgente para nosotros. Las buenas nuevas de Dios dicen que su Hijo murió por los pecados de la humanidad, y que resucitó para proclamar su perdón a todo el impío y culpable

mundo. “Ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual va a juzgar al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, acreditándolo ante todos al haberlo levantado de los muertos” (Hch. 17:30,31). El mismo Jesús resucitado señaló al juicio y a su doble resultado cuando nos envió a hacer discípulos de todas las naciones: “Id por todo el mundo y proclamad el evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea será condenado” (Mr. 16:15,16).

Joel describe el oscurecimiento de los cuerpos celestiales que introducirá los últimos tiempos. Jehová le prometió a Noé que “mientras la tierra permanezca, no cesarán la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, y el día y la noche” (Gn. 8:22). Al hacer que dejen de brillar: el sol, la luna, y las estrellas, Jehová dará el aviso final de que los días que le quedan a este mundo están contados.

En ese día “Jehová rugirá desde Sión, dará su voz desde Jerusalén” con tal fuerza que “temblarán los cielos y la tierra” (v. 16). Aquí tenemos un resultado del juicio final. Jehová, Dios de Israel, que se dio a conocer durante los tiempos del Antiguo Testamento en el templo de Jerusalén, quien más tarde escogió entrar al mundo como un bebé judío, regresará en gloria para ser el Juez del mundo. Su juicio enviará una furiosa tormenta de fuego sobre los impíos.

El versículo 16 también revela el otro resultado del juicio final: “Jehová será la esperanza de su pueblo, y la fortaleza de los hijos de Israel”. El “refugio” y la “fortaleza” son designados para protegerse de los enemigos. Dios mismo rodeará a su pueblo para mantenerlo seguro para siempre. El pueblo de Dios llegará al último día en la misma confianza tranquila con la que se enfrenta a todos los días de su vida: “Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida, y se traspasen los montes al corazón del mar” (Sal. 46:1,2).

Si éste fuera el único pasaje que describe el juicio final, podríamos pensar que el profeta pinta a toda la nación de Israel a la derecha del Juez y a todas las otras naciones a su izquierda. Joel ha aclarado este cuadro al principio de su libro, las palabras iniciales de advertencia del profeta fueron dichas y escritas primero para los hijos de Israel: “Grande es el día de Jehová, y muy temible; ¿quién podrá soportarlo?” (2:11). Los israelitas que abandonaron a Jehová no estaban listos para enfrentarse a él en el último día. Los impenitentes y descreídos enemigos de Dios, ya sean judíos o gentiles, deberán temblar cuando oigan que su Juez les habla con una voz espantosa como el trueno, terrible como el rugido del león. Para ellos, ese día “será de tinieblas y no de luz” (Am. 5:18).

Por otro lado, Dios preparó a algunos de antemano para la gloria, “no sólo de los judíos, sino también de los gentiles” (Ro. 9:24). Un pueblo penitente, judíos y gentiles que confían en la misericordia de Dios, descubrirá que Jehová es su refugio contra toda tormenta, su fortaleza contra todo enemigo. Ellos son el Israel verdadero y creyente, los hijos de Abraham, porque ellos son “de la fe de Abraham” (Ro. 4:16; véase también Gá. 3:9).

Jehová concluye la profecía de Joel con una promesa de bendición eterna para su pueblo creyente.

**¹⁷ Entonces conoceréis
que yo soy Jehová, vuestro Dios,
que habito en Sión, mi santo monte.
Jerusalén será santa
y extraños no pasarán más por ella.**

**¹⁸ »Sucederá en aquel tiempo,
que los montes destilarán mosto,
de los collados fluiré leche
y por todos los arroyos de Judá//correrán las aguas.
Saldrá una fuente de la casa de Jehová
y regará el valle de Sitim.**

¹⁹ Egipto será destruido

**y Edom será vuelto en desierto asolado,
a causa de la injuria hecha//a los hijos de Judá;
porque derramaron en su tierra//sangre inocente.**

**²⁰ Pero Judá será habitada para siempre,
y Jerusalén por generación y generación.**

**²¹ Yo limpiaré la sangre //de los que no había limpiado.
Y Jehová morará en Sión.»**

Jehová promete que va a vivir entre su pueblo en Sión. Al sur de la colina del templo está el monte Sión sobre el que fue construida la antigua ciudad de David. El “monte Sión” o “Sión” representa a la ciudad de Jerusalén, la ubicación del templo, donde Jehová santo puso su nombre entre el pueblo de Israel. Su pueblo santo que vive con él allí nunca debe temer una invasión de ningún ejército extranjero.

¿Qué significa esta promesa? ¿Se encuentra su cumplimiento en el moderno estado de Israel? Difícilmente. Ni esta nación ni ninguna otra sobre la tierra goza de una seguridad perfecta de todo enemigo. ¿Dios les está dando al monte Sión y a Jerusalén un papel especial en la historia de los últimos días antes de su venida en gloria? Algunos cristianos piensan que así es, y esperan que Jesús establezca un reino de mil años sobre la tierra con su cuartel general en Jerusalén inmediatamente antes o después de su venida visible en gloria. Pero él mismo testificó: “Mi reino no es de este mundo” (Jn. 18:36).

Jehová está profetizando la verdad del Nuevo Testamento en términos de la historia del Antiguo Testamento. Él no está hablando sobre la actual ciudad terrenal de Jerusalén sino sobre lo que el apóstol Pablo llama “la Jerusalén de arriba” (Gá. 4:26), la santa iglesia cristiana. Así como el templo, el lugar donde a Dios le agradó poner su nombre en los tiempos del Antiguo Testamento, estaba en Jerusalén, la ciudad construida sobre el monte Sión, de la misma manera Dios mismo vive ahora entre su pueblo en la persona de Jesucristo para librarnos de todo enemigo incluidos el diablo y de la muerte.

Cuando nuestro Dios está con nosotros, tenemos toda bendición. Los dones que Dios nos da por medio de la gracia que es a través de la fe en Cristo son poéticamente descritos aquí en vívidos términos terrenales: nuevo vino, que fluye de las montañas viniendo de los viñedos que están en las terrazas; leche que fluye de las colinas donde pastan las cabras y el ganado; agua que llena los cauces de Judea constantemente, que usualmente están secos la mayor parte del año; y hasta un manantial de agua que sale del templo, suficiente para regar “el valle de las acacias [Sitim]”.

Las acacias crecen en el desierto. Proveen bastante madera de la que fueron construidas partes del tabernáculo (Ex. 35:24; 36:20; 37:1, etc.). La palabra hebrea para “acacias” es *sitim*. Este es el nombre del lugar donde Israel acampó al lado este del Jordán (Nm. 25:1). Y como las acacias crecen en el desierto, Dios puede estar usando “el valle de las acacias” para describir al desierto en general. En una tierra seca como Canaán, y para un pueblo que una vez vagó errante hasta por el desierto más árido, no hay bendición terrenal más preciosa que el agua. Como Joel, Ezequiel también pinta un río que corre saliendo del templo en los últimos tiempos, haciéndose más y más profundo cuando corre, convirtiendo el agua salada en agua fresca, llevando grandes cantidades de peces y regando los árboles frutales de todo tipo (Ez. 47:1-12).

En tales términos del Antiguo Testamento, los profetas presentan las bendiciones que Cristo provee para su pueblo en el Nuevo Testamento. Aún ahora, los creyentes gozan: del perdón de los pecados, de vida con Dios, de su ayuda en toda dificultad. Nosotros los cristianos ahora vivimos “en aquel tiempo” (v. 18) y gozamos de estas bendiciones aun cuando todavía habitamos el mundo que sufre: del dolor, de las dificultades, de las fatigas, y de las lágrimas, que han seguido a la caída en el pecado.

Al mismo tiempo, Jehová nos está pintando un cuadro de las bendiciones de la vida eterna en el cielo, usando: el escenario, los colores, y las formas, de nuestra vida en la tierra. En el último capítulo de la Biblia, Juan ve “un río limpio de agua de vida, resplandeciente como el cristal, que salía del trono de Dios y del

Cordero, en medio de la calle de la ciudad [es decir, la nueva Jerusalén]” (Ap. 22:1,2). La vida eterna con Dios se describe como el fruto del árbol de la vida, producido cada mes durante todo el año “y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones. Y no habrá más maldición” (Ap. 22:2,3). Las bendiciones celestiales brillan a través de estas pinturas terrenales.

Este es el tipo de lenguaje que usaron Joel y los otros profetas del Antiguo Testamento, para describir las bendiciones de la iglesia del Nuevo Testamento. Sus palabras mezclan lo terrenal y lo celestial, el tiempo y la eternidad juntos, describe toda la vida de la iglesia de Dios desde aquí hasta la eternidad. Los profetas entregan todos los regalos de Dios por decirlo así, envueltos en una caja.

Una vez más en los versículos 19 a 21, Jehová describe el resultado doble del juicio. Egipto y Edom derramaron la sangre del pueblo de Dios. Los egipcios, por ejemplo, mataron al buen rey Josías (2 R. 23:29); los edomitas mataron a los fugitivos que escapaban de Judá (Abd. 14,15). Porque Egipto y Edom eran los enemigos de Israel, ellos representan a todos los enemigos de Jehová. Sus tierras serán un desierto baldío para siempre, una figura de la desolación de la condenación. Judá y Jerusalén, por otro lado, “será[n] habitada[s] para siempre” (v. 20), nuevamente una referencia en términos del Antiguo Testamento para indicar el reino eterno de Cristo entre su pueblo creyente, la santa iglesia cristiana.

Hubo un tiempo en que Dios no perdonó la culpa del pueblo de Israel. No el perdón sino el juicio, el exilio en Asiria y en Babilonia, siguió a la “culpa de sangre” de los impenitentes israelitas que sacrificaron a sus hijos a los ídolos (2 R. 17:17). Manasés, un impío rey de Judá, “derramó mucha sangre inocente en gran manera, hasta llenar a Jerusalén de extremo a extremo” (2 R. 21:16). Jehová estaba airado con Jerusalén y con Judá “hasta que los echó de su presencia” (2 R. 24:20).

Pero el prometido Salvador de Jehová le quitará al hombre “la culpa de sangre”. Los habitantes de la “nueva Jerusalén”, judíos y

gentiles, miran con fe a este Salvador del pecado. Bajo su nuevo pacto Jehová “perdonará la maldad de ellos, y no se acordará más de su pecado” (Jer. 31:34). Jesús derramará su “sangre del nuevo pacto... por muchos, para remisión de los pecados” (Mt. 26:28).

Para concluir su profecía, Joel alaba a Dios con una confesión agradecida: “¡Jehová morará en Sión!” (v. 21). El profeta Ezequiel termina su libro con una nota similar, dándole a la “nueva Jerusalén” el nuevo nombre “Jehová-sama” que significa “Jehová está allí” (Ezequiel 48:35). Dios estuvo con su pueblo en los días de Joel para librarlos del flagelo de la plaga de langostas y de la sequía. Dios vivió visiblemente entre su pueblo en la persona de su Hijo Jesús. Antes de ser quitado de la vista de sus creyentes, Jesús también les prometió: “He aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt. 28:20). Él continúa asegurándonos su presencia cuando nos habla en su evangelio y nos da su propio cuerpo y sangre en el sacramento.

Sin embargo, también es verdad que nosotros los creyentes del Nuevo Testamento todavía vivimos en la esperanza. Ya vivimos en el día de Jehová, pero también “esperando ansiosamente la revelación del Señor Jesucristo” (1 Co. 1:7 Biblia de las Américas). Entonces, de una manera nueva, mucho mejor de lo que nuestras pobres palabras humanas puedan describir o de lo que nuestra pobre mente humana pueda imaginar, todo el pueblo de Dios reunido de cada nación, y de todos los siglos verá claramente y sabrá por completo lo que significa “¡Jehová mora en Sión!”

En el último capítulo de la Biblia Juan nos dice lo que nosotros anhelamos y lo que esperamos: “He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos [como su Dios]. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (Ap. 21:3,4). Esperando con ansiedad ese día de Jehová, oramos, “¡Ven, Señor Jesús!” (Ap. 22:20)



Amós

AMÓS

INTRODUCCIÓN

La vida de Amós

Muchos de los profetas que fueron escogidos por Jehová para que fueran sus voceros, no escribieron sus mensajes. Moisés escribió la ley para la instrucción de Israel (Ex. 24:12; Josué 1:8), y tal vez Josué y Samuel escribieron los libros que llevan su nombre, pero profetas como: Natán (2 Sam. 7:2 y sig.), Elías (1 R. 17:1 y sig.), y Eliseo (1 R. 19:15 y sig.) predicaron oralmente su mensaje, pero no tenemos ningún registro escrito de sus palabras (Pero vea 1 Cr. 29:29). Tenemos sus palabras sólo gracias a los relatos inspirados que, sobre ellos y sus tiempos aparecen en los libros de: Samuel, Reyes, y Crónicas. Amós, por otro lado, como Oseas y Joel, dejó todo el mensaje de su ministerio en el libro que escribió. Su nombre no aparece en ninguna otra parte del Antiguo Testamento.

¿Cuáles son los recursos que tenemos para aprender sobre la vida y los tiempos del profeta?

(1) Amós mismo nos dice de qué manera Jehová lo llamó a ser profeta (1:1; 7:14-16). Su predicación también refleja las condiciones de los tiempos en los que él trabajó. Podríamos comparar, por ejemplo, cuánto podemos aprender sobre el período de la guerra civil americana por los discursos del presidente Lincoln.

(2) Según el primer versículo de su libro, Amós profetizó durante los reinados de Uzías, también llamado Azarías, rey de Judá (792-740 a.C.) y Jeroboam II, rey de Israel (793-753 a.C.). La Biblia nos da la historia de este período en 2 Reyes 14 y 15 y en 2 Crónicas 26.

(3) Contemporáneos de Amós fueron los profetas Oseas y Jonás en el reino del norte, Israel. En Judá, el reino del sur, Isaías y Miqueas, profetizaron aproximadamente al mismo tiempo. Los

libros de estos otros profetas pueden ayudar a iluminar el período de Amós.

(4) La arqueología ha descubierto evidencia del terremoto que se menciona en Amós 1:1 y también ha revelado algunos detalles de la vida de Israel durante el siglo VIII antes de Cristo.

Amós mismo nos dice que su ocupación no era la de un profeta profesional sino la de pastor (7:14). Él provenía de Tecoa (1:1), un pueblo fortificado que estaba a diez kilómetros al sur de Belén en Judá. Además de ser pastor de ovejas, también cultivaba árboles de higueras llamados sicómoros (7:14). Un día mientras Amós estaba cuidando su rebaño, Jehová le dijo: “Ve y profetiza a mi pueblo Israel” (7:15). Dios estaba enviando al profeta en una misión difícil. Él llamó a Amós a dejar su hogar en Judá y a llevar el mensaje a Israel, la tierra del rey Jeroboam II.

Los tiempos de Amós

Jeroboam II “hizo lo malo ante los ojos de Jehová, y no se apartó de todos los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, el que hizo pecar a Israel” (2 R. 14:24). ¿Cuáles eran esos pecados? Jeroboam I se reveló contra Roboam el hijo de Salomón, y fue proclamado rey de las diez tribus del norte más o menos en el año 930 a.C. El usurpador también trató de asegurarse de que sus súbditos no regresaran a Jerusalén, que era la capital de Roboam, para rendir culto en el templo de Jehová. En Betel que estaba en la frontera sur y en Dan por el norte, Jeroboam I estableció imágenes de becerros de oro y proclamó: “Aquí están tus dioses, Israel, los cuales te hicieron subir de la casa de Egipto” (1 R. 12:28). Aunque él todavía decía que le rendía culto a Jehová, Jeroboam I estableció un culto que era contrario al Primer Mandamiento de Dios: “No te hagas ningún ídolo” (Ex. 20:4, NVI).

Siguiendo el patrón del culto cananeo, Jeroboam I también erigió santuarios para los ídolos en “lugares altos” en otros lugares de su reino, y animó a su pueblo a que rindiera culto allí. Por lo visto, los israelitas hacían peregrinajes a esos santuarios en Gilgal

y en Beerseba (Am. 5:5). Jeroboam asignó sacerdotes que no pertenecían a la tribu de Leví (1 R. 12:31; 13:33), aunque Jehová había designado a los levitas para que lo sirvieran en el templo. El rey hasta estableció su propia fiesta y sacrificios (1 R. 12:32,33) para reemplazar a los establecidos por la ley de Moisés.

Jeroboam quería que sus imágenes del becerro en Betel y en Dan representaran a Dios. Pero el becerro también representaba a Baal, el dios de la fertilidad, en el ritual cananeo. Y desde luego, de una manera más rápida que la de antes, los israelitas cayeron en las prácticas del culto de sus vecinos paganos. En los lugares altos, el pueblo escogido de Dios le rendía culto a piedras sagradas y a postes que representaban a la diosa Asera. Para promover la fertilidad de sus campos y rebaños, los fieles debían tener relaciones sexuales con las prostitutas dedicadas a las deidades de la fertilidad (véase el libro de Oseas). Ellos probablemente también ofrecían: grano, aceite, y animales, o hasta a sus propios hijos como sacrificio (2 R. 17:17). Esos eran algunos de los “pecados de Jeroboam [I] hijo de Nabat”, el fundador del reino del norte.

En el tiempo de Amós, más o menos siglo y medio después, Jeroboam II “no se apartó de todos los pecados de Jeroboam hijo de Nabat” (2 R. 14:24). Sin embargo, los israelitas que vivían en ese tiempo más bien hubieran señalado a la prosperidad considerable de que gozaban cuando Jeroboam II amplió el territorio del reino del norte.

Ningún rey fuerte gobernó Asiria, el gran poder mundial que estaba al nordeste de Israel, y los asirios por un tiempo no mostraron ningún interés en Canaán. La ausencia de los asirios le dejó a Jeroboam II mano libre para tratar con sus vecinos más cercanos del norte, los arameos (sirios) de Damasco. Algunas décadas antes del reinado de Jeroboam los arameos se habían anexado territorios israelitas. Joás, el padre de Jeroboam, comenzó a recuperar estas tierras, y con sus propios éxitos militares contra sus enemigos, recuperó las fronteras de Israel, desde el territorio de Hamat, alrededor de trescientos kilómetros al norte de Samaria, al mar Muerto en el sur (2 R. 14:25). Él también reconquistó la

tierra de Galaad, al este del Jordán (6:13). De esa manera la corrupción espiritual del reino de Jeroboam estuvo acompañada por victorias militares, más territorio, y el orgullo nacional renovado.

Las victorias de Jeroboam II, el rey de Israel que gozaba de más éxito, significaron un breve período de paz y de prosperidad para el reino del norte. Con nuevas oportunidades para el comercio internacional, la nación prosperó y ricos mercaderes habitaban las ciudades. Esa gente vivía en “casas de piedra” (5:11), sus paredes interiores estaban adornadas con marfil (3:15); las ricas familias israelitas hasta podían tener dos residencias, una de invierno y otra de verano (3:15). Juzgando por las apariencias externas durante el reinado de Jeroboam, había amanecido la edad de plata para Israel, rivalizando con la de oro del reino unido bajo los gobiernos de David y Salomón.

La arqueología moderna da luz sobre la vida de un pueblo israelita. En una ciudad excavada había un distrito pudiente, con casas que habían sido construidas de piedra que había sido pulida por ambos lados. Por otro lado los pobres vivían en el otro lado del pueblo en moradas pequeñas e improvisadas, separados del barrio de los ricos por un largo muro.

Por los escritos de Amós podemos tener una idea clara de las condiciones de la sociedad israelita durante el reino de Jeroboam II. Los ricos vivían en un nivel de vida muy elevado a expensas de los que tenían menos. Ellos “anhelan que haya polvo de la tierra sobre las cabezas de los desvalidos” (2:7). Las cortes, que debieron haber administrado justicia sin tener en cuenta la riqueza personal ni la posición social, se convirtieron en instrumentos para oprimir aún más al desvalido: “Sé que oprimís al justo, y recibís cohecho, y en los tribunales hacéis perder su causa a los pobres” (5:12). Los mercaderes solamente buscaban su propia ganancia, “achicando la medida, y subiendo el precio, y falseando con engaño la balanza” (8:5). La “religión” florecía en los santuarios israelitas, pero la ceremonia y el sacrificio no eran acompañados por la vida piadosa (4:4,5; 5:21-24).

Juicio sobre Israel

Por medio de la predicación de Amós Jehová rugió: “Aborrecí y desprecié vuestras solemnidades, y no me complaceré en vuestras asambleas... quita de mí la multitud de tus cantares, pues no escucharé las salmodias de tus instrumentos. Pero corra el juicio como las aguas, y la justicia como impetuoso arroyo” (5:21-24). Jehová envió al profeta a anunciar el juicio sobre la casa de Jeroboam II (7:9) y el fin venidero del reino de Israel (8:2). Esas profecías de perdición se cumplieron dentro del término de una generación; Zacarías, el hijo de Jeroboam II y su sucesor en el trono israelita, fueron asesinados después de un reinado de seis meses. En el año 722 a.C. aproximadamente cuarenta años después del ministerio de Amós, los ejércitos asirios capturaron Samaria y deportaron muchos ciudadanos de Israel a Asiria, de la que nunca regresaron.

Las Escrituras dicen claramente que el fin del reino de Israel tuvo lugar: “Porque los hijos de Israel pecaron contra Jehová su Dios, que los sacó de la tierra de Egipto, de debajo de la mano de Faraón rey de Egipto. Adoraron a dioses ajenos, y anduvieron en los estatutos de las naciones que Jehová había expulsado de delante de los hijos de Israel, así como en los estatutos que hicieron los reyes de Israel... Jehová amonestó entonces a Israel y a Judá por medio de todos los profetas... pero ellos no obedecieron, sino que obstinaron tanto como sus padres, los cuales no creyeron en Jehová su Dios... Dejaron todos los mandamientos de Jehová su Dios, y se hicieron imágenes fundidas de dos becerros, y también imágenes de Asera, y adoraron a todo el ejército de los cielos, y sirvieron a Baal; e hicieron pasar a sus hijos y a sus hijas por fuego; y se dieron a adivinaciones y agüeros, y se entregaron a hacer lo malo ante los ojos de Jehová, provocándole a ira. Por lo tanto, Jehová se enfureció tanto contra Israel que los quitó de delante de su rostro” (2 R. 17:7-18). Sólo el reino de Judá fue dejado como un remanente visible del pueblo de Dios en la tierra de Canaán. Por medio de Judá y de un descendiente de la casa real de David,

Dios bendecirá a todas las naciones, tal como lo prometió en su pacto con: Abraham, Isaac, y Jacob.

Aplicación del mensaje de Amós

Podemos ver muchos paralelos entre los tiempos de Amós y los nuestros. Pero antes de buscar la manera de aplicar la predicación de los profetas a nuestro propio tiempo, necesitamos tener una clara comprensión de la audiencia a la que Jehová le dirigió estos mensajes. Es verdad que Israel era una nación entre las otras naciones del mundo; los capítulos iniciales de Amós ponen muy en claro que Dios es rey y juez de todas las naciones que están bajo el sol, ya sea que lo reconozcan a él como su Dios o no. El Creador puso la consciencia y el conocimiento natural de lo bueno y de lo malo en el corazón de todas las personas, incluyendo a los paganos que no tienen el conocimiento revelado de su ley y de su evangelio. “La justicia engrandece a la nación; el pecado es afrenta de las naciones” (Pr. 14:34).

Sin embargo, todo el Antiguo Testamento da testimonio de que los descendientes de Abraham eran un pueblo único. A ninguna otra nación en la historia, Jehová le dijo como le había dicho a Israel: “Jehová tu Dios te ha escogido para que le seas un pueblo especial, mas que todos los pueblos que están sobre la tierra” (Dt. 7:6). “A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra”, les recordó por medio de Amós (3:2). La población de toda la tierra disfruta: del sol y de la lluvia, de alimento, vestimenta, y refugio, gracias a la bendición del Creador todopoderoso. Sin embargo, sólo a su pueblo Israel, Dios le envió a sus mensajeros especiales, Moisés y los profetas. A Israel le “fue confiada la palabra de Dios” (Ro. 3:2). Siempre que leamos los libros de Amós y de los otros profetas del Antiguo Testamento, debemos recordar que ellos fueron enviados primero al pueblo escogido de Dios, a la iglesia visible del Antiguo Testamento.

¿A quién honra Jehová como “su pueblo especial” hoy en día? No a nuestra patria ni a ninguna nación terrenal, sino a su iglesia,

la Israel del Nuevo Testamento. A su iglesia, los creyentes en Jesucristo, él le dice: “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios” (1 P. 2:9). En el bautismo Dios hace un pacto de gracia con todo cristiano, para que todos los creyentes juntos constituyan su pueblo del pacto hoy. Dondequiera que se proclame el evangelio y se administren los sacramentos, el Espíritu Santo reúne a la iglesia. Los cristianos forman asambleas visibles, iglesias: para escuchar la Palabra, para recibir el sacramento, y para compartir su fe con otros pecadores que todavía no conocen a Jesús. Esas iglesias forman en el Nuevo Testamento el equivalente de las naciones de Dios del Antiguo Testamento, Israel y Judá.

Aunque Dios espera justicia y santidad de toda nación, porque él ha escrito su ley en todo corazón humano, cualquier aplicación de las palabras de Amós, que simplemente se apliquen a nuestra nación o a otras naciones del mundo de hoy, está mal dirigida; las fronteras de la iglesia no son las fronteras de una nación moderna. Mientras luchamos para saber lo que las palabras del profeta de Dios quieren significar para nosotros ahora, debemos recordar constantemente que ellas se dirigen a nosotros como al pueblo que confiesa, “creo en Dios, Padre Todopoderoso... y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor... Creo en el Espíritu Santo, la santa iglesia cristiana, la comunión de los santos, el perdón de los pecados...”. Debemos estar conscientes de que Amós se está dirigiendo a nosotros como al pueblo de Dios, a quien el Espíritu Santo ha llamado por medio del evangelio y ha iluminado con sus dones. Jehová tiene todo el derecho de esperar mucho más de nosotros que de otros, enseña Jesús: “A todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá” (Lc. 12:48).

¿De qué manera hemos respondido a las abundantes bendiciones de Jehová? ¿No es verdad que Dios tiene buenas razones para incluirnos cuando reprueba a su pueblo del Antiguo Testamento? “¿Qué más se podía haber hecho a mi viña, que yo

no lo haya hecho en ella? ¿Cómo, esperando yo que diera uvas buenas, ha dado uvas silvestres?” (Is. 5:4). Los profetas del Antiguo Testamento también convocan al pueblo de Dios del Nuevo Testamento para que se arrepienta de sus pecados. Amós nos llama a vivir la fe cuando trabajamos y cuando hacemos negocios en la vida diaria; él nos invita a adorar a Jehová nuestro Dios en espíritu y en verdad, exige que no sirvamos a otros dioses, busca frutos de fe y nos advierte especialmente contra las tentaciones que vienen con el poder y con la riqueza. En tiempos de prosperidad el encanto del lujo nos puede tentar a explotar a los que son débiles y más pobres que nosotros.

Oyendo el juicio de Dios sobre su pueblo infiel del Antiguo Testamento, debemos apreciar la gracia como es debido. Nosotros, como Israel, fuimos escogidos por la misericordia de Dios que no merecíamos. Israel perdió la gracia de Dios de una manera ciega. “Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron” (1 Co. 10:6). Junto con toda la historia del pueblo de Dios del Antiguo Testamento, las palabras de Amós “fueron escritas para amonestarnos a nosotros que vivimos en estos tiempos finales. Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Co. 10:11,12).

En este libro parece que el juicio pesa más que la misericordia, pero en las palabras de Amós sentiremos constantemente el celo ardiente de nuestro Dios por la salvación de su pueblo. Sólo la incredulidad, el voluntario rechazo de su amor, puede reemplazar su invitación del evangelio con la amenaza de las ardientes llamas del juicio. “Buscadme y viviréis”, él invita (5:4); “buscad lo bueno, y no lo malo, para que viváis” (5:14). Cuando esta tierna invitación es rechazada, no queda nada más que el juicio y entonces “Jehová rugirá desde Sión y hará oír su voz desde Jerusalén” (1:2).

Pero aunque el león ruja y estalle la tormenta, se nos asegura que el Dios de Israel no olvida su misericordia. Él prometió que no destruirá por completo la casa de Jacob sino que un remanente de creyentes permanecerá (9:8). El libro de Amós termina con un

cuadro radiante de las bendiciones que el Hijo de David, el Mesías, tiene guardadas para todos sus súbditos, tanto judíos como gentiles en su reino eterno (9:11-15).

Bosquejo del libro de Amós

El libro de Amós tiene tres partes principales y una conclusión.

- I. El anuncio del juicio sobre las naciones, y sobre Israel (1,2).
- II. Más proclamaciones de juicio (3-6).
 - A. Juicio sobre toda la casa de Israel (3).
 - B. Juicio sobre las mujeres de Samaria (4).
 - C. Un lamento por la virgen Israel (5).
 - D. Ay de los complacidos amantes del lujo (6).
- III. Cinco visiones y mensajes de juicio (7:1 - 9:10).
 - A. La visión de las langostas (7:1-3).
 - B. La visión del fuego (7:4-6).
 - C. La visión de una plomada (7:7-9), y la historia de la manera en que Dios llamó a Amós (7:10-15).
 - D. La visión del fruto de verano (8:1-3), y un mensaje de juicio (8:4-15).
 - E. La visión del Señor de pie ante el altar (9:1-4), y un mensaje de juicio (9:5-10).

Conclusión: Un mensaje de esperanza para el pueblo creyente de Dios (9:11-15).

EL JUICIO SOBRE LAS NACIONES Y SOBRE ISRAEL AMÓS 1-2

El juicio se acerca

1 Las palabras de Amós, que fue uno de los pastores de Tecoa, que profetizó acerca de Israel en días de Uzías, rey de Judá, y en días de Jeroboam hijo de Joás, rey de Israel, dos años antes del terremoto. ² Dijo:

**«Jehová rugirá desde Sión,
dará su voz desde Jerusalén,
los campos de los pastores se enlutarán
y se secará la cumbre del Carmelo.»**

Como los apóstoles de Jesús, Amós no es un vocero del Señor por elección propia ni por preparación; no es sacerdote, tampoco ha estudiado a los pies de un profeta con más experiencia que él (7:14). Amós cuida unos de los rebaños que pastan en las áridas colinas cerca de Tecoa, tal vez tiene y cría grandes cantidades de ovejas: la palabra que se traduce como “boyero”, con la que se describe a sí mismo en 7:14 también se usó para Mesa rey de Moab en 2 Reyes 3:4. Al escoger a un pastor para que le llevara su mensaje al reino del norte, Jehová pone en claro que el poder de la palabra del profeta no es un asunto de dones personales ni de habilidad para la oratoria, el poder yace en las palabras mismas, porque son palabras de Dios. Amós “vio” estas palabras. Al menos una parte de la revelación de Dios le viene en visiones, tal como lo informa en los capítulos 7 a 9.

Aún hoy Dios escoge a sus voceros de diferentes antecedentes y ocupaciones. Los pastores y maestros cristianos, crecen en los hogares de: agricultores, oficinistas, obreros de fábrica. Jehová ni siquiera requiere que los que hablan su palabra tengan preparación profesional. Hoy día la iglesia prepara cuidadosamente a sus

trabajadores de tiempo completo, pero la Palabra hablada por laicos cristianos obra con el mismo poder de Dios en el corazón de los que la oyen.

El nombre Amós, de una palabra que significa “cargar, llevar una carga”, ocurre solamente aquí en el Antiguo Testamento. Amós hacía apacentar a sus rebaños en el severo y áspero desierto que baja del sureste de Jerusalén hacia el mar Muerto. Aproximadamente a nueve kilómetros al sur de Belén, a dieciocho kilómetros de Jerusalén, las ruinas de Tecoá permanecen en la cima de una colina, ocupando un área de cuatro o cinco acres. El rey Roboam fortificó Tecoá y puso una guarnición allí como parte de su cadena de defensa alrededor de Jerusalén (2 Cr. 11:6). La cima de la colina es lo suficientemente alta para que los habitantes puedan ver el monte de los Olivos al norte y el valle del Jordán al nordeste.

Amós fecha su libro con los nombres de Uzías, rey de Judá, y de Jeroboam [II], rey de Israel. Uzías, también llamado Azarías, se convirtió en rey de Judá aproximadamente en el año 792 a.C. “E hizo lo recto ante los ojos de Jehová... los lugares altos no se quitaron, porque el pueblo sacrificaba aún y quemaba incienso en los lugares altos” (2 R. 15:3,4). Judá fue bendecido con un número de éxitos militares durante el año 52 del reinado de Uzías, descrito en 2 Crónicas 26. Parecerá extraño que Amós, que sirvió como profeta en el reino del norte, mencione el nombre de un rey que gobierna en Jerusalén al fechar su profecía. Los reyes de Judá como miembros de la casa de David eran los legítimos gobernantes de las doce tribus y eran los antepasados del Mesías. Esta puede muy bien ser la razón por la que Amós menciona al rey Uzías en el primer versículo, o título, de su libro.

El gobernador del reino del norte de este tiempo es Jeroboam II (793-753 a.C.). Las condiciones prósperas de su reino ya se han descrito en la introducción. Algún tiempo durante la última parte del gobierno de Uzías y durante el reinado de Jeroboam, la tierra experimentó un severo sismo, una experiencia tan aterradora que los judíos todavía lo recordaban más de dos siglos después (Zac.

14:5). Amós menciona especialmente que él dio su profecía “dos años antes del terremoto”. Ese terremoto no fue una sacudida casual de las capas que forman la superficie de la tierra, Amós lo predijo como un mensaje de advertencia del Señor a su pueblo desobediente (8:7,8). El hecho de que la predicción del profeta se hiciera una realidad fue para que cada creyente le pusiera atención a todas las palabras de su libro (Dt. 18:21,22).

El libro de Amós es primeramente un mensaje de juicio. La Palabra de Jehová habla como el rugido de un león que devora a su presa, como el trueno que acompaña a una tormenta violenta. Porque su templo terrenal estaba en el monte Sión en Jerusalén, la voz de Dios proviene de allí en la profecía. La sequía es la experiencia más devastadora para el pueblo que depende de la crianza de los animales y de las cosechas. Por lo tanto, Amós pinta la voz de juicio de Jehová como algo que seca los pastos de los que dependen los pastores y como algo que destruye hasta el exuberante y verde follaje que cubre el monte Carmelo.

Juicio sobre los vecinos paganos de Israel

³ Así ha dicho Jehová:

**«Por tres pecados de Damasco,
y por el cuarto,**

no revocaré su castigo:

porque trillaron a Galaad //con trillos de hierro.

⁴ Prenderé fuego a la casa de Hazael

y consumirá los palacios de Ben-adad.

⁵ Quebraré los cerrojos de Damasco

y destruiré a los moradores//del valle de Avén

y a los gobernadores de Bet-edén,

y el pueblo de Siria//será transportado a Kir,

dice Jehová.»

⁶ Así ha dicho Jehová:

«Por tres pecados de Gaza,

**y por el cuarto,
no revocaré su castigo:
porque llevó cautivo a todo un pueblo
para entregarlo a Edom.**

**⁷ Prenderé fuego al muro de Gaza
y consumirá sus palacios.**

**⁸ Destruiré a los moradores de Asdod
y a los gobernadores de Ascalón;
volveré mi mano contra Ecrón
y el resto de los filisteos perecerá,
ha dicho Jehová, el Señor.»**

**⁹ Así ha dicho Jehová:
«Por tres pecados de Tiro,
y por el cuarto,
no revocaré su castigo:
porque entregaron a todo un pueblo//cautivo a Edom
y no se acordaron//del pacto de hermanos.**

**¹⁰ Prenderé fuego al muro de Tiro
y consumirá sus palacios.»**

Obedeciendo el llamado de Jehová, Amós abandona su oficio de pastor y deja su hogar en Tecoá para hacer su trabajo como profeta en Israel, el reino del norte. Aunque comienza condenando los pecados de tres enemigos extranjeros del pueblo de Dios, sus ojos nunca abandonan a su audiencia israelita.

Cada una de las siguientes profecías del juicio de Jehová comienza diciendo: “Por tres pecados de [una nación], y por el cuarto, no revocaré [mi ira]”. El uso de un número y luego de un número mayor también ocurre en otros pasajes de la Biblia, especialmente en el libro de Proverbios (por ejemplo, 30:29-31). El escritor puede nombrar tres cosas comparables y luego enfatiza de manera especial la cuarta. Amós no menciona los tres primeros pecados de las naciones, en realidad, ellas han pecado mucho más que todo eso. Al desobedecer repetidamente la ley que el Dios

Creador escribió en su corazón, ellas se han hecho merecedoras de el juicio de él. El énfasis cae en el cuarto pecado, la ofensa que hace que la gran paciencia de Dios llegue a su fin y que abre las compuertas del juicio.

Primero Amós proclama el juicio de Jehová sobre Damasco, la antigua capital de Siria. Ya desde los días de los Jueces la hostilidad ardía latente entre Israel y los arameos. En ocasiones era un asunto de conflictos de fronteras que luego se convertían en guerra abierta. Ya en el tiempo del rey Jehú, el fundador de la dinastía de Jeroboam, “comenzó Jehová a cercenar el territorio de Israel; y los derrotó Hazael por todas las fronteras, desde el Jordán al nacimiento del sol, toda la tierra de Galaad” (2 R. 10:32,33). En los años de Joacaz, abuelo de Jeroboam, los ejércitos israelitas fueron reducidos a “cincuenta hombres de a caballo, diez carros, y diez mil hombres de a pie; pues el rey de Siria los había destruido, y los había reducido a polvo del que se pisotea” (2 R 13:7). Aparentemente los arameos habían saqueado cruelmente los territorios israelitas que estaban al este del Jordán, los “trillaron” de la manera en que los agricultores hacían que los bueyes halaran la rastra sobre el grano del trigo cortado, a fin de que sus dientes de hierro lo desgranaran.

Joás, el padre de Jeroboam, recuperó los pueblos israelitas del poder de los arameos (2 R. 13:5). El rey Jeroboam mismo guió expediciones que tuvieron éxito al este rumbo a Galaad (6:13), y también adquirió más territorio al norte y al sur. Israel ahora controlaba Damasco y el camino a Hamat (2 R. 14:25-28). Cuando Amós le habla a una audiencia israelita sobre el fuego vengador que consume la casa del que una vez fue rey arameo, Hazael, y las fortalezas construidas por Ben-Adad, hijo de Hazael (2 R. 13:22,24), cuando las profecías de que los cerrojos de Damasco serán quebrados para abrir la ciudad a los ejércitos enemigos; cuando predice destrucción de los gobernadores arameos del valle de Aven y Bet-edén, lugares que están al norte de Damasco; cuando profetiza que “el pueblo de Siria será transportado a Kir

(¿Mesopotamia?)” (v. 5): sería natural que la audiencia israelita del profeta gritara su aprobación. Los arameos eran los históricamente conocidos enemigos de Israel.

Amós hace que sus oyentes israelitas dirijan su atención de Damasco en el nordeste, a cuatro de las ciudades filisteas que estaban al suroeste de Canaán. Sansón, Saúl, y David, pelearon con los filisteos. El rey Uzías echó abajo las murallas de las ciudades filisteas, Gat y Asdod (2 Cr. 26:6). Algún tiempo durante la larga historia de hostilidades los filisteos debieron haber capturado algunas comunidades israelitas y le vendieron cruelmente no sólo a los soldados sino también a la población civil a los edomitas, que tenían un comercio internacional de esclavos. Amós anuncia el fiero juicio de Dios sobre las ciudades filisteas de: Gaza, Asdod, Ascalón, y Ecrón. Jehová hará que sus enemigos: quemén esas ciudades, maten a sus gobernantes, y exterminen a su población, como castigo por los pecados de los filisteos contra Israel. La audiencia israelita del profeta aplaudiría nuevamente. El soberano Señor Jehová es el Dios de Israel, él protegerá a su pueblo y también lo vengará cuando las naciones enemigas los traten mal.

No oímos nada sobre una larga serie de hostilidades entre los israelitas y sus vecinos fenicios al noroeste. Salomón hizo un tratado con Hiram, rey de Tiro: a cambio de madera de cedro y de mano de obra especializada para sus proyectos de construcción, él le dio granos y aceite de oliva al rey tirio (1 R. 5:10-12). Salomón también le dio veinte pueblos de Galilea a Tiro. Algo debe haber sucedido para enfriar esa amistad de mucho tiempo. Los tirios pasaron por alto su tratado de hermandad con Israel y “entregaron a todo un pueblo cautivo a Edom” (v. 9), tal como los filisteos habían hecho. Amós le proclama a su audiencia israelita que el fiero juicio de Jehová también destruirá las murallas y fortalezas de Tiro.

Todos estos juicios sobre: Siria, Filistea, y Tiro, se cumplirán. Los ejércitos asirios bajo el mando de gobernantes agresivos como: Tiglat-Pileser III (también conocido en la Biblia como Pul),

Salmanasar V, y Senaquerib, invadirán Siria y Canaán, incluso Filistea, en los años 734-732 a.C. Damasco será la primera ciudad en sufrir el cumplimiento del juicio de Dios: caerá bajo los ejércitos de Tiglat-Pileser en el año 732 a.C., aproximadamente dos décadas después del ministerio de Amós. Tiro dura mucho más, pero finalmente es capturado por Alejandro el Grande, más de cuatro siglos después de que Amós profetizó su fin. Lento pero seguro, Jehová lleva a cabo su juicio predicho por su profeta.

El profeta no lo ha dicho todavía, pero el mismo ejército asirio que venció a Damasco y Filistea también echará abajo las murallas de Samaria, la capital israelita, y quemará sus palacios. El fin también se acerca para Israel, no sólo para sus enemigos. Amós está preparando a su audiencia israelita para oír este mensaje. Al proclamar primero el juicio de Jehová sobre los pecados de los vecinos hostiles de Israel, el profeta gana una audiencia para el mensaje del juicio de Dios sobre su propio pueblo. Al señalar el juicio sobre los pecados de otras naciones, él los está preparando para que se vean a ellos mismos bajo la clara luz de la ley de Dios.

El juicio sobre los primos paganos de Israel

**¹¹ Así ha dicho Jehová:
«Por tres pecados de Edom,
y por el cuarto,
no revocaré su castigo:
porque persiguió a espada a su hermano
y violó todo afecto natural;
en su furor le ha robado siempre
y ha guardado perpetuamente el rencor.**

**¹² Prenderé fuego a Temán
y consumiré los palacios de Bosra.»**

**¹³ Así ha dicho Jehová:
«Por tres pecados de los hijos de Amón,
y por el cuarto,**

**no revocaré su castigo:
porque para ensanchar sus tierras
abrieron a las mujeres de Galaad
que estaban embarazadas.**

**¹⁴Encenderé fuego en el muro de Rabá
y consumirá sus palacios con estruendo
en el día de la batalla,**

con tempestad en día tempestuoso;

¹⁵y su rey irá en cautiverio

con todos sus príncipes,

dice Jehová.»

2 Así ha dicho Jehová:

«Por tres pecados de Moab,

y por el cuarto,

no revocaré su castigo:

**porque quemó los huesos del rey de Edom
hasta calcinarlos.**

²Prenderé fuego a Moab

y consumirá los palacios de Queriot;

y morirá Moab en el tumulto,

con estrépito y sonido de trompeta.

³Quitaré al juez de en medio de él

y mataré con él a todos sus príncipes,

dice Jehová.»

Los edomitas eran descendientes de Esaú, que era el hermano mellizo de Jacob (Gn. 36), y la Biblia remonta el origen de los amonitas y los moabitas hasta Lot, el sobrino de Abraham (Gn. 19:36-38). Después de anunciar su juicio sobre los vecinos paganos de Israel: Siria, Filistea, y Tiro, Jehová ahora se vuelve a los tres hostiles “primos” paganos de su pueblo escogido. Es casi como si un león estuviera acechando a Israel, cercándolo cada vez más, porque el juicio que Jehová tiene especialmente en mente es para el pueblo escogido de Dios.

La enemistad entre los edomitas y los israelitas comenzó con sus antepasados. Jacob robó el derecho de primogenitura de su hermano mellizo, Esaú, quien planeó matar a Jacob (Gn. 27). Esaú, también llamado Edom, se estableció en la áspera y seca Araba al sur del mar Muerto. Los edomitas obstaculizaron el camino de Israel cuando Moisés sacó a su pueblo de Egipto. En respuesta al pedido de pasar a través de su territorio, Edom contestó, “No pasarás por mi país; de otra manera, saldré contra ti armado” (Nm. 20:18). Los territorios edomitas al sur del mar Muerto limitaban con la tierra de Judá. David puso guarniciones de soldados en todo Edom (2 S. 8:14), pero los edomitas se rebelaron y solamente fueron sometidos de nuevo aproximadamente una generación antes del ministerio de Amós (2 R. 14:10). Aunque Edom era hermano de Jacob, “en su furor le ha robado siempre, y ha guardado perpetuamente el rencor” (v. 11) contra Israel generación tras generación. Por lo tanto Amós proclama el fiero juicio de Dios sobre Edom, desde Temán (cerca de Petra) al sur de Bosra que está en el norte.

Los amonitas descendían de Lot, el sobrino de Abraham, y así también estaban emparentados con lazos de sangre con Israel. Habitaban territorios más allá del Jordán, al sureste de Galaad y al norte del mar Muerto. Ellos oprimieron a Israel desde los días del juez Jefé (Jue. 10:6 y sig.). Saúl obtuvo una gran victoria sobre las fuerzas de Nahás el amonita, que cruelmente había amenazado con sacarles el ojo derecho a todos los hombres de Jabes de Galaad (1 S. 11). David derrotó a una coalición arameo-amonita (2 S. 10); después de que él tomó Rabá, la capital amonita, se coronó con la corona del rey Amón (2 S. 12:26-31). Josafat, un rey posterior de Judá, venció a Moab y a Amón en el desierto cerca de Tecoa, el pueblo natal de Amós (2 Cr. 20). Algún tiempo durante el curso de estas guerras de fronteras, cuando ellos estaban tratando de extender su territorio a expensas de los israelitas, los amonitas deben haber “abrieron a las mujeres de Galaad que estaban embarazadas” (v. 13) para terminar allí con el futuro del

pueblo de Dios. El hecho de que Amós profetice el exilio, un castigo típico de los asirios, para el rey amonita y sus funcionarios, hace que sea probable que los asirios serán quienes lleven a cabo el juicio de Jehová al tomar por asalto las murallas de la ciudad y al quemar las fortalezas de Rabá, la capital amonita.

Moab, como Amón descendiente de Lot, se había establecido en el desierto este del mar Muerto. Cuando Moisés estaba guiando a Israel a través del desierto hacia Canaán, Balac, rey de Moab, tomó los servicios del profeta Balaam para que “maldijera este pueblo, porque es más fuerte que yo” (Nm. 22:6). En vez de eso, por inspiración de Jehová Balaam bendijo a Israel (Nm. 23 y 24). Las mujeres moabitas sedujeron a los varones israelitas a la inmoralidad sexual y a la adoración de Baal (Nm. 25:1-5), lo que trajo como consecuencia una plaga sobre Israel. Después de que el pueblo de Dios ocupó Canaán, ellos tuvieron que someterse a Eglón, rey moabita, durante 18 años hasta que el juez Eúd los liberó (Jue. 3:12-30). David subyugó a Moab junto con los edomitas, amonitas, y filisteos (2 S. 8:12). Los reyes de Israel y de Judá se unieron para acabar con una revuelta moabita aproximadamente un siglo antes del ministerio de Amós (2 R. 3).

Las palabras del profeta no condenan a los moabitas por las ofensas contra Israel, el pecado que acaba con la paciencia que Dios tenía con Moab es una atrocidad cometida contra Edom. El odio de los moabitas contra Edom era tanto que hasta llegaron a abusar del cuerpo del rey edomita después de su muerte. Quemaron sus huesos y esparcieron sus cenizas sobre un campo como fertilizante o las mezclaron con aguacal para blanquear las paredes. Su crueldad les trajo el juicio de Dios: Incendiará Queriyot, al este del mar Muerto, y matará a los príncipes moabitas. Tal vez los oyentes israelitas del profeta no aplaudan tan fuertemente ahora su mensaje de juicio, porque están comenzando a darse cuenta de que las llamas de la furia de Jehová van en contra de todo pecado, no sólo cuando éste se comete contra Israel.

A veces puede ser que nos preguntemos ¿cómo es que la gente que no tiene la Biblia puede saber la diferencia entre el bien y el

mal? Mucha gente de hoy, como los: arameos, filisteos, tirios, edomitas, amonitas, y moabitas, del tiempo de Amós, crece en la ignorancia de los Diez Mandamientos escritos. Las palabras de juicio del profeta contra los vecinos de Israel, nos recuerdan que la ley de Dios exige una vida decente y recta de todo individuo de toda nación, “porque para Dios no hay acepción de personas” (Ro. 2:11). “Porque cuando los gentiles que no tienen la Ley, hacen por naturaleza lo que es de la Ley, éstos, aunque no tengan la Ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándolos o defendiéndolos sus razonamientos” (Ro. 2:14,15). Cuando usamos la Palabra de Dios para recordarle a la gente que somos pecadores, su conciencia está de acuerdo con las acusaciones de la ley de Dios. Desde luego, en ocasiones los hombres silencian estas acusaciones internas al despreocuparse de ellas persistentemente. Que Dios haga que la voz de la conciencia siga hablando claramente en todo corazón humano, y que todos los pecadores la oigan, para que ellos reconozcan su necesidad de perdón y busquen al verdadero Dios, su único Salvador.

Juicio sobre Judá, el reino hermano de Israel

⁴ Así ha dicho Jehová:

«Por tres pecados de Judá,

y por el cuarto,

no revocaré su castigo:

porque menospreciaron la ley de Jehová,

no guardaron sus ordenanzas

y los hicieron errar sus mentiras,

en pos de las cuales//anduvieron sus padres.

⁵ Prenderé, por tanto, fuego a Judá,

el cual consumirá los palacios de Jerusalén.»

Las naciones que rodeaban a Israel y que adoraban ídolos, estaban maduras para el juicio porque habían pasado por alto la

ley escrita en su corazón, pecando contra Israel y también unos contra otros. El pueblo de Judá, la nación hermana de Israel, a diferencia de los vecinos paganos, posee la palabra revelada de Dios. Por medio de Moisés, Jehová les dio todos los decretos de su ley y él mismo se reveló ante ellos como el único Dios y Salvador. En vez de aferrarse a esto, ellos habían decidido adorar a otros dioses, desde los becerros que estaban a los pies del monte Sinaí hasta las deidades paganas importadas por Salomón de las naciones cercanas. En sus lugares altos no lejos del monte del templo habían adorado: a “Astarté [Astoret], la diosa de los sidonios, y a Milcom, ídolo abominable de los amonitas”, y “Quemós, ídolo abominable de Moab” (1 R. 11:4-8). En los días de Amós, el rey Uzías “hizo lo recto ante los ojos de Jehová... los lugares altos no se quitaron, porque el pueblo sacrificaba aún y quemaba incienso” allí (2 R. 15:3,4).

En el tiempo de Amós, el pueblo del reino del sur todavía se enorgullecía de la ley de Jehová, en Jerusalén la ciudad de David, y en el templo, el signo visible de la presencia de Dios entre su pueblo. Pero el reino hermano de Israel, Judá, se estaba volviendo más y más como sus vecinos paganos. Por lo tanto, el juicio de Jehová condenó a la ciudad que él escogió para su pueblo, con la misma fuerza que castigó a Queriyot de Moab o a Rabá de Amón: “Prenderé, por tanto, fuego a Judá, el cual consumirá los palacios de Jerusalén” (v. 5). “Porque para Dios no hay acepción de personas. Porque todos los que han pecado sin la Ley, sin la Ley también perecerán; y todos los que han pecado bajo la Ley, por la Ley serán juzgados (pues no son los oidores de la Ley los justos ante Dios, sino que los que obedecen la Ley serán justificados” (Ro. 2:11,13).

Los que conocen al verdadero Dios y tienen su palabra revelada, a veces se olvidan de la diferencia que existe entre oír y poner por obra la Palabra. Jesús dijo: “Todo aquel, pues, que me oye estas palabras y *las pone en práctica*, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca” (Mt. 7:24). El Espíritu Santo que inspiró la palabra también nos capacita para

creerla. La fe que él crea es poder para cambiar nuestra vida. El pueblo de Judá se enorgulleció de poseer la verdadera enseñanza de la Palabra de Dios, sin embargo pusieron su corazón en otros dioses e impidieron producir los frutos de la fe. Estas cosas fueron escritas para que nosotros las aprendiéramos. “Tú que te jactas de la Ley, ¿con infracción de la Ley deshonras a Dios?” (Ro. 2:23). ¡Nosotros, los que tenemos la Palabra de Dios hoy, hacemos caso a la advertencia y examinamos nuestro propio corazón y nuestra vida! ¿Practicamos lo que predicamos?

El rugido del León se ha dejado oír contra todos los reinos que están alrededor de Israel. La audiencia israelita del profeta se sentiría contenta de oírlo. Ahora es el turno de Israel.

Juicio sobre Israel

⁶ Así ha dicho Jehová:

**«Por tres pecados de Israel,
y por el cuarto,
no revocaré su castigo:
porque vendieron por dinero al justo,
y al pobre por un par de zapatos.**

**⁷ Pisotean en el polvo de la tierra
las cabezas de los desvalidos
y tuercen el camino de los humildes.**

**El hijo y el padre se allegan//a la misma joven,
profanando mi santo nombre.**

**⁸ Sobre las ropas empeñadas se acuestan
junto a cualquier altar,
y el vino de los multados//beben en la casa de sus dioses.**

Después de pronunciar Amós el juicio de Jehová sobre seis naciones paganas y sobre Judá, el pueblo hermano de Israel, el profeta le habla directamente a su audiencia israelita. Ellos probablemente han estado asintiendo al juicio justo de Jehová, pero al hacerlo se han condenado ellos mismos. Que consideren

lo que está sucediendo en sus cortes, donde la justicia debe reinar. Cuando un hombre pobre tiene la razón, los israelitas ricos sobornan a los testigos y a los jueces para que lo condenen. Cuando un hombre no puede pagar una deuda, aunque la cantidad no sea más que el valor de un par de sandalias, lo venden como esclavo. Los ricos están tratando a sus compatriotas más pobres como si ellos fueran el polvo que está bajo sus pies, y las cortes le niegan al pobre la justicia cuando éste se queja de la opresión. Israel se ha olvidado de Dios, que ordenó: “No oprimirás a tu prójimo, ni le robarás... No harás injusticia en el juicio... Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Lv.19:13-18).

Los pecados de un hombre contra su prójimo van junto con la falta de respeto a Dios. Los israelitas están visitando a las prostitutas que desempeñaban su oficio en los lugares altos de los cananeos. Una generación sigue el mal ejemplo de la anterior: “El hijo y su padre se llegan a la misma joven” (v. 7). En un solo acto ellos cometen tanto idolatría como fornicación, profanando el nombre de Dios que los llamó a la santidad como él es santo. Ellos amontonan pecado sobre pecado. Si un israelita le había prestado dinero a un pobre y había tomado su manto en prenda, la ley requería que la vestidura fuera regresada al anochecer, “porque sólo eso es su cubierta, es su vestido para cubrir su cuerpo. ¿Con qué dormirá?” (Ex. 22:27). Pero ahora el acreedor israelita se queda con el manto, ¡y duerme sobre él en el santuario de un ídolo! Según la ley, las multas impuestas por daños personales debían servir como compensación para la parte agraviada (por ejemplo, Ex. 21:22). Pero ahora el vino dado como pago en vez de una multa está siendo consumido por los funcionarios israelitas en juergas en los santuarios de su ídolo. Los que desprecian a su prójimo, tampoco aman a Dios. ¿Es que de su pueblo escogido Jehová no merece más que esto?

**9 Yo destruí delante de ellos a los amorreos
que eran altos como los cedros
y fuertes como las encinas;**

destruí su fruto arriba y sus raíces abajo.

**¹⁰ A vosotros os hice subir//de la tierra de Egipto
y os conduje por el desierto//cuarenta años,
para que tomarais posesión//de la tierra del amorreo.**

**¹¹ Y levanté profetas entre vuestros hijos
y nazareos entre vuestros jóvenes.
¿No es esto cierto, hijos de Israel?,
dice Jehová.**

**¹² Mas vosotros disteis a beber vino//a los nazareos,
y a los profetas mandasteis diciendo:
“No profeticéis.”**

“Amorreos” es un nombre que se usa en ocasiones para todos los que habitaban en Canaán antes de que el pueblo de Israel tomara posesión de la tierra. Algunos de los cananeos, como el gigantesco Og rey de Basán (Dt. 3:1-8), deben haber sido muy impresionantes por su estatura (Nm. 13:28,32, 33). “El pueblo que habita aquella tierra es fuerte, y las ciudades muy grandes y fortificadas”, es lo que los espías israelitas le informaron a Moisés (Nm. 13:28). Desde el punto de vista poético, y en comparación con el pueblo de Israel que venía del desierto, ellos deben haber parecido tan majestuosos como los cedros, que pueden crecer hasta una altura de 37 metros, y tan fuertes como los robles. Sin embargo, el Señor desarraigó a los cananeos y le dio esa tierra a su pueblo, tal como se lo había prometido a: Abraham, Isaac, y Jacob.

Aun antes de la conquista de Canaán, Jehová había pastoreado a su pueblo en el desierto, con pan del cielo y agua de las rocas. Después de darle a su pueblo hogar en Canaán, Dios bendijo a los israelitas con profetas como: Natán, Elías, y Eliseo, que le predicaron la palabra a su generación. Además, Dios tocó el corazón de algunos israelitas para que se dedicaran a él como nazareos, que hacían voto: de no beber vino, ni comer uvas, de no cortarse el pelo, y de no acercarse a ningún muerto (Nm. 6:1-21). Su dieta poco común y su apariencia durante el término de sus

votos, los marcaba como israelitas temerosos de Dios que se habían consagrado especialmente a Jehová. La presencia tanto de los profetas como de los nazareos entre ellos, les recordaba a todos los hijos de Israel que el santo Jehová era su Dios y que ellos eran su pueblo santo.

¿De qué manera recibieron los israelitas esas señales especiales del favor de Dios? Contaminaron la tierra que él les había dado con la adoración a los ídolos. Trataron de hacer que los nazareos bebieran vino y que de esa manera quebrantaran los votos hechos a Dios. Cuando los profetas llamaron a Israel a que regresara a Jehová, ellos no escucharon: “Tú, el que perturbas a Israel”, fue lo que el rey Acab le dijo al profeta Elías (1 R. 18:17), y la reina Jezabel trató de matarlo (1 R. 19:2). Una y otra vez el ingrato pueblo de Dios mordió la mano que le había dado de comer. Por lo tanto, Jehová ahora pronuncia su juicio inminente:

**¹³ Por eso, yo os apretaré en vuestro lugar,
como se aprieta el carro lleno de gavillas:**

**¹⁴ el ligero no podrá huir,
al fuerte no le ayudará su fuerza
ni el valiente librerá su vida;**

**¹⁵ el que maneja el arco no resistirá,
ni escapará el ligero de pies
ni el jinete salvará su vida.**

**¹⁶ El esforzado entre los valientes
huirá desnudo aquel día,
dice Jehová.»**

Amós, el pastor, había visto a los agricultores manejando sus carros, cargados de gavillas de grano, por los campos yendo hacia el lugar de la trilla. ¡Es mejor alejarse de las ruedas de estos carros! Jehová ahora avanza amenazadoramente hacia su pueblo sordo como un carro cargado de grano para aplastarlos con su juicio. El instrumento del juicio que él está preparando es el ejército asirio.

Ni sobrevivirán: ni siquiera los guerreros más rápidos, ni los más fuertes, ni los más valientes; ni las flechas, ni los carros, ni el valiente corazón israelita, podrán con los brutales asirios, porque Jehová los guiará sobre la tierra como una carreta cargada para que aplaste al pueblo que lo ha abandonado.

¿Cuánto dura la paciencia del Señor? En el tiempo antes del diluvio le dio a la humanidad corrupta un tiempo de gracia que duró 120 años mientras Noé construía el arca (Gn. 6:3). Entonces vino el diluvio. El reino del norte duró un poco más de dos siglos, comenzando con la rebelión de Jeroboam I en el año 931 a.C. Seguiría existiendo por otra generación después del ministerio de Amós hasta la conquista asiria en el año 722 a.C.

En nuestro tiempo El Señor es paciente, “no queriendo que nadie perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 P. 3:9). Cuando su voluntad es persistentemente despreciada, él aún puede usar un desastre natural o un ejército conquistador, para que lleve a cabo su juicio en la historia de este mundo. Su palabra también nos dice que ya viene su juicio final, pero él no nos dice cuando. Finalmente, para todos los habitantes de todas las naciones “el día del Señor vendrá como un ladrón en la noche, en el cual los cielos desaparecerán con gran estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas. Puesto que todas estas cosas han de ser desechas, ¡cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir!” (2 P. 3:10,11). ¡Que Dios nos guarde de abusar de su paciencia! Él nos ha dado tiempo: para que reconozcamos nuestra culpa, para que reconozcamos que su juicio es justo, para que sepamos que Cristo cargó con nuestros pecados, para que confiemos en su promesa de perdón, y para que seamos la clase de gente que él quiere que seamos. ¡Dios nos usará para llamar a otros pecadores al arrepentimiento! Algunos escucharán durante este tiempo de gracia.

OTROS MENSAJES ACERCA DEL JUICIO SOBRE ISRAEL AMÓS 3-6

La causa del juicio

3 Oíd esta palabra que ha hablado Jehová contra vosotros, hijos de Israel, contra toda la familia que hice subir de la tierra de Egipto:

² «A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra; por tanto, os castigaré//por todas vuestras maldades.»

³ ¿Andarán dos juntos si no están de acuerdo?

⁴ ¿Rugirá el león en la selva sin haber presa?

¿Rugirá el cachorro de león//desde su guarida sin haber cazado nada?

⁵ ¿Caerá el ave a tierra, en la trampa, si no hay cebo?

¿Saltará la trampa del suelo si no ha atrapado algo?

⁶ ¿Se tocará la trompeta en la ciudad y no se alborotará el pueblo?

¿Habrá algún mal en la ciudad, que Jehová no haya enviado?

⁷ Porque no hará nada Jehová, el Señor, sin revelar su secreto//a sus siervos los profetas.

⁸ Si el león ruge,

¿quién no temerá?

Si habla Jehová, el Señor,

¿quién no profetizará?

Después de sus iniciales amenazas de juicio sobre todas las naciones y después de una profecía más amplia contra Israel (capítulos 1 y 2), Amós continúa con más mensajes de juicio (capítulos 3-6), comenzando los primeros tres con “Oíd esta palabra”.

Hablando por medio de su profeta, el Señor Jehová dirige el mensaje del capítulo 3, tanto a Israel como a Judá, “contra toda la familia que hice subir de la tierra de Egipto” (v. 1). Cuando El Señor dice “a vosotros solamente *he conocido*”, la palabra que se traduce como “escogido” en la Nueva Versión Internacional, emplea el lenguaje de un pacto o tratado antiguo entre naciones. Un pueblo subyugado “conocía” a su soberano, y él estaba de acuerdo en “conocerlos” como sus vasallos. Israel era el pueblo escogido de Dios, la nación a la que él le había dicho al pie del monte Sinaí: “Vosotros visteis lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí. Ahora, pues, si daís oído a mi voz, y guardáis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa” (Ex. 19:4-6).

El alto privilegio de ser el pueblo escogido del Creador, le trajo incontables bendiciones a Israel. También significó una responsabilidad de la que el pueblo de Dios se despreocupó y despreció. El pacto que había prometido bendiciones para la obediencia, también incluía maldiciones para la desobediencia (véase especialmente Lv. 26). Sólo porque el Señor, con su elevado propósito salvador, había escogido a Israel para que fuera su propio pueblo (“a vosotros solamente he conocido”). Los israelitas merecían su ira especialmente porque le habían dado la espalda en incredulidad y despreciaban sus dones (“por tanto os castigaré”).

El pueblo de Dios del Nuevo Testamento, miembros de la santa iglesia cristiana, han recibido dones aún más ricos que el pueblo de Israel. Ese alto privilegio va acompañado de una correspondiente gran responsabilidad. Jesús concluye la parábola

del mayordomo fiel y el infiel, expresando este principio general: “A quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá” (Lc. 12:48). ¿Con qué actitud de corazón estamos recibiendo todos los tesoros, tesoros de la Palabra y tesoros de este mundo, que Dios nos ha confiado a nosotros, su pueblo del Nuevo Testamento? “Tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es un fuego consumidor” (Heb. 12:28,29).

Amós está guiando a sus oyentes hacia la verdad, de que el fin cercano de Israel no es sin razón. El desastre que él está anunciando vendrá del Señor porque su pueblo ha roto el pacto con él. En los versículos 3 a 6, el profeta describe toda una serie de causas y efectos. En cada caso la causa es invisible, pero el observador se debe dar cuenta de que una causa oculta yace tras el efecto visible. El hecho conocido de que Israel en el pasado caminó con Jehová muestra que debe haber habido un acuerdo o un pacto entre este pueblo y su Dios. Ahora Israel ha roto su pacto con él; ésta es la razón por la que las palabras de Jehová deben sonar como el rugido de un león. Pero ¿cuándo ruge un león? Debe haber capturado alguna presa. ¿Cuándo queda atrapado un pájaro? ¿Cuándo salta una trampa en el suelo? Primero se debe haber puesto la trampa y luego un pájaro debe haber caído en la red. ¿Cuándo el atalaya que está en los muros de la ciudad hace sonar el cuerno? No en tiempos de paz, sino cuando la gente está trémula ante un enemigo que se acerca.

El versículo 6 contiene una pregunta culminante: ¿Por qué llegan desastres a una ciudad? Sólo si el Señor, la causa oculta, los envía. El juicio sobre el pueblo de Dios, no sucederá por un cambio de suerte en el equilibrio político que existe entre Israel y Asiria. El efecto de la amenaza, la caída de Samaria, el exilio de las diez tribus del norte, debería llevar a Israel a ver la causa oculta: Dios, el que controla la historia, está actuando como el juez justo, castigando la infidelidad de su pueblo al pacto hecho con él.

Al ver las noticias por televisión o al leer el periódico, podemos olvidar muy fácilmente esta lección de causa y efecto. Una área queda arruinada por una inundación o por un terremoto; una población anda con hambre por la sequía; una ciudad es aterrorizada por la violencia en las calles; los ejércitos de una nación son derrotados por un enemigo más poderoso: las Escrituras aclaran que no hay acontecimientos que sucedan por casualidad en el mundo de Dios. “¿Caerá sobre una ciudad el infortunio sin que Jehová lo haya causado?” (v. 6). O, en las palabras que dijo Dios por medio de otro profeta: “Yo, que formo la luz y creo las tinieblas, que hago la paz y creo la adversidad. Yo soy Jehová, el que hago todo esto” (Is. 45:7). Aunque con frecuencia no podemos entender el plan de Dios, necesitamos reconocer que él continúa haciendo la historia de naciones y de individuos hoy en día. De él vienen la prosperidad y el desastre.

Aunque Dios no se presente en persona para llevar a cabo su juicio, él sí anuncia su plan para beneficio de cualquiera que escuche. Esta es la función de sus siervos, los profetas como Amós: Jehová “no hará nada, sin que revele su designio a sus siervos los profetas” (v. 7). El profeta mismo tiembla ante el rugido del león. Por lo tanto no tiene otra alternativa que anunciarle al pueblo la destrucción venidera. Los profetas sirven como atalayas para la casa de Israel. ¿Puede un atalaya como Amós, que ha oído al león rugiendo por las calles de su ciudad, negarse a advertirles a sus conciudadanos?

Jesús viene nuevamente como Señor y Juez de toda la raza humana. A los que confían en él para el perdón de los pecados, él se les aparecerá como el Salvador y el Liberador de todo mal. Los que rechacen el perdón que él ganó tendrán la muerte eterna por su incredulidad, en el “fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mt. 25:41). Los apóstoles de Dios se dieron cuenta de eso. Oímos la urgencia en su invocación de Pentecostés: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados” (Hch. 2:38).

El pecado del hombre es la causa del juicio de Dios; por tanto les debemos advertir a los pecadores que ya se acerca el Día del Juicio. En Jesús, Dios tiene el perdón para todos los pecadores; por tanto debemos hablarles sobre el Salvador, tal como él lo ordenó: “Id por todo el mundo y proclamad el evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado” (Mr. 16:15,16). Que hoy Dios nos dé pastores que prediquen su Palabra con la misma urgencia mostrada por: los profetas, los apóstoles, y Jesús mismo. Que él ayude a todo su pueblo a darse cuenta de que llamar a los pecadores al arrepentimiento y compartir el evangelio del perdón, es el asunto más urgente de la vida.

Se llama a los que darán testimonio contra Israel

**⁹ Proclamad en los palacios de Asdod
y en los palacios de la tierra de Egipto,
y decid: «Reuníos sobre los montes//de Samaria
y ved las muchas opresiones//en medio de ella
y las violencias cometidas en su medio.»
¹⁰ No saben hacer lo recto, dice Jehová;
atesoran rapiña y despojo en sus palacios.**

Samaria había sido construida sobre una colina bien fortificada que a su vez estaba rodeada por una alta cadena de montañas. Por lo tanto era posible mirar hacia abajo a la ciudad desde las altas colinas de los alrededores. Amós llama a los testigos, el pueblo de Egipto y de Asdod, a mirar hacia abajo a la ciudad que era la capital de Israel. Los egipcios habían hecho esclavos a los israelitas, y los filisteos de Asdod fueron enemigos de Israel desde los días de Sansón y durante los reinados de Saúl y David. Para avergonzar a los israelitas el Señor llama a estos enemigos paganos para que den testimonio de la vergonzosa impiedad de su pueblo, como si dijera: “Por haber sobrepasado en maldad a las naciones

que están alrededor de vosotros, al no haber andado en mis mandamientos, ni haber guardado mis leyes, ni aun haber obrado según las leyes de las naciones que están alrededor de vosotros” (Ez. 5:7).

¿Qué verán Egipto y Asdod dentro de los muros y las puertas de la bien fortificada Samaria? Desasosiego, porque los ricos están oprimiendo violentamente a los pobres; hay saqueos y botín en los palacios, las ganancias: de la deshonestidad, de la especulación, y de la corrupción, se amontonan a expensas de los necesitados del pueblo de Dios (2:6,7; 5:12; 8:5,6). Aunque Israel fue escogido para recibir la promesas acerca del Salvador y la revelación de la ley de Dios, se ha convertido en un pueblo que “no sabe hacer lo recto” (v. 10).

Tal vez nos preguntemos ¿por qué Amós se concentra en los pecados de los israelitas contra sus paisanos pobres cuando el pueblo, al adorar a los ídolos, está pasando por alto a Dios? Por pasajes como 4:4,5 y 5:21-23, es claro que el pueblo de Israel está rindiendo culto con mucho celo; por lo menos en los santuarios oficiales ellos dicen que le están rindiendo culto a Jehová, aunque se puede ver por la profecía de Oseas que también le estaban rindiendo culto a Baal. El profeta menciona la opresión y la injusticia, porque esos pecados son visibles, son síntomas externos de la incredulidad, la enfermedad espiritual que infecta a su pueblo. Su vida muestra que la verdadera fe se ha marchitado en su corazón. La incredulidad y la impenitencia terminan en la desobediencia. La nación ha roto su pacto con El Señor.

¿Israel todavía puede declarar que ama a Jehová? “Si alguno dice: Yo amo a Dios, pero odia a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?” (1 Jn. 4:20). Jesús llama a la vida de amor, especialmente de amor del creyente por los hermanos en la fe, lo que es la confesión y la prueba del discipulado: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros” (Jn. 13:35). Donde no hay amor, no hay discípulos

y la gente debe vivir y morir en el temor del juicio de Dios. “Todo aquel que odia a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él” (1 Jn. 3:15).

La destrucción venidera

**¹¹ Por eso, Jehová, el Señor, ha dicho:
«Un enemigo vendrá//por todos lados de la tierra
y derribará tu fortaleza,
y tus palacios serán saqueados.»**

**¹² Así ha dicho Jehová:
«De la manera como el pastor libra//de la boca del león
dos piernas o la punta de una oreja,
así escaparán los hijos de Israel
que moran en Samaria,
que se sientan en un rincón del diván,
en un cómodo lecho.»**

**¹³ Oíd y testificad contra la casa de Jacob,
dice Jehová, Dios de los ejércitos:**

**¹⁴ «El día que castigue
las rebeliones de Israel,
castigaré también los altares de Bet-el;
los cuernos del altar serán cortados
y caerán a tierra.**

**¹⁵ Derribaré la casa de invierno
junto con la casa de verano,
y las casas de marfil desaparecerán.
Muchas casas serán destruidas,
dice Jehová.»**

Ningún enemigo aparece por ninguna parte en el horizonte de Israel. La nación que está bajo el victorioso Jeroboam II parece próspera y segura, la gente lleva una vida de lujo en sus palacios fortificados. No por mucho tiempo, dice el profeta; un enemigo

rodeará a Israel por todos lados, echará abajo las fortificaciones en las que Samaria confía y se llevará el botín que llena las fortificaciones israelitas. Amós está profetizando la invasión de los asirios, que tomarán Samaria en el año 722 a.C.

Para mostrar cuán completa será la destrucción, el profeta usa una ilustración de su propia vida como pastor. La ley decía que si una oveja era destrozada por un animal salvaje, el pastor tenía que “traer como testimonio los despojos y no pagará lo arrebatado” (Ex. 22:13). A los israelitas que han vivido en el lujo no les quedará más que un pedazo de la cama o la esquina de un diván. Los pobres despojos que Asiria dejará tras sí, solamente mostrarán que el orgulloso reino de Jeroboam ha sido destrozado, como una indefensa oveja en las fauces de un león.

Jehová señala primero el castigo de los altares de Betel, donde los israelitas llevaban sus sacrificios ante un becerro de oro. Amós está repitiendo una profecía que un hombre de Dios, que era de Judá, hizo cuando Jeroboam I dedicó el primer altar en Betel (1 R. 13:1-3). El altar será profanado; los cuernos del altar, extensiones de las cuatro esquinas que servían como señales de poder divino, serán cortados. Dios cumplirá esta profecía aproximadamente un siglo después de la caída de Samaria cuando Josías, rey de Judea, derribe el altar de Betel (2 R. 23:15).

Amós menciona como los objetos del juicio de Dios, después de los altares, los palacios de los ricos. Las casas de invierno de los ricos, construidas para recibir el sol de diciembre; su segundo hogar en las colinas, abierto para recibir la brisa fresca en el verano; sus mansiones llenas de muebles, adornadas con costosos paneles de marfil: todas serán demolidas por los ejércitos invasores de Asiria.

La gente del tiempo de Amós se había olvidado de su Creador. Sus oídos se habían vuelto sordos a las palabras de los profetas de Dios que los llamaban al arrepentimiento. Amós ha presentado la prueba de que Israel está lejos de Dios: el corazón de un pueblo rico y poderoso indiferente ante la miseria de los pobres que viven entre ellos. Sobre esta evidencia, el todopoderoso Juez los condena

a ser derrotados por un ejército extranjero y a ser olvidados en el exilio.

Ningún país moderno puede compararse por completo con el antiguo Israel. Los miembros de la iglesia cristiana, el pueblo de Dios de hoy, se encuentran en muchas naciones, dondequiera que el evangelio es creído. Sin embargo, la riqueza nacional puede llevar a los cristianos a caer en el mismo autoengaño que practicó Israel bajo Jeroboam II. Ya sea que el mapa del país tenga el nombre de “Estados Unidos de América” o “Israel”, la prosperidad y las bendiciones modernas, como una tecnología altamente avanzada, no son ninguna seguridad del favor continuo de Dios. De hecho, pueden disfrazar muy fácilmente la podredumbre moral, que es seguro que será seguida por el juicio de Dios. Por lo tanto, “no se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que haya de alabarse: en entenderme y conocerme, que yo soy El Señor, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque estas cosas me agradan, dice Jehová” (Jer. 9:23,24).

La opresión traerá juicio

4 Oíd esta palabra, vacas de Basán,
que estáis en el monte de Samaria,
que oprimís a los pobres
y quebrantáis a los menesterosos,
que decís a vuestros señores://«Traed de beber.»
² Jehová, el Señor, juró por su santidad:
«Sobre vosotras vienen días
en que os llevarán con ganchos,
y a vuestros descendientes//con anzuelos de pescador;
³ saldréis por las brechas una tras otra
y seréis echadas del palacio,
dice Jehová.»

Para mostrar cuán cierto es que el juicio viene, Jehová que no puede mentir jura por su propia santidad. La tierra de Basán, al este del mar de Galilea, era conocida por sus toros fuertes (Sal. 22:12) y por sus vacas gordas que pastaban en sus colinas. Amós pinta a las mujeres ricas de Samaria como ganado de buen aspecto, preocupadas sólo por satisfacer sus propias hambre y sed, a expensas de los pobres oprimidos. El ganado gordo será llevado al matadero, cortado en cuartos, y colgado en ganchos; o serán llevados como peces colgados en una cuerda, su nariz será perforada por los que los apresen. Habrá tantas brechas en las murallas fortificadas de la capital de Israel que sus habitantes saldrán de la ciudad por todas partes, no sólo por la entrada. Sus enemigos los llevarán a un lugar extranjero que tiene un nombre extraño. (La ubicación de “Harmona” no se conoce. Podría significar el monte Hermón o Armenia.)

Una irónica invitación a rendir culto

⁴ ¡Id a Bet-el y pecad!

¡Aumentad en Gilgal la rebelión!

Traed de mañana vuestros sacrificios,

y vuestros diezmos cada tres días.

⁵ Ofreced sacrificio de alabanza//con pan leudado

y proclamad, publicad//ofrendas voluntarias,

pues que así lo queréis, hijos de Israel,

dice Jehová, el Señor.

Los israelitas están practicando los ritos de su culto con mucho celo (véase también 5:5,21-23). Amós irónicamente los urge a hacerlo. Lo que están haciendo en Betel y en Gilgal, otros de sus santuarios, es pecado y no culto a los ojos del Señor, porque no les importa llevar a cabo su voluntad.

La ley mandaba que el pueblo de Dios para mantener a los levitas debía cada año ofrecer la décima parte de lo que producían sus campos, rebaños, y manadas (Lv. 27:30-33, Nm. 18:23,24).

Este diezmo libraba a los levitas para servir en el templo. Cada tres años los israelitas debían apartar el diezmo en todas sus ciudades para proveer tanto para los levitas como para los pobres. Con profunda ironía Amós ordena que estos diezmos sean traídos cada tres *días*.

La ley no permitía ninguna levadura en los holocaustos (Lv. 2:11). Y como los israelitas habían desobedecido a Jehová en otros aspectos, el profeta sugiere que también quemem ofrendas de gratitud que hayan sido hechas con levadura. La esencia de “las ofrendas voluntarias” era que fueran hechas con amor sincero hacia Dios, en proporción a las bendiciones recibidas (Dt.16:10). Amós sugiere que los que presentan las ofrendas proclamen y se jacten en sus ceremonias de presentación en el altar, ya que es evidente que a ellos les gusta más hacer una demostración religiosa que amar a Jehová.

¿Qué diría Amós sobre nuestros servicios de la iglesia? ¿Adoramos al Padre “en espíritu y en verdad” (Jn. 4:23), o esperamos que Dios se sienta satisfecho si sólo nos unimos a la multitud que está en la iglesia el día domingo? ¿Nos interesa que la verdad del mensaje nos sea proclamada, o podríamos tolerar la falsedad mezclada con la verdad en los sermones que oímos y en los himnos que cantamos? ¿Contribuimos de buena gana con ofrendas generosas como fruto del corazón agradecido, o en ocasiones llevamos ofrenda “voluntaria” porque nos gusta que nos llamen “dadivosos”? ¡Que el pueblo de Cristo nunca ofrezca sacrificios de necios! (Ec. 5:1).

Israel no ha regresado a Jehová

**⁶ Os hice pasar hambre//en todas vuestras ciudades
y hubo falta de pan//en todos vuestros pueblos;
mas no os volvisteis a mí,
dice Jehová.**

⁷ También os detuve la lluvia

**tres meses antes de la siega;
hice llover sobre una ciudad
y sobre otra ciudad no hice llover;
sobre una parte llovió,
y la parte sobre la cual no llovió se secó.**

**⁸ Venían entonces dos o tres ciudades
a una ciudad para beber agua,
y no se saciaban.
Con todo, no os volvisteis a mí,
dice Jehová.**

**⁹ Os herí con viento del este y con oruga;
la langosta devoró vuestros muchos huertos//y vuestras
viñas,
vuestros higuerales y vuestros olivares,
pero nunca os volvisteis a mí,
dice Jehová.**

**¹⁰ Envié contra vosotros mortandad
tal como en Egipto;
maté a espada a vuestros jóvenes,
vuestros caballos fueron capturados
e hice subir el hedor//de vuestros campamentos
hasta vuestras narices;
mas no os volvisteis a mí,
dice Jehová.**

**¹¹ Os trastorné como Dios trastornó
a Sodoma y a Gomorra,
y fuisteis como tizón escapado del fuego;
mas no os volvisteis a mí,
dice Jehová.**

En el monte Sinaí el pacto de ley que Jehová hizo con Israel y que fue renovado cuando entraron en Canaán, incluía promesas de bendiciones por la obediencia a sus mandamientos (Dt. 28:1-14)

y amenazas de maldiciones por la desobediencia. Moisés le dijo a su pueblo: “Si no oyes la voz de Jehová tu Dios, para procurar cumplir todos sus mandamientos y sus estatutos que yo te ordeno hoy, que vendrán sobre ti y te alcanzarán todas estas maldiciones... Jehová te herirá de tisis, de fiebre, de inflamación y de ardor, con sequía, con calamidad repentina y con añublo; y te perseguirán hasta que perezcas. Y los cielos que están sobre tu cabeza serán de bronce, y de hierro la tierra que está debajo de ti,... Jehová te herirá con la úlcera de Egipto... Toda tu arboleda y el fruto de tu tierra serán consumidos por la langosta... Por cuanto no serviste a Jehová tu Dios con alegría y con gozo de corazón, cuando tenías abundancia de todas las cosas, servirá a tus enemigos que enviará Jehová contra ti, con hambre y con sed y con desnudez, y con falta de todas las cosas; y él pondrá yugo de hierro sobre tu cuello, hasta destruirte” (Dt. 28:15-48).

Israel experimentó esas: hambrunas, sequías, plagas, y derrotas. El pueblo de Dios debió haber reconocido que su mano se había vuelto contra ellos por causa de sus pecados. “¿Habría algún mal en la ciudad que Jehová no haya mandado?” (3:6). A pesar de todas las pruebas de desaprobación, “no os volvisteis a mí”, acusa Jehová (versículos 6 y sig.). “A mí” significa aquí “regresar por completo a mí”. Estas palabras forman un estribillo triste, que se repite cinco veces en este capítulo. Tal vez Israel ha mirado brevemente en la dirección de Jehová pidiendo ayuda en la tribulación, pero el pueblo se ha negado persistentemente a tomar el camino del arrepentimiento y de la fe, que va de regreso a la casa del Padre.

El antiguo pacto que el Señor hizo con Israel, llegó a su fin cuando él hizo el nuevo pacto con nosotros por medio de Jesús su Hijo. Este nuevo pacto, que ya había sido prometido a Abraham, hace una promesa que permanece firme por siempre en la inmutable misericordia de Dios: “Perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado” (Jer. 31:34).

Dios puede usar: la falta de alimento o de bebida, la enfermedad, el fracaso de la cosecha o de los negocios, la derrota

en la guerra o la muerte de los que amamos, para llevar a los cristianos de regreso a él, cuando necesitan que se les recuerde que dependen totalmente de él. La fe requiere el ejercicio que sólo da la adversidad, y seguramente toda experiencia que cause dolor y lágrimas, nos recuerda el poder del pecado que trajo tristeza y muerte a nuestro mundo caído. Pero en el nuevo pacto que el Padre concluyó con nosotros por medio de Cristo, esas experiencias no son una maldición. “Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Ro. 8:1). Especialmente en el dolor y en las tribulaciones, se nos asegura que nada en toda la creación “podrá separarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús nuestro Señor” (Ro. 8:39).

Como Israel se ha negado repetidamente a recibir las advertencias sobre los resultados de la impenitencia y de la incredulidad, Amós anuncia que la gran paciencia de Dios ha llegado a su fin.

Prepárate para venir al encuentro de tu Dios

**¹² Por eso, Israel, haré lo mismo contigo;
y porque te he de hacer esto,
prepárate, Israel,
para venir al encuentro de tu Dios.**

**¹³ Ciertamente el que forma los montes
y crea el viento,
el que anuncia al hombre//su pensamiento,
hace de las tinieblas mañana
y pasa sobre las alturas de la tierra:
Jehová, Dios de los ejércitos,//es su nombre.**

Todas las plagas que Israel había sufrido hasta ahora, se han olvidado en el breve regreso de la gloria nacional bajo el gobierno de Jeroboam II. Los israelitas no han vuelto a Jehová, se han negado a buscar su rostro, que brillaría con benevolencia para el pueblo penitente. Por lo tanto Israel ahora tiene que comparecer

ante él como ante un Juez severo y justo. Él no dice lo que “esto” es, que él les hará; el profeta guarda hasta el final del capítulo 6 el fin de esta parte de su libro, el anuncio más claro de la manera en que el Juez se le aparecerá a Israel: agitará a un enemigo contra ellos que oprimirá la tierra de un extremo a otro. Se ha dicho la maldición final del pacto: “Jehová traerá contra ti una nación de lejos, del extremo de la tierra, que vuele como águila... Pondrá sitio a todas sus ciudades, y toda la tierra que Jehová tu Dios te haya dado... Seréis arrancados de sobre la tierra. Y Jehová te esparcirá por todos los pueblos, desde un extremo de la tierra hasta el otro extremo” (Dt. 28:49-64). El reino del norte se está apresurando hacia su fin. Este será el encuentro final de Israel con Dios.

Jehová, que da este veredicto, no es una deidad débil cuyo territorio sea limitado por las fronteras nacionales. El Moldeador de las montañas, el Creador del viento, el que sostiene en sus manos toda la historia y que por lo tanto le puede revelar al hombre sus propios pensamientos para el futuro: él es también el Juez. Gobierna la luz y la oscuridad; los lugares altos, donde los cananeos y los israelitas están adorando a los ídolos, son como escalones para los pies de él cuando pasa camino al juicio: “Prepárate, Israel, para venir al encuentro de tu Dios” (v. 12); “Jehová Dios de los ejércitos es su nombre” (v. 13).

Lamento sobre Israel

5 Oíd esta palabra de lamentación
que yo levanto sobre vosotros, // casa de Israel.

**² Cayó la virgen de Israel // y no podrá levantarse ya más;
postrada quedó sobre su tierra
y no hay quien la levante.**

**³ Porque así ha dicho Jehová, el Señor:
«La ciudad que salga con mil,
volverá con cien,**

**y la que salga con cien
volverá con diez, en la casa de Israel.»**

El profeta dice estos versículos con el tono triste de un canto fúnebre. El pueblo escogido de Dios había sido como una virgen comprometida con él para casarse. Pero como ella había roto su compromiso con él, será deshonrada y desechada por los soldados extranjeros que tomarán su tierra. Sin él a su lado, no habrá nadie que le devuelva su lugar. Israel sufrirá una derrota militar total siendo diezmados sus ejércitos. Nueve de diez hombres que vayan a la guerra serán víctimas de ella.

Busquen a Jehová y vivan

⁴ Pero así dice Jehová a la casa de Israel:

«Buscadme y viviréis;

⁵ mas no busquéis a Bet-el

ni entréis en Gilgal

ni paséis a Beerseba,

porque Gilgal será llevada en cautiverio

y Bet-el será deshecha.»

⁶ Buscad a Jehová y vivid,

no sea que acometa como fuego //a la casa de José

y la consume, sin haber en Bet-el//quien lo apague.

En Betel, que significa “casa de Dios”, Jehová se le apareció a Jacob (Gn. 28:10-22). En Gilgal los israelitas fueron circuncidados y celebraron la Pascua en la tierra prometida (Jos. 5:2-12). Beerseba fue una vez el hogar de Abraham, y allí Dios también se le apareció a Isaac (Gn. 26:23,24) y a Jacob (Gn. 46:1-3). Todos estos lugares se convirtieron después en objetivos de los peregrinajes religiosos de los israelitas que adoraban a los ídolos. El Señor advierte que esos lugares compartirán la destrucción y el exilio, que él está preparando para la nación de Israel.

En vez de apresurarse a ir en peregrinajes, todo israelita debió tener otro interés. El Señor que creó todo al principio, sigue siendo la única fuente de vida para el tiempo y para la eternidad. Él invita: “Buscadme y viviréis” (v. 4). Aunque Dios ya había dado su juicio sobre Israel como nación, le sigue extendiendo la invitación del evangelio a cada uno de los miembros de su pueblo. Él les ofrece el don de la vida a los miembros de la nación que está agonizando. La única alternativa para la vida con Dios es el fiero juicio que amenaza a “la casa de José”, uno de los nombres del reino de Israel, ya que José era el antepasado tanto de Manasés como de Efraín, las tribus más prominentes del norte. El juicio venidero también caerá sobre el santuario de Betel a pesar de que su nombre que significa “casa de Dios”.

La vida que el Señor ofrece aquí, es dada en la venida del Salvador de una manera final y completa, quien, como el Buen Pastor, dice acerca de las ovejas de su rebaño: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Jn. 10:10). Por medio de la fe en su Palabra, aquellos que lo siguen recibirán la vida espiritual que permanecerá desde aquí hasta la eternidad, tal como él lo promete: “Yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano” (Jn. 10:28).

La injusticia traerá el juicio

**7 ¡Ay de los que convierten en ajonjo//el juicio
y echan por tierra la justicia!**

**8 Buscad al que hace las Pléyades y el Orión,
vuelve las tinieblas en mañana
y hace oscurecer el día como noche;
el que llama a las aguas del mar
y las derrama sobre la faz de la tierra:
Jehová es su nombre.**

**9 Él trae la ruina sobre el fuerte
y hace caer la destrucción//sobre la fortaleza.**

10 Ellos aborrecieron al reprensor//en la puerta de la ciudad,

y al que hablaba lo recto detestaron.

11 Por tanto, puesto que humilláis al pobre

y recibís de él carga de trigo,

no habitaréis las casas

de piedra labrada que edificasteis

ni beberéis del vino

de las hermosas viñas que plantasteis.

12 Yo sé de vuestras muchas rebeliones

y de vuestros grandes pecados;

sé que afligís al justo,

recibís cohecho

y en los tribunales hacéis perder//su causa a los pobres.

13 Por tanto, el prudente en tal tiempo calla,

porque el tiempo es malo.

14 Buscad lo bueno y no lo malo,

para que viváis;

y así Jehová, Dios de los ejércitos,

estará con vosotros, como decís.

15 Aborreced el mal, amad el bien

y estableced la justicia en juicio;

quizá Jehová, Dios de los ejércitos,

tendrá piedad del remanente de José.

16 Por tanto, esto ha dicho

Jehová, Dios de los ejércitos:

«En todas las plazas habrá llanto

y en todas las calles dirán: “¡Ay! ¡Ay!”;

al labrador llamarán a lloro,

y a endecha a los que sepan endechar.

17 Y en todas las viñas habrá llanto;

porque pasaré en medio de ti,

dice Jehová.»

Como un síntoma notable de la desobediencia de Israel a los términos del pacto de ley de Jehová, Amós cita la corrupción en los procesos legales. Mientras que el rey servía como juez principal en su reino, el jurado común era constituido por ciudadanos respetables de cualquier pueblo. Cuando Booz, por ejemplo, necesitaba arreglar un asunto legal, lo presentaba a diez ancianos de la ciudad (Rt. 4:1-12). Esa corte se sentaba a las puertas de la ciudad y oía el testimonio de los que estaban involucrados. Según el precepto de Dios, los jueces debían “juzgar, absolver al justo, y condenar al culpable” (Dt. 25:1).

Como cualquier ciudadano israelita respetable podía servir como juez en asuntos locales, el funcionamiento de las cortes daba un perfil honesto de la concepción que tenía el pueblo acerca de lo que era justo y de lo que era equivocado. La prueba más clara de las actitudes morales se presentaba cuando una de las partes en un caso legal era: una viuda, un huérfano, o un forastero. Esas personas no tenían familia ni conciudadanos que los defendieran de la injusticia. Entonces los jueces tenían que tener un cuidado especial al decidir de acuerdo con la regla justa de Jehová, “que no hace acepción de personas, ni recibe sobornos; que hace justicia al huérfano y a la viuda; que ama también al extranjero y le da pan y vestido” (Dt. 10:17,18).

La ley de Dios incluía advertencias explícitas contra cualquier influencia del dinero en la corte. La honestidad y la ley, debían guiar a los jueces; en sus decisiones ellos no debían favorecer ni al pobre ni al rico (Ex. 23:3,6). “No recibirás soborno; porque el soborno ciega a los que ven, y pervierte las palabras de los justos” (Ex. 23:8). En los Diez Mandamientos de Dios había uno que se aplicaba claramente a todos los procedimientos de toda corte: “No dirás contra tu prójimo falso testimonio” (Ex. 20:16).

Amós muestra cuán bajo habían caído las cortes israelitas al compararlas con las reglas de Dios. La justicia que debía fluir limpia y dulce, se está transformando en amarga como el ajeno. La justicia, que debía ser elevada en las decisiones legales como en cualquier otro aspecto de la vida, está cayendo por los suelos.

En los versículos 8 y 9, Amós añade la estrofa de un himno para recordarles a los jueces a quien están ofendiendo ellos. El dador de las leyes de Israel es el mismo Dios que creó las admirables constelaciones del cielo, que ordena que el sol se levante y se ponga cada día, que controla el ciclo de las aguas, que levanta el agua del mar en nubes y luego la vierte como lluvia sobre los campos. Cuando la justicia humana lo hace enojar, él puede imponer castigos más fuertes que las multas y la cárcel: su juicio ataca como el relámpago y destruye las fortificaciones en las que confía una ciudad.

La sociedad israelita está dominada por la injusticia. Los ricos, tal vez exigiendo precios excesivos, privan a los pobres agricultores del grano que necesitan para alimentar a sus familias. Fue una señal de la gracia de Dios cuando él hizo que su pueblo heredara una tierra que había sido trabajada por los cananeos. “Os di la tierra por la cual nada trabajasteis, y las ciudades que no edificasteis, en las ahora habitáis; y coméis de las viñas y olivares que no plantasteis” (Jos. 24:13). Ahora sucederá exactamente lo opuesto: “No habitaréis las casas de piedra labrada que edificasteis no beberéis del vino de las hermosas viñas que plantasteis” (v. 11). Los enemigos de Israel heredarán la tierra prometida.

De las muchas ofensas cometidas contra su ley, el Señor nuevamente distingue la perversión de la justicia: Los jueces están declarando culpable a la parte inocente porque su oponente les ha ofrecido un soborno. Como resultado un pobre no puede esperar justicia de la corte. El clima moral se ha vuelto tan hostil a la justicia, que los hombres prudentes saben que no pueden obtener ni siquiera el inicio de un proceso para reprender a los malhechores o para reformar el sistema judicial. Prefieren guardar silencio que traer sobre ellos la ira de su vecinos.

El profeta Amós, como Juan el Bautista, predica el arrepentimiento mientras que advierte sobre el juicio venidero. El verdadero arrepentimiento, el buscar verdaderamente a Jehová, será acompañado por los frutos correspondientes. La persona que busca a Jehová buscará el bien, no el mal (v. 14). Decir con

nuestros labios “Jehová está con nosotros” es una declaración falsa y vacía a menos que nuestro corazón ame su voluntad. Puede ser que algunos israelitas todavía odien el mal y amen el bien. Ellos darán testimonio de su arrepentimiento, al ir en contra de la corriente de la injusticia en la corte. A este remanente de José (“José” significa el reino de Israel), Amós le ofrece la posibilidad de que “quizá Jehová Dios de los ejércitos tendrá piedad” (v. 15) en el juicio venidero.

Sin embargo, el reino del norte está condenado como nación. El profeta muestra esto al volver en el versículo 16 a la lamentación que introdujo el capítulo 5. Los tristes sonidos serán oídos en toda calle y toda plaza de todo pueblo, porque la nación morirá. Amós pinta una escena fúnebre en la que no solamente llorarán las lloronas profesionales, sino que los agricultores serán llamados de sus campos a llorar, y los viñedos, que usualmente son escena de alegres canciones y bailes por la cosecha, se llenarán de lamentos. Jehová va a pasar entre su pueblo para juicio. Su venida significa el fin del reino de Israel.

Amós le dirigió su profecía al pueblo de Dios del Antiguo Testamento. ¿De qué manera se aplica esto a la iglesia de hoy? Los cristianos miran la ley de Dios como si miraran su pecado reflejado en un espejo: éste es el propósito más importante de la ley (Ro. 3:20). Pero la ley también sirve como guía para llevar vida piadosa. La ley de Dios demanda honestidad en todos nuestros asuntos, especialmente cuando tenemos poder o autoridad sobre otros. ¿Son los padres honestos al tratar a sus hijos, los profesores en la administración de sus salones de clase, los patrones en la manera en que regulan y pagan a sus empleados? Si Dios nos ha dado riquezas, ¿tenemos cuidado de que no aumenten a costa de pisotear a los pobres (v. 11) o las usamos mal para torcer la ley a nuestro favor (v. 12)? Decimos que buscamos a Dios para poder vivir (v. 4). ¿Aplicamos esto a nuestra vida diaria al buscar el bien y no el mal (v. 14)? ¿Odiamos el mal y amamos el bien (v. 15), o llevamos vida de indiferencia ante serios asuntos morales? Cuando Jesús venga nuevamente a juzgar al mundo, él

nos dice que señalará a las obras de misericordia que le hicimos a nuestro hermano en la fe que estaba necesitado, como prueba de una fe cristiana (Mt. 25:35-40). ¿Encuentra él estos frutos de fe en nuestra vida?

El proceso judicial de una nación moderna parece mucho más complicado que la sencilla justicia que demandaba la ley de Dios en la antigua Israel. Sin embargo, todo el mundo reconocerá que el principio básico de la imparcialidad es parte de la ley natural, escrita en el corazón de todos los hombres y hasta cierto punto reflejada en las leyes de todo país. La persona que tiene una queja contra su prójimo merece un juicio justo. La persona que ha sido acusada de un crimen merece un juicio justo. Los sistemas legales de algunos países les garantizan a sus ciudadanos el derecho a un juicio justo ante un jurado conformado por sus iguales. Ese requisito expresa el mismo tipo de justicia que Israel cumplía al hacer que diez ciudadanos respetables oyeran los casos a las puertas de la ciudad. Ya fuera rico o pobre el acusado, esto no tendría nada que ver con el veredicto. Todo el mundo sabe por naturaleza que es equivocado ofrecer o aceptar soborno.

Y como “la justicia engrandece a las naciones; el pecado es afrenta de las naciones” (Pr. 14:34), debe ser preocupación de todo gobierno administrar la ley con justicia. En algunos países la constitución le garantiza a todo ciudadano privilegios tales como escoger a sus representantes para que elaboren las leyes. Por lo tanto, todo ciudadano debe tener interés en la justicia de las leyes y en la administración imparcial de la justicia en los tribunales. Aunque los cristianos tienen ciudadanía en el reino eterno de Cristo, también están sujetos a los gobiernos terrenales. Una carta escrita por el profeta Jeremías a los judíos que estaban cautivos en Babilonia es una guía útil para los ciudadanos cristianos: “Procurad la paz de la ciudad a la cual os hice deportar, y rogad por ellos a Jehová; porque en su paz tendréis vosotros paz” (Jer. 29:7). Por medio de la oración y un servicio honesto, los cristianos buscarán el bienestar de su comunidad.

El día de Jehová

18 ¡Ay de los que desean el día de Jehová!

¿Para qué queréis este día de Jehová?

Será de tinieblas y no de luz.

19 Será como el que huye del león

y se encuentra con el oso;

o como el que, al entrar en casa,

apoya su mano en la pared

y lo muerde una culebra.

20 ¿No será el día de Jehová tinieblas

y no luz;

oscuridad, que no tiene resplandor?

Quando los hijos de Israel se estaban lamentando por su miseria en Egipto, Jehová le dijo a Moisés, “he descendido para librarlos de mano de los egipcios” (Ex. 3:8). Los creyentes israelitas sabían que el Señor vendría nuevamente a salvar a su pueblo. Él les había dado esa esperanza cuando les prometió el Salvador. Es claro en este pasaje de Amós que muchos israelitas de su tiempo esperaban la venida de Jehová. Ellos llaman al tiempo en que él vendrá “el día de Jehová” (véase también Jl. 3:14; Zac. 14:1; Mal. 4:1-5). Esperan el nacimiento de ese día porque será entonces cuando Dios libere a su pueblo de todo mal.

Pero ¿qué significa la venida de Jehová para el pueblo impenitente que lo ha abandonado y que ha roto su pacto? La venida a su pueblo sólo puede significar juicio, no liberación. Amós advierte que ese día “será de tinieblas y no de luz” (v. 18). Cuando ellos experimentan cualquier tipo de dificultad, es probable que digan: “Todo se ve oscuro ahora, pero ¡esperemos! ¡Ya se acerca el día de Jehová!” El profeta tiene una franca advertencia para ellos: Si continúan en la impenitencia, la venida de Jehová significará peores dificultades que cualquiera que hayan tenido antes. Significará “saltar de la sartén al fuego”. Amós les dice a los israelitas que son como un hombre que huye de un león

feroz (sus dificultades presentes) sólo para encontrarse con un oso que es más peligroso (el día de Jehová), o como alguien que piensa que llegar a casa (el día de Jehová) significa estar seguro al fin, pero entonces salta una serpiente venenosa (el juicio divino) de un hueco que hay en la pared y lo muerde. Para el pueblo que ha quebrantado el pacto hecho con Dios, el “día de Jehová” será realmente de una oscuridad en la que no hay resplandor. Él viene para hacer caer el telón y apagar la luz en la historia del reino del norte.

Nosotros los creyentes del Nuevo Testamento también esperamos el venidero día del Jehová. “Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan” (He. 9:28). Ese día, lo sabemos, significará el fin de todos los pesares y problemas para el pueblo de Dios. Dondequiera que la Biblia nos hable de ese día, enfatiza no sólo la liberación del mal sino también el estar listos para el juicio. “Velad, pues, orando en todo tiempo”, dijo Jesús (Lc. 21:36). Estar listo para su venida significa: el arrepentimiento diario, la fe en él, y vivir con la confianza constante en sus promesas. “Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas [el día de Dios], procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprochables, en paz” (2 P. 3:14).

La religión falsa es una abominación

**²¹ Aborrecí, desprecié vuestras solemnidades
y no me complaceré//en vuestras asambleas.**

²² Y si me ofrecéis

vuestros holocaustos y vuestras ofrendas,

no los recibiré,

ni miraré las ofrendas de paz

de vuestros animales engordados.

²³ Quita de mí la multitud de tus cantares,

pues no escucharé//las salmodias de tus instrumentos.

**24 Pero corra el juicio como las aguas
y la justicia como arroyo impetuoso.**

**25 ¿Me ofrecisteis sacrificios
y ofrendas en el desierto
en cuarenta años,
casa de Israel?**

**26 Antes bien, llevabais el tabernáculo
de vuestros Moloc y Quiún,
ídolos vuestros,
la estrella de vuestros dioses//que os hicisteis.**

**27 Os haré, pues, transportar
más allá de Damasco,,
ha dicho Jehová,
cuyo nombre es Dios de los ejércitos.**

La ley ceremonial que Dios le había dado a su pueblo por medio de Moisés instituía tres fiestas anuales de peregrinaje, cuando cada varón adulto israelita debía comparecer ante el Señor en el tabernáculo o en el templo: la fiesta del pan sin levadura, incluyendo la Pascua; la fiesta de la cosecha o primicias, y la fiesta de la siega o Pentecostés (Ex. 23:14-19). La ley prescribía asambleas sagradas en esos y otros días santos y cada sábado (Lv. 23). El culto requerido por Dios incluía: ofrendas quemadas (Lv. 1), ofrendas de grano (Lv. 2), y ofrendas de paz o de comunión (Lv. 3). El rey David adornó el culto de Israel al hacer que algunos de los levitas cantaran salmos gozosos, acompañados de arpas y de otros instrumentos musicales (1 Cr. 15:16).

Todo el culto de Israel había sido designado para expresar fe en Dios y obediencia voluntaria a él. Las fiestas reconocían que el Señor había rescatado a su pueblo de la esclavitud en Egipto y que él proveía para todas sus necesidades en la tierra que él les dio. Los sacrificios eran una promesa de Jehová de su sacrificio perfecto por todos los pecados. Las ofrendas también simbolizaban gratitud y devoción a él como el Dios de Israel. Los cantos y la

música instrumental expresaban alabanzas a Jehová por todas sus obras maravillosas.

Pero ahora los israelitas llevan a cabo las acciones externas del culto: sin fe, sin devoción en su corazón, sin ninguna voluntad de alabar a Jehová por su salvación. Ellos piensan que pueden seguir un conjunto de fórmulas para garantizar el favor de su Dios. En su opinión, ir a su santuario para las fiestas y asambleas, es una manera de mantener el favor de Dios aunque desobedecen sus mandamientos en la vida diaria. Amós ha recitado la evidencia de la falta de sinceridad de Israel: la injusticia en las cortes y la perversidad en el trato de los hombres con sus semejantes. El Señor Jehová justo y recto desprecia ese “culto”.

Hay sólo un tipo de culto que él acepta con gusto. El del pueblo de Dios que verdaderamente lo alaba como su Salvador confiando sólo en él para su salvación. Lo glorifican en la tierra cuando se tratan uno a otro de una manera justa. La justicia corre entre ellos constantemente, como un arroyo que limpia y nutre. No se adora a Dios cuando obedecen la justicia sólo cuando les parece conveniente, como el cauce del riachuelo en un desierto que tiene agua sólo por unos días después de la lluvia. La justicia en su vida refleja la justicia constante de Jehová: “Pero corra el derecho como las aguas, y la justicia como impetuoso arroyo” (v. 24). El culto es vida, y la vida es el culto. Cuando el pueblo de Jehová se acerca a él diariamente en arrepentimiento y fe, entonces la vida que ellos hacen en su hogar y en su centro de trabajo estará en concordancia con sus sacrificios de alabanza y de agradecimiento en su templo. Entonces el Señor Dios se sentirá complacido de recibir su adoración en el templo, porque viene de corazones que le pertenecen.

Las ordenanzas del culto de Israel no reglamentan el culto de los cristianos de hoy. Al vivir en un nuevo pacto establecido en la muerte de Cristo, tenemos libertad para establecer: nuestra propia forma de adoración, nuestros días para escuchar la Palabra, los sacrificios de agradecimiento, las liturgias, y los himnos de

alabanza (Co. 2:16,17). Dios se complace en aceptar nuestro culto cuando viene del corazón penitente y lleno de fe.

Pero si alguna vez pensamos en nuestra liturgia, himnos, y ofrendas, como una manera de mantener el favor de Dios mientras que pasamos por alto su voluntad en nuestra vida diaria en casa y en el centro de trabajo, entonces, él nos dice lo que le dijo a Israel: “Aborrecí y desprecié vuestras solemnidades, y no me complaceré en vuestras asambleas” (v. 21). “Esas ceremonias son sumamente peligrosas para el que rinde el culto porque está intentando apagar su consciencia moral y social con todos los ‘asuntos’ de la religión. Amós nos diría:

Odio y aborrezco vuestros cultos de comunión;
y no me complazco en vuestros Maitines ni Vísperas.
Y si me ofrecéis un pobre porcentaje de vuestros ingresos,
No lo recibiré, ni lo miraré.
No quiero oír los cantos de vuestras liturgias;
mis oídos están cerrados a la música de vuestros instrumentos.
En vez de eso, corra el derecho como las aguas,
y la justicia como impetuoso arroyo”. *

Según los versículos 25 y 26, la apostasía que Amós señala en el reino del norte no es nada nuevo en la historia de Israel. Algunos de los israelitas sólo han estado adorando a Dios de una forma externa desde el tiempo en que Dios ordenó la ley en el monte Sinaí. Aunque construyeron el tabernáculo, lo llevaron con ellos por el desierto, y ofrecieron sacrificios allí durante cuarenta años de camino a Canaán, aun en ese entonces su corazón no le pertenecía a Jehová. Amós dice que durante el tiempo que iban errantes por el desierto, el pueblo también llevaba consigo los avíos de culto dedicados a los ídolos. Los nombres Moloc y Quiún son nombres de deidades paganas. Ya en tiempos antiguos Israel se había resistido tercamente al Espíritu Santo de Dios. Esteban,

* Backer, *Foundations of Worship* (“Fundamentos del culto”, ensayo presentado en la Conferencia Pastoral Distrital de Minnesota, Lake City, MN, 1977.

el mártir cristiano, les dice eso a los judíos incrédulos en Hechos 7:42,43 cuando cita a Amós 5:25-27.

Las persistentes idolatría y desobediencia sólo pueden tener una consecuencia. En cada sección de su libro, Amós ha añadido detalles a su inspirada descripción del juicio venidero, ha mencionado antes el cautiverio y el exilio (4:2; 5:11); ahora añade la palabra de Jehová acerca del destino de los prisioneros: “Os haré, pues, transportar más allá de Damasco” (v. 27). Eso significa el cautiverio en Asiria.

El pueblo no debe tener ninguna duda acerca de quién está imponiendo tan severa sentencia. Es “Jehová, cuyo nombre es Dios de los ejércitos” quien los está enviando al exilio. Aquel que había bendecido tan abundantemente a su pueblo según su promesa, también hablaba en serio lo que dijo cuando amenazó por medio de Moisés: “Si no oyes la voz de Jehová tu Dios... así como Jehová se gozaba en haceros bien en multiplicaros, así se gozará Jehová en arruinaros y en destruirlos; y seréis arrancados de sobre la tierra a la cual entráis para tomar posesión de ella. Y Jehová te esparcirá por todos los pueblos, desde un extremo de la tierra hasta el otro extremo” (Dt. 28:15,63,64).

No tiene amenazas el nuevo pacto de gracia que Dios hizo con nosotros en la muerte de Jesucristo. Es la promesa del perdón gratuito de todos los pecados porque Jesús derramó su sangre en la cruz. Dios les extiende la invitación de su evangelio a todos los pecadores: “Cerca de mi buen Pastor vivo cada día” (Culto Cristiano, 245:3). “El que cree en él, no es condenado” (Jn. 3:18).

Por otro lado, “el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios” (Jn. 3:18). Fuera del pacto de gracia de Jehová no hay salvación. Los creyentes del Antiguo Testamento, como Abraham, también fueron salvados por medio de la fe en la Simiente prometida, y no por guardar los mandamientos del pacto del Sinaí. Pero, ¿por qué quebrantaron los israelitas los mandamientos de Jehová? ¿Por qué adoraron a falsos dioses, maltrataron a sus connacionales y se negaron a arrepentirse cuando Dios les envió a sus profetas para

que los guiaran de regreso a él? La desobediencia de Israel tenía sus raíces en la incredulidad, no querían confiar en el Señor para su salvación, querían escoger sus propios dioses y seguir sus propios deseos. Este triste ejemplo, del amor de Dios que fue rechazado, de su salvación que fue despreciada, nos hace correr hacia Jesús y aferrarnos a su cruz. ¡Cuán seriamente evitaremos todo lo que nos pueda alejar: de la palabra de nuestro Dios, del Salvador que él nos ha dado, y de su camino de salvación! Cuán urgentemente invitaremos a otros a escuchar la Palabra con nosotros porque este es el único medio que Dios usa para guiar a los pecadores al arrepentimiento y a la fe en Cristo.

¡Ay de los que confían en ellos mismos!

6 ¡Ay de los que reposan en Sión
y de los que confían//en el monte de Samaria,
los notables y principales//entre las naciones,
a quienes acude la casa de Israel!
² Pasad a Calne y mirad;
de allí id a la gran Hamat
y descended luego a Gat de los filisteos.
¿Sois vosotros mejores que esos reinos?
¿Es su territorio más extenso//que el vuestro?
³ ¡Vosotros, que creéis alejar el día malo,
acercáis el reino de la maldad!
⁴ Duermen en camas de marfil
y reposan sobre sus lechos;
comen los corderos del rebaño
y los novillos sacados del establo;
⁵ gorjean al son de la flauta
e inventan instrumentos musicales,//como David;
⁶ beben vino en tazones
y se ungen con los perfumes//más preciosos,
pero no se afligen//por el quebrantamiento de José.

**⁷ Por tanto, ahora irán
a la cabeza de los que van a cautividad,
y se acercará el duelo
de los que se entregan a los placeres.**

Uzías, rey de Judá en Jerusalén, y Jeroboam, rey de Israel en Samaria, junto con los otros líderes de sus tierras, deben estar sintiéndose muy complacidos con ellos mismos al revisar sus reinos desde sus fortalezas en el monte Sión y sobre el monte de Samaria. Ningún enemigo extranjero amenaza por ninguna parte a Israel ni a Judá. Los reyes y sus cortes, se sienten seguros en su bien fortificada capital, dándole audiencia a su pueblo que viene a Jerusalén y a Samaria en busca de justicia o de favores.

Jehová destruye la satisfacción en ellos mismos con una palabra de aflicción, sugiere que los grandes hombres de Jerusalén y de Samaria, consideren algunas ciudades que han sido derrotadas o destruidas: Calne, que ciertamente nos es desconocida, pero que probablemente era un lugar en Siria y no la ciudad de Mesopotamia que se menciona en Génesis 10; la una vez poderosa Hamat, que perdió sus territorios del sur ante Jeroboam II (2 R. 14:28), y Gat, la ciudad filistea, cuyos muros destruyó Uzías (2 Cr. 26:6). Lo que les sucedió a esas ciudades que una vez fueron grandes le podría suceder a Samaria o a Jerusalén.

Satanás sabe como distraer a los seres humanos para que no contemplen asuntos desagradables como el pecado y el juicio venidero. Amós describe el gran lujo en el que viven los líderes israelitas. La riqueza obtenida por medio de sus victorias militares y del comercio lucrativo, ha comprado comodidades para su hogar. Una casa israelita común tenía pocos muebles, de noche la gente dormía en el suelo o sobre un anaquel de tierra, envuelta en sus mantos. Ahora los ricos de la nación están durmiendo en camas entarimadas con paneles de marfil tallado, mientras que durante el día se recostaban en suaves divanes. En la antigua dieta israelita la carne comúnmente se reservaba para las celebraciones

especiales; ahora los ricos se banquetean regularmente a su gusto con carne de cordero y de ternero. Sus días y noches están ocupados con fiestas y entretenimiento, tiempos para rasgar instrumentos de cuerda, para beber grandes cantidades de vino, y para perfumar su cuerpo con los mejores ungüentos. Parece que no carecen de ningún placer. *

Lo que falta, dice el profeta, es el interés espiritual de parte de los líderes del pueblo. El reino que parece ser tan afortunado está moralmente arruinado porque se ha podrido desde adentro. Esta sociedad que piensa que está gozando de salud y de prosperidad, está realmente enferma de muerte. Sin embargo, los reyes y los ciudadanos principales se distraen con placeres y entretenimientos. Se niegan a afligirse por el hecho de que “José” (el reino del norte que incluye las tribus de Efraín y de Manasés, que son los hijos de José) está moralmente podrido y arruinado. Muy bien, dice Amós: Que los hombres notables de Israel guíen a su pueblo al cautiverio. Que los banquetes y la holgazanería de Israel sean reemplazados por la amarga experiencia del exilio lejos de la tierra prometida.

En tiempos de prosperidad no es difícil mirar a nuestro alrededor y ver en los ciudadanos de nuestro país un interés arrollador por el placer. Entonces necesitamos recordar que Amós le está hablando al pueblo escogido de Dios y que hoy en día sus palabras se aplican especialmente a los cristianos. Nosotros, que nos llamamos discípulos de Jesús en esta tierra favorecida, también gozamos de la prosperidad de nuestro tiempo. Compramos muebles cómodos, comemos y bebemos en restaurantes caros, escuchamos buena música en sistemas de sonido de alta calidad.

Decimos que nuestra riqueza es un don de Dios. Pero, ¿no es también verdad que no nos afligimos por la ruina de su iglesia? ¿Nos despreocupamos de si los pastores están enseñando lo que

* Puede ser que Amós esté describiendo un ritual pagano. Véase Philip J. King, “*The Marzeah Amos Denounces*”, *Biblical Archaeology Review*, 15, 4 (julio-agosto de 1988), 34-44.

la Biblia enseña, con tal de que nuestra congregación tenga un local impresionante? ¿No tomamos ninguna medida para proteger ni siquiera a la propia familia contra la laxitud moral que gobierna el mundo? ¿Nos envolvemos tan herméticamente en el cómodo capullo del lujo en que vivimos que no nos damos cuenta de la gente que sufre por falta: de alimentos, de ropa, y de un techo para cobijarse? ¿Gastamos tan generosamente en nosotros mismos que queda muy poco para dar para la predicación de las buenas nuevas entre los que no las han escuchado? Entonces Jesús reprueba nuestra incredulidad y nos advierte con las palabras que les dijo a los ancianos incrédulos de los judíos: “Por tanto os digo que el reino de Dios os será quitado, y será dado a una nación que produzca los frutos de él” (Mt. 21:43).

Jehová aborrece el orgullo de Israel

**⁸ Jehová, el Señor, juró por sí mismo,
Jehová, Dios de los ejércitos, ha dicho:
«Desprecio la grandeza de Jacob,
aborrezco sus palacios;
entregaré al enemigo la ciudad//y cuanto hay en ella.»**

**⁹ Acontecerá que, si diez hombres quedan
en una casa, morirán.**

**¹⁰ Y un pariente tomará a cada uno
y lo quemará para sacar los huesos de casa;
y dirá al que esté en el rincón de la casa:
«¿Hay aún alguien contigo?»**

**El otro dirá: «No»;
y añadirá: «Calla,//porque no podemos mencionar
el nombre de Jehová.»**

**¹¹ Porque Jehová mandará,
y herirá con hendiduras la casa mayor,
y la casa menor con aberturas.**

¹² ¿Correrán los caballos por las peñas?

¿Ararán en ellas con bueyes?

**¿Por qué habéis convertido vosotros//el juicio en veneno
y el fruto de justicia en ajenjo?**

**¹³ Vosotros, que os alegráis por nada,
que decís:**

«¿No hemos adquirido poder//con nuestra fuerza?»

**¹⁴ Pues de cierto, casa de Israel,
dice Jehová, Dios de los ejércitos,
levantaré yo sobre vosotros a una nación
que os oprimirá desde la entrada//de Hamat
hasta el arroyo del Araba.**

El Señor que estableció su pacto con Israel ahora aparece como demandante que da testimonio de que Israel merece ser destruido; hace un juramento, jurando por él mismo porque no existe una autoridad más alta. Su testimonio: Israel es culpable de orgullo, el pecado al que se ha llamado “el estado de ánimo que se opone por completo a Dios”. En vez de confiar en su Dios y de alabarlo, los israelitas se sienten completamente capaces. En esta corte Dios actúa no sólo como demandante sino también como juez. Él impone la pena de muerte: Samaria, la capital y ciudad principal del reino del norte, será entregada a sus enemigos y será destruida, junto con su población y con toda su riqueza.

En los versículos 9 y 10, Amós presenta una escena de la destrucción de la ciudad. Queda una casa donde la familia incluía a diez hombres antes de la guerra. Esa casa parece ser capaz de defenderse contra cualquier enemigo. Ninguno de esos hombres escapará vivo. Un pariente viene para darles a los muertos la demostración final de respeto. Tal vez porque toda la ciudad está llena de cadáveres, es difícil sepultarlos y los cuerpos deben ser quemados. Un fugitivo temeroso se ha refugiado en esta casa de muerte. Hay una conversación breve.

Pariente: “¿Hay aun alguien aquí contigo en la casa?”

Fugitivo: “¡No! ¡Shhh! No debemos mencionar el nombre de Jehová”. Está tan aterrorizado por los horrores que ha sufrido que

no quiere llamar la atención de Dios a esta casa. Tiene miedo de que el Dios vengador termine también con los pocos que hasta ahora han escapado de la muerte.

Hay bases para ese temor. Todo el pueblo de Israel fue liberado de Egipto, fue alimentado en el desierto, fue bendecido con un hogar en la tierra prometida. Ya fueran o no verdaderos hijos de Abraham por la fe en la Simiente prometida, todos compartieron muchas de las bendiciones terrenales del pacto, porque Israel fue bendecida como nación. Ahora está siendo juzgada como tal, y toda la población debe compartir el juicio. El Juez ya ha dictado la sentencia, los ejércitos enemigos llevarán a cabo la ejecución de Israel tal como él lo desea. Aunque los vencedores no lo saben, Jehová es su Comandante todopoderoso. Al dar él la orden ellos aplastarán “la casa mayor y la casa menor” (v. 11), en otras palabras, las moradas tanto de ricos como de pobres.

Debe proceder con prudencia cualquiera que desee alcanzar alguna meta o llevar a cabo algún proyecto. Un hombre a caballo, por ejemplo, que quiere llegar sano y salvo a su destino no hace correr a su animal atropelladamente sobre rocosos precipicios. Un agricultor que quiere preparar la tierra para sembrar no hace que sus bueyes aren sobre las laderas rocosas (una variante en el versículo 12, que divide una de las palabras hebreas en dos, hace resaltar el mismo punto: “¿Se arará con bueyes en el mar?”, RVA). Sin embargo, los israelitas han procedido tan tontamente como jinetes imprudentes o como aradores que no piensan. La justicia en las cortes deben sanar las enfermedades de su sociedad, pero ellos han pervertido la justicia y la han convertido en veneno. Las obras de justicia florecen entre el pueblo de Dios como uvas dulces en un viñedo bien cuidado. En vez de esto, la vida de los israelitas produce un fruto tan amargo como el ajenjo.

Aunque ellos viven en la perversidad, Jeroboam II y su pueblo están llenos de insolente orgullo por las conquistas que han obtenido sus ejércitos (13): Vosotros, que os alegráis por nada, que decís: «¿No hemos adquirido poder con nuestra fuerza?». La palabra traducida “poder” es “carnáyim”, literalmente “cuernos”.

Carnáyim también era el nombre de una ciudad al este del Jordán que probablemente fue tomada por los ejércitos de Jeroboam cuando marchó contra Siria (2 R. 14:28). Al nombrar a esta ciudad en especial, Amós se burla del necio orgullo nacional de los israelitas. Es como si ellos estuvieran diciendo: “¡Nuestro poder es mayor que la fuerza misma!”

El inspirado profeta ha descrito gradualmente un cuadro del juicio venidero, un detalle tras otro. Los israelitas experimentarán la derrota militar (2:14,15), sus altares y sus hogares serán destruidos (3:14,15), se encontrarán con el Señor Dios, su Creador, que viene para ser su Juez (4:12,13), serán exiliados más allá de Damasco (5:27). Ahora Amós habla por Jehová para decir que él, el mismo Dios Todopoderoso, se aliará con el enemigo: “levantaré yo sobre vosotros una nación” (v. 14). Los invasores oprimirán toda la tierra desde la entrada de Hamat, el límite norte del reino de Jeroboam, hasta el valle del Araba, al sur del mar Muerto, el límite sur del control israelita (2 R. 14:25). Añadido a detalles anteriores, esto sólo puede significar la invasión de los asirios con su ejército bajo el mando de que lo controla todo.

En el año 722 a.C. el rey asirio tomó Samaria después de un sitio de tres años y deportó a los israelitas a Mesopotamia (2 R. 17:6). Aproximadamente en el año 700 a.C. los ejércitos asirios se desplegaron como una inundación también sobre el reino del sur (Is. 8:7,8). El rey Senaquerib capturó todas las ciudades fortificadas de Judá y sitió a Jerusalén (2 R. 18:13 y sig.). La capital se escapó de la destrucción porque Dios la libró milagrosamente (2 R. 18 y 19).

Las bendiciones y responsabilidades únicas de Israel tienen su paralelo en la vida actual de la iglesia cristiana. El decaimiento moral de Israel, acompañado por el orgullo de los éxitos terrenales, dio evidencia de un corazón incrédulo que no confiaba en Jehová para su salvación, un corazón impenitente al que no le importaba para nada el hacer la voluntad de Dios. Amós describe una

ecuación para la muerte del pueblo de Dios: decaimiento interno + orgullo por los éxitos externos = destrucción.

¿Nosotros como iglesia señalamos con orgullo un edificio impresionante mientras no les demostramos amor a nuestros hermanos creyentes que necesitan de nuestra ayuda? ¿Nos felicitamos a nosotros mismos por el éxito de un programa eclesiástico o educacional, sin preocuparnos si éste realmente se ajusta al plan de Dios de salvación? ¿Nosotros como cristianos nos consolamos señalando nuestra posición social o nuestro ingreso económico que es más que adecuado, sin pensar seriamente en los pecados que están ampliando la brecha que existe entre nosotros y nuestro Dios? Pablo se dirigió a los cristianos y a las iglesias cristianas cuando escribió: “No os engañéis; Dios no puede ser burlado; pues todo lo que el hombre siembre, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne cosechará corrupción; pero el que siembra para el espíritu, del Espíritu cosechará vida eterna” (Gá. 6:7,8).

CINCO VISIONES Y MENSAJES DE JUICIO AMÓS 7:1-9:10

Jehová le dio su palabra a Amós de tal manera que el profeta vio el juicio venidero (1:1). La tercera parte principal del libro de Amós contiene cinco visiones.

Visiones de langostas y de fuego

7 Esto me ha mostrado Jehová, el Señor: Él criaba langostas cuando comenzaba a crecer el heno tardío, el heno tardío que viene después de las siegas del rey. ² Y aconteció que cuando acabaron de comer la hierba de la tierra, yo dije: «Señor, Jehová, perdona ahora, pero ¿quién levantará a Jacob, que es tan pequeño?» ³ Se arrepintió Jehová de esto: «No será», dijo Jehová.

⁴ Jehová, el Señor, me mostró esto: Jehová, el Señor, llamaba al fuego para juzgar; y el fuego consumió el gran abismo y también una parte de la tierra. ⁵ Y dije: «Señor, Jehová, cesa ahora; pues ¿quién levantará a Jacob, que es tan pequeño?» ⁶ Se arrepintió Jehová de esto: «No será esto tampoco», dijo Jehová, el Señor.

Como parte del llamado del profeta, tal vez aun antes de que comience a predicar en Israel, Jehová le muestra dos visiones a Amós; en ambas el juicio ha comenzado. En la primera visión los siervos del rey han cortado el heno temprano y el campo está comenzando a reverdecer cuando Dios envía una plaga de langostas. Las langostas pueden consumir por completo todo lo que es verde en áreas que se extienden por muchos kilómetros (véase la introducción de Joel en este volumen). El enjambre de langostas arrasa con todo el pasto que está naciendo en los campos, y está listo para atacar: las viñas, los árboles de olivos, y los

huertos. En amor por el pueblo de Israel Amós intercede ante Dios. Él ora para que Jehová perdone los pecados de Israel y tenga piedad de un pueblo tan insignificante. Dios responde, “No será”, (v. 3), y quita las langostas sin llevar a cabo su juicio.

En la segunda visión también la destrucción ya ha comenzado. Esta vez se usa una palabra para describir un caso que está en progreso en una corte. Jehová aparece como el verdugo. Armado con el mismo fuego consumidor que quemó el monte Sinaí (Ex. 24:17), él exige castigo para la desobediencia de Israel. El fuego consume el mar Mediterráneo y está listo para devorar la tierra de Canaán, tal vez secando los campos con una severa sequía. Nuevamente el profeta intercede por su pueblo, y otra vez Jehová se apiada de ellos.

Un vocero de Jehová como Amós, debe estar disgustado por la inmoralidad de Israel, condena la incredulidad y el pecado del pueblo en términos muy precisos. Sin embargo, ama a su pueblo y no quiere que sean destruidos. Su reacción a estas dos visiones del juicio que se acerca muestra que el profeta tiene piedad por el pueblo de Israel. Él no comparte las necias ilusiones de grandeza que llenan la mente de Jeroboam y de sus líderes: Israel, comparado con Egipto o Asiria, desempeña un papel insignificante en el escenario de la historia del mundo. Además, la nación ha olvidado la misión que Dios le ha encomendado y bien merece el castigo. Aun así, Amós ama al pueblo de Jehová e intercede por ellos cuando los ve en peligro de destrucción.

Dios les da a los creyentes la perspicacia para discernir en qué momento decae moralmente su nación o en qué momento su iglesia se está volviendo indiferente a su misión en el mundo. Los cristianos nos disgustamos por el decaimiento moral y por la despreocupación espiritual cuando los vemos alrededor nuestro. Sin embargo, la manera en que actúa el amor es interceder por la iglesia y por la nación, pidiendo que Jehová otorgue perdón y más tiempo de gracia. Esas oraciones reflejan el corazón de Dios y penetran en su corazón, porque él dice: “Pues yo no quiero la muerte del que muere... Convertíos, pues, y viviréis” (Ez. 18:32).

La visión de la plomada

⁷ Me mostró también esto: El Señor estaba sobre un muro hecho a plomo, y en su mano tenía una plomada de albañil.

⁸ Jehová entonces me preguntó:

—¿Qué ves, Amós?

Yo respondí:

—Una plomada de albañil.

Y el Señor dijo:

—Yo pongo plomada de albañil en medio de mi pueblo Israel; no lo toleraré más. ⁹ Los lugares altos de Isaac serán destruidos, los santuarios de Israel serán asolados, y me levantaré con espada sobre la casa de Jeroboam.

En esta tercera visión aparece Dios mismo, parado sobre un muro. Para imprimir la visión en Amós, le pregunta al profeta ¿qué es lo que ve? Amós ve una plomada en la mano de Dios. El peso de la plomada que Jehová sostiene de una cuerda, muestra que el muro que una vez era vertical se ha desnivelado. Un albañil cuidadoso lo demolería y comenzaría a construir de nuevo.

El significado de la visión es claro. Jehová se pinta a él mismo como un albañil que está poniendo ladrillos o piedras. El muro representa a Israel, el pueblo que él creó para que recibiera su pacto. La línea de la plomada es su ley, la regla que él había dado en el monte Sinaí para la vida de Israel como su pueblo del pacto. La ley revela el pecado de Israel: El pueblo es como un muro torcido que se está hundiendo, listo para ser derrumbado. “No lo toleraré más,” dice Jehová (v. 8).

En los lugares altos de todo el país, y en los santuarios dedicados al becerro en Betel y en Dan, el pueblo de Israel ha estado haciendo gala de su infidelidad hacia Jehová. Esos santuarios serán destruidos por los invasores asirios. El líder de Israel, el que guió a la nación en sus exitosas campañas militares, como también al abandono de la ley de Dios, ha sido Jeroboam II.

Por lo tanto dice Jehová, “Me alzaré con la espada contra la casa de Jeroboam” (v. 9). Su línea real llegará a un fin sangriento.

Esta vez el profeta permanece en silencio y no intercede por su pueblo. Jehová ha medido a Israel, ha encontrado a su pueblo culpable y ha anunciado su decisión: “No lo toleraré más” (v. 8). A Amós no se le permite protestar ni interceder.

Jeroboam cumplió sus 41 años de reinado y murió en el año 753 a.C., pocos años después de que Amós terminó su ministerio. Lo sucedió su hijo Zacarías que tampoco “se apartó de los pecados de Jeroboam [I], hijo de Nabat” (2 R. 15:9). Después de reinar seis meses Zacarías fue asesinado, y la casa real de Jeroboam, la dinastía de Jehú, llegó a su fin sangriento. Sin duda Salum, el asesino de Zacarías, pensó que estaba actuando para llevar a cabo su propio plan de convertirse en el siguiente rey de Israel. En verdad, su espada llevó a cabo el juicio de Jehová anunciado por sus profetas Amós y Oseas (1:4).

“Por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (Ro. 3:20). Con demasiada frecuencia, el pueblo de Dios se olvida de esta primera función de los Diez Mandamientos en su vida. Como vivimos en diario arrepentimiento, constantemente mediremos lo que pensamos, decimos y hacemos con la plomada de la ley de Dios. El examen diario de nosotros mismos prevendrá cualquier tipo de confianza en las propias obras, porque el resultado siempre será el mismo: nuestra vida “no está en línea”, como la pared que está torcida y lista para ser derrumbada. Los que piensan que pueden salvarse guardando los mandamientos de Dios están pidiendo de manera insolente que su vida sea medida a través de los ojos de Dios que todo lo ven contra la vertical perfecta de su plomada. Su severo juicio final no los perdonará.

¿Cómo podemos escapar al juicio de Dios? La vida perfecta de Jesucristo estuvo en perfecta conformidad con la santa norma de su Padre, y el Hijo llevó esa vida a nuestro beneficio. Cuando su Espíritu nos da fe por medio del bautismo y la Palabra, junto a nuestro nombre Dios escribe su veredicto basándose en la santa y

amorosa vida de Cristo. Jesús vivió y murió en lugar nuestro. “Para que nosotros seamos justicia de Dios en él” (2 Co. 5:21). “Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Ro. 8:1).

Amós y Amasías

¹⁰ Entonces el sacerdote Amasías de Bet-el envió a decir a Jeroboam, rey de Israel: «Amós se ha levantado contra ti en medio de la casa de Israel; la tierra no puede sufrir todas sus palabras. ¹¹ Porque así ha dicho Amós: “Jeroboam morirá a espada, e Israel será llevado de su tierra en cautiverio.”» ¹² Y Amasías dijo a Amós:

—Vidente, vete, huye a tierra de Judá, come allá tu pan y profetiza allá; ¹³ pero no profetices más en Bet-el, porque es santuario del rey, y capital del reino.

Por este pasaje podemos saber que Amós está profetizando en Betel, un santuario oficial donde los israelitas acudían para rendirle homenaje al becerro de oro erigido por Jeroboam I. Tal vez es el tiempo de la fiesta real y los peregrinos israelitas han venido de todas partes del reino del norte para acudir a Betel o Dan, para demostrarle su lealtad al rey de Israel (1 R. 12:32,33). La predicción de juicio que hizo el profeta contra la casa real le suena como traición a Amasías, el sumo sacerdote que supervisa el culto oficial en Betel.

(El nombre Amasías significa “Jehová es fuerte”. Los israelitas, como otros pueblos antiguos, con frecuencia incluían el nombre de su deidad en su propio nombre personal. De esa manera el nombre de Amasías testifica que, aunque los israelitas habían quebrantado el Primer Mandamiento de Dios al rendir culto en los santuarios al becerro, todavía pensaban que estaban sirviendo a Jehová allí).

En su mensaje a Jeroboam, Amasías cita, pero no correctamente del todo, a Amós. El profeta ha amenazado de muerte a “la casa de Jeroboam”, no al rey en lo personal. Sin

embargo, el sacerdote no pierde el punto principal del mensaje del profeta: La derrota y el exilio para el pueblo de Israel (5:27; 6:7; 7:9). Sin esperar una respuesta del rey, Amasías procede haciendo uso de su autoridad a expulsar a este profeta extranjero. Amós ha venido a Betel desde Tecoá que está en el reino del sur. Amasías no tiene nada contra un hombre que se gana la vida profetizando, pero Amós, dice él, debe hacer su trabajo entre sus propios conciudadanos. Un profeta de Judá, piensa el sacerdote, no debe abusar de la hospitalidad israelita al predicar su nefasto mensaje de juicio contra Jeroboam en Betel, que es el santuario del rey.

Hoy en día también encontrarán oposición los que predicán y confiesan la Palabra de Dios. En países donde no hay libertad religiosa, el estado se puede oponer a la predicación de la ley y del evangelio de Dios. En tierras donde los ciudadanos gozan de libertad de conciencia, la oposición surge de la opinión pública. Jesús les advirtió a sus discípulos: “El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán... Pero todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado” (Jn. 15:20,21).

¹⁴ Entonces respondió Amós y dijo a Amasías:

—No soy profeta ni soy hijo de profeta, sino que soy boyero y recojo higos silvestres. ¹⁵ Y Jehová me tomó de detrás del ganado, y me dijo: “Ve y profetiza a mi pueblo Israel.”

¹⁶ »Ahora, pues, oye palabra de Jehová. Tú dices: “No profetices contra Israel ni hables contra la casa de Isaac.”

¹⁷ Por tanto, así ha dicho Jehová: “Tu mujer será ramera en medio de la ciudad, tus hijos y tus hijas caerán a espada y tu tierra será repartida por suertes; tú morirás en tierra inmunda e Israel será llevado cautivo lejos de su tierra.”

Al prohibir que Amós profetizara, Amasías se opuso directamente a Dios. Amós no había tomado su propia decisión de predicar contra el pueblo de Israel, él no es uno de los bien

conocidos “hijos de los profetas”, tampoco es miembro de un “grupo de profetas” como los que se unían a Elías y a Eliseo (2 R. 2:3) para estudiar a los pies de los ancianos voceros de Jehová. Si hubiera sido por la elección personal de Amós, él todavía estaría alimentando sus rebaños en Tecoa (1:1), o estaría atendiendo un bosque de higueras en algún oasis cerca del Mediterráneo o del mar Muerto. Antes de ser llamado a profetizar esa era la manera en que se ganaba el pan. Era un laico, no un profeta “profesional”.

Fue Dios quien le dijo a Amós: “Ve y profetiza a mi pueblo Israel”. Por lo tanto Amós no se iba a quedar callado, aunque sus palabras ofendieran al rey de Israel o aunque el sumo sacerdote del rey le ordenara dejar de predicar. De hecho, Amós repite enfáticamente que Israel irá al exilio en una tierra lejana, y agudiza su mensaje: el juicio vendrá durante la vida de Amasías. Los soldados enemigos invasores deshonrarán a la esposa del sumo sacerdote, tratándola como a una prostituta. Los hijos e hijas del sacerdote estarán entre las víctimas cuando su ciudad caiga. Los campos y jardines de Amasías serán divididos por los topógrafos paganos y distribuidos entre los vencedores extranjeros como botín. Él mismo morirá en el exilio en una tierra pagana. Amós llama a Asiria “tierra inmunda” (“país pagano” en la Nueva Versión Internacional, v. 17), es decir, un país donde la gente no conoce de las leyes de Moisés, lo que es ceremonialmente puro o impuro para el pueblo de Dios.

La gente que predica y enseña la Palabra de Dios, debe estar segura de su mensaje. Sólo bajo una condición pueden compartir nuestros predicadores y maestros de hoy la seguridad que Amós demostró en Betel: deben estar seguros de que el mensaje es de Dios y no sólo de ellos. Entonces cada uno de ellos puede decir audazmente como dijo Lutero: “Me mantengo firme en esto; no puedo hacer de otra manera. Que Dios me ayude”.

Toda la iglesia siempre está interesada en: estudiar, enseñar, y aplicar, las palabras de la Biblia. Este también es nuestro interés cuando preparamos a la próxima generación de pastores y maestros. La fidelidad a la Palabra es también su deseo primordial

cuando llevan a cabo su ministerio, sirviendo como representantes de la iglesia que los ha llamado. Recuerdan que el llamado viene de Cristo por medio de su iglesia. Son siervos de Cristo, y por lo tanto también son siervos de su congregación. Cuando predicán el evangelio puro y nos administran los sacramentos según la institución de Cristo, los oiremos fielmente, los honraremos y confesaremos la verdad con ellos, aunque tal confesión signifique mantenerse firme contra las autoridades terrenales y contra la opinión popular.

La visión de la fruta madura

8 Esto me mostró Jehová, el Señor: un canastillo de fruta de verano. ² Y me preguntó:

—¿Qué ves, Amós?

Y respondí:

—Un canastillo de fruta de verano.

Y me dijo Jehová:

—Ha venido el fin sobre mi pueblo Israel; no lo toleraré más.

³ Y los cantores del Templo gemirán en aquel día, dice Jehová, el Señor. Muchos serán los cuerpos muertos, y en silencio serán arrojados en cualquier lugar.

Para fijar este mensaje en la mente del profeta y de sus oyentes, Jehová en ocasiones juega con el sonido de las palabras. La palabra hebrea para “verano” o “fruto que madura en el verano” es *qa’yits*; la palabra para “fin” es *qeyts*. Ambas palabras tienen las mismas consonantes. Dios le da a Amós esta visión del fruto del verano para decirle al pueblo de Israel que ha llegado el fin para su nación. La fruta madura significa que Israel está madura para la destrucción. Jehová ya no postergará más su juicio.

Con pocas y breves pinceladas Jehová pinta un cuadro de la caída de Israel. En los días de Jeroboam II la tierra está llena de las canciones que se cantan en el templo, alabando a Baal y a las

otras deidades de la fertilidad, o le ofrece a Jehová un culto falso en los santuarios al becerro. Cuando los asirios sitien las fortalezas israelitas y los capturen todas esas canciones se convertirán en aullidos de terror y de pesar. Habrá tantos cadáveres que la gente los arrojará a las calles o fuera de los muros de la ciudad. Hasta alguien que agudice sus oídos en la quietud después de la batalla solamente oirá un silencio de muerte. No quedará nadie para llorar, ni los sobrevivientes se atreverán a levantar la voz por temor a atraer más castigo de Dios sobre ellos (véase también 6:10).

Si la suerte de Israel ya está decidida, ¿por qué envía Jehová a Amós a predicar?

1) Él muestra que su juicio es justo. Podríamos comparar la manera en que un juez a un criminal culpable le leyera el cargo y anunciara formalmente la decisión del jurado antes de pronunciar la sentencia.

2) Al advertir sobre la destrucción venidera de Israel como nación, él llama, con la esperanza de que, por lo menos, algunos de los que forman parte del pueblo que está destinado a la destrucción se arrepientan, tal como lo hizo Pedro cuando predicó en Jerusalén, “Sed salvos de esta perversa generación” (Hch. 2:40).

3) “Estas cosas les acontecieron como ejemplo, y fueron escritas para amonestarnos a nosotros” (1 Co. 10:11). El saber la triste historia de Israel debe hacer que tengamos cuidado de no repetirla.

La avaricia de los mercaderes israelitas

⁴ Oíd esto, los que explotáis a los menesterosos y arruináis a los pobres de la tierra, ⁵ diciendo: «¿Cuándo pasará el mes y venderemos el trigo; y la semana, y abriremos los graneros del pan? Entonces achicaremos la medida, subiremos el precio, falsearemos con engaño la balanza, ⁶ compraremos a los pobres por dinero y a los necesitados por un par de zapatos, y venderemos los desechos del trigo.»

Amós dirige algunas partes de su profecía a elementos particulares del pueblo israelita, por ejemplo, a las mujeres ricas (4:1 y sig.) o a los líderes complacidos en ellos mismos (6:1 y sig.). También proclama el juicio a todo Israel (2:6 y sig.) o los dos reinos, Israel y Judá (3:1 y sig.). Su ofensa no es la riqueza misma, sino la manera en que están ganándola a expensas de sus conciudadanos que están sufriendo necesidad. Ellos tratan a los pobres como muy poca cosa.

Evidentemente estos mercaderes observan las formas externas del culto: se unen a las asambleas religiosas cuando la luna nueva anuncia el comienzo de otro mes (Nm. 10:10; 28:14), cierran sus puestos de venta de grano en los mercados para descansar en los días de reposo, según la ley (Ex. 20:10). Sin embargo, en ningún momento su corazón está en el culto que rinden. Más bien, están ansiosos de que los días de reposo y culto pasen para poder regresar a ganar más dinero.

¿Es que en ocasiones nosotros dejamos de asistir al culto para poder ganar dinero extra o hacer sobre tiempo, para poder gastarlo en lujos? ¿Nuestra mente está ocupada en pensamientos de ganancia y de pérdida, incluso cuando nuestros labios oran y cantan himnos? ¿Vamos al culto de mala gana o participamos en el culto público a medias porque “el tiempo es oro”, y no queremos pasarlo alimentando el alma con la Palabra de Dios? ¿Emparejamos esa falta de respeto a Dios con la falta de interés por los hermanos necesitados? Entonces nos hemos vuelto como esos mercaderes israelitas.

El tipo especial de negocio que Amós usa como ejemplo es la venta de granos, ya que el pan era el sostén de vida para la gente común. El grano era vendido por efas, una medida que se usaba para pesarlo y que consistía en unos 37 litros. Cuando un cliente compraba grano, pagaba con trocitos de plata que se pesaban en las balanzas del mercader con el peso de un siclo (11.3 gramos). Los mercaderes israelitas codiciosos y deshonestos del tiempo de Jeroboam, vendían su trigo en canastas de baja medida que

contenía menos de un efa completo. Luego pesaban la plata usando como pesas los siclos que eran más pesados de lo acostumbrado (véase Dt. 25:13-16). Además, también les hacían trampa a sus clientes usando pesas desbalanceadas.

La honestidad será una de las marcas de los que siguen a Jehová. Un mercader cristiano querrá dar buena medida y un producto de calidad por un precio justo, no empaquetará ni usará propaganda engañosa ni se disculpará diciendo: “Que el comprador tenga cuidado”. “No busquéis vuestro propio provecho, sino el de los demás ” (Fil. 2:4).

Para poder conseguir alimento suficiente para: él mismo, su esposa, e hijos, un israelita pobre se podía ver forzado a venderse a él mismo y a su familia a la esclavitud. Puede ser que esté tan necesitado que se venda a él mismo por el precio de un par de sandalias, sólo para tener suficiente para comer. Aun así, dice Amós, el grano que él trae a casa del mercado puede ser que no sirva para preparar buen pan, porque los mercaderes barren lo que ha caído al piso y mezclan el producto de lo barrido con el trigo.

Ya en el primer sermón que Amós le dirigió a Israel, Dios señaló el trato injusto que se le daba al pobre como un síntoma de la impenitencia de la nación (2:6). La ley de Dios mandaba: “No endurecerás tu corazón, ni cerrarás tu mano contra tu hermano pobre... Sin falta le darás, y no serás de mezquino corazón cuando le des; porque por ello te bendecirá Jehová tu Dios en todos tus hechos, y en todo lo que emprendas. Pues nunca faltarán menesterosos en medio de la tierra; por eso yo te mando: Abrirás tu mano a tu hermano, al pobre y al menesteroso en tu tierra” (Dt. 15:7-11). Jehová no pasa por alto la manera en que su pueblo trata a sus conciudadanos pobres, especialmente los hermanos pobres del pueblo de Dios. “Porque él librará al menesteroso que clame, y al afligido que no tenga quien le socorra” (Sal. 72:12).

Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, Dios se pone del lado de los pobres y en el lugar de ellos. “A Jehová presta el que da al pobre”, dice él (Pr. 19:17). En el último día Jesús les dirá a sus creyentes que alimentaron a los hambrientos, que le

dieron hospitalidad al necesitado, que vistieron al desnudo, que consolaron a los enfermos y que visitaron a los presos en la cárcel: “En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” (Mateo 25:40). ¿Muestra nuestra vida esa evidencia de fe en él?

Terremoto, oscuridad, y llanto

⁷ Jehová juró por la gloria de Jacob: «No olvidaré jamás ninguna de sus obras.»

**⁸ ¿No se estremecerá la tierra por esto?
¿No llorarán todos sus habitantes?
Subirá toda ella como un río;
crecerá y mermará como el río de Egipto.**

**⁹ Aquel día, dice Jehová, el Señor,
haré que se ponga el sol a mediodía:
cubriré de tinieblas la tierra//en el día claro.**

**¹⁰ Cambiaré vuestras fiestas en lloro
y todos vuestros cantares//en lamentaciones;
haré que toda cintura vista tela áspera
y que se rape toda cabeza.
Y volveré la tierra
como en llanto por el hijo único,
y su final será como día amargo.**

Anteriormente en este libro Jehová había jurado por él mismo (6:8); aquí hace el mismo tipo de juramento, llamándose a él mismo “la gloria de Jacob”. En vez de jactarse de sus logros, el verdadero pueblo de Dios se gloriará en su Salvador. Sin embargo, los israelitas han probado su impenitencia y descreimiento al pasar por alto la justicia de Dios. Por lo tanto él hace este terrible juramento: “No olvidaré jamás ninguna de sus obras” (v. 7).

Al hablar del juicio venidero, Amós describe varios acontecimientos juntos, así como Jesús predijo la caída de

Jerusalén y el juicio final del mundo, casi de un tirón (Lc. 21:5-33). Una señal del juicio será el terremoto. Las aguas del río Nilo suben en el tiempo de las inundaciones para luego bajar a su nivel normal. De la misma manera la tierra que está bajo los pies de los hombres subirá y bajará. Ese acontecimiento aterrador tuvo lugar dos años después que Amós lo predijo (1:1; véase también Zac. 14:5).

Otra señal del juicio será la oscuridad al medio día (según los registros asirios, en el año 763 a.C. tuvo lugar un eclipse solar total). Acontecimientos como los terremotos y los eclipses confirman el hecho de que el profeta es en verdad un vocero del Creador y Juez del mundo. Todas sus profecías sobre el juicio que caerá sobre Israel se convertirán en realidad (véase Dt. 18:21,22).

La oscuridad al mediodía acompañó los sufrimientos y la muerte de Jesús en la cruz (Mt. 27:45). “La tierra tembló y las rocas se partieron” cuando murió Jesús (Mt. 27:51). Dios estaba pronunciando su airado juicio sobre los pecados del mundo con los que su Hijo estaba cargando. “Habrá pestes, hambres, y terremotos” antes que regrese Jesús (Mt. 24:7). El oscurecimiento: del sol, la luna, y las estrellas, también anunciarán la segunda venida de Cristo para juzgar al mundo (Mr. 13:24). Dios le recuerda a la humanidad que el patrón de vida tal como lo conocemos ahora, con la tierra firme bajo nuestros pies, con la oscuridad que sigue a la luz cada veinticuatro horas, no es eterno. Este mundo no permanecerá para siempre, y la historia se dirige hacia el juicio final.

Para la impenitente Israel, la venida del día del juicio será un día de ira y de llanto. Amós regresa al tono de lamentación del capítulo 5. El llanto reemplazará a las canciones y celebraciones. Todo el mundo se pondrá cilicio, el material burdo que la gente llevaba como ropa de duelo. Se afeitarán la cabeza, una costumbre de duelo que estaba prohibida por la ley (Dt. 14:1), pero parece que Israel la adoptó de los paganos. Tan amargo será el día del juicio que sólo se podrá comparar con el día en que los padres lloran la muerte de su único hijo. El reino de Israel morirá.

¡Cuán oscuro se vuelve el cuadro cuando los hombres abandonan a su Dios! Si la impenitencia y la incredulidad, toman el lugar de la fe en el corazón humano, entonces el temor también debe tomar el lugar de la esperanza para el futuro. Cuando Jesús describió las señales del último día dijo: “Los hombres quedarán sin aliento por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra” (Lc. 21:26). Los que viven en el arrepentimiento y en la fe, experimentarán los mismos acontecimientos con una reacción totalmente diferente: “Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca” (Lc. 21:28).

Hambre de la Palabra

**¹¹ Ciertamente vienen días, // dice Jehová, el Señor,
en los cuales enviaré hambre a la tierra,
no hambre de pan ni sed de agua,
sino de oír la palabra de Jehová.**

**¹² E irán errantes de mar a mar;
desde el norte hasta el oriente
andarán buscando palabra de Jehová,
y no la hallarán.**

**¹³ En aquel tiempo,
las muchachas hermosas y los jóvenes
desmayarán de sed.**

**¹⁴ Los que juran por el pecado de Samaria
y dicen: «Por tu Dios, Dan»,
y: «Por el camino de Beerseba»,
caerán y nunca más se levantarán.**

Ninguna otra nación había disfrutado de los privilegios de los israelitas, a Israel se le había “confiado la palabra de Dios” (Ro. 3:2). Sin embargo, el tiempo vendrá para este pueblo, dice Jehová, en que se verá totalmente privado de su Palabra. Como hombres que están locos por la sed, muriendo, ellos se tambalearán del

Mediterráneo al mar Muerto y de Galilea a Galaad, buscando el mensaje de Dios, pero no lo oirán. Los jóvenes, tanto hombres como mujeres, parecen estar mejor equipados para sobrevivir el hambre y la sed, pero ellos también se desmayarán por la falta de la Palabra y finalmente caerán.

Es clara la razón para hambre de la Palabra. En vez de temer a Jehová su Dios, sirviéndole sólo a él y poniéndolo por testigo de sus juramentos, el pueblo ha seguido a otros falsos dioses de los pueblos que los rodean (Dt. 6:13,14). Ellos ahora juran por la “vergüenza de Samaria”, un ídolo, o por la imagen del becerro de oro que Jeroboam estableció en Dan, o por el falso dios que ellos adoran con sus peregrinajes a Beerseba (véase también 5:5). Cuando Dios levanta profetas de entre sus hijos, ellos les ordenan que no profeticen (2:11,12).

La gente que se niega a oír la palabra de Dios finalmente *no puede* oírla, porque Dios le retira su palabra. Comentando sobre las palabras de Pablo, “Ahora es el tiempo aceptable; ahora es el día de salvación” (2 Co. 6:2), Lutero dijo: “La predicación del evangelio no es una enseñanza eterna, duradera, continua sino que es como una lluvia que cae y que pasa. Alguna tierra es regada y otra permanece seca. No regresa y tampoco se queda inmóvil. Entonces viene el sol caliente y seca la humedad que queda”. Si somos negligentes con la Palabra y nos negamos a seguir la guía de nuestro Salvador, el evangelio pasará a otros, así como una lluvia de verano y no regresará a nosotros ni a nuestros hijos. ¡Ahora mientras vivimos en el día del favor de Dios es el tiempo de: oír, creer, y seguir, la Palabra!

Visión de la destrucción

9 Vi al Señor, que estaba sobre el altar y dijo:
**«Derriba el capitel y estremézcanse//las puertas,
y hazlos pedazos sobre la cabeza de todos.
Al postrero de ellos mataré a espada;
no habrá de ellos quien huya//ni quien escape.**

**² Aunque caven hasta el seol,
de allá los tomará mi mano;
y aunque suban hasta el cielo,
de allá los haré descender.**

**³ Si se esconden en la cumbre del Carmelo,
allí los buscaré y los tomaré;
y aunque de delante de mis ojos
se escondan en lo profundo del mar,
allí mandaré a la serpiente y los morderá.**

**⁴ Y si van en cautiverio //delante de sus enemigos,
allí mandaré la espada y los matará;
y pondré sobre ellos mis ojos
para mal y no para bien.**

Jehová en esta quinta y última visión le muestra al profeta un juicio de destrucción del que no escapará ningún israelita. Dios mismo se aparece, de pie junto al altar en uno de los santuarios donde los israelitas adoran a sus ídolos. Él viene a destruir tanto el templo como a los que vienen a adorar allí. Todas las fuerzas de la naturaleza deben obedecer a Jehová. En esta visión él está prediciendo nuevamente el terremoto que ocurrirá dos años después del ministerio de Amós (1:1; 8:8). Siglos después el pueblo todavía recordará este terrible acontecimiento (Zac. 14:5).

Pero el terremoto será sólo el comienzo de sus aflicciones. Jehová matará al remanente de la nación con la espada de los asirios. Nadie escapará. Los versículos 2 a 4 son un cuadro de los fugitivos que se apresuran a los rincones más lejanos de la creación para evadir el juicio. Pero no hay modo de escapar a la mano vengadora del Señor Dios: ni en las profundidades del sepulcro, ni en lo más alto de los cielos, ni en la cima del monte Carmelo, ni en el fondo del Mediterráneo. Hasta los monstruos más gigantescos del mar deben obedecer la voluntad de su Creador, y su voluntad es destruir a Israel. Ni siquiera el exilio de Canaán será el fin del juicio. La nación debe perecer por completo, y así hasta los exilados morirán por la espada. Dios pronuncia un severo

y horripilante juicio: “Pondré sobre ellos mis ojos para mal, y no para bien” (v. 4). Este es el fin de un pueblo que rechazó a Jehová.

La omnisciencia y la omnipresencia de Dios, deben causar terror en el corazón de los que por medio de la incredulidad se han convertido en sus enemigos. Si Dios sabe todo, y está presente en todas partes, no hay ninguna manera de escapar de él, ni en el tiempo ni en la eternidad. ¡Piense en lo que significa, por otro lado, tener a Dios como nuestro Amigo y Padre! Él conoce nuestras necesidades mejor que nosotros. Él está siempre con nosotros y nosotros con él, en el tiempo y en la eternidad. Sus creyentes confiesan agradecidamente, “¿Adónde me iré de tu Espíritu? ¿Y adónde huiré de tu presencia? Si subiera a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciera mi estrado, allí tú estás. Si tomara las alas del alba y habitara en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra” (Sal. 139:7-10).

Un himno de alabanza a Jehová

**5»El Señor, Jehová de los ejércitos,
toca la tierra y ésta se derrite,
y lloran todos los que en ella moran;
crecerá toda ella como un río
y mermará luego como el río de Egipto.
6 Él edificó en el cielo su habitación
y ha establecido su expansión//sobre la tierra;
él llama a las aguas del mar
y sobre la faz de la tierra las derrama:
Jehová es su nombre.**

Tres veces interrumpe Amós el torrente de su profecía con lo que parece ser la estrofa de un himno de alabanza que él está componiendo o citando: 4:13, “El que forma los montes”, 5:8, “Que hace las Pléyades y el Orión”, y ahora “El que toca la tierra, y ésta se derrite”. Cada estrofa incluye el estribillo, “Jehová (Dios

Todopoderoso) es su nombre”. Cada vez al himno le sigue inmediatamente una palabra fuerte de juicio sobre la nación israelita. Israel debe recordar que Jehová, cuyo pacto ha sido quebrantado, no es una mera deidad local o nacional sino el todopoderoso Creador y Preservador.

En el versículo 5 el profeta predice nuevamente el terremoto con la mismas palabras que usó en 8:8. Los hombres llorarán porque la tierra que ha parecido siempre tan firme bajo sus pies se levantará como el Nilo en una inundación y luego se hundirá, fundiéndose como un montón de barro en un chaparrón. Más fácilmente de lo que un constructor humano edifica su casa, Dios edificó todo el mundo visible, el cielo como una bóveda en lo alto, sus cimientos puestos sobre la tierra por todo el horizonte (la palabra que se traduce como “expansión” puede significar simplemente “escaleras”: la gente que construye su casa con una escalera externa, que hace posible que se pueda subir o sentarse en el techo). A la palabra todopoderosa de Dios el agua se evapora del mar, se transforma en nubes, y luego se derrama sobre la tierra como lluvia (véase también 5:8).

Los creyentes viven en buenas relaciones con Dios Todopoderoso. Él nos anima a llamarlo “Padre”, y su Hijo eterno, el Verbo por medio de la que todas las cosas fueron hechas (Juan 1:3), es verdadero hombre, nuestro Hermano. Si la familiaridad alguna vez llega a producir desprecio, necesitamos oír pasajes como éste. Si los hombres y los logros humanos, comienzan a parecer magníficos y Dios parece pequeño a nuestros ojos, entonces permitan que los profetas nos recuerden su majestad: “Él está sentado sobre el círculo de la tierra, cuyos moradores son como langostas; él extiende los cielos como una cortina, los despliega como una tienda para morar” (Is. 40:22). Este es Dios que nos invita a llamarlo “Padre”. Este Creador omnipotente envió a su Hijo para que fuera uno de nosotros, para que muriera por nosotros en la tierra a fin de que pudiéramos vivir con él en el cielo para siempre.

Solamente se salvará un remanente

**⁷»Hijos de Israel,
¿no me sois vosotros//como hijos de etíopes?,,
dice Jehová.
¿No hice yo subir a Israel//de la tierra de Egipto,
de Caftor a los filisteos,
y de Kir a los arameos?**

**⁸»Ciertamente, los ojos de Jehová, el Señor,
están contra el reino pecador
y yo lo borraré de la faz de la tierra:
mas no destruiré del todo//la casa de Jacob,
dice Jehová.**

**⁹ Porque, yo mandaré que la casa de Israel
sea zarandeada entre todas las naciones,
como se zarandeaba el grano en una criba
sin que caiga un granito en la tierra.**

**¹⁰ A espada morirán todos los pecadores//de mi pueblo,
que dicen: “No se acercará//ni nos alcanzará el mal.”»**

Al comienzo de este libro Jehová pronunció su mensaje de juicio contra las naciones que estaban alrededor de Israel. Entonces su puño bajó y cayó sobre su propio pueblo: ellos merecen su ira aún más porque se han vuelto peores que los paganos. De todos los pueblos que los israelitas conocían, los que eran obviamente más gentiles y no hebreos eran los habitantes de Cus, que estaba al sur de Egipto, los oscuros etíopes. Ellos parecían ser los extranjeros “más extranjeros”. Sin embargo, ahora el Señor Jehová le hace una pregunta al pueblo que él escogió de entre todas las naciones para que fuera su posesión más preciada: “¿No me sois vosotros como hijos de etíopes?” (v. 7).

Es verdad que el Señor Jehová sacó de Egipto al pueblo de Israel y que les dio la tierra de Canaán, como una prueba de su amor para cumplir la promesas que le hizo a Abraham. Sin

embargo, si los israelitas miraran a su alrededor, observarían que otras naciones también han emigrado de un lugar a otro. Jehová de las naciones sacó y trajo de Caftor (¿Creta?), del otro lado del mar, a los filisteos para que se establecieran en la costa del Mediterráneo entre Canaán y Egipto. Él trajo a los arameos desde Kir que estaba en Mesopotamia para que habitaran Damasco (véase también 1:5). De ninguna manera puede probar Israel por los hechos externos de la historia que es el pueblo escogido de Dios. Lo que distingue a Israel es la gracia de Dios y el pacto que él hizo con sus padres. Ahora es un hecho digno de observarse que el pueblo escogido de Dios ya no es suyo por medio de la fe. Ellos han quebrantado su pacto con él y se han vuelto peores que los paganos, no tienen ningún derecho especial a pedir sus bendiciones.

Cuando Dios envió a su Hijo a la tierra, lo envió primero a su pueblo escogido del Antiguo Testamento. Los judíos del tiempo de Jesús todavía se enorgullecían al declarar que eran descendientes de Abraham. Sin embargo, no recibirían al Salvador a quien Dios había enviado siendo la Simiente prometida a Abraham. Juan el Bautista, un predicador del evangelio como Amós, mostró que ser descendiente físico de Abraham, o haber participado en el éxodo de Egipto, no asegura ninguna bendición. Los judíos necesitaban ser creyentes en el mensaje que Dios les estaba enviando, como Abraham lo hizo, y como resultado confiar en su Mensajero. Juan les dijo: “No penséis decir dentro de vosotros mismos: A Abraham tenemos por padre; porque yo os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. Además, el hacha ya está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado al fuego” (Mt. 3:9,10).

Nosotros tampoco tenemos derecho a la misericordia de Dios. El hecho de que él nos escoja como suyos es un asunto de sola gracia. Decir “soy cristiano ortodoxo” o “soy un luterano creyente en la Biblia”, como si Dios debiera entonces prestarnos atención

y bendecirnos, es una tontería como lo es este alegato judío: “Somos descendientes de Abraham”, o “Jehová sacó de Egipto a nuestros padres”. La gracia de Dios no es nada que heredemos por medio de la historia de nuestra iglesia, así como no es nada que podamos obtener por lo que hacemos. La gracia de Dios se vuelve nuestra, única y solamente, por medio de la fe obrada por el Espíritu Santo. Los que confían en las promesas de Dios como fruto viven en arrepentimiento diario.

Jehová ya ha anunciado: “Pondré sobre ellos mi ojos para mal, y no para bien” (v. 4). Esta amenaza se aplica especialmente al “reino pecador” de Israel, al que él está a punto de destruir. Sin embargo, junto con esta amenaza comienza a amanecer la promesa evangélica: Jehová “no destruirá del todo la casa de Jacob” (v. 8). Dejará un remanente para cumplir sus promesas.

El profeta usa la figura del grano en la criba. El agricultor sacude y hace girar el trigo o la cebada. La arena y las piedras finas, que quedan después de aventar, caen a través de la criba al piso para que únicamente quede el grano. Israel será llevado a la fuerza a Asiria, y algo más de un siglo después Judá será exilada a Babilonia. Aunque la mayoría del pueblo será cernida al ser esparcida entre las naciones, Jehová traerá un remanente purificado después del cautiverio (véase también Is. 7:3; 10:21,22). Cuando el tiempo se haya cumplido él enviará su Salvador por medio del remanente que regresa a la tierra prometida.

Antes de que Amós permita que la luz del sol brille a través de las nubes, al final de su libro hay un estruendo más. Aun cuando llegue el desastre, todavía habrá algunos que se enorgullezcan de su propia fuerza (6:13) y que piensen que están lejos del brazo vengador de Dios. No, dice él, el juicio los envolverá a todos: “A espada morirán todos los pecadores de mi pueblo” (v. 10). Sin embargo al dirigirse a los pecadores que están entre su pueblo, Jehová deja abierta la posibilidad de que unas pocas almas, “como tizón escapado del fuego” (4:11), oigan las advertencias del profeta y se arrepientan. Aun en Israel un remanente puede ser salvado por medio de la fe.

Después de oír tantas profecías de juicio, el lector creyente se siente contento de ver el brillo de las buenas nuevas en estos versículos. Un profeta que representaba a Jehová en Israel en el siglo ocho a.C., tenía que predicar la ley. Con buena razón el Dios de Israel podría decir que todo el día él le había extendido los brazos a un pueblo rebelde (Is. 65:2,3). Sin embargo el Señor Dios nunca olvidó la promesa que les había hecho a: Abraham, Isaac, y Jacob, mucho tiempo antes de darle sus mandamientos a Moisés. Aunque la mayor parte de su pueblo lo abandonó, él misericordiosamente salvó un remanente para cumplir con sus promesas.

Cada uno de nosotros puede evocar las veces en que hemos sido negligentes con las oportunidades espirituales que Dios nos ofrece. No prestamos atención a las advertencias de su palabra, quebrantamos sus mandamientos, nos negamos a oír la voz de nuestra conciencia, seguimos por nuestro propio camino pecador y rebelde. Sin embargo una y otra vez, él nos llama al arrepentimiento. Aún ahora su misericordia nos sigue llamando. La paciencia de Dios no debe ser nunca una razón para continuar despreciando su misericordia, al dedicarnos a nuestros pecados y al negarnos a oír su voz. Pero en la paciente misericordia que él le mostró a Israel, encontramos la seguridad de que su gracia es también suficiente para nosotros a pesar de nuestra indignidad.

De tus pecados remisión
Jesús te quiere conceder.
Verdad eterna y compasión
En Él verás resplandecer.
(Culto Cristiano, 231:3)

**CONCLUSIÓN:
PROMESA DE BENDICIONES
QUE VENDRÁN EN LOS ÚLTIMOS DÍAS
AMOS 9:11-15**

La restauración de la casa de David

¹¹ En aquel día yo levantaré el tabernáculo caído de David: cerraré sus portillos, levantaré sus ruinas y lo edificaré como en el tiempo pasado, ¹² para que aquellos sobre los cuales es invocado mi nombre posean el resto de Edom y todas las naciones, dice Jehová, que hace esto.

El rey David quería construir en Jerusalén una casa de adoración a Jehová para reemplazar el tabernáculo. Por medio del profeta Natán Dios reveló que el hijo de David construiría el templo: “Cuando tus días sean cumplidos, y duermas con tus padres, yo levantaré después de ti a uno de tu linaje, el cual procederá de tus entrañas, y afirmará su reino. Él edificará casa a mi nombre, y yo afirmaré para siempre el trono de su reino... Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro [delante de mí — NVI, RVA] y tu trono será estable eternamente” (2 S. 7:12-16). De esta manera Jehová le aseguró a David que su hijo Salomón edificaría el templo. Sin embargo, esta promesa incluía mucho más: otro “Hijo de David” se sentaría sobre su trono para siempre, de modo que la casa de David, su familia real, reinaría sobre un reino eterno.

Cuando Jeroboam I les quitó las diez tribus a los reyes davídicos que reinaban en Jerusalén, la casa de David parecía estar cayendo en la ruina. La destrucción de Jerusalén y el exilio de Judá en el año 586 a.C. sería otro severo golpe a la casa de David. Después del regreso del exilio, los gobernadores persas gobernaron la tierra de Judá. Luego cayó bajo el poder de gobernadores griegos, sirios, y romanos. Cuando Jesús nació, el rey que

gobernaba desde Jerusalén y que había sido designado por los romanos era Herodes el Grande, un idumeo (edomita). Los magos tuvieron que preguntarle a este gobernador extranjero: “¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?” (Mt. 2:2). La familia real de David había caído en la ruina. Su casa se parecía a una choza que tenía huecos en las paredes, o a una carpa que se había desplomado.

Dios promete que el tabernáculo caído de David será reedificado. El ángel Gabriel anunció el cumplimiento de esta promesa cuando le dijo a la Virgen María: “Mira, concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de su padre David, y reinará sobre la casa de Jacob para siempre; y su Reino no tendrá fin” (Lc. 1:31-33). De acuerdo con esto, “aquel día” en el que el Señor, de acuerdo con su promesa, reedificará la tienda caída de David, comenzará con el nacimiento de Cristo y continuará durante toda la era del Nuevo Testamento y hasta la eternidad. Jesús es el eterno Rey que restaurará la gloria de la casa caída de David.

El reino eterno del Hijo de David, que sobrepasó en grandeza a su padre, tendrá fronteras que son aún más amplias de lo que fueron las del reino unido de Israel durante su época de oro bajo David y Salomón. Las personas que son como el remanente de los edomitas, enemigos empedernidos de Israel, formarán parte del pueblo de Dios, pero no como enemigos vencidos sino como coherederos de la bendición que proviene de Jehová. De acuerdo con el versículo 12 los edomitas se unirán a la familia de Dios junto con otras naciones gentiles, todos aquellos a quienes Dios llama por su nombre, es decir, aquellos a quienes él adopta como sus hijos por medio del bautismo y por medio de la fe en Cristo.

Cuando Pablo y Bernabé, regresaron de su primer viaje misionero a Chipre y al Asia Menor, les dieron un informe a las congregaciones judías sobre la manera en que Dios “había abierto la puerta de la fe a los gentiles” (Hch. 14:27). Surgió la pregunta: ¿Es necesario que los creyentes gentiles se circunciden primero?

¿Se les debe exigir que obedezcan la ley ceremonial de Moisés si van a hacerse miembros del pueblo de Dios? Jacobo reconoció que Dios estaba tomando de entre los gentiles pueblo para su nombre (Hch. 15:14). Citó Amós 9:11,12 en Hechos 15:16-18 para demostrar que en el Antiguo Testamento Dios había profetizado que la iglesia cristiana se extendería entre los gentiles. Los profetas no dijeron nada sobre la imposición de la circuncisión o de las otras ceremonias del Antiguo Testamento entre estos conversos. Por medio de la extensión del evangelio entre los gentiles Dios estaba llevando a cabo su eterno plan de salvación para todas las naciones.

No podemos agradecerle a Dios suficientemente por el hecho de que no solamente abre su reino para los miembros de su antiguo pueblo Israel, sino que también llama a los gentiles para que entren en la iglesia cristiana. Sin Cristo los gentiles estaban “alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Ef. 2:12). El reino de Dios es suyo propio; puede incluir en él a quien quiera. Al morir por los pecados del *mundo*, Jesús hizo que los creyentes gentiles sean ciudadanos de igual rango con los creyentes israelitas. “Vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo” (Ef. 2:13).

Las bendiciones de “Aquel Día”

¹³ Ciertamente vienen días, dice Jehová, cuando el que ara alcanzará al segador, y el que pisa las uvas al que lleve la simiente; los montes destilarán mosto y todos los collados se derretirán. ¹⁴ Traeré del cautiverio a mi pueblo Israel: ellos edificarán las ciudades assoladas y las habitarán; plantarán viñas y beberán de su vino, y harán huertos y comerán de su fruto. ¹⁵ Pues los plantaré sobre su tierra y nunca más serán arrancados de la tierra que yo les di, ha dicho Jehová, tu Dios.

Esta profecía incluye tres aspectos de los días venideros:

- 1) las cosechas son sobreabundantes;
- 2) los exiliados regresan a sus: ciudades, viñas, y jardines; y
- 3) el pueblo de Dios, Israel, ocupa la tierra eternamente.

En primer lugar, es un cuadro de una abundancia que va más allá de lo que uno puede imaginar. Los agricultores de Canaán normalmente araban en octubre cuando las lluvias tempranas comenzaban a suavizar la tierra seca. Cosechaban los cultivos de trigo en mayo y en junio. ¡Imagínese una cosecha tan abundante que los que cosechan estarán segando el trigo mientras que los que aran estarán listos para abrir el campo para cultivos nuevos! Las uvas de Canaán se recogían y se pasaban por la presa para hacer vino al final del verano. ¡Imagínese los viñedos que producen tantas uvas que los que cosechan todavía estarán pisando la uva en el lagar en octubre, en el tiempo en que ya debían estar plantando!

Los viñedos de Canaán con frecuencia eran plantados en las laderas de las colinas (Is. 5:1), a veces en terraplenes. Cerca del viñedo o en él habría un lagar, un pozo donde los cosechadores pisaban las uvas para extraerles el jugo. Entonces el jugo fluía del lagar a un segundo pozo más pequeño donde se juntaba. ¡Trate de imaginarse una cosecha tan abundante de succulentas uvas que el jugo rebalsará el lagar y chorreará por los lados!

Un segundo aspecto de los “días venideros” será el regreso del pueblo exilado de Dios a su propia tierra. Antes de que Israel entrara en Canaán, Moisés le dijo al pueblo que Dios les estaba mostrando su favor inmerecido al darles: una tierra con ciudades grandes y florecientes que ellos no habían construido, casas llenas con todo tipo de cosas buenas que ellos no proveyeron, pozos que ellos no habían cavado, y viñedos y huertos de olivos que ellos no habían plantado (Dt. 6:10,11). Cuando Amós anunció el juicio venidero de Dios, les dijo a los israelitas que ellos no disfrutarían del fruto de su propio trabajo. Aunque habían construido mansiones de piedra, no vivirían en ellas. Aunque habían plantado viñedos lozanos, no beberían su vino (5:11). Los días venideros

verán el restablecimiento de la fortuna de Israel. El pueblo de Dios regresará del exilio: para vivir en sus propias ciudades reconstruidas, para beber vino de sus viñedos, y para comer el fruto de sus huertos.

Un tercer y final aspecto de los “días venideros”, será la ocupación permanente que hará Israel en la tierra. Cuando él envió a su pueblo a Mesopotamia, fue como si Jehová hubiera desarraigado bruscamente la viña que había plantado en Canaán y la hubiera trasplantado a otro lugar. Su pueblo restaurado no tendrá que pasar nuevamente por otra experiencia similar. Ellos serán plantados en su propia tierra por siempre. Por toda la eternidad serán el pueblo de Jehová y él será su Dios.

¿Qué significan estas palabras? Dios en verdad trajo de regreso del cautiverio de Babilonia a un remanente de Judá. Sin embargo los judíos que regresaron no gozaron nada que se pareciera a la prosperidad que se describe en estos versículos. Tampoco permanecieron por siempre en su tierra. Los romanos destruyeron Jerusalén en el año 70 d.C. y nuevamente en el año 135. Durante los años siguientes la mayor parte de los judíos se esparcieron por todo el mundo mediterráneo.

En el Nuevo Testamento encontraremos la clave para entender estas promesas. Cuando Dios dice: “En aquel día levantaré el tabernáculo caído de David”, hemos visto que señala hacia la venida del Hijo de David, el Mesías. Estos versículos que comienzan “he aquí que vienen días” son una descripción adicional de la era del Nuevo Testamento.

En el Nuevo Testamento Jesús nos enseña que él no reina sobre su pueblo en la tierra como un rey glorioso en un reino terrenal visible. Él reina por medio del evangelio en el corazón de los que son llevados a la fe por su Palabra. “Mi reino no es de este mundo”, dijo él (Jn. 18:36). “Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz” (Jn. 18:37). Las bendiciones de su reino son las bendiciones de salvación reveladas por su Palabra.

En las palabras de Amós, Jehová no le está prometiendo a su pueblo casas terrenales, abundantes granos ni una sobreabundancia de vino, sino el perdón de los pecados y la vida eterna. *Los profetas pintan las futuras bendiciones del reino de Cristo, las bendiciones de salvación, en términos de las bendiciones pasadas que había disfrutado el pueblo de Israel en la tierra de Canaán: casas, grano, fruto, y vino.*

El cristiano lee Amós 9:13-15 entendiendo bien que el profeta está describiendo las bendiciones del reino de Cristo. Disfrutamos de los dones de Dios en una abundancia que va más allá de lo que uno pueda imaginarse: el perdón de los pecados, el estado de hijos e hijas en su familia, el consuelo en toda tribulación, la confianza de orar, el gozo de adorar, el privilegio de servirle, la seguridad de que él nos mantendrá en la fe, la ayuda contra las tentaciones, la victoria sobre la muerte, la vida perdurable.

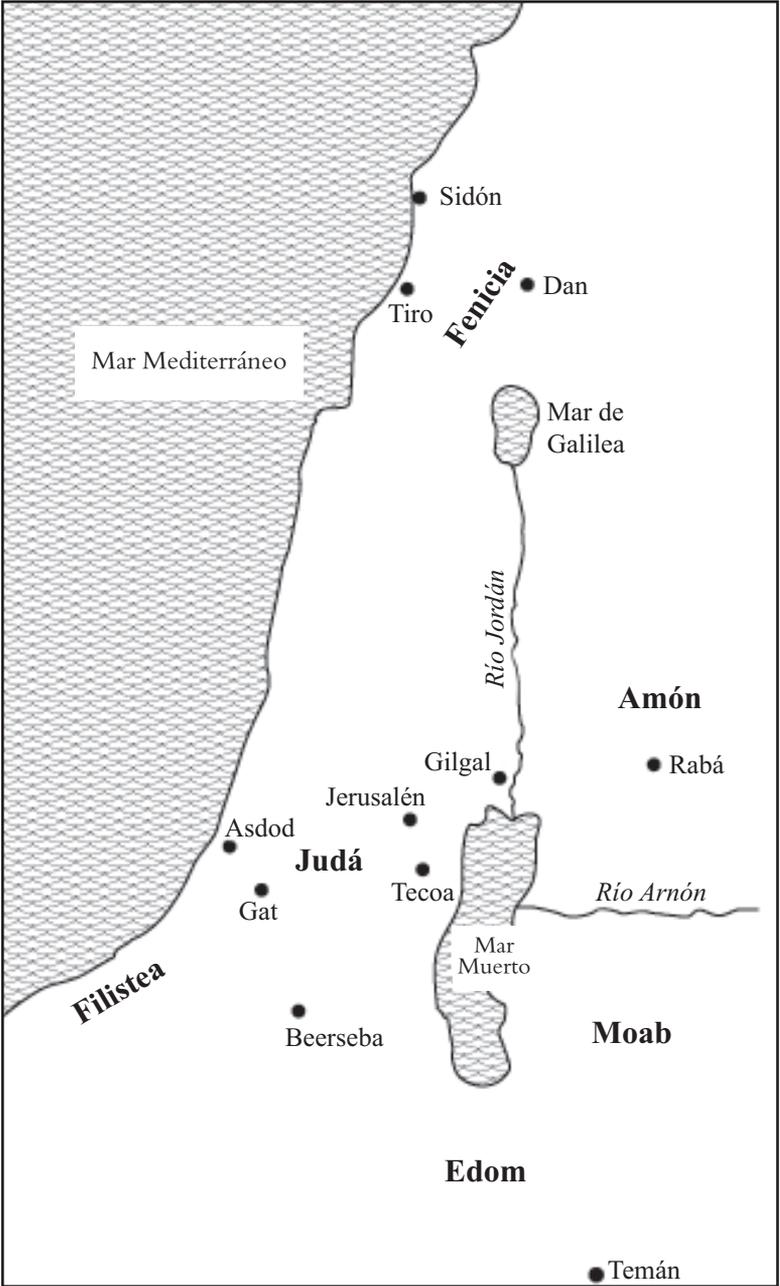
Jehová les prometió las bendiciones de su reino a los descendientes de Abraham, el pueblo de Israel. Pero los descendientes de Abraham que reciben las bendiciones no son solamente el pueblo que tiene la sangre física del padre Abraham en sus venas. Abraham creyó en las promesas de Dios, y “los que tienen fe, éstos son hijos de Abraham” (Gá. 3:7), sean o no sean sus descendientes físicos. Pablo muestra en el Nuevo Testamento que “los que viven por la fe son bendecidos con el creyente Abraham” (Gá. 3:9). Todos los creyentes, judíos y gentiles, son el verdadero Israel de Dios.

Para tener todas las bendiciones de salvación en Cristo, no es necesario que los cristianos posean una casa, un viñedo, y un huerto, en la tierra de Israel. Gozamos del don de salvación que nos otorga Dios por medio de la fe en Cristo, no por residir en una ciudad o en un país en especial. Dondequiera que viva el pueblo de Dios en el mundo, ellos gozan de la abundancia de las bendiciones que trajo Jesús, tal como él lo prometió: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Jn. 10:10).

Con este entendimiento de la vida abundante que promete el profeta, podemos ver también lo que significa vivir para siempre en la tierra prometida. Esta ocupación eterna de la tierra también debe ser entendida como un cuadro que se pinta en el Antiguo Testamento acerca del futuro del Nuevo Testamento. Que el pueblo de Dios sea plantado en su propia tierra, verdaderamente su tierra, por siempre, para no ser desarraigados nunca, significa que ellos gozarán de vida eterna con Dios. “Ya no tendrán hambre ni sed” (Ap. 7:16). Por medio de la fe los cristianos pueden mirar hacia “la resurrección de la carne y la vida perdurable”. “Así estaremos siempre con el Señor” (1 Ts. 4:17).

El Libro de Amós termina con las palabras “dice Jehová tu Dios”. Una vez más el profeta nos recuerda que él no proclama sus propias palabras sino las palabras y las promesas de Dios. Después de todos sus mensajes de juicio, él predica también el evangelio una vez más al llamar a Jehová “*tu* Dios.” El profeta Amós y sus oyentes creyentes saben que: “Él es *nuestro* Dios y nosotros el pueblo de su prado”.

El profeta nos hable hoy. Dios nos hizo suyos al redimirnos de todos los pecados por medio de la sangre de su Hijo. Disfrutamos de todas las bendiciones de Jesucristo en su reino perdurable. Serviremos a Jehová nuestro Dios con corazón puro en su iglesia que está en la tierra, y en el cielo lo alabaremos por siempre.



ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS	ECLESIASTÉS
ÉXODO	CANTARES
LEVÍTICO	ISAÍAS
NÚMEROS	JEREMÍAS
DEUTERONOMIO	LAMENTACIONES
JOSUÉ	EZEQUIEL
JUECES	DANIEL
RUT	OSEAS
1º SAMUEL	JOEL
2º SAMUEL	AMÓS
1º REYES	ABDÍAS
2º REYES	JONÁS
1º CRÓNICAS	MIQUEAS
2º CRÓNICAS	NAHUM
ESDRAS	HABACUC
NEHEMÍAS	SOFONÍAS
ESTER	HAGEO
JOB	ZACARÍAS
SALMOS	MALAQUÍAS
PROVERBIOS	

NUEVO TESTAMENTO

MATEO	1º TIMOTEO
MARCOS	2º TIMOTEO
LUCAS	TITO
JUAN	FILEMÓN
HECHOS	HEBREOS
ROMANOS	SANTIAGO
1º CORINTIOS	1º PEDRO
2º CORINTIOS	2º PEDRO
GÁLATAS	1º JUAN
EFESIOS	2º JUAN
FILIPENSES	3º JUAN
COLOSENSES	JUDAS
1ª TESALONICENSES	APOCALIPSIS
2ª TESALONICENSES	

La Biblia Popular es una serie de comentarios de la Biblia para todas las personas. Los autores de la serie han servido como pastores de congregaciones, profesores universitarios, o profesores de seminario, muchos en más de una de estas actividades. Cada autor comenzó con el texto original en Hebreo o Griego y después trabajó para presentar el mensaje de la Palabra de Dios a los cristianos quienes enfrentamos presiones y tentaciones cada día de la vida. Dos verdades importantes sirven de guía a todos los comentarios. Primero, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios y por lo tanto es verdadera y confiable. Segundo, el mensaje central de toda la Biblia es Jesucristo.

Dios envió a Oseas para que le recordara a Israel el profundo y fiel amor de Dios por su pueblo infiel. Joel llamó al arrepentimiento durante la plaga de langostas y le recordó al pueblo de Dios acerca del Mesías que vendría. Amós advirtió el juicio que vendría sobre todos aquellos que abandonaron las promesas del Señor.